

The Project Gutenberg EBook of Sangre y arena, by Vicente Blasco Ibáñez

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: Sangre y arena

Author: Vicente Blasco Ibáñez

Release Date: October 21, 2008 [EBook #26983]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK SANGRE Y ARENA \*\*\*

Produced by Chuck Greif, Broward County Library and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

VINCENTE BLASCO IBÁÑEZ

SANGRE  
Y ARENA

(NOVELA)

135.000 EJEMPLARES

[Illustration]

PROMETEO  
Germanías, 33.--VALENCIA  
(Published in Spain)

ES PROPIEDAD.--Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.

Copyright 1919, by V. Blasco Ibáñez.

I

Como en todos los días de corrida, Juan Gallardo almorzó temprano. Un pedazo de carne asada fue su único plato. Vino, ni probarlo: la botella permaneció intacta ante él. Había que conservarse sereno. Bebió dos tazas de café negro y espeso, y encendió un cigarro enorme, quedando con los codos en la mesa y la mandíbula apoyada en las manos, mirando con ojos soñolientos a los huéspedes que poco a poco ocupaban el comedor.

Hacía algunos años, desde que le dieron «la alternativa» en la Plaza de Toros de Madrid, que venía a alojarse en el mismo h

otel de la calle de  
Alcalá, donde los dueños le trataban como si fuese  
de la familia, y  
mozos de comedor, porteros, pinches de cocina y vie  
jas camareras le  
adoraban como una gloria del establecimiento. Allí  
también había  
permanecido muchos días--envuelto en trapos, en un  
ambiente denso  
cargado de olor de yodoformo y humo de cigarros--a  
consecuencia de dos  
cogidas; pero este mal recuerdo no le impresionaba.

En sus  
supersticiones de meridional sometido a continuos p  
eligros, pensaba que  
este hotel era «de buena sombra» y nada malo le ocu  
rriría en él.  
Percances del oficio; rasgones en el traje o en la  
carne; pero nada de  
caer para siempre, como habían caído otros camarada  
s, cuyo recuerdo  
turbaba sus mejores horas.

Gustaba en los días de corrida, después del tempran  
o almuerzo, de  
quedarse en el comedor contemplando el movimiento d  
e viajeros: gentes  
extranjeras o de lejanas provincias, rostros indife  
rentes que pasaban  
junto a él sin mirarle y luego volvíanse curiosos a  
l saber por los  
criados que aquel buen mozo de cara afeitada y ojos  
negros, vestido como  
un señorito, era Juan Gallardo, al que todos llamab  
an familiarmente el  
\_Gallardo\_, famoso matador de toros. En este ambien  
te de curiosidad  
distrecía la penosa espera hasta la hora de ir a la  
plaza. ¡Qué tiempo  
tan largo! Estas horas de incertidumbre, en las que  
vagos temores  
parecían emerger del fondo de su ánimo, haciéndole

dudar de sí mismo,  
eran las más amargas de la profesión. No quería salir a la calle,  
pensando en las fatigas de la corrida y en la precisión de mantenerse  
descansado y ágil; no podía entretenerse en la mesa,  
por la necesidad de  
comer pronto y poco para llegar a la plaza sin las pesadeces de la  
digestión.

Permanecía en la cabecera de la mesa con la cara entre las manos y una  
nube de perfumado humo ante los ojos, girando éstos de vez en cuando con  
cierta fatuidad para mirar a algunas señoras que contemplaban con  
interés al famoso torero.

Su orgullo de ídolo de las muchedumbres creía adivinar elogios y halagos  
en estas miradas. Le encontraban guapo y elegante. Y olvidando sus  
preocupaciones, con el instinto de todo hombre acostumbrado a adoptar  
una postura soberbia ante el público, erguía, sacudía con las uñas la  
ceniza del cigarro caída sobre sus mangas y arreglabase la sortija que  
llenaba toda la falange de uno de sus dedos, con un brillante enorme  
envuelto en nimbo de colores, cual si ardiesen con mágica combustión sus  
claras entrañas de gota de agua.

Sus ojos paseábanse satisfechos sobre su persona, admirando el terno de  
corte elegante, la gorra con la que andaba por el hotel caída en una  
silla cercana, la fina cadena de oro que cortaba la parte alta del  
chaleco de bolsillo a bolsillo, la perla de la corb

ata, que parecía  
iluminar con lechosa luz el tono moreno de su rostro, y los zapatos de  
piel de Rusia dejando al descubierto, entre su garganta y la boca del  
recogido pantalón, unos calcetines de seda calada y  
bordada como las  
medias de una cocota.

Un ambiente de perfumes ingleses suaves y vagorosos  
, esparcidos con  
profusión, emanaba de sus ropas y de las ondulaciones de su cabello  
negro y brillante, que Gallardo se atusaba sobre las sienes, adoptando  
una postura triunfadora ante la femenil curiosidad.  
Para torero no  
estaba mal. Sentíase satisfecho de su persona. ¡Otro más distinguido y  
con mayor «ángel» para las mujeres!...

Pero de pronto reaparecían sus preocupaciones, apagábase el brillo de  
sus ojos, y volvía a sumir la barba en las manos, chupando tenazmente el  
cigarro, con la mirada perdida en la nube de tabaco.  
. Pensaba  
codiciosamente en la hora del anochecer, deseando que  
viniese cuanto  
antes; en la vuelta de la plaza, sudoroso y fatigado, pero con la  
alegría del peligro vencido, los apetitos despiertos, una ansia loca de  
placer y la certeza de varios días de seguridad y descanso. Si Dios le  
protegía cual otras veces, iba a comer con el apetito de sus tiempos de  
hambre, se emborracharía un poco, iría en busca de cierta muchacha que  
cantaba en un \_music-hall\_, y a la que había visto en otro viaje, sin  
poder frecuentar su amistad. Con esta vida de conti

nuo movimiento de  
un lado a otro de la Península, no quedaba tiempo p  
ara nada.

Fueron entrando en el comedor amigos entusiastas qu  
e antes de ir a  
almorzar a sus casas deseaban ver al diestro. Eran  
viejos aficionados,  
ansiosos de figurar en una bandería y tener un ídol  
o, que habían hecho  
del joven Gallardo «su matador» y le daban sabios c  
onsejos, recordando a  
cada paso su antigua adoración por \_Lagartijo\_ o po  
r \_Fracuelo\_.  
Hablaban de tú al espada con protectora familiarida  
d, y éste les  
respondía anteponiendo el \_don\_ a sus nombres, con  
la tradicional  
separación de clases que existe aún entre el torero  
, surgido del  
subsuelo social, y sus admiradores. El entusiasmo d  
e aquellas gentes iba  
unido a remotas memorias, para hacer sentir al jove  
n diestro la  
superioridad de los años y de la experiencia. Habla  
ban de la «plaza  
vieja» de Madrid, donde sólo se conocieron toros y  
toreros de «verdad»;  
y aproximándose a los tiempos presentes, temblaban  
de emoción recordando  
al «negro». Este «negro» era \_Fracuelo\_.

--¡Si hubieses visto aquéllo!... Pero entonces tú y  
los de tu época  
estabais mamando o no habíais nacido.

Otros entusiastas iban entrando en el comedor, con  
mísero pelaje y cara  
famélica: revisteros oscuros en periódicos que sól  
o conocían los  
lidiadores a quienes se dirigían sus elogios y cens  
uras; gentes de

problemática profesión, que aparecían apenas circulaba la noticia de la llegada de Gallardo, asediándolo con elogios y peticiones de billetes.

El común entusiasmo confundía los otros señores, grandes comerciantes o funcionarios públicos, que discutían con ellos acaloradamente las cosas del toreo, sin sentirse intimidados por su aspecto de pedigüños.

Todos, al ver al espada, le abrazaban o le estrechaban la mano, con acompañamiento de preguntas y exclamaciones.

--Juanillo... ¿cómo sigue Carmen?

--Güena, gracias.

--¿Y la mamita? ¿La señora Angustias?

--Tan famosa, gracias. Está en \_La Rinconá\_.

--¿Y tu hermana y los sobrinillos?

--Sin noveá, gracias.

--¿Y el mamarracho de tu cuñado?

--Güeno también. Tan hablador como siempre.

--¿Y de familia nueva? ¿No hay esperanza?

--Na... Ni esto.

Hacía crujir una uña entre sus dientes con enérgica expresión negativa, y luego iba devolviendo sus preguntas al recién llegado, cuya vida ignoraba más allá de sus aficiones al toreo.

--¿Y la familia de usted, güena también?... Vaya, me  
alegro. Siéntese y  
tome argo.

Luego preguntaba por el aspecto de los toros que ib  
an a lidiarse dentro  
de unas horas, pues todos estos amigos venían de la  
plaza de presenciar  
el apartado y enchiqueramiento de las bestias; y co  
n una curiosidad  
profesional pedía noticias del Café Inglés, donde s  
e reunían muchos  
aficionados.

Era la primera corrida de la temporada de primavera  
, y los entusiastas  
de Gallardo mostraban grandes esperanzas, haciendo  
memoria de las  
reseñas que habían leído en los periódicos narrando  
sus triunfos  
recientes en otras plazas de España. Era el torero  
que tenía más  
contratas. Desde la corrida de Pascua de Resurrecci  
ón en Sevilla--la  
primera importante del año taurino--que andaba Gall  
ardo de plaza en  
plaza matando toros. Después, al llegar Agosto y Se  
ptiembre, tendría que  
pasar las noches en el tren y las tardes en los red  
ondeles, sin tiempo  
para descansar. Su apoderado de Sevilla andaba loco  
, asediado por cartas  
y telegramas, no sabiendo cómo armonizar tanta peti  
ción de contratas  
con las exigencias del tiempo.

La tarde anterior había toreado en Ciudad Real, y v  
estido aún con el  
traje de luces metiose en el tren, para llegar por  
la mañana a Madrid.  
Una noche casi en claro, durmiendo a ratos, encogid  
o en el pedazo de



asiento que le dejaron los pasajeros apretándose para dar algún descanso a aquel hombre que al día siguiente iba a exponer su vida.

Los entusiastas admiraban su resistencia física y el coraje temerario con que se lanzaba sobre los toros en el momento de matar.

--Vamos a ver qué haces esta tarde--decían con su fervor de creyentes--.  
La afición espera mucho de ti. Vas a quitar muchos moños... A ver si estás tan bueno como en Sevilla.

Fueron despidiéndose los admiradores, para almorzar en sus casas y llegar temprano a la corrida. Gallardo, viéndose solo, se dispuso a subir a su cuarto, a impulsos de la movilidad nerviosa que le dominaba.  
Un hombre llevando dos niños de la mano transpuso la mampara de cristales del comedor, sin prestar atención a las preguntas de los criados. Sonreía seráficamente al ver al torero, y avanzaba tirando de los pequeños, fijos los ojos en él, sin percatarse de dónde ponía los pies. Gallardo le reconoció.

--¿Cómo está usted, compare?

Y a continuación todas las preguntas de costumbre para enterarse de si la familia estaba buena. Luego, el hombre se volvió a sus hijos, diciéndoles con gravedad:

--Ahí le tenéis. ¿No estáis preguntando siempre por él?... Lo mismo que

en los retratos.

Y los dos pequeños contemplaron religiosamente al héroe tantas veces visto en las estampas que adornaban las habitaciones de su pobre casa: ser sobrenatural, cuyas hazañas y riquezas fueron su primera admiración al darse cuenta de las cosas de la vida.

--Juanillo, bésale la mano al padrino.

El más pequeño de los niños chocó contra la diestra del torero un hocico rojo, recién frotado por la madre con motivo de la visita. Gallardo le acarició la cabeza con distracción. Uno de los muchos ahijados que tenía en España. Los entusiastas le obligaban a ser padrino de pila de sus hijos, creyendo asegurar de este modo su porvenir. Exhibirse de bautizo en bautizo era una de las consecuencias de su gloria. Este ahijado le traía el recuerdo de su mala época, cuando empezaba la carrera, guardando al padre cierta gratitud por la fe que había puesto en él cuando todos le discutían.

--¿Y los negocios, compare?--preguntó Gallardo--. ¿Marchan mejor?

El aficionado torció el gesto. Iba viviendo gracias a sus corretajes en el mercado de la plaza de la Cebada: viviendo nada más. Gallardo miró compasivamente su triste pelaje de pobre endomingado.

--Ustedé querrá ver la corría, ¿eh, compare?... Suba a mi cuarto y que le

dé \_Garabato\_ una entrada... ¡Adiós, güen mozo!...  
Pa que os compréis  
una cosilla.

Y al mismo tiempo que el ahijado le besaba de nuevo  
la diestra, el  
matador entregó con la otra mano a los dos muchacho  
s un par de duros. El  
padre tiró de la prole con excusas de agradecimient  
o, no acertando a  
expresar en sus confusas razones si el entusiasmo e  
ra por el regalo a  
los niños o por el billete para la corrida que iba  
a entregarle el  
criado del diestro.

Gallardo dejó transcurrir algún tiempo, para no enc  
ontrarse en su cuarto  
con el entusiasta y sus hijos. Luego miró el reloj.  
¡La una! ¡Cuánto  
tiempo faltaba para la corrida!...

Al salir del comedor y dirigirse a la escalera, una  
mujer envuelta en un  
mantón viejo salió de la portería del hotel, cerrán  
dole el paso con  
resuelta familiaridad, sin hacer caso de las protes  
tas de los  
dependientes.

--¡Juaniyo!... ¡Juan! ¿No me conoses?... Soy la \_Ca  
racola\_, la seña  
Dolores, la mare del probesito \_Lechuguero\_.

Gallardo sonrió a la vieja, negruzca, pequeña y arr  
ugada, con unos ojos  
intensos de brasa, ojos de bruja, habladora y vehem  
ente. Al mismo  
tiempo, adivinando la finalidad de toda su palabrer  
ía, se llevó una mano  
al chaleco.

--¡Misericordias, hijo! ¡Proveas y agonías!... Denque supuere que toreabas hoy,  
me dije: «Vamos a ver a Juaniyo, que no habrá olvidado a la madre de su  
probesito compañero...» Pero ¡qué guapo estás, gitanito! Así se van las  
mujeres toítas detrás de ti, condenado... Yo, muy malo, hijo. Ni camisa  
hevo. Entoavía no ha entrado hoy por mi boca mas que un poco de Cazaya.  
Me tienen por lástima en casa de la \_Pepona\_, que es de allá... de la  
tierra. Una casa muy decente: de a cinco duros. Ven por allí, que te  
apresian de veras. Peino a las chicas y hago recaos a los señores...  
¡Ay, si viviera mi prove hijo! ¿Te acuerdas de Pepiyo?... ¿Te acuerdas  
de la tarde en que murió?...

Gallardo, luego de poner un duro en su seca mano, pugnaba por huir de  
esta charla, que comenzaba a temblar con estremecimientos de llanto.  
¡Maldita bruja! ¡Venir a recordarle en día de corrida al pobre  
\_Lechuguero\_, camarada de los primeros años, al que había visto morir  
casi instantáneamente de una cornada en el corazón en la plaza de  
Lebrija, cuando los dos toreaban como novilleros! ¡Vieja de peor  
sombra!... La empujó, y ella, pasando del enternecimiento a la alegría  
con una inconsciencia de pájaro, prorrumpió en requiebros entusiastas a  
los mozos valientes, a los buenos toreros que se llevaban el dinero de los  
públicos y el corazón de las hembras.

--¡La reina de las Españas te mereces, hermoso!... Ya puede tener los

ojiyos bien abiertos la señá Carmen. El mejor día t  
e roba una gachí y no  
te degüerve... ¿No me darías un billete pa esta tar  
de, Juaniyo? ¡Con las  
ganas que tengo de verte matá, resalao!...

Los gritos de la vieja y sus entusiastas arrumacos,  
haciendo reír a los  
empleados del hotel, rompieron la severa consigna q  
ue retenía en la  
puerta de la calle a un grupo de curiosos y pedigüe  
ños, atraídos por la  
presencia del torero. Atropellando mansamente a los  
criados, se coló en  
el vestíbulo una irrupción de mendigos, de vagos y  
de vendedores de  
periódicos.

Los pilluelos, con los paquetes de impresos bajo un  
brazo, se quitaban  
la gorra, saludando con entusiástica familiaridad.

--¡El \_Gallardo\_! ¡Olé el \_Gallardo\_!... ¡Vivan los  
hombres!

Los más audaces le cogían una mano, se la estrechab  
an fuertemente y la  
agitaban en todas direcciones, deseosos de prolonga  
r lo más posible este  
contacto con el grande hombre nacional, al que habí  
an visto retratado en  
los papeles públicos. Luego, para hacer partícipes  
de esta gloria a los  
compañeros, les invitaban rudamente.

--¡Chócale la mano! No se enfada. ¡Si es de lo más  
simpático!...

Y les faltaba poco, en su respeto, para arrodillars  
e ante el matador.  
Otros curiosos, de barba descuidada, vestidos con r  
opas viejas que

habían sido elegantes en su origen, movían los rotos  
zapatos en torno  
del ídolo e inclinaban hacia él sus sombreros grasi-  
entos, hablándole en  
voz baja, llamándole «don Juan», para diferenciarse  
de la entusiasta e  
irreverente golfería. Al hablarle de sus miserias s-  
olicitaban una  
limosna, o, más audaces, le pedían, en nombre de su  
afición, un billete  
para la corrida, con el propósito de revenderlo inm-  
ediatamente.

Gallardo se defendió riendo de esta avalancha que l-  
e empujaba y oprimía,  
sin que bastasen a libertarle los dependientes del  
hotel, intimidados  
por el respeto que inspira la popularidad. Rebuscó  
en todos sus  
bolsillos hasta dejarlos limpios, distribuyendo a c-  
iegas las piezas de  
plata entre las manos ávidas y en alto.

--Ya no hay más. ¡Se acabó el carbón!... ¡Dejadme,  
guasones!

Fingiéndose enfadado por esta popularidad que le ha-  
lagaba, abriose paso  
con un impulso de sus músculos de atleta, y se salv-  
ó escalera arriba,  
saltando los peldaños con agilidad de lidiador, mie-  
ntras los criados,  
libres ya de respetos, barrían a empujones el grupo  
hacia la calle.

Pasó Gallardo ante el cuarto que ocupaba \_Garabato\_  
, y vio a su criado  
por la puerta entreabierta, entre maletas y cajas,  
preparando el traje  
para la corrida.

Al encontrarse solo en su pieza, sintió que se desv-

anecía  
instantáneamente la alegre excitación causada por la  
avalancha de  
admiradores. Llegaban los malos momentos de los días  
de corrida; la  
incertidumbre de las últimas horas antes de marchar  
a la plaza. ¡Toros  
de Miura, y el público de Madrid!... El peligro, que  
se vio de cerca  
parecía embriagarle, acrecentando su audacia, angustia-  
bale ahora, al  
quedar solo, como algo sobrenatural, pavoroso por su  
misma  
incertidumbre.

Sentíase anonadado, como si de pronto cayesen sobre  
él las fatigas de  
la mala noche anterior. Tuvo deseos de tenderse en  
una de las camas que  
ocupaban el fondo de la habitación, pero otra vez la  
inquietud por lo  
que le aguardaba, incierto y misterioso, desvaneció  
su somnolencia.

Anduvo inquieto por la habitación y encendió otro ha-  
bano en los restos  
del que acababa de consumir.

¿Cómo sería para él la temporada de Madrid que iba  
a comenzar? ¿Qué  
dirían sus enemigos? ¿Cómo quedarían los rivales de  
profesión?...  
Llevaba muertos muchos miuras: al fin unos toros co-  
mo los demás; pero  
pensaba en los camaradas caídos en el redondel, casi  
todos víctimas de  
los animales de esta ganadería. ¡Dichosos miuras! Por  
algo él y los  
otros espadas ponían en sus contratas mil pesetas más  
cuando habían de  
lidar este ganado.

Siguió vagando por la habitación con paso nervioso. Deteníase para contemplar estúpidamente objetos conocidos que pertenecían a su equipaje, y después se dejaba caer en un sillón, como si le acometiese repentina flojedad. Varias veces miró su reloj. Aún no eran las dos. ¡Con qué lentitud pasaba el tiempo!

Deseaba, como un remedio para sus nervios, que llegase cuanto antes la hora de vestirse y marchar a la plaza. La gente, el ruido, la curiosidad popular, el deseo de mostrarse sereno y alegre ante la admiración pública, y sobre todo la cercanía del peligro real y corpóreo, borraban instantáneamente esta angustia del aislamiento, en la cual, el espada, viéndose sin el auxilio de las excitaciones externas, se encontraba con algo semejante al miedo.

La necesidad de distraerse le hizo rebuscar en el bolsillo interior de su americana, sacando junto con la cartera un sobrecito que despedía suave e intenso perfume. De pie junto a una ventana, por la que entraba la turbia claridad de un patio interior, contempló el sobre que le habían entregado al llegar al hotel, admirando la elegancia de los caracteres en que estaba escrita la dirección, finos y esbeltos.

Luego sacó el pliego, aspirando con deleite su perfume indefinible. ¡Oh! Las personas de alto nacimiento y que han viajado mucho, ¡cómo revelan su señorío inimitable hasta en los menores detalles



!...

Gallardo, como si llevase en su cuerpo el acre hedor de miseria de los primeros años, se perfumaba con una abundancia escandalosa. Sus enemigos se burlaban del atlético mocetón, llegando en su apasionamiento a calumniar la integridad de su sexo. Los admiradores sonreían ante esta debilidad, pero muchas veces tenían que volver la cara, como mareados por el excesivo olor del diestro. Toda una perfumería le acompañaba en sus viajes, y las esencias más femeniles ungían su cuerpo al descender a la arena, entre caballos muertos, tripajes sueltos y boñigas revueltas con sangre. Ciertas cocotas entusiastas, a las que conoció en un viaje a las plazas del Sur de Francia, le habían dado el secreto de mezclas y combinaciones de extraños perfumes; pero ¡aquella esencia de la carta, que era la misma de la persona que la había escrito ! ¡aquel olor misterioso, fino e indefinible, que no podía imitarse, que parecía emanar del aristocrático cuerpo, y que él llamaba «olor de señora»!...

Leyó y relejó la carta con una sonrisa beatífica, de deleite y de orgullo. No era gran cosa: media docena de renglones; un saludo desde Sevilla, deseándole mucha suerte en Madrid; una felicitación anticipada por sus triunfos. Podía extraviarse la tal carta sin compromiso alguno para la mujer que la firmaba. «Amigo Gallardo» al principio, con una letra elegante que parecía cosquillear los ojos del

torero, y al final  
«su amiga Sol»; todo en un estilo fríamente amistoso, tratándole de usted, con un amable tono de superioridad, como si las palabras no fuesen de igual a igual y descendiesen misericordiosas desde lo alto.

El torero, al contemplar la carta con su adoración de hombre del pueblo poco versado en la lectura, no podía evitar cierto sentimiento de molestia, como si se viese despreciado.

--¡Esta gachí!--murmuró--. ¡Esta mujer!... No hay quien la desmonte.  
¡Mia tú que hablarme de usté!... ¡Usté! ¡Y a mí!...

Pero los buenos recuerdos le hicieron sonreír satisfecho. El estilo frío era para las cartas: costumbres de gran señora, preocupaciones de dama que había corrido mucho mundo. Su molestia se trocaba en admiración.

--¡Lo que sabe esta mujer! ¡Vaya un bicho de cuidao!...

Y en su sonrisa asomaba una satisfacción profesional, un orgullo de domador que, al apreciar la fuerza de la fiera vencida, alaba su propia gloria.

Mientras Gallardo admiraba la carta, entraba y salía a su criado \_Garabato\_ llevando ropas y cajas, que dejaba sobre una cama.

Era un mozo silencioso en sus movimientos y ágil de manos, que parecía

no reparar en la presencia del matador. Hacía algunos años que acompañaba al diestro en todas sus correrías como «mozo de estoques». Había comenzado en Sevilla toreando en las capeas a l mismo tiempo que Gallardo; pero los malos golpes estaban reservados para él, así como los adelantos y la gloria para su compañero. Pequeño, negruzco y de pobre musculatura, una cicatriz tortuosa y mal unida cortaba cual blancuzco garabato su cara arrugada y flácida de viejo. Era una cornada que le había dejado casi muerto en la plaza de un pueblo, y a esta herida atroz había que añadir otras que desfiguraban las partes ocultas de su cuerpo.

Por milagro salió con vida de sus aficiones de lidiador; y lo más cruel era que las gentes reían de sus desgracias, encontrando un placer en verle pateado y destrozado por los toros. Al fin, su torpeza testaruda cedió ante la desgracia, conformándose con ser el acompañante, el criado de confianza de su antiguo camarada. Era el más ferviente admirador de Gallardo, aunque abusaba de las confianzas de la intimidad, permitiéndose advertencias y críticas. De encontrar se él en la piel del maestro, lo hubiese hecho mejor en ciertos momentos. Los amigos de Gallardo hallaban motivos de risa en las ambiciones fracasadas del mozo de estoques, pero él no prestaba atención a las bur-las. ¿Renunciar a los toros?... Jamás. Para que no se extinguiese del todo la memoria de su

pasado, peinábase el recio pelo en brillantes tufos sobre las orejas y conservaba luengo en el occipucio el sagrado mechón, la coleta de los tiempos juveniles, signo profesional que le distinguía de los otros mortales.

Cuando Gallardo se enfadaba con él, su cólera ruidosa de impulsivo amenazaba siempre a este adorno capilar.

--¿Y tú gastas coleta, sinvergüenza?... Te voy a cortar ese rabo de rata, ¡desahogao! ¡maleta!

\_Garabato\_ acogía con resignación estas amenazas, pero se vengaba de ellas encerrándose en un silencio de hombre superior, contestando con encogimientos de hombros a la alegría del maestro cuando éste, al volver de la plaza en una tarde feliz, preguntaba con satisfacción infantil:

--¿Qué te ha paresío? ¿Verdá que estuve güeno?

De la camaradería juvenil guardaba el privilegio de tutear al amo. No podía hablar de otro modo al maestro; pero el tú iba acompañado de un gesto grave, de una expresión de ingenuo respeto. Su familiaridad era semejante a la de los antiguos escuderos con los buscadores de aventuras.

Torero desde el cuello al cogote, el resto de su persona tenía a la vez de sastre y ayuda de cámara. Vestido con un terno de paño inglés, regalo del señor, llevaba las solapas cubiertas de alfiler

es e imperdibles y  
clavadas en una manga varias agujas enhebradas. Sus  
manos secas y  
obscuras tenían una suavidad femenil para manejar y  
arreglar los  
objetos.

Cuando hubo colocado sobre la cama todo lo necesari  
o para la vestimenta  
del maestro, pasó revista a los numerosos objetos,  
convenciéndose de que  
nada faltaba. Luego se plantó en el centro del cuar  
to, y sin mirar a  
Gallardo, como si hablase consigo mismo, dijo con v  
oz bronca y cerrado  
acento:

--¡Las dó!

Gallardo levantó la cabeza nerviosamente, como si n  
o se hubiese  
percatado hasta entonces de la presencia de su cria  
do. Guardó la carta  
en el bolsillo y aproximose con cierta pereza hacia  
el fondo del cuarto,  
como si quisiera retardar el momento de vestirse.

--¿Está too?...

Pero de pronto, su cara pálida se coloreó con un ge  
sto violento. Sus  
ojos se abrieron desmesuradamente, como si acabase  
de sufrir el choque  
de una sorpresa pavorosa.

--¿Qué traje has sacao?

\_Garabato\_ señaló a la cama, pero antes de que pudi  
ese hablar, la cólera  
del maestro cayó sobre él, ruidosa y terrible.

--¡Mardita sea! Pero ¿es que no sabes na de las cos

as del ofisio? ¿Es  
que vienes de segar?... Corría en Madrid, toros de  
Miura, y me pones el  
traje rojo, el mismo que llevaba el pobre Manuel el  
\_Espartero\_... ¡Ni  
que fueras mi enemigo, so sinvergüenza! ¡Paece como  
que desees mi  
muerte, malaje!

Y su cólera agrandábase así como iba considerando l  
a enormidad de este  
descuido, que equivalía a un reto a la mala suerte.  
¡Torear en Madrid  
con traje rojo después de lo pasado!... Chispeaban  
sus ojos con fuego  
hostil, como si acabase de recibir un ataque traici  
onero; se coloreaban  
sus córneas, y parecía próximo a caer sobre el pobr  
e \_Garabato\_ con sus  
rudas manazas de matador.

Un discreto golpe en la puerta del cuarto cortó est  
a escena.

--Adelante.

Entró un joven vestido de claro, con roja corbata,  
y llevando el fieltro  
cordobés en una mano ensortijada de gruesos brillan  
tes. Gallardo le  
reconoció al momento, con esa facilidad que tienen  
para recordar los  
rostros cuantos viven sujetos a las muchedumbres.

Pasó, de golpe, de la cólera a una amabilidad sonri  
ente, como si  
experimentase dulce sorpresa con la visita. Era un  
amigo de Bilbao, un  
aficionado entusiasta, partidario de su gloria. Est  
o era todo lo que  
podía recordar. ¿Pero el nombre? ¡Conocía a tantos!  
¿Cómo se llamaba?...

Lo único que sabía ciertamente era que debía tutearle, pues entre los dos existía una antigua amistad.

--Siéntate. ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo has venío? ¿La familia güena?

Y el admirador se sentó, con la satisfacción de un devoto que entra en el santuario del ídolo, dispuesto a no moverse de allí hasta el último instante, recreándose al recibir el tuteo del maestro, y llamándole Juan a cada dos palabras, para que muebles, paredes y cuantos pasasen por el inmediato corredor pudieran enterarse de su intimidación con el grande hombre. Había llegado por la mañana de Bilbao, y regresaba al día siguiente. Un viaje nada más que para ver a Gallardo. Había leído sus grandes éxitos: bien empezaba la temporada. La tarde sería buena. Por la mañana había estado en el apartado, fijándose en un bicho retinto, que indudablemente daría mucho juego en manos de Gallardo...

Pero el maestro cortó con cierta precipitación estas profecías del aficionado.

--Con permiso, dispénsame; ahora mismo güervo.

Y salió del cuarto, dirigiéndose a una puertecilla sin número, en el fondo del pasillo.

--¿Qué traje pongo?--preguntó \_Garabato\_ con voz que aún parecía más bronca por el deseo de mostrarse sumiso.

--El verde, el tabaco, el azul, el que te dé la gana.

Y Gallardo desapareció tras la puertecilla, mientras el servidor, viéndose libre de su presencia, sonreía con malicia vengadora. Conocía este rápido escape al llegar el momento de vestirse. La «meada del miedo», según decían los del oficio. Y su sonrisa expresaba satisfacción al ver una vez más que los grandes hombres del arte, los valientes, sufrían las angustias de una doble necesidad, producto de la emoción, lo mismo que él en los tiempos que descendía a los redondeles de los pueblos.

Mucho rato después, cuando volvió Gallardo a su pieza, resignado a no sufrir necesidades dentro de su traje de lidia, encontró a un nuevo visitante. Era el doctor Ruiz, médico popular, que llevaba treinta años firmando los partes facultativos de todas las cogidas y curando a cuantos toreros caían heridos en la plaza de Madrid.

Gallardo le admiraba,teniéndole por el más alto representante de la ciencia universal, al mismo tiempo que se permitía cariñosas bromas sobre su carácter bondadoso y el descuido de su persona. Su admiración era la misma del populacho, que sólo reconoce la sabiduría de un hombre mal pergeñado y con rarezas de carácter que le diferencien de los demás.

Era de baja estatura y prominente abdomen, la cara



ancha, la nariz algo  
aplastada, y una barba en collar, de un blanco sucio  
y amarillento, todo  
lo cual le daba lejana semejanza con la cabeza de Sócrates. Al estar de  
pie, su vientre abultado y flácido parecía moverse  
con las palabras  
dentro del amplio chaleco; al sentarse, subíasele esta  
parte de su  
organismo sobre el flaco pecho. Las ropas, manchadas  
y viejas a poco de  
usarlas, parecían flotar como prendas ajenas sobre  
su cuerpo inarmónico,  
obeso en las partes dedicadas a la digestión y pobre  
en las destinadas  
al movimiento.

--Es un bendito--decía Gallardo--. Un sabio... un chiflao, güeno como el  
pan, y que nunca tendrá una peseta... Da lo que tiene  
y toma lo que  
quieren darle.

Dos grandes pasiones animaban su vida: la revolución  
y los toros; una  
revolución vaga y tremenda que había de venir, no dejando  
en Europa nada  
de lo existente; un republicanismo anarquista que no  
se tomaba la pena  
de explicar, y sólo era claro en sus negaciones exterminadoras. Los  
toreros le hablaban como a un padre; él los tuteaba  
a todos, y bastaba  
un telegrama llegado de cualquier punto extremo de  
la Península, para  
que al momento el buen doctor tomase el tren y fuese  
a curar la cornada  
recibida por uno de sus «chicos», sin más esperanza  
de recompensa que lo  
que buenamente quisieran darle.

Al ver a Gallardo después de larga ausencia, lo abra

azó, estrujando su  
flácido abdomen contra aquel cuerpo que parecía de  
bronce. ¡Olé los  
buenos mozos! Encontraba al espada mejor que nunca.

--¿Y cómo va eso de la República, doctó? ¿Cuándo vi  
ene?--preguntó  
Gallardo con sorna andaluza--. El \_Nacional\_ dice q  
ue ya está al caer;  
que será un día de estos.

--¿Y a ti qué te importa, guasón? Deja en paz al po  
bre \_Nacional\_. Más  
le valdría banderillear mejor. A ti lo que debe int  
eresarte es seguir  
matando toros como el mismísimo Dios... ¡Buena tard  
ecita se prepara! Me  
han dicho que el ganado...

Pero al llegar aquí, el joven que había visto el ap  
artado y deseaba dar  
noticias interrumpió al doctor para hablar de un to  
ro retinto que «le  
había dado en el ojo», y del que esperaba las mayor  
es proezas. Los dos  
hombres, que habían permanecido largo rato solos en  
el cuarto y  
silenciosos después de saludarse, quedaron frente a  
frente, y Gallardo  
creyó necesaria una presentación. Pero ¿cómo se lla  
maría aquel amigo al  
que hablaba de tú?... Se rascó la cabeza, frunciend  
o las cejas con  
expresión reflexiva; pero su indecisión fue corta.

--Oye, tú: ¿cómo es tu gracia? Perdona... ya ves, ¡  
con tanta gente!...

El joven ahogó bajo una sonrisa de aprobación su de  
sencanto al verse  
olvidado del maestro y dio su nombre. Gallardo, al

oírle, sintió que el pasado venía de golpe a su memoria, y reparó el olvido añadiendo tras el nombre: «rico minero de Bilbao». Luego presentó al «famoso doctor Ruiz»; y los dos hombres, como si se conociesen toda la vida, unidos por el entusiasmo de la común afición, comenzaron a charlar sobre el ganado de la tarde.

--Siéntense ustés--dijo Gallardo señalando un sofá en el fondo de la habitación--. Ahí no estorban. Hablen y no se ocupen de mí. Voy a vestirme. ¡Me parece que entre hombres!...

Y se despojó de su traje, quedando en ropas interiores. Sentado en una silla, en medio del arco que separaba el saloncito de la alcoba, se entregó en manos de \_Garabato\_, el cual había abierto un saco de cuero de Rusia, sacando de él un neceser casi femenino para el aseo del maestro.

A pesar de que éste iba cuidadosamente afeitado, volvió a enjabonarle la cara y a pasar la navaja por sus mejillas con la celeridad del que está habituado a una misma faena diariamente. Luego de lavarse, volvió Gallardo a ocupar su asiento. El criado inundó su pelo de brillantina y esencias, peinándolo en bucles sobre la frente y las sienes; después emprendió el arreglo del signo profesional: la sagrada coleta.

Peinó con cierto respeto el largo mechón que coronaba el occipucio del

maestro, lo trenzó, e interrumpiendo la operación, lo fijó con dos horquillas en lo alto de la cabeza, dejando su arreglo definitivo para más adelante. Había que ocuparse ahora de los pies, y despojó al lidiador de sus calcetines, dejándole sin más ropas que una camiseta y unos calzones de punto de seda.

La recia musculatura de Gallardo marcábase bajo estas ropas con vigorosas hinchazones. Una oquedad en un muslo delataba la profunda cicatriz, la carne desaparecida bajo una cornada. Sobre la piel morena de los brazos marcábanse con manchas blancas los vestigios de antiguos golpes. El pecho, obscuro y limpio de vello, estaba cruzado por dos líneas irregulares y violáceas, que eran también recuerdo de sangrientos lances. En un tobillo, la carne tenía un tinte violáceo, con una depresión redonda, como si hubiese servido de molde a una moneda. Aquel organismo de combate exhalaba un olor de carne limpia y brava mezclado con fuertes perfumes de mujer.

\_Garabato\_, con un brazo lleno de algodones y blancos vendajes, se arrodilló a los pies del maestro.

--Lo mismo que los antiguos gladiadores--dijo el doctor Ruiz, interrumpiendo su conversación con el bilbaíno--. Estás hecho un romano, Juan.

--La edá, doctó--contestó el espada con cierta melancolía--. Nos hacemos

viejos. Cuando yo peleaba con los toros y con el hambre no necesitaba de esto, y tenía pies de hierro en las capeas.

\_Garabato\_ introdujo entre los dedos del maestro pequeñas vedijas de algodón; luego cubrió las plantas y la parte superior de los pies con una planchuela de esta blanda envoltura, y tirando de las vendas comenzó a envolverlos en apretadas espirales, lo mismo que aparecen envueltas las antiguas momias. Para fijar esta operación, echó mano de las agujas enhebradas que llevaba en una manga y cosió minuciosamente los extremos de los vendajes.

Gallardo golpeó el suelo con los pies apretados, que parecían más firmes dentro de su blanda envoltura. Sentíalos en este encierro fuertes y ágiles. El criado se los introdujo en altas medias que le llegaban a mitad del muslo, gruesas y flexibles como polainas, única defensa de las piernas bajo la seda del traje de lidia.

--Cuida de las arrugas... Mira, \_Garabato\_, que no me gusta yevar bolsas.

Y él mismo, puesto de pie, intentaba verse por las dos caras en un espejo cercano, agachándose para pasar las manos por las piernas y borrar las arrugas. Sobre las medias blancas \_Garabato\_ introdujo las de seda color rosa, las únicas que quedaban visibles en el traje de torero. Luego, Gallardo metió sus pies en las zapatillas, escogiéndolas entre

varios pares que \_Garabato\_ había puesto sobre un c  
ofre, todas con la  
suela blanca, completamente nuevas.

Ahora comenzaba realmente la tarea de vestirse. El  
criado le ofreció los  
calzones de lidia cogidos por sus extremos: dos per  
nales de seda color  
tabaco con pesados bordados de oro en sus costuras.  
Gallardo se  
introdujo en ellos, quedando pendientes sobre sus p  
ies los gruesos  
cordones que cerraban las extremidades, rematados p  
or borlajes de oro.  
Estos cordones, que apretaban el calzón por debajo  
de la rodilla,  
congestionando la pierna con un vigor artificial, s  
e llamaban los  
«machos».

Gallardo recomendó a su criado que apretase sin mie  
do, hinchando al  
mismo tiempo los músculos de sus piernas. Esta oper  
ación era una de las  
más importantes. Un matador debe llevar bien apreta  
dos los «machos». Y  
\_Garabato\_, con ágil presteza, dejó convertidos en  
pequeños colgantes  
los cordones enrollados e invisibles bajo los extre  
mos del calzón.

El maestro se metió en la fina camisa de batista qu  
e le ofrecía el  
criado, con rizadas guirindolas en la pechera, suav  
e y transparente como  
una prenda femenil. \_Garabato\_, luego de abrocharla  
, hizo el nudo de la  
larga corbata, que descendía como una línea roja, p  
artiendo la pechera,  
hasta perderse en el talle del calzón. Quedaba lo m  
ás complicado de la  
vestimenta, la faja, una banda de seda de más de cu

atro metros, que  
parecía llenar toda la habitación, manejándola \_Garabato\_ con la  
maestría de la costumbre.

El espada fue a colocarse junto a sus amigos, al otro lado del cuarto, y  
fijó en su cintura uno de los extremos.

--A ver: mucha atención--dijo a su criado--. Que haga su poquiyo de  
habiliá.

Y dando vueltas lentamente sobre sus talones, fue a proximándose al  
criado, mientras la faja, sostenida por éste, se arrollaba a su cintura  
en curvas regulares, que iban dando al talle mayor esbeltez. \_Garabato\_,  
con rápidos movimientos de mano, cambiaba la posición de la banda de  
seda. En unas vueltas la faja se arrollaba doblada, en otras  
completamente abierta, y toda ella ajustábase al talle del matador,  
lisa y como de una pieza, sin arrugas ni salientes.  
En el curso del  
viaje rotatorio, Gallardo, escrupuloso y descontentadizo en el arreglo  
de su persona, detenía su movimiento de traslación para retroceder dos o  
tres vueltas, rectificando el trabajo.

--No está bien--decía con mal humor--. ¡Mardita sea!  
!... ¡Pon cuidao,  
\_Garabato\_!

Después de muchos altos en el viaje, Gallardo llegó al final, llevando  
en la cintura toda la pieza de seda. El ágil mozo había cosido y puesto  
imperdibles y alfileres en todo el cuerpo del maest

ro, convirtiendo sus  
vestiduras en una sola pieza. Para salir de ellas d  
ebía recurrir el  
torero a las tijeras y a manos extrañas. No podría  
despojarse de una  
sola de sus prendas hasta volver al hotel, a no ser  
que lo hiciese un  
toro en plena plaza y acabasen de desnudarlo en la  
enfermería.

Sentose Gallardo otra vez y \_Garabato\_ la emprendió  
con la coleta,  
librándola del sostén de las horquillas y uniéndola  
a la moña, falso  
rabo con negra escarapela que recordaba la antigua  
redecilla de los  
primeros tiempos del toreo.

El maestro, como si quisiera retardar el momento de  
encerrarse  
definitivamente en el traje, desperezábase, pedía a  
\_Garabato\_ el  
cigarro que había abandonado sobre la mesita de noc  
he, preguntaba la  
hora, creyendo que todos los relojes iban adelantad  
os.

--Aún es pronto... Entoavía no han yegao los chicos  
... No me gusta ir  
temprano a la plaza. ¡Le dan a uno cada lata cuando  
está allí  
esperando!...

Un criado del hotel anunció que esperaba abajo el c  
arruaje con la  
cuadrilla.

Era la hora. No había pretexto para retardar el mom  
ento de la partida.  
Se puso sobre la faja el chaleco de borlaje de oro,  
y encima de éste la  
chaquetilla, una pieza deslumbrante, de enormes rea



lces, pesada cual una  
armadura y fulguradora de luz como un ascua. La seda  
a color de tabaco  
sólo quedaba visible en la parte interna de los bra  
zos y en dos  
triángulos de la espalda. Casi toda la pieza desapa  
recía bajo la gruesa  
capa de muletillas y bordados de oro formando flore  
s con piedras de  
color en sus corolas. Las hombreras eran pesadísimos  
bloques de áureo  
bordado, de las que pendían arambeles del mismo met  
al. El oro se  
prolongaba hasta en los bordes de la pieza, formand  
o compactas franjas  
que se estremecían a cada paso. En la boca dorada d  
e los bolsillos  
asomaban las puntas de dos pañuelos de seda, rojos  
como la corbata y la  
faja.

--La montera.

\_Garabato\_ sacó con gran cuidado de una caja ovalad  
a la montera de  
lidia, negra y rizada, con sus dos borlas pendiente  
s a modo de orejas de  
pasamanería. Gallardo se cubrió con ella, cuidando  
de que la moña  
quedase al descubierto, pendiendo simétricamente so  
bre la espalda.

--El capote.

De encima de una silla cogió \_Garabato\_ el capote l  
lamado de paseo, la  
capa de gala, un manto principesco de seda del mism  
o color que el traje  
y tan cargado como éste de bordados de oro. Gallard  
o se lo puso sobre un  
hombro y se miró al espejo, satisfecho de sus prepa  
rativos. No estaba

mal... ¡A la plaza!

Sus dos amigos se despidieron apresuradamente, para tomar un coche y seguirle. \_Garabato\_ se metió bajo un brazo un gran lío de trapos rojos, por cuyos extremos asomaban las empuñaduras y contenas de varias espadas.

Al descender Gallardo al vestíbulo del hotel, vio la calle ocupada por numeroso y bullente gentío, como si acabase de ocurrir un gran suceso. Además, llegó hasta él el zumbido de la muchedumbre que permanecía oculta más allá del rectángulo de la puerta.

Acudió el dueño del hotel y toda su familia con las manos tendidas, como si le despidieran para un largo viaje.

--¡Mucha suerte! ¡Que le vaya a usted bien!

Los criados, suprimiendo las distancias a impulsos del entusiasmo y la emoción, también le estrechaban la diestra.

--¡Buena suerte, don Juan!

Y él volvíase a todos lados sonriente, sin dar importancia a la cara de espanto de las señoras del hotel.

--Gracias, muchas gracias. Hasta luego.

Era otro. Desde que se había puesto sobre un hombro su capa deslumbrante, una sonrisa desenfadada iluminaba su rostro. Estaba pálido, con una palidez sudorosa semejante a la de los enfermos; pero

reía, satisfecho de vivir y de marchar hacia el público, adoptando su nueva actitud con la facilidad instintiva del que necesita un gesto para mostrarse ante la muchedumbre.

Contoneábase con arrogancia, chupando el puro que llevaba en la mano izquierda; movía las caderas al andar bajo su hermosa capa, pisando fuerte, con una petulancia de buen mozo.

--¡Vaya, cabayeros... dejen ustés paso! Muchas gracias, muchas gracias.

Y procuraba librar su traje de sucios contactos al abrirse camino entre una muchedumbre de gentes mal vestidas y entusiastas que se agolpaban a la puerta del hotel. No tenían dinero para ir a la corrida, pero aprovechaban la ocasión de dar la mano al famoso Gallardo o tocar siquiera algo de su traje.

Junto a la acera aguardaba un coche tirado por cuatro mulas vistosamente enjaezadas con borlajes y cascabeles. \_Garabato\_ se había izado ya en el pescante con su lío de muletas y espadas. En el interior estaban tres toreros con la capa sobre las rodillas, vistiendo trajes de colores vistosos, bordados con igual profusión que el del maestro, pero sólo de plata.

Gallardo, entre empujones de la ovación popular, teniendo que defenderse con los codos de las ávidas manos, llegó al estribo del carruaje, siendo ayudado en su ascensión por un ent

usiasmo que le  
acariciaba el dorso con violentos contactos.

--Buenas tardes, cabayeros--dijo brevemente a los d  
e su cuadrilla.

Se sentó atrás, junto al estribo, para que todos pu  
dieran contemplarle,  
y sonrió, contestando con movimientos de cabeza a l  
os gritos de algunas  
mujeres desarrapadas y al corto aplauso que iniciar  
on los chicuelos  
vendedores de periódicos.

El carruaje arrancó con todo el ímpetu de las valie  
ntes mulas, llenando  
la calle de alegre cascabeleo. La muchedumbre se ab  
ría para dejar paso a  
las bestias, pero muchos se abalanzaron al carruaje  
como si quisieran  
caer bajo sus ruedas. Agitábanse sombreros y baston  
es: un  
estremecimiento de entusiasmo corrió por el gentío;  
uno de esos  
contagios que agitan y enloquecen a las masas en ci  
ertas horas, haciendo  
gritar a todos sin saber por qué:

--¡Olé los hombres valientes!... ¡Viva España!

Gallardo, siempre pálido y risueño, saludaba, repit  
iendo «muchas  
gracias», conmovido por el contagio del entusiasmo  
popular y orgulloso  
de su valer, que unía su nombre al de la patria.

Una manga de «golfos» y greñudas chicuelas siguió a  
l coche a todo correr  
de sus piernas, como si al final de la loca carrera  
les esperase algo  
extraordinario.

Desde una hora antes, la calle de Alcalá era a modo de un río de carruajes entre dos orillas de apretados peatones que marchaban hacia el exterior de la ciudad. Todos los vehículos, antiguos y modernos, figuraban en esa emigración pasajera, revuelta y ruidosa: desde la antigua diligencia, salida a luz como un anacronismo, hasta el automóvil. Los tranvías pasaban atestados, con racimos de gente desbordando de sus estribos. Los ómnibus cargaban pasajeros en la esquina de la calle de Sevilla, mientras en lo alto voceaba el conductor: «¡A la plaza! ¡a la plaza!» Trotaban con alegre cascabeleo las mulas emborladas tirando de carruajes descubiertos con mujeres puestas de mantilla blanca y encendidas flores; a cada instante sonaba una exclamación de espanto viendo salir incólume, con agilidad simiesca, de entre las ruedas de un carruaje, algún chicuelo que pasaba a saltos de una acera a otra, desafiando la veloz corriente de vehículos. Gruñían las trompas de los automóviles; gritaban los cocheros; pregonaban los vendedores de papeles la hoja con la estampa e historia de los toros que iban a lidiarse, o los retratos y biografías de los toreros famosos, y de vez en cuando una explosión de curiosidad hincha el sordo zumbido de la muchedumbre. Entre los oscuros jinetes de la Guardia municipal pasaban vistosos caballeros sobre flacos y míseros rocines, con las piernas enfundadas de amarillo, doradas chaquetas y anchos sombreros de

castor con gruesa borla a guisa de escarapela. Eran los picadores, rudos jinetes de aspecto montaraz, llevando encogido a la grupa, tras la alta silla moruna, una especie de diablo vestido de rojo, el «mono sabio», el servidor que había conducido la cabalgadura hasta su casa.

Las cuadrillas pasaban en coches abiertos, y los bordados de los toreros, reflejando la luz de la tarde, parecían de slumbrar a la muchedumbre, excitando su entusiasmo. «Ese es Fuentes.» «Ese es el \_Bomba\_.» Y las gentes, satisfechas de la identificación, seguían con mirada ávida el alejamiento de los carruajes, como si fuese a ocurrir algo y temiesen llegar tarde.

Desde lo alto de la calle de Alcalá veíase la ancha vía en toda rectitud, blanca de sol, con filas de árboles que verdeaban al soplo de la primavera, los balcones negros de gentío y la calzada sólo visible a trechos bajo el hormigueo de la muchedumbre y el rodar de los coches descendiendo a la Cibeles. En este punto elevábase otra vez la cuesta, entre arboledas y grandes edificios, y cerraba la perspectiva, como un arco triunfal, la puerta de Alcalá, destacando su perforada mole blanca sobre el espacio azul, en el que flotaban, cual cisnes solitarios, algunas vedijas de nubes.

Gallardo iba silencioso en su asiento, contestando al gentío con una sonrisa inmóvil. Después del saludo a los banderill

eros no había hablado  
palabra. Ellos también estaban silenciosos y pálido  
s, con la ansiedad de  
lo desconocido. Al verse entre toreros, dejaban a u  
n lado, por inútiles,  
las gallardías necesarias ante el público.

Una misteriosa influencia parecía avisar a la muche  
dumbre el paso de la  
última cuadrilla que iba hacia la plaza. Los pillue  
los que corrían tras  
el coche aclamando a Gallardo habían quedado rezaga  
dos, deshaciéndose el  
grupo entre los carruajes; pero a pesar de esto, la  
s gentes volvían la  
cabeza, como si adivinasen a sus espaldas la proxim  
idad del célebre  
torero, y detenían el paso, alineándose en el borde  
de la acera para  
verle mejor.

En los coches que rodaban delante volvían sus cabez  
as las mujeres, como  
avisadas por el cascabeleo de las mulas trotadoras.

Un rugido informe  
salía de ciertos grupos que detenían el paso en las  
aceras. Debían ser  
exclamaciones entusiastas. Algunos agitaban los som  
breros; otros  
enarbolaban garrotes, moviéndolos como si saludasen  
.

Gallardo contestaba a todos con su sonrisa de mueca  
, pero parecía no  
darse cuenta, en su preocupación, de estos saludos.

A su lado iba el  
\_Nacional\_, el peón de confianza, un banderillero,  
mayor que él en diez  
años, hombretón rudo, de unidas cejas y gesto grave  
. Era famoso entre la  
gente del oficio por su bondad, su hombría de bien  
y sus entusiasmos

políticos.

--Juan, no te quejarás de Madrí--dijo el \_Nacional\_  
--.Te has hecho con  
el público.

Pero Gallardo, como si no le oyese y deseara exteri  
orizar los  
pensamientos que le preocupaban, contestó:

--Me da er corasón que esta tarde va a haber argo.

Al llegar a la Cibeles se detuvo el coche. Venía un  
gran entierro por el  
Prado, camino de la Castellana, cortando la avalanc  
ha de carruajes de la  
calle de Alcalá.

Gallardo púsose aún más pálido, contemplando con oj  
os azorados el paso  
de la cruz y el desfile de los sacerdotes, que romp  
ieron a cantar  
gravemente, al mismo tiempo que miraban, unos con a  
versión, otros con  
envidia, a toda esa gente olvidada de Dios que corr  
ía a divertirse.

El espada se apresuró a quitarse la montera, imitán  
dole sus  
banderilleros, menos el \_Nacional\_.

--Pero ¡mardita sea!--gritó Gallardo--. ¡Descúbrete  
, condenao!

Le miraba furioso, como si fuese a pegarle, convenc  
ido por una confusa  
intuición de que esta rebeldía iba a atraer sobre é  
l las mayores  
desgracias.

--Güeno, me la quito--dijo el \_Nacional\_ con una fo  
squedad de niño



contrariado, luego que vio alejarse la cruz--. Me la  
a quito... pero es al  
muerto.

Permanecieron detenidos mucho tiempo para dejar pasar  
al largo cortejo.

--¡Mala pata!--murmuró Gallardo con voz temblona de  
cólera--. ¿A quién  
se le ocurre traer un entierro por el camino de la  
plaza?... ¡Mardita  
sea! ¡Cuando digo que hoy pasa algo!

El \_Nacional\_ sonrió, encogiéndose de hombros.

--Supersticiones y fanatismos... Dios u la Naturale  
za no se ocupan de  
esas cosas.

Estas palabras, que irritaron aún más a Gallardo, d  
esvanecieron la grave  
preocupación de los otros toreros, los cuales comen  
zaron a burlarse del  
compañero, como en todas las ocasiones en que sacab  
a a colación su frase  
favorita «Dios u la Naturaleza».

Al quedar libre el paso, el carruaje emprendió una  
marcha veloz a todo  
correr de sus mulas, pasando entre los otros vehícu  
los que afluían a la  
plaza. Al llegar a ésta, torció a la izquierda, dir  
igiéndose a la puerta  
llamada de Caballerizas, que daba a los corrales y  
a las cuadras,  
teniendo que marchar a paso lento entre el compacto  
gentío. Otra ovación  
a Gallardo cuando descendió del coche, seguido de s  
us banderilleros.  
Manotazos y empujones para salvar su traje de suci  
os contactos;  
sonrisas de saludo; ocultaciones de la diestra, que

todos querían  
estrechar.

--¡Paso, cabayeros! ¡Muchas gracias!

El amplio corral entre el cuerpo de la plaza y el muro de las dependencias estaba lleno de público que antes de ocupar sus asientos quería ver de cerca a los toreros. Sobre las cabezas del gentío emergían a caballo los picadores y los alguaciles con sus trajes del siglo XVII. A un lado del corral alzábanse edificios de ladrillo o de un solo piso, con parras sobre las puertas y tiestos de flores en las ventanas: un pequeño pueblo de oficinas, talleres, caballerizas y casas en las que vivían los mozos de cuadra, los carpinteros y demás servidores del circo.

El diestro avanzó trabajosamente entre los grupos. Su nombre pasaba de boca en boca con exclamaciones de entusiasmo.

--¡Gallardo!... ¡Ya está ahí el \_Gallardo\_! ¡Olé! ¡Viva España!

Y él, entregado por completo al culto del público, avanzaba contoneándose, sereno cual un dios, alegre y satisfecho, como si asistiese a una fiesta en su honor.

Dos brazos se arrollaron a su cuello, al mismo tiempo que asaltaba su olfato un fuerte hedor de vino.

--¡Cachondo!... ¡Gracioso! ¡Vivan los mozos valientes!

Era un señor de buen aspecto, un burgués que había almorzado con sus amigos y huía de la risueña vigilancia de éstos, que le observaban a pocos pasos de distancia. Reclinó su cabeza en el hombro del espada, y así permaneció, como si en tal posición fuese a dormirse de entusiasmo. Los empujones de Gallardo y los tirones de los amigos libraron al espada de este abrazo interminable. El borracho, al verse separado de su ídolo, rompió en gritos de entusiasmo. ¡Olé los hombres! Que vinieran allí todas las naciones del mundo a admirar a toreros como aquél y a morirse de envidia.

--Tendrán barcos... tendrán dinero... pero ¡todo me ntira! Ni tienen toros ni mozos como éste, que le arrastran de valiente que es... ¡Olé mi niño! ¡Viva mi tierra!

Gallardo atravesó una gran sala pintada de cal, sin mueble alguno, donde estaban sus compañeros de profesión rodeados de grupos entusiastas. Luego se abrió paso entre el gentío que obstruía una puerta, y entró en una pieza estrecha y oscura, en cuyo fondo brillaban luces. Era la capilla. Un viejo cuadro representando la llamada Virgen de la Paloma ocupaba el frente del altar. Sobre la mesa ardían cuatro velas. Unos ramos de flores de trapo apolillábanse polvorientos en búcaros de loza ordinaria.

La capilla estaba llena de gente. Los aficionados d

e clase humilde  
amontonábanse dentro de ella para ver de cerca los  
grandes hombres.  
Manteníanse en la obscuridad con la cabeza descubie  
rta, unos acurrucados  
en las primeras filas, otros subidos en sillas y ba  
ncos, vueltos en su  
mayoría de espaldas a la Virgen y mirando ávidament  
e a la puerta para  
lanzar un nombre apenas columbraban el brillo de un  
traje de luces.

Los banderilleros y picadores, pobres diablos que i  
ban a exponer su vida  
lo mismo que los maestros, apenas levantaban con su  
presencia un leve  
murmullo. Sólo los aficionados fervorosos conocían  
sus apodos.

De pronto, un prolongado zumbido, un nombre repitié  
ndose de boca en  
boca:

--¡Fuentes!... ¡Ese es el \_Fuentes\_!

Y el elegante torero, con su esbelta gentileza, sue  
lta la capa sobre el  
hombro, avanzó hasta el altar, doblando una rodilla  
con elegancia  
teatral, reflejándose las luces en el blanco de sus  
ojos gitanescos,  
echando atrás la figura recogida, graciosa y ágil.  
Luego de hecha su  
oración y de persignarse se levantó, marchando de e  
spaldas hasta la  
puerta, sin perder de vista la imagen, como un teno  
r que se retira  
saludando al público.

Gallardo era más simple en sus emociones. Entró mon  
tera en mano, la capa  
recogida, contoneándose con no menos arrogancia; pe

ro al verse ante la  
imagen puso las dos rodillas en tierra, entregándose a su oración, sin acordarse de los centenares de ojos fijos en él. Su alma de cristiano simple estremecía-se con el miedo y los remordimientos. Pidió protección con el fervor de los hombres sencillos que viven en continuo peligro y creen en toda clase de influencias adversas y protecciones sobrenaturales. Por primera vez en todo el día, pensó en su mujer y en su madre. ¡La pobre Carmen, allá en Sevilla, esperando el telegrama! ¡La señora Angustias, tranquila con sus gallinas, en el cortijo de \_La Rinconada\_, sin saber ciertamente dónde toreaba su hijo!... ¡Y él con el terrible presentimiento de que aquella tarde iba a ocurrirle algo!... ¡Virgen de la Paloma! Un poco de protección. El sería bueno, olvidaría «lo otro», viviría como Dios manda.

Y fortalecido su espíritu supersticioso con este arrepentimiento inútil, salió de la capilla, emocionado aún, con los ojos turbios, sin ver a la gente que le obstruía el paso.

Fuera, en la pieza donde esperaban los toreros, le saludó un señor afeitado, vestido con un traje negro que parecía llevar con cierta torpeza.

--¡Mala pata!--murmuró el torero, siguiendo adelante. ¡Cuando digo que hoy pasa algo!...

Era el capellán de la plaza, un entusiasta de la ta

uromaquia, que  
llegaba con los Santos Oleos bajo la chaqueta. Vení  
a del barrio de la  
Prosperidad, escoltado por un vecino que le servía  
de sacristán a cambio  
de un asiento para ver la corrida. Años enteros lle  
vaba discutiendo con  
una parroquia del interior de Madrid que alegaba me  
jor derecho para  
monopolizar el servicio religioso de la plaza. Los  
días de corrida  
tomaba un coche de punto, que pagaba la empresa, me  
tíase bajo la  
americana el vaso sagrado, escogía por turno entre  
sus amigos y  
protegidos uno a quien agraciar con el asiento dest  
inado al sacristán, y  
emprendía la marcha a la plaza, donde le guardaban  
dos sitios de  
delantera junto a las puertas del toril.

El sacerdote entró en la capilla con aire de propie  
tario,  
escandalizándose de la actitud del público: todos c  
on la cabeza  
descubierta, pero hablando en voz alta, y algunos h  
asta fumando.

--Caballeros, que esto no es un café. Hagan el favo  
r de salir. La  
corrida va a empezar.

Este aviso fue lo que generalizó la dispersión, mie  
ntras el sacerdote  
sacaba los Oleos ocultos, guardándolos en una caja  
de madera pintada. El  
también, apenas hubo ocultado el sacro depósito, sa  
lió corriendo, para  
ocupar su sitio en la plaza antes de la salida de l  
a cuadrilla.

La muchedumbre había desaparecido. En el corral sól

o se veían hombres  
vestidos de seda y bordados, jinetes amarillos con  
grandes castoreños,  
alguaciles a caballo, y los mozos de servicio con s  
us trajes de oro y  
azul.

En la puerta llamada de Caballos, bajo un arco que  
daba salida a la  
plaza, formábanse los toreros con la prontitud de l  
a costumbre: los  
maestros al frente; luego los banderilleros, guarda  
ndo anchos espacios;  
y tras ellos, en pleno corral, pateaba la retaguard  
ia, el escuadrón  
férreo y montaraz de los picadores, oliendo a cuero  
recalentado y a  
boñiga, sobre caballos esqueléticos que llevaban ve  
ndado un ojo. Como  
impedimenta de este ejército, agitábanse en último  
término las trincas  
de mulillas destinadas al arrastre, inquietos y vig  
orosos animales de  
limpio pelaje, cubiertos con armaduras de borlas y  
cascabeles, y  
llevando en sus colleras la ondeante bandera nacion  
al.

En el fondo del arco, sobre las vallas de madera qu  
e lo obstruían a  
medias, abríase un medio punto azul y luminoso, dej  
ando visible un  
pedazo de cielo, el tejado de la plaza y una secció  
n de graderío con la  
multitud compacta y hormigueante, en la que parecía  
n palpar, cual  
mosquitos de colores, los abanicos y los papeles.

Un soplo formidable, la respiración de un pulmón in  
menso, entraba por  
esta galería. Un zumbido armónico llegaba hasta all  
í con las

ondulaciones del aire, haciendo presentir cierta música lejana, más bien adivinada que oída.

En los bordes del arco asomaban cabezas, muchas cabezas: las de los espectadores de los bancos inmediatos, avanzando curiosas para ver cuanto antes a los héroes.

Gallardo se colocó en fila con los otros dos espadas, cambiándose entre ellos una grave inclinación de cabeza. No hablaban; no sonreían. Cada cual pensaba en sí mismo, dejando volar la imaginación lejos de allí, o no pensaba en nada, con ese vacío intelectual producto de la emoción. Exteriorizaban sus preocupaciones en el arreglo del capote, que no daban nunca por terminado, dejándolo suelto sobre un hombro, arrollando los extremos en torno de la cintura y procurando que por debajo de este embudo de vivos colores surgiesen, ágiles y gallardas, las piernas enfundadas en seda y oro. Todas las caras estaban pálidas, pero no con palidez mate, sino brillante y lívida, con el sudoroso barniz de la emoción. Pensaban en la arena, invisible en aquellos momentos, sintiendo el irresistible pavor de las cosas que ocurren al otro lado de un muro, el temor de lo que no se ve, el peligro confuso que se anuncia sin presentarse. ¿Cómo acabaría la tarde?

A espaldas de las cuadrillas sonó el trotar de dos caballos que venían por debajo de las arcadas exteriores de la plaza. Eran los alguaciles,



con sus ferreruelos negros y sombreros de teja rematados por plumajes rojos y amarillos. Acababan de hacer el despejo del redondel, dejándolo limpio de curiosos, y venían a ponerse al frente de las cuadrillas, sirviéndolas de batidores.

Las puertas del arco se abrieron completamente, así como las de la barrera situada frente a ellas. Apareció el extenso redondel, la verdadera plaza, el espacio circular de arena donde iba a realizarse la tragedia de la tarde para emoción y regocijo de cat orce mil personas. El zumbido armónico y confuso se agrandó ahora, convirtiéndose en música alegre y bizarra, marcha triunfal de ruidosos cobs, que hacía mover los brazos marcialmente y contonearse las caderas.. . ¡Adelante los buenos mozos!

Y los lidiadores, parpadeando bajo la violenta transición, pasaron de la sombra a la luz, del silencio de la tranquila galería al bramar del circo, en cuyo graderío agitábase la muchedumbre con oleajes de curiosidad, poniéndose todos en pie para ver mejor.

Avanzaban los toreros súbitamente empequeñecidos al pisar la arena por la grandeza de la perspectiva. Eran como muñequillos brillantes, de cuyos bordados sacaba el sol reflejos de iris. Sus graciosos movimientos enardecían a la gente con un entusiasmo igual al del niño ante un juguete maravilloso. La loca ráfaga que agita a las

muchedumbres,  
estremeciendo sus nervios dorsales y erizando su piel sin saber  
ciertamente por qué, conmovió la plaza entera. Aplaudía la gente,  
gritaban los más entusiastas y nerviosos, rugía la música, y en medio de  
este estruendo, que iba esparciéndose por ambos lados, desde la puerta  
de salida hasta la presidencia, avanzaban las cuadrillas con una  
lentitud solemne, compensando lo corto del paso con el gentil braceo y  
el movimiento de los cuerpos. En el redondel de éter azul suspendido  
sobre la plaza aleteaban palomas blancas, como asustadas por el bramido  
que se escapaba de este cráter de ladrillo.

Los lidiadores sentíanse otros al avanzar sobre la arena. Exponían la  
vida por algo más que el dinero. Sus incertidumbres y terrores ante lo  
desconocido los habían dejado más allá de las vallas. Ya pisaban el  
redondel; ya estaban frente al público: llegaba la realidad. Y las  
ansias de gloria de sus almas bárbaras y sencillas, el deseo de  
sobreponerse a los camaradas, el orgullo de su fuerza y su destreza, les  
cegaba, haciéndoles olvidar temores e infundiéndoles una audacia brutal.

Gallardo se había transfigurado. Erguía al andar, queriendo ser más  
alto; movíase con una arrogancia de conquistador; miraba a todos lados  
con aire triunfal, como si sus dos compañeros no existiesen. Todo era  
suyo: la plaza y el público. Sentíase capaz de matar cuantos toros

existiesen a aquellas horas en las dehesas de Andalucía y de Castilla.

Todos los aplausos eran para él, estaba seguro de ello. Los miles de ojos femeniles sombreados por mantillas blancas en palcos y barreras sólo se fijaban en su persona, no le cabía duda. El público le adoraba; y al avanzar, sonriendo con petulancia, como si toda la ovación fuese dirigida a su persona, pasaba revista a los tendidos del graderío, sabiendo dónde se agolpaban los mayores núcleos de sus partidarios y queriendo ignorar dónde se congregaban los amigos de los otros.

Saludaron al presidente montera en mano, y el brillante desfile se deshizo, esparciéndose peones y jinetes. Después, mientras un alguacil recogía en su sombrero la llave arrojada por el presidente, Gallardo se dirigió hacia el tendido donde estaban sus mayores entusiastas, dándoles el capote de lujo para que lo guardasen. La hermosa capa, agarrada por varias manos, fue extendida en el borde de la valla como si fuese un pendón, símbolo sagrado de bandería.

Los partidarios más entusiastas, puestos de pie y agitando manos y bastones, saludaban al matador, manifestando sus esperanzas. ¡A ver cómo se portaba el niño de Sevilla!...

Y él, apoyado en la barrera, sonreía satisfecho de su fuerza, repitiendo a todos:

--Muchas gracias. Se hará lo que se puea.

No sólo los entusiastas mostrábanse esperanzados al verle. Toda la gente fijábase en él, aguardando hondas emociones. Era un torero que prometía «hule», según expresión de los aficionados; y el tal hule era el de las camas de la enfermería.

Todos creían que estaba destinado a morir en la plaza de una cornada, y esto mismo hacía que le aplaudiesen con entusiasmo homicida, con un interés bárbaro, semejante al del misántropo que se guía a un domador a todas partes esperando el momento de verle devorado por sus fieras.

Gallardo reía de los antiguos aficionados, graves doctores de la tauromaquia que juzgan imposible un percance mientras el torero se ajuste a las reglas del arte. ¡Las reglas!... El las ignoraba, y no tenía empeño en conocerlas. Valor y audacia eran lo necesario para vencer. Y casi a ciegas, sin más guía que la temeridad ni otro apoyo que el de sus facultades corporales, había hecho una carrera rápida, asombrando al público hasta el paroxismo, aturdiéndolo con su valentía de loco.

No había ido, como otros matadores, por sus pasos contados, sirviendo largos años de peón y banderillero al lado de los maestros. Los cuernos de los toros no le daban miedo. «Peores cornás da el hambre.» Lo importante era subir de prisa, y el público le había visto comenzar como

espada, logrando en pocos años una inmensa popularidad.

Le admiraban por lo mismo que tenían su desgracia como cierta.

Enardeciase el público con infame entusiasmo ante la ceguera con que

desafiaba a la muerte. Tenía para él las mismas atenciones y cuidados

que obtiene un reo en capilla. Este torero no era de los que se

reservan: lo daba todo, incluso la vida. Valía el dinero que costaba. Y

la muchedumbre, con la bestialidad de los que presencian el peligro en

lugar seguro, admiraba y azuzaba al héroe. Los prudentes torcían el

gesto ante sus proezas; le creían un suicida con su erte, y murmuraban:

«¡Mientras dure!...»

Sonaron timbales y clarines, y salió el primer toro. Gallardo,

sosteniendo en un brazo su capote de faena sin adorno alguno, permanecía

cerca de la barrera, junto al tendido de sus partidarios, en una

inmovilidad desdeñosa, creyendo que toda la plaza tenía los ojos puestos

en su persona. Aquel toro era para otro. Ya daría señales de existencia

cuando llegasen los suyos. Pero los aplausos a los lances de capa de los

compañeros le sacaron de esta inmovilidad, y a pesar de sus propósitos,

se fue al toro, realizando varias suertes en las que era más la audacia

que la maestría. La plaza entera le aplaudió, a impulsos de la

predilección que sentía por su atrevimiento.

Cuando Fuentes mató el primer toro y fue hacia la p

residencia saludando  
a la multitud, Gallardo palideció aún más, como si  
toda muestra de  
agrado que no fuese para él equivaliera a un olvido  
injurioso. Ahora  
llegaba su turno: iban a verse grandes cosas. No sa  
bía ciertamente qué  
podrían ser, pero estaba dispuesto a asustar al púb  
lico.

Apenas salió el segundo toro, Gallardo, con su movi  
lidad y su deseo de  
lucirse, pareció llenar toda la plaza. Su capote es  
taba siempre cerca de  
los hocicos de la bestia. Un picador de su cuadrill  
a, el llamado  
\_Potaje\_, fue derribado del caballo, quedando al de  
scubierto junto a los  
cuernos, y el maestro, agarrado a la cola de la fie  
ra, tiró con hercúlea  
fuerza, obligándola a girar hasta que el jinete que  
dó a salvo. El  
público aplaudió entusiasmado.

Al llegar la suerte de banderillas, Gallardo quedó  
entre barreras  
esperando el toque para matar. El \_Nacional\_, con l  
os palos en la mano,  
citaba al toro en el centro de la plaza. Nada de gr  
aciosos movimientos  
ni de arrogantes audacias. «Cuestión de ganarse el  
pan.» Allá en Sevilla  
había cuatro pequeños que si moría él no encontrarí  
an otro padre.  
Cumplir con el deber y nada más: clavar sus banderi  
llas como un  
jornalero de la tauromaquia, sin desear ovaciones y  
evitando silbidos.

Cuando dejó puesto el par, unos aplaudieron en el v  
asto graderío y otros  
increparon al banderillero con tono zumbón, aludien

do a sus ideas.

--¡Menos política y «arrimarse» más!

Y el \_Nacional\_, engañado por la distancia, al oír estos gritos contestaba sonriendo, como su maestro:

--Muchas gracias, muchas gracias.

Cuando Gallardo saltó de nuevo a la arena al sonar las trompetas y timbales que anunciaban la última suerte, la muchedumbre se agitó con zumbido de emoción. Este matador era el suyo. Iba a verse lo bueno.

Tomó la muleta de manos de \_Garabato\_, que se la ofrecía plegada desde dentro de la barrera, tiró del estoque que igualmente le presentaba su criado, y con menudos pasos fue a plantarse frente a la presidencia, llevando la montera en una mano. Todos tendían el pescuezo, devorando con los ojos al ídolo, pero nadie oyó el brindis. La arrogante figura de esbelto talle, con el tronco echado atrás para dar mayor fuerza a sus palabras, produjo en la muchedumbre el mismo efecto que la arenga más elocuente. Al terminar su peroración con una media vuelta, arrojando la montera al suelo, el entusiasmo estalló ruidoso. ¡Olé el niño de Sevilla! ¡Ahora iba a verse la verdad!... Y los espectadores se miraban unos a otros, prometiéndose mudamente sucesos estupendos. Un estremecimiento corrió por las filas del graderío, como en presencia de algo sublime.

El silencio profundo de las grandes emociones cayó de pronto sobre la muchedumbre, cual si la plaza hubiese quedado vacía. La vida de tantos miles de personas estaba condensada en los ojos. Nadie parecía respirar.

Gallardo avanzó hacia el toro lentamente, llevando la muleta apoyada en el vientre como una bandera y agitando en la otra mano la espada con un movimiento de péndulo que acompañaba su paso.

Al volver un instante la cabeza, vio que le seguían el \_Nacional\_ y otro de su cuadrilla con el capote al brazo para ayudarlo.

--¡Fuera too er mundo!

Sonó su voz en el silencio de la plaza, llegando hasta los últimos bancos, y un estallido de admiración lo contestó... «¡Fuera too er mundo!...» ¡Había dicho fuera todo el mundo!... ¡Qué hombre!

Llegó completamente solo junto a la fiera, e instantáneamente se hizo otra vez el silencio. Calmosamente deshizo su muleta, la extendió, avanzando así algunos pasos, hasta pegarse casi al hocico del toro, aturdido y asombrado por la audacia del hombre.

El público no se atrevía a hablar ni a respirar siquiera, pero en sus ojos brillaba la admiración. ¡Qué mozo! ¡Se iba a los mismísimos cuernos!... Golpeó impacientemente la arena con un pie, incitando a la



fiera para que acometiese, y la masa enorme de carne, con sus agudas defensas, cayó mugiente sobre él. La muleta pasó sobre los cuernos, y éstos rozaron las borlas y caireles del traje del matador, que siguió firme en su sitio, sin otro movimiento que echar atrás el busto. Un rugido de la muchedumbre contestó a este pase de muleta. ¡Olé!...

Se revolvió la fiera, acometiendo otra vez al hombre y a su trapo, y volvió a repetirse el pase, con igual rugido del público. El toro, cada vez más furioso por el engaño, acometía al lidiador, y éste repetía los pases de muleta, moviéndose en un limitado espacio de terreno, enardecido por la proximidad del peligro y las exclamaciones admirativas de la muchedumbre, que parecían embriagarle.

Gallardo sentía junto a él los bufidos de la fiera; llegaban a su diestra y a su rostro los hálitos húmedos de su baba. Familiarizado por el contacto, miraba al bruto como a un buen amigo que iba a dejarse matar para contribuir a su gloria.

Quedose inmóvil el toro algunos instantes, como cansado de este juego, mirando con ojos de sombría reflexión al hombre y al trapo rojo, sospechando en su obscuro pensamiento la existencia de un engaño que, de acometida en acometida, le empujaba hacia la muerte.

Gallardo sintió la corazonada de sus mejores éxitos. ¡Ahora!... Lió la

muleta con un movimiento circular de su mano izquierda, dejándola arrollada en torno del palo, y elevó la diestra a la altura de sus ojos, quedando con la espada inclinada hacia la cerviz de la fiera. La muchedumbre se agitó con movimiento de protesta y escándalo.

--¡No te tires!...--gritaron miles de voces--. ¡No... no!

Era demasiado pronto. El toro no estaba bien colocado: iba a arrancarse y a cogerlo. Movíase fuera de todas las reglas del arte. Pero ¿qué le importaban las reglas ni la vida a aquel desesperado?...

De pronto se echó con la espada por delante, al mismo tiempo que la fiera caía sobre él. Fue un encontronazo brutal, salvaje. Por un instante, hombre y bestia formaron una sola masa, y así marcharon juntos algunos pasos, sin poder distinguirse quién era el vencedor: el hombre con un brazo y parte del cuerpo metido entre los dos cuernos; la bestia bajando la cabeza y pugnando por atrapar con sus defensas el monigote de oro y colores, que parecía escurrirse.

Por fin se deshizo el grupo, la muleta quedó en el suelo como un harapo, y el lidiador, libres las manos, salió tambaleándose por el impulso del choque, hasta que algunos pasos más allá recobró el equilibrio. Su traje estaba en desorden; la corbata flotaba fuera del chaleco, enganchada y rota por uno de los cuernos.

El toro siguió su carrera con la velocidad del primer impulso. Sobre su ancho cuello apenas se destacaba la roja empuñadura del estoque, hundido hasta la cruz. De pronto, el animal se detuvo en su carrera, agitándose con doloroso movimiento de cortesía; dobló las patas delanteras, inclinó la cabeza hasta tocar la arena con su hocico mugiente, y acabó por acostarse con estremecimientos agónicos...

Pareció que se derrumbaba la plaza, que los ladrillos chocaban unos con otros, que la multitud iba a huir presa de pánico, según se ponía en pie, pálida, trémula, gesticulando y braceando. ¡Muerto!... ¡Qué estocada! Todos habían creído, durante un segundo, enganchado en los cuernos al matador; todos daban por seguro verle caer ensangrentado sobre la arena; y al contemplarle de pie, aturdido aún por el choque, pero sonriente, la sorpresa y el asombro aumentaban el entusiasmo.

--¡Qué bruto!--gritaban en los tendidos, no encontrando nada más justo para expresar su admiración--. ¡Qué bárbaro!

Y los sombreros volaban a la arena, y un redoble gigantesco de aplausos, semejante a una lluvia de granizo, corría de tendido en tendido conforme avanzaba el matador por el redondel, siguiendo el contorno de la barrera, hasta llegar frente a la presidencia.

La ovación estalló estruendosa cuando Gallardo, abriendo los brazos,

saludó al presidente. Todos gritaban, reclamando para el diestro los honores de la maestría. Debían darle la oreja. Nunca tan justa esta distinción. Estocadas como aquella se veían pocas. Y el entusiasmo aún fue mayor cuando un mozo de la plaza le entregó un triángulo obscuro, peludo y sangriento: la punta de una de las orejas de la fiera.

Estaba ya en el redondel el tercer toro y duraba aún la ovación a Gallardo, como si el público no hubiese salido de su asombro, como si todo lo que pudiera ocurrir en el resto de la corrida careciese de valor.

Los otros toreros, pálidos de envidia profesional, se esforzaban por atraerse la atención del público. Sonaban los aplausos, pero eran flojos y desmayados después de las anteriores ovaciones. El público estaba quebrantado por el delirio de su entusiasmo, y atendía distraídamente a los lances que se desarrollaban en el redondel. Se entablaban vehementes discusiones de grada a grada. Los devotos de otros matadores, serenos ya y libres del arrebató que los había arrastrado a todos, rectificaban su espontáneo movimiento, discutiendo a Gallardo. Muy valiente, muy atrevido, un suicida; pero aquello no era arte. Y los entusiastas del ídolo, los más vehementes y brutales, que admiraban su audacia a impulsos del propio carácter, indignábanse, con la cólera del creyente que ve puestos en duda los milagros de su santo.

Cortábase la atención del público con incidentes obscuros que agitaban las gradas. De pronto movíase la gente en una sección del tendido: poníanse los espectadores en pie, volviendo la espalda al redondel; arremolinábanse sobre las cabezas brazos y bastones. El resto de la muchedumbre dejaba de mirar a la arena, fijándose en el sitio de la agitación y en los grandes números pintados en la valla de la contrabarrera que marcaban las diferentes secciones del graderío.

--¡Bronca en el 3!--gritaban alegremente--.¡Ahora reinan en el 5!

Siguiendo el impulso contagioso de las muchedumbres, todos se agitaban y se ponían en pie, queriendo ver por encima de las cabezas de los vecinos, sin poder distinguir otra cosa que la lenta ascensión de los policías, los cuales, abriéndose paso de grada en grada, llegaban al grupo en cuyo seno se desarrollaba la reyerta.

--¡Sentarse!--gritaban los más prudentes, privados de la vista del redondel, donde seguían trabajando los toreros.

Poco a poco se calmaban las oleadas de la muchedumbre; las filas de cabezas tomaban su anterior regularidad, siguiendo las líneas circulares de los bancos, y continuaba la corrida. Pero el público parecía con los nervios excitados, y su estado de ánimo manifestábase con una injusta animosidad contra ciertos lidiadores o un silencio

desdeñoso.

El público, estragado por la gran emoción de poco antes, encontraba insípidos todos los lances. Entretenía su fastidio comiendo y bebiendo. Los vendedores de la plaza iban entre barreras, arrojando con pasmosa habilidad los artículos que les pedían. Las naranjas volaban como rojas pelotas hasta lo más alto del tendido, yendo de la mano del vendedor a las del público en línea recta, como si un hilo tirase de ellas. Destapábanse botellas de bebidas gaseosas. El oro líquido de los vinos andaluces brillaba en los vasos.

Circuló por el graderío un movimiento de curiosidad. Fuentes iba a banderillear su toro, y todos esperaban algo extraordinario de habilidad y de gracia. Avanzó solo a los medios de la plaza con las banderillas en una mano, sereno, tranquilo, marchando lentamente, como si fuese a comenzar un juego. El toro seguía sus movimientos con ojos curiosos, asombrado de ver ante él un hombre solo, después de la anterior baraúnda de capotes extendidos, picas crueles clavadas en su morrillo y jacos que venían a colocarse cerca de los cuernos, como ofreciéndose a su empuje.

El hombre hipnotizaba a la bestia. Se aproximaba hasta tocar su testuz con la punta de las banderillas; corría después con menudo paso, y el toro iba tras él, como si lo hubiera convencido, llevándose al extremo opuesto de la plaza. El animal parecía amaestrado p

or el lidiador, le  
obedecía en todos sus movimientos, hasta que éste,  
dando por terminado  
el juego, abría sus brazos con una banderilla en ca  
da mano, erguía sobre  
las puntas de los pies su cuerpo esbelto y menudo,  
y marchaba hacia el  
toro con majestuosa tranquilidad, clavando los palo  
s de colores en el  
cuello de la sorprendida fiera.

Por tres veces realizó la suerte, entre las aclamac  
iones del público.  
Los que se tenían por inteligentes desquitábanse ah  
ora de la explosión  
de entusiasmo provocada por Gallardo. ¡Esto era ser  
torero! ¡Esto era  
arte puro!...

Gallardo, de pie junto a la barrera, limpiábase el  
sudor del rostro con  
una toalla que le ofrecía \_Garabato\_. Después bebió  
agua, volviendo la  
espalda al redondel para no ver las proezas de su c  
ompañero. Fuera de la  
plaza estimaba a sus rivales, con la fraternidad qu  
e establece el  
peligro; pero así que pisaba la arena todos eran en  
emigos, y sus  
triunfos le dolían como ofensas. Ahora, el entusias  
mo del público  
parecíale un robo que disminuía su gran triunfo.

Cuando salió el quinto toro, que era para él, se la  
nzó a la arena  
ansioso de asombrar al público con sus proezas.

Así que caía un picador, tendía él la capa y se lle  
vaba el toro al otro  
extremo del redondel, aturdiéndolo con una serie de  
capotazos, hasta  
que, turbada la fiera, quedábase inmóvil. Entonces

Gallardo la tocaba el hocico con un pie, o quitándose la montera la depositaba entre sus cuernos. Otras veces abusaba de la estupefacción del animal, presentándole el vientre con audaz reto, o se arrodillaba a corta distancia, faltándole poco para acostarse bajo sus hocicos.

Los viejos aficionados protestaban sordamente. ¡Monerías! ¡payasadas que no se hubieran tolerado en otros tiempos!... Pero tenían que callarse, abrumados por el griterío del público.

Cuando sonó el toque de banderillas, la gente quedó en suspenso al ver que Gallardo quitaba sus palos al \_Nacional\_ y con ellos se dirigía hacia la fiera. Hubo una exclamación de protesta. ¡Banderillar él!... Todos conocían su flojedad en tal suerte. Esta quedaba para los que habían hecho su carrera paso a paso, para los que habían sido banderilleros muchos años al lado de sus maestros antes de llegar a matadores; y Gallardo había comenzado por el final, matando toros desde que salió a la plaza.

--¡No! ¡no!--clamaba la muchedumbre.

El doctor Ruiz gritó y manoteó desde la contrabarrera:

--¡Deja eso, niño! Tú sólo sabes la verdad... ¡Matar!

Pero Gallardo despreciaba al público y era sordo a sus protestas cuando



sentía el impulso de la audacia. En medio del grito se fue rectamente al toro, y sin que éste se moviese, ¡zas! le clavó las banderillas. El par quedó fuera de sitio, torpemente prendido, y uno de los palos se cayó con el movimiento de sorpresa de la bestia. Pero esto no importaba. Con la debilidad que las muchedumbres sienten siempre por sus ídolos, excusando y justificando sus defectos, todo el público celebraba risueño esta audacia. El, cada vez más atrevido, tomó otras banderillas y las clavó, desoyendo las protestas de la gente, que temía por su vida. Luego repitió la suerte por tercera vez, siempre con torpeza, pero con tal arrojo, que lo que en otro hubiese provocado silbidos fue acogido con grandes explosiones admirativas. ¡Qué hombre! ¡Cómo ayudaba la suerte a aquel atrevido!...

Quedó el toro con sólo cuatro banderillas de las seis, y éstas tan flojas, que la bestia parecía no sentir el castigo.

--Está muy entero--gritaban los aficionados en los tendidos aludiendo al toro, mientras Gallardo, empuñando estoque y muleta, con la montera puesta, marchaba hacia él, arrogante y tranquilo, confiando en su buena estrella.

--¡Fuera toos!--gritó otra vez.

Al adivinar que alguien se mantenía cerca de él, no atendiendo sus órdenes, volvió la cabeza. El \_Fuentes\_ estaba a po

cos pasos. Le había  
seguido con el capote al brazo, fingiendo distracci  
ón, pero pronto a  
acudir en su auxilio, como si presintiese una desgr  
acia.

--Déjeme usté, Antonio--dijo Gallardo con una expre  
sión colérica y  
respetuosa a la vez, como si hablase a un hermano m  
ayor.

Y era tal su gesto, que Fuentes levantó los hombros  
cual si repeliese  
toda responsabilidad, y le volvió la espalda, aloyá  
ndose poco a poco,  
con la certeza de ser necesario de un momento a otr  
o.

Gallardo extendió su trapo en la misma cabeza de la  
fiera, y ésta le  
acometió. Un pase. «¡Olé!», rugieron los entusiasta  
s. Pero el animal se  
revolvió prontamente, cayendo de nuevo sobre el mat  
ador con un violento  
golpe de cabeza que arrancó la muleta de sus manos.

Al verse desarmado y  
acosado, tuvo que correr hacia la barrera; pero en  
el mismo instante el  
capote de Fuentes distrajo al animal. Gallardo, que  
adivinó en su fuga  
la súbita inmovilidad del toro, no saltó la barrera  
: se sentó en el  
estribo y así permaneció algunos instantes, contemp  
lando a su enemigo a  
pocos pasos. La derrota acabó en aplausos por este  
alarde de serenidad.

Recogió Gallardo muleta y estoque, arregló cuidados  
amente el trapo rojo,  
y otra vez fue a colocarse ante la cabeza de la fie  
ra, pero con menos  
serenidad, dominado por una cólera homicida, por el

deseo de matar  
cuanto antes a aquel animal que le había hecho huir  
a la vista de miles  
de admiradores.

Apenas dio un pase creyó llegado el momento decisiv  
o, y se cuadró, con  
la muleta baja, llevándose la empuñadura del estoqu  
e junto a los ojos.

El público protestaba otra vez, temiendo por su vid  
a.

--¡No te tires! ¡No!... ¡Aaay!

Fue una exclamación de horror que conmovió a toda l  
a plaza; un espasmo  
que hizo poner de pie a la muchedumbre, con los ojo  
s agrandados,  
mientras las mujeres se tapaban la cara o se agarra  
ban convulsas al  
brazo más cercano.

Al tirarse el matador, su espada dio en hueso, y re  
tardado en el  
movimiento de salida por este obstáculo, había sido  
alcanzado por uno de  
los cuernos. Gallardo quedó enganchado por la mitad  
del cuerpo; y aquel  
buen mozo, fuerte y membrudo, con toda su pesadumbr  
e, viose zarandeado  
al extremo de un asta cual mísero maniquí, hasta qu  
e la poderosa bestia,  
con un cabezazo, lo expulsó a algunos metros de dis  
tancia, cayendo el  
torero pesadamente en la arena, abiertos los remos,  
como una rana  
vestida de seda y oro.

--¡Lo ha matado! ¡Una cornada en el vientre!--grita  
ban en los tendidos.

Pero Gallardo se levantó entre las capas y los hombres que acudieron a cubrirle y salvarle. Sonreía; se tentaba el cuerpo; levantaba después los hombros para indicar al público que no tenía nada. El porrazo nada más y la faja hecha trizas. El cuerno sólo había penetrado en esta envoltura de seda fuerte.

Volvió a coger los «trastos de matar», pero ya nadie quiso sentarse, adivinando que el lance iba a ser breve y terrible. Gallardo marchó hacia la fiera con su ceguedad de impulsivo, como si no creyese en el poder de sus cuernos luego de salir ileso: dispuesto a matar o a morir, pero inmediatamente, sin retrasos ni precauciones. ¡O el toro o él! Veía rojo, cual si sus ojos estuviesen inyectados de sangre. Escuchaba, como algo lejano que venía de otro mundo, el vocerío de la muchedumbre aconsejándole serenidad.

Dio sólo dos pases, ayudado por un capote que se mantenía a su lado, y de pronto, con celeridad de ensueño, como un muelle que se suelta del afianzador, lanzose sobre el toro, dándole una estocada que sus admiradores llamaban de relámpago. Metió tanto el brazo, que al salirse de entre los cuernos todavía le alcanzó el roce de uno de éstos, enviándolo tambaleante a algunos pasos; pero quedó en pie, y la bestia, tras loca carrera, fue a caer en el extremo opuesto de la plaza, quedando con las piernas dobladas y el testuz junto a la arena, hasta

que llegó el puntillero para rematarla.

El público pareció delirar de entusiasmo. ¡Hermosa corrida! Estaba ahíto de emociones. Aquel Gallardo no robaba el dinero: correspondía con exceso al precio de la entrada. Los aficionados iban a tener materia para hablar tres días en sus tertulias de café. ¡Qué valiente! ¡Qué bárbaro!... Y los más entusiastas, con una fiebre belicosa, miraban a todos lados como si buscasen enemigos.

--¡El primer matador del mundo!... Y aquí estoy yo, para el que diga lo contrario.

El resto de la corrida apenas llamó la atención. Todo parecía desabrido y gris tras las audacias de Gallardo.

Cuando cayó en la arena el último toro, una oleada de muchachos, de aficionados populares, de aprendices de torero, invadió el redondel. Rodearon a Gallardo, siguiéndole en su marcha desde la presidencia a la puerta de salida. Le empujaban, queriendo todos estrechar su mano, tocar su traje, y al fin, los más vehementes, sin hacer caso de las manotadas del \_Nacional\_ y los otros banderilleros, agarraron al maestro por las piernas y lo subieron en hombros, llevándolo así por el redondel y las galerías hasta las afueras de la plaza.

Gallardo, quitándose la montera, saludaba a los grupos que aplaudían su paso. Envuelto en su capote de lujo, se dejaba llevar como una

divinidad, inmóvil y erguido sobre la corriente de  
sombreros cordobeses  
y gorras madrileñas, de la que salían aclamaciones  
de entusiasmo.

Cuando se vio en el carruaje, calle de Alcalá abajo  
, saludado por la  
muchedumbre que no había presenciado la corrida, pe  
ro estaba ya enterada  
de sus triunfos, una sonrisa de orgullo, de satisfa  
cción en las propias  
fuerzas, iluminó su rostro sudoroso, en el que perd  
uraba la palidez de  
la emoción.

El \_Nacional\_, conmovido aún por la cogida del maes  
tro y su tremendo  
batacazo, quería saber si sentía dolores y si era a  
sunto de llamar al  
doctor Ruiz.

--Na: una caricia na más... A mí no hay toro que me  
mate.

Pero como si en medio de su orgullo surgiese el rec  
uerdo de las pasadas  
debilidades y creyera ver en los ojos del \_Nacional\_  
una expresión  
irónica, añadió:

--Son cosas que me dan antes de ir a la plaza... Ar  
go así como los  
vapores de las mujeres. Pero tú llevas razón, Sebas  
tián. ¿Cómo dices?...  
Dios u la Naturaleza, eso es: Dios u la Naturaleza  
no tieen por qué  
meterse en estas cosas del toreo. Ca uno sale como  
puede, con su  
habilidad o su coraje, sin que le valgan recomendac  
iones de la tierra ni  
del cielo... Tú tiees talento, Sebastián: tú debías  
de haber estudiao

una carrera.

Y en el optimismo de su alegría, miraba al banderilero como un sabio, sin acordarse de las burlas con que había acogido siempre sus enrevesadas razones.

Al llegar al alojamiento encontró en el vestíbulo a muchos admiradores deseosos de abrazarle. Hablaban de sus hazañas con tales hipérboles, que parecían distintas, exageradas y desfiguradas por los comentarios en el corto trayecto de la plaza al hotel.

Arriba encontró su habitación llena de amigos, señores que le tuteaban, e imitando el habla rústica de la gente del campo, pastores y ganaderos, le decían golpeándole los hombros:

--Has estao mu güeno... ¡Pero mu güeno!

Gallardo se libró de esta acogida entusiasta saliendo al corredor con \_Garabato\_.

--Ve a poner el telegrama a casa. Ya lo sabes: «Sin noveá.»

\_Garabato\_ se excusó. Tenía que ayudar al maestro a desnudarse. Los del hotel se encargarían de enviar el despacho.

--No; quiero que seas tú. Yo esperaré... Debes poner otro telegrama. Ya sabes pa quién es: pa aquella señora, pa doña Zol. También «Sin noveá».

## II

Cuando a la señora Angustias se le murió su esposo, el señor Juan Gallardo, acreditado remendón establecido en un portal del barrio de la Feria, lloró con el desconsuelo propio del caso; pero al mismo tiempo, en el fondo de su ánimo latía la satisfacción del que reposa tras larga marcha, librándose de un peso abrumador.

--¡Probesito de mi arma! Dios lo tenga en su gloria. ¡Tan güeno!... ¡Tan trabajaor!

En veinte años de vida común no la había dado otros disgustos que los que sufrían las demás mujeres del barrio. De las tres pesetas que unos días con otros venía a sacar de su trabajo, entregaba una a la señora Angustias para el sostén de la casa y la familia, destinando las otras dos al entretenimiento de su persona y gastos de representación. Había que corresponder a las «finezas» de los amigos cuando convidan a unas cañas; y el vino andaluz, por lo mismo que es la gloria de Dios, cuesta caro. También debía ir a los toros inevitablemente, porque un hombre que no bebe ni asiste a las corridas... ¿para qué está en el mundo?

La señora Angustias, con sus dos hijos, Encarnación y Juanillo, tenía que aguzar el ingenio y desplegar múltiples habilidades para llevar la familia adelante. Trabajaba como asistente en las c



asas más acomodadas  
del barrio, cosía para las vecinas, correteaba ropas y alhajas en representación de cierta prendera amiga suya y hacía pitillos para los señores, recordando sus habilidades de la juventud, cuando el señor Juan, novio entusiasta y zalamero, venía a esperarla a la salida de la Fábrica de Tabacos.

Nunca pudo quejarse de infidelidades o malos tratos de su difunto. Los sábados, cuando el remendón volvía borracho a casa a altas horas de la noche, sostenido por los amigos, la alegría y la ternura llegaban con él. La señora Angustias tenía que entrarlo a empujones, pues se obstinaba en permanecer a la puerta batiendo palmas y entonando con voz babosa lentas canciones de amor dedicadas a su voluminosa compañera. Y cuando al fin se cerraba la puerta tras él, privando a los vecinos de un motivo de regocijo, el \_señó\_ Juan, en plena borrachera sentimental, se empeñaba en ver a los pequeños, que ya estaban acostados, los besaba, mojándolos con gruesos lagrimones, y repetía sus trovos en honor de la señora Angustias--¡olé! ¡la primera hembra del mundo!--, acabando la buena mujer por desarrugar el ceño y reírse, mientras lo desnudaba y manejaba como si fuese un niño enfermo.

Este era su único vicio. ¡Pobrecillo!... De mujeres y de juego, ni señal. Su egoísmo, que le hacía ir bien vestido, mientras la familia andaba harapienta, y su desigualdad en el reparto d

e los productos del trabajo, compensábalos con iniciativas generosas. La señora Angustias recordaba con orgullo los días de gran fiesta, cuando Juan la hacía ponerse el pañolón de Manila, la mantilla de casamiento, y llevando los niños por delante marchaba a su lado, con blanco sombrero cordobés y bastón de puño de plata, dando un paseo por las Delicias, con el mismo aire de una familia de comerciantes de la calle de las Sierpes. Los días de toros baratos la obsequiaba rumbosamente antes de ir a la plaza, ofreciéndola unas cañas de manzanilla en La Campana o un café en la plaza Nueva. Este tiempo feliz no era ya mas que un pálido y grato recuerdo en la memoria de la pobre mujer.

El señor Juan enfermó de tisis, y durante dos años la esposa tuvo que atender a su cuidado, extremando aún más sus industrias para compensar la falta de la peseta que le entregaba antes el marido. Finalmente murió en el hospital, resignado con su suerte, convencido de que la existencia nada vale sin manzanilla y sin toros, y su última mirada de amor y de agradecimiento fue para su mujer, como si le gritase con los ojos: «¡Olé! ¡la primera hembra del mundo!...»

Al quedar sola la señora Angustias no empeoraba su situación; antes bien, considerábase con mayor desembarazo en los movimientos, libre de aquel hombre que en los dos últimos años pesaba más sobre ella que el resto de la familia. Mujer enérgica y de prontas re

soluciones, marcó  
inmediatamente un camino a sus hijos. Encarnación,  
que tenía ya diez y  
siete años, fue a la Fábrica de Tabacos, donde pudo  
introducirla su  
madre gracias a sus relaciones con ciertas amigas d  
e la juventud  
llegadas a maestras. Juanillo, que de pequeño había  
pasado los días en  
el portal del barrio de la Feria viendo trabajar a  
su padre, iba a ser  
zapatero por voluntad de la señora Angustias. Le sa  
có de la escuela,  
donde había aprendido a mal leer, y a los doce años  
entró como aprendiz  
de uno de los mejores zapateros de Sevilla.

Aquí comenzó el martirio de la pobre mujer.

¡Ay, aquel muchacho! ¡Hijo de unos padres tan honra  
dos!... Casi todos  
los días, en vez de entrar en la tienda del maestro  
, se iba al Matadero  
con ciertos pillos que tenían su punto de reunión e  
n un banco de la  
Alameda de Hércules, y para regocijo de pastores y  
matarifes, osaban  
echar un capote a los bueyes, siendo volteados y pa  
teados las más de las  
veces. La señora Angustias, que velaba aguja en man  
o muchas noches para  
que el niño fuese decentito al taller, con las ropa  
s limpias, le  
encontraba en la puerta de su casa, temeroso de ent  
rar y sin valor al  
mismo tiempo para huir, por la servidumbre del hamb  
re, con los  
pantalones rotos, la chaqueta sucia y chichones y r  
asguños en la cara.

A los magullamientos del buey traidor uníanse las b  
ofetadas y escobazos

de la madre; pero el héroe del Matadero pasaba por todo con tal que no le faltase la pitanza. «Pega, pero dame que comer.» Y con el apetito excitado por el ejercicio violento, engullía el pan duro, las judías averiadas, el bacalao putrefacto, todos los víveres de desecho que la hacendosa mujer buscaba en las tiendas para mantener a la familia con poco dinero.

Atareada todo el día en fregar pisos de casas ajenas, sólo de tarde en tarde podía ocuparse de su hijo, yendo a la tienda del maestro para enterarse de los progresos del aprendiz. Cuando volvía de la zapatería bufaba de coraje, proponiéndose los más estupendos castigos que corrigiesen al pillete.

La mayor parte de los días no se presentaba en la tienda. Pasaba la mañana en el Matadero, y por las tardes formaba grupo a la entrada de la calle de las Sierpes con otros vagabundos, admirando de cerca a los toreros sin contrata que se juntaban en La Campana, vestidos de nuevo, con flamantes sombreros, pero sin más de una peseta en el bolsillo y hablando cada cual de sus propias hazañas.

Juanillo los contemplaba como seres de asombrosa superioridad, envidiando su buen porte y la frescura con que piropeaban a las mujeres. La idea de que todos ellos tenían en su casa un traje de seda bordado de oro, y metidos en él marchaban ante la muchedumbre al son de la música,

producíale un escalofrío de respeto.

El hijo de la señora Angustias era conocido por el \_Zapaterín\_ entre sus desarrapados amigos, y mostrábase satisfecho de tener un apodo, como casi todos los grandes hombres que salen al redonde l. Por algo se empieza. Llevaba al cuello un pañuelo rojo que habí a sustraído a su hermana, y por debajo de la gorra salíale el pelo a montonado sobre las orejas en gruesos mechones, que se alisaba con saliva. Las blusas de dril queríalas hasta la cintura, con numerosos pliegues. Los pantalones, viejos restos del vestuario de su padre acomodados por la señora Angustias, exigíalos altos de talle, con las piernas anchas y las caderas bien recogidas, llorando de humillación cuando la madre no quería ceñirse a estas exigencias.

¡Una capa! ¡Poseer una capa de brega, no teniendo que implorar a otros más felices el préstamo del ansiado trapo por unos minutos!... En un cuartucho de la casa yacía olvidado un viejo colchón con las tripas flácidas. La lana habíala vendido la señora Angustias en días de apuro. El \_Zapaterín\_ pasó una mañana encerrado en el cuarto, aprovechando la ausencia de su madre, que trabajaba aquel día como asistente en casa de un canónigo. Con la ingeniosidad del náufrago que, entregado a sus iniciativas, tiene que fabricárselo todo en una isla desierta, cortó un capote de lidia en la tela húmeda y deshilachada. Después hirvió en un

puchero un puñado de anilina roja comprada en una droguería, y sumió en este tinte el viejo lienzo. Juanillo admiró su obra. ¡Un capote del más vivo escarlata, que iba a despertar muchas envidias en las capeas de los pueblos!... Sólo faltaba que se secase, y lo puso al sol entre las ropas blancas de las vecinas. El viento, al mecer el trapo chorreante, fue manchando las piezas inmediatas, y un concierto de maldiciones y amenazas, de puños crispados y bocas que proferían las más feas palabras contra él y su madre, obligó al \_Zapaterín\_ a recoger su manto de gloria y salir por pies, cubiertas de rojo cara y manos, como si acabase de cometer un homicidio.

La señora Angustias, hembra fuerte, obesa y bigotuda, que no temía a los hombres e inspiraba respeto a las mujeres por sus resoluciones enérgicas, mostrábase descorazonada y floja ante su hijo. ¡Qué hacer!... Sus manos habíanse ensayado en todas las partes del cuerpo del muchacho; las escobas se rompían sin resultado positivo. Aquel maldito tenía, según ella, carne de perro. Habitado fuera de casa a los tremendos cabezazos de los becerros, al cruel pateo de las vacas, a los palos de pastores y matarifes, que trataban sin compasión a la pillería tauromáquica, los golpes de la madre parecíanle un hecho natural, una continuación de la vida exterior, que se prolongaba dentro de su casa, y los aceptaba sin propósito de enmienda, como un escote que había de

pagar a cambio del sustento, rumiando el pan duro con famélico regodeo, mientras las maldiciones maternas y los puñetazos llovían en sus espaldas.

Apenas saciaba su hambre huía de la casa, valiéndose de la libertad en que le dejaba la señora Angustias ausentándose para sus faenas.

En La Campana, ágora venerable del toreo, donde circulan las grandes noticias de la afición, recibía avisos de sus compañeros que le producían escalofríos de entusiasmo.

--\_Zapaterín\_, mañana corrida.

Los pueblos de la provincia celebraban las fiestas del santo patrón con capeas de toros corridos, y allá marchaban los pequeños toreros, con la esperanza de poder decir a la vuelta que habían tendido el capote en las plazas gloriosas de Aznalcollar, Bullullos o Mairena. Emprendían la marcha de noche, con la capa al hombro si era verano y envueltos en ella en el invierno, el estómago vacío y hablando continuamente de toros.

Si la marcha era de varias jornadas, acampaban al raso o eran admitidos por caridad en el pajar de una venta. ¡Ay de las uvas, de los melones y los higos que encontraban al paso en la buena época!... Su única inquietud era que otro grupo, otra «cuadrilla», hubiese tenido igual pensamiento y se presentase en el pueblo, entablando ruda competencia.

Cuando llegaban al término de su viaje, con las cejas y la boca llenas de polvo, flojos y despeados por la marcha, se presentaban al alcalde, y el más desvergonzado, que llenaba las funciones de director, hablaba de los méritos de su gente, dándose todos por felices si la generosidad municipal los aposentaba en la cuadra del mesón, regalándolos encima con una olla, que quedaba limpia a los pocos instantes.

En la plaza del lugar, cerrada con carros y tablados, soltábanse toros viejos, verdaderos castillos de carne, llenos de costras y cicatrices, con cuernos astillosos y enormes; reses que llevaban muchos años de ser toreadas en todas las fiestas de la provincia; animales venerables que «sabían latín», tanta era su malicia, y habituados a un continuo torreo, estaban en el secreto de las habilidades de la lidia.

Los mozos del pueblo pinchaban a las fieras desde lugar seguro, y la gente buscaba motivo de diversión, más aún que en el toro, en los «toreros» venidos de Sevilla. Tendían éstos sus capas con las piernas temblorosas y el ánimo reconfortado por el peso del estómago. Revolcón, y grande algazara en el público. Cuando alguno, con repentino terror, refugiábase en las empalizadas, la barbarie campesina le acogía con insultos, golpeándole las manos agarradas a la madera, dándole varazos en las piernas para que saltase a la plaza. «¡Arre, sinvergüenza! ¡A



darle la cara al toro, embustero!...»

Alguna vez sacaban de la plaza a uno de los «diestros» entre cuatro compañeros, pálido con una blancura de papel, los ojos vidriosos, la cabeza caída, el pecho como un fuelle roto. Acudía el albéitar, tranquilizando a todos al no ver sangre. Era una conmoción sufrida por el muchacho al ser despedido a algunos metros de distancia, cayendo al suelo como un talego de ropa. Otras veces era la angustia de haber sido pisado por una bestia de enorme pesadumbre. Le echaban un cubo de agua por la cabeza, y luego, al recobrar los sentidos, o bsequiábanle con un gran trago de aguardiente de Cazalla de la Sierra. Ni un príncipe podría verse mejor cuidado.

A la plaza otra vez. Y cuando no le quedaban al pastor toros que soltar y se aproximaba la noche, dos de la cuadrilla cogían el mejor capote de la sociedad, y sosteniéndole por las puntas, iban de tablado en tablado solicitando una gratificación. Llovían sobre la tela roja las monedas de cobre según el gusto que habían dado a los vecinos las proezas de los forasteros, y terminada la corrida emprendían la vuelta a la ciudad, sabiendo que en la posada se había agotado su crédito. Muchas veces reñían en el camino por la distribución de la calderilla guardada en un pañuelo anudado.

Luego, en el resto de la semana, recordaban sus hazañas ante los ojos

absortos de los compinches que no habían sido de la expedición. Hablaban de sus verónicas en El Garrobo, de sus navarras de Lora, o de una terrible cogida en El Pedroso, imitando los aires y actitudes de los verdaderos profesionales que a pocos pasos de ellos consolaban su falta de contratas con toda clase de petulancias y mentiras.

Cierta vez, la señora Angustias estuvo más de una semana sin saber de su hijo. Al fin tuvo vagas noticias de que había sido herido en una capea en el pueblo de Tocina. ¡Dios mío! ¿Dónde estaría a quel pueblo? ¿Cómo ir a él?... Dio por muerto a su hijo, le lloró, quiso, sin embargo, ir allá, y cuando disponía el viaje vio llegar a Juani llo, pálido, débil, pero hablando con alegría varonil de su accidente.

No era nada: un puntazo en una nalga; una herida de varios centímetros de profundidad. Y con el impudor del triunfo, quería mostrarla a los vecinos, afirmando que metía en ella un dedo sin llegar al fin. Sentíase orgulloso del hedor de yodoformo que iba esparciendo a su paso, y hablaba de las atenciones con que le habían tratado en aquel pueblo, que era para él lo mejor de España. Los vecinos más ricos, como quien dice la aristocracia, se interesaban por su suerte; el alcalde había ido a verle, pagándole después el viaje de vuelta. Aún guardaba en su bolsillo tres duros, que entregó a su madre con una generosidad de grande hombre. ¡Y tanta gloria a los catorce años! Su satisfacción

fue todavía mayor  
cuando en La Campana, algunos toreros--pero toreros  
de verdad--fijaron  
su atención en el muchacho, preguntándole cómo marc  
haba de su herida.

Después de este accidente ya no volvió a la tienda  
de su maestro. Sabía  
lo que eran los toros; su herida había servido para  
acrecentar su  
audacia. ¡Torero, nada más que torero! La señora An  
gustias abandonó todo  
propósito de corrección, juzgándolo inútil. Se hizo  
la cuenta de que no  
existía su hijo. Cuando se presentaba en casa por l  
a noche, a la hora en  
que la madre y la hermana comían juntas, hacíanle p  
lato silenciosas,  
intentando abrumarle con su desprecio. Pero esto en  
nada alteraba su  
masticación. Si llegaba tarde, no le guardaban ni u  
n mendrugo, y tenía  
que volverse a la calle lo mismo que había venido.

Era paseante nocturno en la Alameda de Hércules con  
otros muchachos de  
ojos viciosos, mezcla confusa de aprendices de crim  
inal y de torero. Las  
vecinas le encontraban algunas veces en las calles  
hablando con  
señoritos cuya presencia hacía reír a las mujeres,  
o con graves  
caballeros a los que la maledicencia daba mote fem  
eniles. Unas  
temporadas vendía periódicos, y en las grandes fies  
tas de Semana Santa  
ofrecía a las señoras sentadas en la plaza de San F  
rancisco bandejas de  
caramelos. En época de feria vagaba por las inmedia  
ciones de los hoteles  
esperando a un «inglés», pues para él todos los via  
jeros eran ingleses,

con la esperanza de servirle de guía.

--¡Milord!... ¡Yo torero!--decía al ver una figura exótica, como si su calidad profesional fuese una recomendación indiscutible para los extranjeros.

Y para certificar su identidad se quitaba la gorra, echando atrás la coleta: un mechón de a cuarta que llevaba tendido en lo alto de la cabeza.

Su compañero de miseria era \_Chiripa\_, muchacho de su misma edad, pequeño de cuerpo y de ojos maliciosos, sin padre ni madre, que vagaba por Sevilla desde que tenía uso de razón y ejercía sobre Juanillo el dominio de la experiencia. Tenía un carrillo cortado por la cicatriz de una cornada, y esta señal considerábala el \_Zapaterín\_ como algo muy superior a su herida invisible.

Cuando, a la puerta de un hotel, alguna viajera ávida de «color local» hablaba con los pequeños toreros, admirando sus coletas y el relato de sus heridas, para acabar dándoles dinero, \_Chiripa\_ decía con tono sentimental:

--No le dé usted a ese, que tié mare, y yo estoy solito en er mundo. ¡El que tié mare no sabe lo que tiene!

Y el \_Zapaterín\_, con una tristeza de remordimiento, permitía que el otro se apoderase de todo el dinero, murmurando:

--Es verdá... es verdá.

Este enternecimiento no impedía a Juanillo continuar su existencia anormal, apareciendo en casa de la señora Angustias muy de tarde en tarde y emprendiendo viajes lejos de Sevilla.

\_Chiripa\_ era un maestro de la vida errante. Los días de corrida afirmábase en su voluntad el propósito de entrar en la Plaza de Toros con su camarada, apelando para esto a las estratagemas de escalar los muros, deslizarse entre el gentío o enternecer a los empleados con humildes súplicas. ¡Una fiesta taurina sin que la vieran ellos, que eran de la profesión!... Cuando no había capea en los pueblos de la provincia, iban a echar su trapo a los novillos de la dehesa de Tablada; pero todos estos alicientes de la vida de Sevilla no bastaban a satisfacer su ambición.

\_Chiripa\_ había corrido mundo, y hablaba a su compañero de las grandes cosas vistas por él en lejanas provincias. Era hábil en el arte de viajar gratuitamente, colándose con disimulo en los trenes. El \_Zapaterín\_ escuchaba con embeleso sus descripciones de Madrid, una ciudad de ensueño con su Plaza de Toros que era a modo de una catedral del toreo.

Un señorito, por reírse de ellos, les dijo a la puerta de un café de la calle de las Sierpes que en Bilbao ganarían mucho dinero, pues allí no

abundaban los toreros como en Sevilla, y los dos muchachos emprendieron el viaje, limpio el bolsillo y sin otro equipo que sus capas, unas capas «de verdad», que habían sido de toreros de cartel, míseros desechos adquiridos por unos cuantos reales en una ropavejería.

Introducíanse cautelosamente en los trenes y se ocultaban bajo los asientos; pero el hambre y otras necesidades les obligaban a denunciar su presencia a los viajeros, que acababan por compadecerse de estas andanzas, riendo de sus raras figuras, de sus coletas y capotes, socorriéndolos con los restos de sus meriendas. Cuando algún empleado les daba caza en las estaciones, corrían de vagón en vagón o intentaban escalar los techos para esperar agazapados a que el tren se pusiera en marcha. Muchas veces les sorprendieron, y agarrándolos de las orejas, con acompañamiento de bofetadas y puntapiés, quedaban en el andén de una estación solitaria, mientras el tren se alejaba como una esperanza perdida.

Aguardaban el paso de otro, vivaqueando al aire libre, y si se veían vigilados de cerca, emprendían la marcha hacia la inmediata estación por los desiertos campos, con la certeza de ser más afortunados. Así llegaron a Madrid, después de varios días de accidentado viaje y largas paradas con acompañamiento de golpes. En la calle de Sevilla y en la Puerta del Sol admiraron los grupos de toreros sin

contrata, entes  
superiores, a los que osaron pedir, sin éxito, una  
limosna para  
continuar el viaje. Un mozo de la Plaza de Toros, q  
ue era de Sevilla, se  
apiadó de ellos y les dejó dormir en las cuadras, p  
roporcionándoles  
además el deleite de presenciar una corrida de novi  
llos en el famoso  
circo, que les pareció menos importante que el de s  
u tierra.

Asustados de su audacia y viendo cada vez más lejan  
o el término de la  
excursión, emprendieron el regreso a Sevilla lo mis  
mo que habían venido;  
pero desde entonces tomaron gusto a los viajes a es  
condidas en el  
ferrocarril. Dirigíanse a pueblos de poca importanc  
ia en las diversas  
provincias andaluzas cuando oían vagas noticias de  
fiestas con sus  
correspondientes capeas. Así llegaban hasta la Manc  
ha o Extremadura; y  
si los azares de la mala suerte les imponían el mar  
char a pie, buscaban  
refugio en las viviendas de los campesinos, gente c  
rédula y risueña, que  
se extrañaba de sus pocos años, de su atrevimiento  
y su charla  
embustera, tomándolos por verdaderos lidiadores.

Esta existencia errante les hacía emplear astucias  
de hombre primitivo  
para satisfacer sus necesidades. En las inmediacion  
es de las casas de  
campo arrastrábanse sobre el vientre, robando las h  
ortalizas sin ser  
vistos. Aguardaban horas enteras a que una gallina  
solitaria se  
aproximase a ellos, y retorciéndola el cuello conti  
nuaban la marcha,

para encender una hoguera de leña seca en mitad de la jornada y engullirse el pobre animal chamuscado y medio crudo con una voracidad de pequeños salvajes. Temían a los mastines del campo más que a los toros. Eran bestias difíciles para la lidia, que corrían hacia ellos enseñando los colmillos, como si los enfureciese su aspecto exótico y husmeasen en sus personas a enemigos de la propiedad.

Muchas veces, cuando dormían al aire libre cerca de una estación, esperando el paso de un tren, llegábase a ellos una pareja de guardias civiles. Al ver los rojos envoltorios que servían de almohadas a estos vagabundos, tranquilizábanse los soldados del orden. Suavemente les quitaban las gorras, y al encontrarse con el peludo apéndice de la coleta, se alejaban riendo sin más averiguaciones. No eran ladronzuelos: eran aficionados que iban a las capeas. Y en esta tolerancia había una mezcla de simpatía por la fiesta nacional y de respeto ante la obscuridad de lo futuro. ¡Quién podía saber si alguno de estos mozos desarrapados, con costras de miseria, sería en el porvenir una «estrella del arte», un gran hombre que brindase toros a los reyes, viviera como un príncipe, y cuyas hazañas y dichos reprodujeran los periódicos!...

Una tarde, el \_Zapaterín\_ quedó solo en un pueblo de Extremadura. Para mayor asombro del público rústico que aplaudía a los famosos toreros



«venidos adrede de Sevilla», los dos muchachos quisieron clavar banderillas a un toro bravucón y viejo. Juanillo puso sus palos a la fiera y quedó junto a un tablado, gozándose en recibir la ovación popular en forma de tremendos manotazos y ofrecimientos de tragos de vino. Una exclamación de horror le sacó de esta embriaguez de gloria. \_Chiripa\_ no estaba ya en el suelo de la plaza. Sólo quedaban en él las banderillas rodando por el polvo, una zapatilla y la gorra. Movíase el toro como irritado ante un obstáculo, llevando enganchado de uno de sus cuernos un envoltorio de ropas semejante a un monigote. Con los violentos cabezazos el informe paquete se soltó del cuerno, expeliendo un chorro rojo, pero antes de llegar al suelo fue alcanzado por el asta opuesta, que a su vez lo zarandeó largo rato. Por fin el triste bulto cayó en el polvo, y allí quedó, flácido e inerte, soltando líquido, como un pellejo agujereado que expelle el vino a chorros.

El pastor, con sus cabestros, se llevó el toro al corral, pues nadie osaba aproximarse a él, y el pobre \_Chiripa\_ fue conducido sobre un jergón a cierto cuartucho del Ayuntamiento que servía de cárcel. Su compañero le vio con la cara blanca como si fuese de yeso, los ojos mates y el cuerpo rojo de sangre, sin que pudieran contener ésta los paños de agua con vinagre que le aplicaban, a falta de algo mejor.

--¡Adió, \_Zapaterín\_!--suspiró--. ¡Adió, Juaniyo!

Y no dijo más. El compañero del muerto emprendió at errado la vuelta a Sevilla, viendo sus ojos vidriosos, oyendo sus gimi entes adioses. Tenía miedo. Una vaca mansa saliéndole al paso le hubiese hecho correr. Pensaba en su madre y en la prudencia de sus consej os. ¿No era mejor dedicarse a zapatero y vivir tranquilamente?... Per o estos propósitos sólo duraron mientras se vio solo.

Al llegar a Sevilla sintió la influencia del ambien te. Los amigos corrieron hacia él para saber con todos sus detalle s la muerte del pobre \_Chiripa\_. Los toreros profesionales le preguntaban en La Campana, recordando con lástima a aquel pilluelo de cara cor tada que muchas veces les hacía recados. Juan, enardecido por tales muestr as de consideración, daba suelta a su potencia imaginativa, describiendo cómo se había él arrojado sobre el toro al ver cogido a su pobre com pañero; cómo había agarrado al bicho de la cola, y demás hazañas porte ntosas, a pesar de las cuales el otro había salido del mundo.

La medrosa impresión se desvaneció. ¡Torero, nada m ás que torero! Ya que otros lo eran, ¿por qué no serlo él? Pensaba en las judías averiadas y el pan duro de su madre; en las vilezas que le cost aba cada pantalón nuevo; en el hambre, inseparable compañera de mucha s de sus expediciones. Además, sentía un ansia vehemente por todos los goces y

ostentaciones de la existencia: miraba con envidia los coches y los caballos; deteníase absorto en las puertas de las grandes casas, al través de cuyas cancelas veía patios de oriental suntuosidad, con arcadas de azulejos, enlosados de mármol y fuentes parleras que desgranaban día y noche sobre el tazón rodeado de verdes hojas un surtidor de perlas. Su suerte estaba echada. Matar toros o morir. Ser rico, y que los periódicos hablasen de él y le saludase la gente, aunque fuera a costa de la vida. Despreciaba los grados inferiores del toreo. Veía a los banderilleros exponer la vida lo mismo que los maestros a cambio de treinta duros por corrida, y luego de una existencia de fatigas y cornadas llegar a viejos, sin más porvenir que una mísera industria montada con los ahorros o un empleo en el Matadero. Algunos morían en el hospital; los más pedían limosna a los compañeros jóvenes. Nada de banderillas ni de pasar años en una cuadrilla sometido al despotismo de un maestro. Matar toros desde el principio; pisar la arena de las plazas como espada.

La desgracia del pobre \_Chiripa\_ dábale cierto ascendiente sobre sus compañeros y formó cuadrilla, una cuadrilla de desarrapados que marcharon tras él a las capeas de los pueblos. Le respetaban porque era el más valiente y el mejor vestido. Algunas mozas de vida airada, atraídas por la varonil belleza del \_Zapaterín\_, que ya iba en los diez

y ocho años, y por el prestigio de su coleta, disputábanse en ruidosa competencia el honor de cuidar de su garbosa persona. Además contaba con un «padrino», un viejo protector, antiguo magistrado, que sentía debilidad por la guapeza de los toreros jóvenes, y cuyo trato indignaba a la señora Angustias, haciéndole soltar las más obscenas expresiones aprendidas en sus tiempos de la Fábrica de Tabacos.

El \_Zapaterín\_ lucía ternos de lana inglesa bien ajustados a la esbeltez de su cuerpo, y su sombrero era siempre flamante. Las «socias» cuidaban escrupulosamente de la blancura de sus cuellos y pecheras, y en ciertos días ostentaba sobre el chaleco una cadena de oro, doble, igual a la de las señoras, préstamo de su respetable amigo, que había ya figurado en el cuello de «otros muchachos que empezaban».

Alternaba con los verdaderos toreros; podía pagar copas a los viejos peones que hacían memoria de las hazañas de los maestros famosos. Dábase por seguro que ciertos protectores trabajaban en favor de este «niño», esperando ocasión propicia para hacerle debutar en una novillada en la plaza de Sevilla.

El \_Zapaterín\_ era ya matador. Un día, en Lebrija, al salir a la plaza un torito vivaracho, sus compañeros le habían empujado a la suerte suprema. «¿Te atreves a meterle la mano?...» Y él le metió la mano. Después, enardecido por la facilidad con que había

salido del trance,  
acudió a todas las capeas en las que se anunciaba n  
ovillo de muerte y a  
todos los cortijos donde se lidiaban y mataban rese  
s.

El propietario de \_La Rinconada\_, rico cortijo con  
pequeña plaza de  
toros, era un entusiasta que tenía la mesa dispuest  
a y abierto el pajar  
para todos los aficionados famélicos que quisieran  
divertirle lidiando  
sus reses. Juanillo fue allá en días de miseria con  
otros compañeros,  
para comer a la salud del hidalgo campestre aunque  
fuese a costa de  
algunos revolcones. Llegaron a pie tras dos jornada  
s de marcha, y el  
propietario, al ver a la tropa polvorienta, con sus  
líos de capotes,  
dijo solemnemente:

--Al que quee mejó le pago er billete pa que güerva  
a Seviya en  
ferrocarrí.

Dos días pasó el señor del cortijo fumando en el ba  
lconcillo de su plaza  
mientras los chicos de Sevilla lidiaban toretes, si  
endo muchas veces  
alcanzados y pateados.

--Eso no vale na, ¡embustero!--decía reprobando un  
capeo mal dado.

--¡Arza der suelo, cobardón!... A ve, que le den vi  
no pa que se le pase  
er susto--gritaba cuando un muchacho persistía en s  
eguir tendido luego  
de pasarle el toro sobre el cuerpo.

El \_Zapaterín\_ mató un novillo tan a gusto del dueñ

o, que éste lo sentó  
a su mesa, mientras los camaradas quedaban en la co  
cina con los pastores  
y mozos de labranza, metiendo la cuchara de cuerno  
en la humeante  
\_caldereta\_.

--Te ganaste la güerta en ferrocarrí, gachó. Tú irá  
s lejos si no te  
farta er corazón. Tiés facurtaes.

El \_Zapaterín\_, al emprender su regreso a Sevilla e  
n segunda clase,  
mientras la cuadrilla marchaba a pie, pensó que com  
enzaba para él una  
nueva vida, y tuvo una mirada de avidez para el eno  
rme cortijo, con sus  
extensos olivares, sus campos de granos, sus molino  
s, sus prados que se  
perdían de vista, en los que pastaban miles de cabr  
as y rumiaban,  
inmóviles, con las piernas encogidas, toros y vacas  
. ¡Qué riqueza! ¡Si  
él llegase un día a poseer algo semejante!...

La fama de sus proezas en las novilladas de los pue  
blos llegó a Sevilla,  
haciendo fijarse en su persona a los aficionados in  
quietos e  
insaciables, que siempre esperan un nuevo astro que  
eclipse a los  
existentes.

--Paece que es un niño que promete--decían al verle  
pasar por la calle  
de las Sierpes con paso menudo, moviendo arrogante  
los brazos--. Habrá  
que verlo en el terreno de la verdá.

Este terreno era para ellos y para el \_Zapaterín\_ e  
l redondel de la  
plaza de Sevilla. Pronto estaba el muchacho a verse

cara a cara con la  
verdad. Su protector había adquirido para él un traje de «luces» algo  
usado, desecho de un matador sin nombre. Se organizó una corrida de  
novillos con un fin benéfico, y aficionados influyentes, ganosos de  
novedades, consiguieron incluirlo en el cartel, gratuitamente, como  
matador.

El hijo de la señora Angustias se opuso a que figurase en los anuncios  
su apodo de \_Zapaterín\_, que deseaba hacer olvidar. Nada de mote, y  
menos de oficios bajos. Deseaba ser conocido con los nombres de su  
padre; quería ser Juan Gallardo y que ningún apodo recordase su origen a  
las grandes personas que indudablemente serían sus amigos en el  
porvenir.

Todo el barrio de la Feria acudió en masa a la corrida con un fervor  
bullicioso y patriótico. Los de la Macarena también llevaban su parte de  
interés, y los demás barrios populares se dejaron arrastrar por el mismo  
entusiasmo. ¡Un nuevo matador de Sevilla!... No hubo entradas para  
todos, y fuera de la plaza quedaron miles de personas esperando ansiosas  
las noticias de la corrida.

Gallardo toreó, mató, fue volteado por un toro, sin sufrir heridas, y  
tuvo al público en continua angustia con sus audacias, que las más de  
las veces resultaron afortunadas, provocando colosales berridos de  
entusiasmo. Ciertos aficionados respetables en sus

decisiones sonreían complacidos. Aún le faltaba mucho que aprender, pero tenía corazón y buen deseo, que es lo importante.

--Sobre todo, entra a matar de veras y no se sale del terreno de la verdad.

Las buenas mozas amigas del diestro agitábanse borrachas de entusiasmo, con histéricas contorsiones, los ojos lacrimosos, la boca chorreante, agotando en plena tarde el léxico de palabras amorosas que sólo usaban por la noche. Una arrojaba su mantón al redondel; otra, por ser más, añadía la blusa y el corsé; otra llegaba a despojar se de la falda, y los espectadores agarrábanlas riendo para que no se arrojasen a la arena o no quedaran en camisa.

En otro lado de la plaza, el viejo magistrado sonreía enternecido al través de su barba blanca, admirando la valentía del muchacho y lo bien que le sentaba el traje de «luces». Al verle volteado por el toro se echó atrás en su asiento, como si fuese a desmayarse. Aquello era demasiado fuerte para él.

En una contrabarrera pavoneábase orgulloso el marido de Encarnación, la hermana del diestro, un talabartero con tienda abierta, hombre sesudo, enemigo de la vagancia, que se había casado con la cigarrera prendado de sus gracias, pero con la expresa condición de no tratar al «maleta» de su hermano.



Gallardo, ofendido por el mal gesto del cuñado, no se había atrevido a pisar su tienda, situada en las afueras de la Macarena, ni a apearle el ceremonioso usted cuando de tarde en tarde le encontraba en casa de la señora Angustias.

--Voy a ver cómo corren a naranjazos al sinvergüenz a de tu hermano--había dicho a su mujer al ir a la plaza.

Y ahora, desde su asiento, saludaba al diestro, llamándole Juaniyo, tratándole de tú, pavoneándose satisfecho cuando el novillero, atraído por tantos gritos, acabó por fijarse en él, contestándole con un movimiento de su estoque.

--Es mi cuñado--decía el talabartero, para que le admirasen los que estaban junto a él--. Siempre he creído que este chico sería argo en el toreo. Mi señora y yo le hemos ayudado mucho...

La salida fue triunfal. La muchedumbre se abalanzó sobre Juanillo, como si fuese a devorarlo con sus expansiones de entusiasmo. Gracias que estaba allí el cuñado para imponer orden, cubrirle con su cuerpo y conducirlo hasta el coche de alquiler, en el cual se sentó al lado del novillero.

Cuando llegaron a la casucha del barrio de la Feria iba tras el carruaje un inmenso grupo, a modo de manifestación popular, dando vítores que hacían salir las gentes a las puertas. La noticia d

el triunfo había  
llegado allí antes que el diestro, y los vecinos co-  
rrían para verle de  
cerca y estrechar su mano.

La señora Angustias y su hija estaban en la puerta  
de la casa. El  
talabartero casi bajó en brazos a su cuñado, monopo-  
lizándolo, gritando y  
manoteando en nombre de la familia para que nadie l-  
o tocase, como si  
fuese un enfermo.

--Aquí lo tienes, Encarnación--dijo empujándolo hac-  
ia su mujer--. ¡Ni el  
propio Roger de Flor!

Y Encarnación no necesitó preguntar más, pues sabía  
que su marido, en  
virtud de lejanas y confusas lecturas, consideraba  
a este personaje  
histórico como el conjunto de todas las grandezas,  
y sólo osaba unir su  
nombre a sucesos portentosos.

Ciertos vecinos entusiastas que venían de la corrid-  
a piropeaban a la  
señora Angustias, admirando devotamente su abultado  
abdomen.

--¡Bendita sea la mare que ha parió un mozo tan val-  
iente!...

Las amigas la aturdían con sus exclamaciones. ¡Qué  
suerte! ¡Y poquito  
dinero que iba a ganar su hijo!...

La pobre mujer mostraba en sus ojos una expresión d-  
e asombro y de duda.  
Pero ¿era realmente su Juanillo el que hacía correr  
a la gente con tanto  
entusiasmo?... ¿Se habían vuelto locos?...

Mas de pronto cayó sobre él, como si se desvaneciese todo el pasado, como si sus angustias y rabietas fuesen un ensueño, como si confesara un vergonzoso error. Sus brazos enormes y flácidos se arrollaron al cuello del torero y las lágrimas mojaron una de sus mejillas.

--¡Hijo mío! ¡Juaniyo!... ¡Si te viera el pobre de tu padre!

--No yore, mare... que hoy es día de alegría. Va usted a ve. Si Dios me da suerte, la haré una casa, y le verán sus amigas en carruaje, y va usted a yevar ca pañolón de Manila que quitará el sentimiento...

El talabartero acogió estos propósitos de grandeza con movimientos de afirmación ante la absorta esposa, que aún no había salido de su sorpresa por este cambio tan radical. Sí, Encarnación: todo lo haría este mozo si se empeñaba... Era extraordinario. ¡Ni el propio Roger de Flor!

Por la noche, en las tabernas de los barrios populares y los cafés, sólo se habló de Gallardo.

--El torero del porvenir. Ha quedado como las propias rosas... Ese chico va a quitar los moños a todos los califas cordobeses.

En estas afirmaciones latía el orgullo sevillano, en perpetua rivalidad con la gente de Córdoba, tierra igualmente de bueno

s toreros.

La existencia de Gallardo cambió por completo después de este día.

Saludábanle los señoritos y le hacían sentar entre ellos en las puertas de los cafés. Las buenas mozas que antes le mataban el hambre y cuidaban de su ornato viéronse poco a poco repelidas con risueño desprecio. Hasta el viejo protector se alejó prudentemente, en vista de ciertos desvíos, y fue a poner su tierna amistad en otros muchachos que empezaban.

La empresa de la Plaza de Toros buscaba a Gallardo, mimándole como si fuese ya una celebridad. Anunciando su nombre en los carteles, el éxito era seguro: plaza llena. El populacho aplaudía entusiasmado al «niño de la señá Angustias», haciéndose lenguas de su valor. La fama de Gallardo extendiose por Andalucía, y el talabartero, sin que nadie solicitase sus auxilios, mezclábase en todo, arrogándose el papel de defensor de los intereses de su cuñado.

Hombre reflexivo y muy experto, según él, en los negocios, veía marcado para siempre el curso de su vida.

--Tu hermano--decía por las noches al acostarse con su mujer--necesita a su lado un hombre práctico que maneje sus intereses. ¿Crees tú que le vendría mal nombrarme su apoderado? Pa él una gran cosa. ¡Ni el propio Roger de Flor! Y pa nosotros...

El talabartero contemplaba en su imaginación las gr

andes riquezas que  
iba a ganar Gallardo, y pensaba igualmente en los cinco hijos que tenía  
y los que iban a venir seguramente, pues era hombre de una fidelidad  
conyugal incansable y prolífica. ¡Quién sabe si lo que ganase el espada  
acabaría por ser de sus sobrinos!...

Durante año y medio, Juan mató novillos en las mejores plazas de España.  
Su fama había llegado hasta Madrid. Los aficionados de la corte sentían  
curiosidad por conocer al «niño sevillano», del que tanto hablaban los  
periódicos y del que se hacían lenguas los inteligentes andaluces.

Gallardo, escoltado por un grupo de amigos de la tierra que residían en  
Madrid, se pavoneó en la acera de la calle de Sevilla, junto al Café  
Inglés. Las buenas mozas sonreían con sus requiebros y se les iban los  
ojos tras la gruesa cadena de oro del torero y sus grandes diamantes,  
preseas adquiridas con las primeras ganancias y a crédito de las  
futuras. Un matador debe mostrar que le sobra el dinero en el ornato de  
su persona y convidando generosamente a todo el mundo. ¡Cuán lejos  
estaban los días en que él, con el pobre \_Chiripa\_, vagabundeaba por la  
misma acera, temiendo a la policía, contemplando a los toreros con  
admiración y recogiendo las colillas de sus cigarrillos!...

Su trabajo en Madrid fue afortunado. Hizo amistades, y se formó en torno  
de él un grupo de entusiastas ganosos de novedad, q

ue también le  
proclamaban el «torero del porvenir», protestando p  
orque aún no había  
recibido la alternativa.

--A espuertas va a ganar el dinero, Encarnación--de  
cía el cuñado--. Va a  
tener millones, como no le ocurra una mala desgraci  
a.

La vida de la familia cambió por completo. Gallardo  
, que se trataba con  
los señoritos de Sevilla, no quiso que su madre sig  
uiese habitando la  
casucha de sus tiempos de miseria. Por él se hubies  
en trasladado a la  
mejor calle de la ciudad; pero la señora Angustias  
quiso seguir fiel al  
barrio de la Feria, con ese amor que sienten al env  
ejer las gentes  
simples por los lugares donde se desarrolló su juve  
ntud.

Vivían en una casa mucho mejor. La madre no trabaja  
ba y las vecinas  
hacíanla la corte, viendo en ella una prestamista g  
enerosa para sus días  
de apuro. Juan, a más de las joyas pesadas y estrep  
itosas con que  
adornaba su persona, poseía el supremo lujo de todo  
torero: una jaca  
alazana, de gran poder, con silla vaquera y gran ma  
nta en el arzón  
orlada de borlajes multicolores. Montado en ella tr  
otaba por las calles,  
sin más objeto que recibir los homenajes de los ami  
gos, que saludaban su  
garbo con ¡olés! ruidosos. Esto satisfacía por el m  
omento sus deseos de  
popularidad. Otras veces iba con los señoritos, for  
mando vistoso pelotón  
de jinetes, a la dehesa de Tablada, en vísperas de

gran corrida, para  
ver el ganado que otros habían de matar.

--Cuando yo tome la alternativa...--decía a cada pa  
so, haciendo depender  
de ella todos sus planes sobre el porvenir.

Para entonces dejaba una serie de proyectos con que  
había de sorprender  
a su madre, pobre mujer asustada del bienestar que  
se colaba de rondón  
en su casa, y que ella creía de imposible aumento.

Llegó el día de la alternativa: el reconocimiento d  
e Gallardo como  
matador de toros.

Un maestro célebre le cedió la espada y la muleta e  
n pleno redondel de  
la plaza de Sevilla, y la muchedumbre enloqueció de  
entusiasmo viendo  
cómo echaba abajo de una sola estocada al primer to  
ro «formal» que se le  
ponía delante. Al mes siguiente, este doctorado tau  
romáquico era  
refrendado en la plaza de Madrid, donde otro maestr  
o no menos célebre  
volvió a darle la alternativa en una corrida de tor  
os de Miura.

Ya no era novillero; era matador, y su nombre figur  
aba al lado de viejos  
espadas a los que había admirado como dioses inabor  
dables cuando iba por  
los pueblecillos tomando parte en las capeas. A uno  
de ellos recordaba  
haberlo esperado en una estación, cerca de Córdoba,  
para pedirle un  
socorro cuando pasaba en el tren con su cuadrilla.  
Aquella tarde pudo  
comer gracias a la fraternidad generosa que existe  
entre la gente de

coleta, y que impulsa a un espada de lujo principes  
co a alargar un duro  
y un cigarro al pilluelo astroso que da sus primero  
s capeos.

Comenzaron a llover contratas sobre el nuevo espada  
. En todas las plazas  
de la Península deseaban verle, con el incentivo de  
la curiosidad. Los  
periódicos profesionales popularizaban su retrato y  
su vida,  
desfigurando ésta con episodios novelescos. Ningún  
matador tenía tantas  
corridas como él. Iba a ganar mucho dinero.

Antonio, su cuñado, acogía este éxito con torvo ceñ  
o y sordas protestas  
delante de su mujer y su suegra.

Un desagradecido el espada. La historia de todos lo  
s que suben aprisa.  
¡Tanto que él había trabajado por Juan! ¡Con el tes  
ón que había  
discutido con los empresarios cuando le ajustaba la  
s corridas de  
novillos!... Y ahora que era maestro tenía por apod  
orado a un señor al  
que había conocido poco antes: un tal don José, que  
no era de la  
familia, y al que Gallardo mostraba gran estima por  
sus prestigios de  
antiguo aficionado.

--Ya le pesará--terminaba diciendo--. Familia no ha  
y más que una. ¿Dónde  
va a encontrar la querencia de los que le hemos vis  
to desde pequeño? El  
se lo pierde. Conmigo iría como el propio...

Y se interrumpía, tragándose el nombre famoso por m  
iedo a las burlas de  
los banderilleros y aficionados que frecuentaban la



casa y habían  
acabado por fijarse en esta adoración histórica del  
talabartero.

Gallardo, en su bondad de triunfador, dio una satis  
facción a su cuñado,  
encargándole de vigilar los trabajos de la casa que  
estaba fabricando.

Carta blanca en los gastos. El espada, aturdido por  
la facilidad con que  
el dinero venía a sus manos, deseaba que el cuñado  
le robase,  
compensándolo así de no haberle admitido como apode  
rado.

El torero iba a realizar sus deseos, construyendo u  
na casa para su  
madre. Ella, la pobre, que había pasado su vida fre  
gando los suelos de  
los ricos, que tuviera un hermoso patio con baldosa  
s de mármol y zócalos  
de azulejos, sus habitaciones con muebles como los  
de los señores, y  
criadas, muchas criadas, para que la sirviesen. Tam  
bién él sentíase  
unido por un afecto tradicional al barrio donde se  
había deslizado su  
mísera niñez. Gustaba de deslumbrar a las mismas ge  
ntes que habían  
tenido a su madre por servidora, y dar un puñado de  
pesetas en momentos  
de apuro a los que llevaban zapatos a su padre o le  
entregaban a él un  
mendrugo en los días penosos. Compró varias casas v  
iejas, una de ellas  
la misma en cuyo portal trabajaba el remendón, las  
echó abajo, y comenzó  
a levantar un edificio que había de ser de blancas  
paredes, con rejas  
pintadas de verde, vestíbulo chapado de azulejos y  
cancela de hierro de  
menuda labor, al través de la cual se vería el pati

o con su fuente en  
medio y sus columnas de mármol, entre las cuales pe  
nderían jaulas  
doradas con parleros pájaros.

La satisfacción de su cuñado Antonio al verse en pl  
ena libertad para la  
dirección y aprovechamiento de las obras se aminoró  
un tanto con una  
noticia terrible.

Gallardo tenía novia. Andaba ahora, en pleno verano  
, corriendo por  
España, de una plaza a otra, dando estocadas y reci  
biendo aplausos; pero  
casi todos los días enviaba una carta a cierta much  
acha del barrio, y en  
los cortos ratos de vagar entre una corrida y otra,  
abandonaba a sus  
compañeros y tomaba el tren para pasar una noche en  
Sevilla «pelando la  
pava» con ella.

--¿Han visto ustés?--gritaba escandalizado el talab  
artero en lo que él  
llamaba el «seno del hogar», o sea ante su mujer y  
su suegra--. ¡Una  
novia, sin decir palabra a la familia, que es lo ún  
ico verdadero que  
existe en el mundo! El señó quiere casarse. Sin dud  
a está cansao de  
nosotros... ¡Qué sinvergüenza!

Encarnación aprobaba estas afirmaciones con rudos g  
estos de su rostro  
hermosote y bravío, contenta de poder expresarse co  
ntra aquel hermano  
que le inspiraba cierta envidia por su buena fortun  
a. Sí; siempre había  
sido un sinvergüenza.

Pero la madre protestaba.

--Eso no; que yo conozco a la niña, y su probe mare fue compañera mía en la Fábrica. Limpia como los chorros de oro, modosit a, güena, bien paresía... Ya le he dicho a Juan que por mí que sea ... y cuanto antes mejor.

Era huérfana y vivía con unos tíos que poseían una tiendecita de comestibles en el barrio. Su padre, antiguo traficante en aguardientes, le había dejado dos casas en las afueras de la Macarena.

--Poca cosa--decía la señora Angustias--. Pero la niña no viene desnúa: trae lo suyo... ¿Y de ropa? ¡Josú! Hay que ver sus manitas de oro: cómo borda los trapos, cómo se prepara el dote...

Gallardo recordaba vagamente haber jugado con ella de niño, junto al portal en que trabajaba el remendón, mientras hablaban las dos madres. Era una lagartija seca y obscura, con ojos de gitana; las pupilas negras y unidas, como gotas de tinta; las córneas de una blancura azulada y el lagrimal de rosa pálido. Al correr, ágil como un muchacho, enseñaba sus piernas como cañas, y el pelo escapábasele de la cabeza en mechones rebeldes y retorcidos cual negras serpientes. Luego la había perdido de vista, no encontrándola hasta muchos años después, cuando ya era novillero y comenzaba a tener un nombre.

Fue un día de Corpus, una de las pocas fiestas en que las hembras,

recluidas en su casa por una pereza oriental, salen a la calle como moras en libertad, con mantilla de blonda y claveles en el pecho.

Gallardo vio una joven alta, esbelta y maciza al mismo tiempo, la cintura recogida entre curvas amplias y firmes, con todo el vigor de la carne primaveral. Su cara, de una palidez de arroz, se coloreó al ver al torero; sus ojazos luminosos ocultáronse entre largas pestañas.

--Esta gachí me conose--se dijo Gallardo con petulancia--. De seguro que me ha visto en la plaza.

Y cuando, después de seguirla a ella y su tía, supo que era Carmen, la compañera de su infancia, sintiose admirado y confuso por la maravillosa transformación de la negra lagartija de otros tiempos.

Fueron novios, y todos los vecinos hablaron de estas relaciones, viendo en ellas un nuevo halago para el barrio.

--Yo soy así--decía Gallardo a sus entusiastas, adoptando un aire de buen príncipe--. No quiero imitar a otros toreros que se casan con señoritas, y too son gorros y plumas y faralaes. Yo con las de mi clase: rico pañolón, buenos andares, grasia... ¡Olé ya!

Los amigos, entusiasmados, hacían la apología de la muchacha. Una real moza, con unos altibajos en el cuerpo que volvían loco a cualquiera. ¡Y qué «patria»!... Pero el torero torcía el gesto. Poquitas bromas,

¿eh?... Cuando menos se hablase de Carmen sería mejor.

Por las noches, al conversar con ella al través de una reja, contemplando su rostro de mora entre matas de flores, presentábase el mozo de una taberna cercana llevando por delante una gran batea de cañas de manzanilla. Era el enviado que llegaba a «cobrar el piso»: la costumbre tradicional de Sevilla con los novios que hablan por la reja.

El torero bebía una caña, ofrecía otra a la novia, y decía al muchacho:

--Di a esos señores que muchas gracias y que pasaré por la tienda en cuanto acabe... Dile también al \_Montañés\_ que no cobre, que Juan Gallardo lo paga too.

Y así que acababa su charla con la novia, metíase en la tienda de bebidas, donde le esperaban los obsequiantes, unas veces amigos entusiastas, otras desconocidos que deseaban beberse unas cañas con el torero.

Al regreso de su primera correría como matador de cartel pasó las noches del invierno junto a la reja de Carmen, envuelto en su capa de corta esclavina y graciosa ampulosidad, de un paño verdoso, con pámpanos y arabescos bordados en seda negra.

--Me han dicho que bebes mucho--suspiraba Carmen pegando su cara a los hierros.

--¡Pamplina!... Orsequios de los amigos que hay que degolver, y na más.

Ya ve: un torero es... un torero, y no va a viví como un fraile de la Mersé.

--Me han dicho que vas con mujeres malas.

--¡Mentira!... Eso era en otros tiempos, cuando no te conosía...

¡Hombre! ¡Mardita sea! Quisiera yo conosé al hijo de cabra que te yeva esos soplos...

--¿Y cuándo nos casamos?--continuaba ella, cortando con esta pregunta la indignación del novio.

--En cuanto se acabe la casa, y ¡ojalá sea mañana! El mamarracho de mi cuñao no acaba nunca. Se conose que le va bien, y se duerme en la suerte.

--Yo pondré orden, Juaniyo, cuando nos casemos. Ya verás qué bien marcha too. Verás cómo me quiere tu mare.

Y así continuaban sus diálogos, esperando el momento de aquella boda, de la que se hablaba en toda Sevilla. Los tíos de Carmen y la señora Angustias trataban del asunto siempre que se veían; pero a pesar de esto, el torero apenas entraba en casa de la novia, como si le cerrase el camino una terrible prohibición. Preferían los dos verse por la reja, siguiendo la costumbre.

Transcurrió el invierno. Gallardo montaba a caballo

e iba de caza a los  
cotos de algunos señores que le tuteaban con aire p  
rotector. Había que  
conservar la agilidad del cuerpo con un continuo ej  
ercicio, para cuando  
llegase la temporada de corridas. Sentía miedo de p  
erder sus  
«facultades» de fuerza y ligereza.

El propagandista más incansable de su gloria era do  
n José, un señor que  
hacía oficios de apoderado y le llamaba siempre «su  
matador». Intervenía  
en todos los actos de Gallardo, no reconociendo may  
ores derechos ni aun  
a la misma familia. Vivía de sus rentas, sin otra o  
cupación que hablar  
de toros y toreros. Para él, las corridas eran lo ú  
nico interesante del  
mundo, y dividía a los pueblos en dos castas: la de  
los elegidos, que  
tienen plazas de toros, y la muchedumbre de nacione  
s tristes, en las que  
no hay sol, ni alegría, ni buena manzanilla, a pesa  
r de lo cual se creen  
poderosas y felices, cuando no han visto ni una mal  
a corrida de  
novillos.

Llevaba a su afición la energía de un guerrero y la  
fe de un inquisidor.  
Gordo, todavía joven, calvo y con barba rubia, este  
padre de familia,  
alegre y zumbón en la vida ordinaria, era feroz e i  
rreductible en el  
graderío de una plaza cuando los vecinos mostraban  
opiniones diversas a  
las suyas. Sentíase capaz de pelear con todo el púb  
lico por defender a  
un torero amigo, y alteraba las ovaciones con extem  
poráneas protestas  
cuando aquéllas iban dirigidas a un lidiador que no

merecía su afecto.

Había sido oficial de caballería, más por afición a los caballos que a la guerra. Su gordura y su entusiasmo por los toros le habían hecho retirarse del servicio, y pasaba el verano viendo corridas y el invierno hablando de ellas... ¡Ser el guía, el mentor, el apoderado de una espada!... Cuando sintió este deseo todos los maestros tenían ya el suyo, y fue para él una fortuna la aparición de Gallardo. La menor duda sobre los méritos de éste poníale rojo de cólera, acabando por convertir la disputa taurina en cuestión personal. Contaba como gloriosa acción de guerra haber andado a bastonazos en un café con dos malos aficionados que censuraban a «su matador» por ser demasiado guapo.

Parecíale poco el papel impreso para propalar la gloria de Gallardo, y en las mañanas de invierno iba a colocarse en una esquina tocada por un rayo de sol, a la entrada de la calle de las Serpientes, por donde pasaban sus amigos.

--¡Na: que no hay mas que un hombre!...--decía en voz alta, como si hablase con él mismo, fingiendo no ver a los que se aproximaban--. ¡El primer hombre del mundo! ¡Y el que crea lo contrario o que hable!... ¡El único!

--¿Quién?--preguntaban los amigos burlonamente, aparentando no comprenderle.



--¿Quién ha de ser?... Juan.

--¿Qué Juan?...

Aquí un gesto de indignación y de asombro.

--¿Qué Juan ha de ser?... ¡Como si hubiese muchos Juanes!... Juan Gallardo.

--¡Pero hombre!--le decían algunos--. ¡Ni que os acostaseis juntos!...  
¿Eres tú, acaso, el que va a casarse con él?

--Porque no querrá--contestaba rotundamente don José, con un fervor de idólatra.

Y al ver que se aproximaban otros amigos, olvidaba a los burlones y seguía repitiendo:

--¡Na; que no hoy mas que un hombre!... ¡El primero del mundo! ¡Y el que no lo crea que abra el pico... que aquí estoy yo!

La boda de Gallardo fue un gran suceso. Con ello se inauguró la casa nueva, de la que estaba orgulloso el talabartero, mostrando el patio, las columnas y los azulejos, como si todo fuese obra de sus manos.

Se casaron en San Gil, ante la Virgen de la Esperanza, llamada de la Macarena. A la salida de la iglesia brillaron al sol las flores exóticas y los pintarrajeados pájaros de centenares de pañoles chinescos en que iban envueltas las amigas de la novia. Un diputado fue el padrino. Sobre

los fieltros blancos y negros de la mayoría de los  
convidados  
destacábanse los brillantes sombreros de copa del a  
poderado y otros  
señores entusiastas de Gallardo. Todos ellos sonreí  
an satisfechos de la  
caricia de popularidad que les alcanzaba yendo al l  
ado del torero.

En la puerta de la casa hubo durante el día reparto  
de limosnas.  
Llegaron pobres hasta de los pueblos, atraídos por  
la fama de esta boda  
estrepitosa.

En el patio hubo gran comilona. Algunos fotógrafos  
sacaron instantáneas  
para los periódicos de Madrid. La boda de Gallardo  
era un acontecimiento  
nacional. Hasta bien entrada la noche sonaron las g  
uitarras con  
melancólico quejido, acompañadas de palmoteo y repi  
que de palillos. Las  
muchachas, los brazos en alto, golpeaban el mármol  
con sus menudos pies,  
arremolinándose las faldas y el pañolón en torno de  
su cuerpo gentil,  
movido por el ritmo de las «sevillanas». Destapában  
se a docenas las  
botellas de ricos vinos andaluces; circulaban de ma  
no en mano las cañas  
de ardiente Jerez, de bravío Montilla y de manzanil  
la de Sanlúcar,  
pálida y perfumada. Todos estaban borrachos; pero s  
u embriaguez era  
dulce, sosegada y triste, sin otra manifestación qu  
e el suspiro y el  
canto, lanzándose varios a un mismo tiempo a entona  
r canciones  
melancólicas que hablaban de presidios, de muertes  
y de la pobre \_mare\_,  
eterna musa del canto popular de Andalucía.

A media noche se fueron los últimos convidados, y los novios quedaron en la casa con la señora Angustias. El talabartero, al salir con su mujer, tuvo un gesto de desesperación. Iba ebrio y furioso porque ninguno había reparado en su persona durante el día. ¡Como si no fuese nadie! ¡Como si no existiese la familia!...

--Nos echan, Encarnación. Esa niña, con su carita de Virgen de la Esperanza, va a ser el ama de too, y no queará ni tanto así pa nosotros. Vas a ve cómo se llenan de hijos.

Y el prolífico varón se indignaba al pensar en la futura prole del espada, venida al mundo sin otro objeto que perjudicar a la suya.

Transcurrió el tiempo; pasó un año sin que se cumplieran las predicciones del señor Antonio. Gallardo y su mujer mostrábanse en todas las fiestas con el rumbo y la gallardía de un matrimonio rico y popular: ella con pañolones que arrancaban gritos de admiración a las pobres mujeres; él luciendo sus brillantes y pronto a sacar el portamonedas para convidar a las gentes y socorrer a los mendigos que acudían en bandas. Las gitanas, cobrizas y charlatanas como brujas, asediaban a Carmen con profecías venturosas. ¡Que Dios la bendijera! Iba a tener un chiquillo, un \_churumbel\_ más hermoso que el sol. Se le conocía en el blanco de los ojos. Ya estaba casi a la mitad del camino...

Pero en vano Carmen enrojecía de placer y de rubor, bajando los ojos; en vano se erguía el espada, orgulloso de sus obras, creyendo que iba a presentarse el fruto esperado. El hijo no venía.

Y así transcurrió otro año, sin que el matrimonio viera realizadas sus esperanzas. La señora Angustias se entristecía cuando le hablaban de estas decepciones. Tenía otros nietos, los hijos de Encarnación, que por encargo del talabartero pasaban el día en casa de la abuela, procurando dar gusto en todo a su señor tío. Pero ella, que deseaba compensar los desvíos del pasado con su cariño fervoroso a Juan, quería un hijo de éste, para educarlo a su modo, dándole todo el amor que no había podido dar al padre en su infancia de miseria.

--Yo sé lo que es--decía la vieja tristemente--. La pobrecita Carmen no tiene sosiego. Hay que ver a esa criatura mientras Juan anda por el mundo.

Durante el invierno, en la temporada de descanso, cuando el torero estaba en casa o iba al campo a tientas de becerros y cacerías, todo marchaba bien. Carmen mostrábase contenta sabiendo que su marido no corría peligro. Reía con el más leve pretexto; comía; su rostro se animaba con los colores de la salud. Pero así que llegaba la primavera y Juan salía de su casa para torear en las plazas de España, la pobre muchacha, pálida y débil, parecía caer en una estupefacción dolorosa,

con los ojos agrandados por el espanto y pronta a derramar lágrimas a la menor alusión.

--Setenta y dos corridas tiene este año--decían los amigos de la casa al comentar las contratas del espada--. Nadie es tan buscado como él.

Y Carmen sonreía con una mueca dolorosa. Setenta y dos tardes de angustias, como un reo de muerte en la capilla, desde la llegada del telegrama al anochecer y temiéndola al mismo tiempo. Setenta y dos días de terror, de vagorosas supersticiones, pensando que una palabra olvidada en una oración podría influir en la suerte del ausente. Setenta y dos días de extrañeza dolorosa al vivir en una casa tranquila, al ver las mismas gentes, al sentir deslizarse la existencia habitual, dulce y tranquila, como si en el mundo no ocurriese nada extraordinario, oyendo en el patio el jugueteo de los sobrinos de su marido y en la calle el canto del vendedor de flores, mientras lejos, muy lejos, en ciudades desconocidas, su Juan, ante millares de ojos, luchaba con fieras, viendo pasar la muerte junto a su pecho a cada movimiento del trapo rojo que llevaba en las manos.

¡Ay, estos días de corrida, días de fiesta, en los cuales el cielo parecía más hermoso y la calle solitaria resonaba bajo los pies de los transeúntes domingueros, y zumbaban las guitarras, acompañadas de canciones y palmoteo, en la taberna de la esquina!.

.. Carmen, pobremente  
vestida, con la mantilla sobre los ojos, salía de su casa cual si  
quisiera huir de malos ensueños, yendo a refugiarse  
en las iglesias. Su  
fe simple, que la incertidumbre poblaba de supersticiones,  
la hacía ir  
de altar en altar, pesando en su mente los méritos  
y milagros de cada  
imagen. Metíase en San Gil, la iglesia popular que  
había visto el mejor  
día de su existencia, se arrodillaba ante la Virgen  
de la Macarena,  
haciendo que la encendiesen cirios, muchos cirios,  
y contemplaba a su  
luz rojiza la cara morena de la imagen, de ojos negros  
y largas  
pestañas, que, según decían, se asemejaba a la suya.  
. En ella confiaba.  
Por algo era la Señora de la Esperanza. Seguramente  
que a aquellas horas  
estaba amparando a Juan con su divino poder.

Pero de pronto la indecisión y el miedo abríanse paso  
al través de sus  
creencias, rasgándolas. La Virgen era una mujer, ¡y  
las mujeres pueden  
tan poco!... Su destino es sufrir y llorar, como ella  
la lloraba por su  
marido, como la otra había llorado por su hijo. Debía  
confiarse a  
potencias más fuertes; debía implorar el auxilio de  
una protección más  
vigorosa. Y abandonando sin escrúpulo a la Macarena  
con el egoísmo del  
dolor, como se olvida una amistad inútil, iba otras  
veces a la iglesia  
de San Lorenzo en busca de Nuestro Padre Jesús del  
Gran Poder, el  
hombre-dios coronado de espinas, con la cruz a cuestas,  
imagen del  
escultor Montañés, sudorosa y lagrimeante, que resp

ira espanto.

La tristeza dramática del Nazareno tropezando en las piedras y agobiado bajo el peso de la cruz parecía consolar a la pobre esposa. ¡Señor del Gran Poder!... Este título vago y grandioso la tranquilizaba. Que el Dios vestido de terciopelo morado y de oro quisiera escuchar sus suspiros, sus oraciones repetidas a toda prisa, con vertiginosa rapidez, para que entrase la mayor cantidad posible de palabras en la medida del tiempo, y era seguro que Juan saldría sano del redondeo donde estaba en aquellos momentos. Y otra vez daba dinero a un sacristán, y se encendían cirios, y pasaba ella las horas contemplando el vacilante reflejo de las rojas lenguas sobre la imagen, creyendo ver en su rostro barnizado, con estas alternativas de sombra y de luz, sonrisas de consuelo, gestos bondadosos que le auguraban felicidad.

El Señor del Gran Poder no la engañaba. Al volver a casa presentábase el papelillo azul, que abría ella con mano trémula: «Sin novedad.» Podía respirar, podía dormir, como el reo al que se libra por el instante de una muerte inmediata; pero a los dos o tres días, otra vez el suplicio de lo incierto, la terrible tortura de lo desconocido.

Carmen, a pesar del amor que profesaba a su marido, tenía movimientos de rebeldía. ¡Si ella hubiese sabido lo que era esta existencia antes de

casarse!... En ciertos momentos, impulsada por la confraternidad del dolor, iba en busca de las mujeres de los toreros que figuraban en la cuadrilla de Juan, como si éstas pudieran darle noticias.

La esposa del \_Nacional\_, que tenía una taberna en el mismo barrio, acogía a la señora del maestro con tranquilidad, extrañándose de sus miedos. Ella estaba habituada a tal existencia. Su marido debía estar bueno, ya que no enviaba noticias. Los telegramas cuestan caros, y un banderillero gana poco. Cuando los vendedores de papas no voceaban una desgracia, era que nada había ocurrido. Y seguía atenta al servicio de su establecimiento, como si en su embotada sensibilidad no pudiese abrir huella la inquietud.

Otras veces, pasando el puente, iba Carmen al barrio de Triana en busca de la mujer de \_Potaje\_ el picador, una especie de gitana que vivía en una casucha como un gallinero, rodeada de pequeños sucios y cobrizos, a los que dirigía y aterraba con gritos estentóreos. La visita de la señora del maestro la llenaba de orgullo, pero sus inquietudes casi la hacían reír. No debía temer nada. Los de a pie se libraban siempre del toro, y el señor Juan Gallardo tenía mucho «ángel» para echarse encima a las fieras. Los toros mataban poca gente. Lo terrible eran las caídas del caballo. Era sabido el final de todos los picadores, después de una vida de horribles costaladas: el que no moría



a repentinamente de  
un accidente desconocido y fulminante, acababa sus  
días loco. Así  
moriría el pobrecito \_Potaje\_; y tantas fatigas a c  
ambio de un puñado de  
duros, mientras que otros...

Esto último no lo decía, pero sus ojos revelaban la  
protesta contra las  
injusticias de la suerte, contra aquellos buenos mo  
zos que, al empuñar  
una espada, se llevaban los aplausos, la popularida  
d y el dinero, sin  
riesgos mayores que los que afrontaban los humildes  
.

Poco a poco fue Carmen habituándose a su nueva exis  
tencia. Las crueles  
esperas en días de corrida, la visita a los santos,  
las incertidumbres  
supersticiosas, todo lo aceptó como incidentes nece  
sarios de su vida.  
Además, la buena suerte de su marido y la continua  
conversación en la  
casa de lances de lidia acabaron por familiarizarla  
con el peligro. El  
toro bravo fue para ella una fiera bonachona y nobl  
e, venida al mundo  
sin más objeto que enriquecer y dar fama a sus mata  
dores.

Jamás asistía a una corrida de toros. Desde la tard  
e en que vio en su  
primera novillada al que había de ser su marido, no  
volvió a la plaza.  
Sentíase sin valor para presenciar una corrida, aun  
que en ella no  
trabajase Gallardo. Se desvanecería de terror viend  
o a otros hombres  
afrontar el peligro vistiendo el mismo traje que su  
Juan.

A los tres años de matrimonio, el espada sufrió una cogida en Valencia. Carmen tardó en enterarse. El telegrama llegó a su hora, con el correspondiente «Sin novedad». Fue obra piadosa de don José el apoderado, el cual, visitando a Carmen todos los días y apelando a hábiles escamoteos para evitar la lectura de diarios, retardó durante una semana que se enterase de la desgracia.

Cuando Carmen conoció el suceso, por la indiscreción de unas vecinas, quiso inmediatamente tomar el tren, ir en busca de su marido, cuidarle, pues se lo imaginaba abandonado. No fue necesario. El espada llegó antes de que ella partiese, pálido por la sangre perdida, con una pierna obligada a larga inmovilidad, pero alegre y animoso para tranquilizar a su familia. La casa fue desde entonces a modo de un santuario, pasando por el patio centenares de personas que deseaban saludar a Gallardo, «el primer hombre del mundo», sentado en un sillón de junco, la pierna en un taburete, y fumando tranquilamente, como si su cuerpo no estuviese quebrantado por una herida atroz.

El doctor Ruiz, llegado con él a Sevilla, le dio por bueno antes de un mes, asombrándose de la energía de aquel organismo. La facilidad con que se curaban los toreros era un misterio para él, a pesar de su larga práctica de cirujano. El cuerno, sucio de sangre y de excremento animal, fraccionado muchas veces por los golpes en menudas astillas, rompía las

carnes, las rasgaba, las perforaba, siendo al mismo tiempo profunda herida penetrante y aplastadora contusión. Y sin embargo, las atroces heridas se curaban con mayor facilidad que las de la vida ordinaria.

--No sé qué será: misterio--decía el viejo cirujano con aire de duda--.  
O estos chicos tienen carne de perro, o el cuerno, con todas sus suciedades, guarda una virtud curativa que desconocemos.

Poco tiempo después, Gallardo volvió a torear, sin que esta cogida enfriase sus ardores de lidiador, como le vaticinaban los enemigos.

A los cuatro años de matrimonio, el espada dio a su mujer y a su madre una gran sorpresa. Iban a ser propietarios, pero propietarios en grande, con tierras que se perdían de vista, olivares, molinos, grandes rebaños; un cortijo igual al de los señores ricos de Sevilla.

Gallardo sentía el deseo de todos los toreros, que ansían ser señores de campo, caballistas y dueños de ganados. La riqueza urbana, los valores en papel, no les tientan ni los entienden. El toro les hace pensar en la verde dehesa; el caballo les recuerda el campo. La necesidad continua de movimiento y ejercicio, la caza y la marcha durante los meses invernales, les impulsan a desear la posesión de la tierra.

Para Gallardo sólo era rico el dueño de un cortijo

con grandes tropas de  
bestias. De sus tiempos de miseria, cuando marchaba  
a pie por los  
caminos, al través de olivares y dehesas, guardaba  
el ferviente deseo de  
poseer leguas y leguas de terreno que fuesen suyas,  
que estuvieran  
cerradas con vallas de punzante alambre al paso de  
los demás hombres.

Su apoderado conocía estos deseos. Don José era qui  
en corría con sus  
intereses, cobrando de los empresarios y llevando u  
na cuenta que en vano  
intentaba explicar a su matador.

--Yo no entiendo esas músicas--decía Gallardo, sati  
sfecho de su  
ignorancia--. Yo sólo sé despachar toros. Haga lo q  
ue quiera, don José;  
yo tengo confianza, y sé que too lo hase por mi bie  
n.

Y don José, que apenas se acordaba de sus bienes, d  
ejándolos confiados a  
la débil administración de su mujer, preocupábase a  
todas horas de la  
fortuna del matador, colocando su dinero a rédito c  
on entrañas de  
usurero para hacerlo fructificar.

Un día abordó a su protegido alegremente.

--Ya tengo lo que deseas. Un cortijo como un mundo,  
y además muy barato:  
una verdadera ganga. La semana que viene hacemos la  
escritura.

Gallardo quiso saber la situación y el nombre del c  
ortijo.

--Se llama \_La Rinconada\_.

Cumplíanse sus deseos.

Cuando Gallardo fue con su esposa y su madre a tomar posesión del cortijo, les enseñó el pajar en que había dormido con sus compañeros de miseria errante, la pieza en que había comido con el amo y la placita donde estoqueó un becerro, ganando por primera vez el derecho a viajar en tren sin tener que esconderse bajo los asientos.

### III

En las noches de invierno, cuando Gallardo no estaba en \_La Rinconada\_, reuníanse una tertulia de amigos en el comedor de su casa luego de cenar.

Llegaban de los primeros el talabartero y su mujer, que tenían siempre dos de sus hijos en casa del espada. Carmen, como si quisiera olvidar su esterilidad y la molestase el silencio de la gran casa, retenía junto a ella a los hijos menores de su cuñada. Estos, por cariño espontáneo y por indicaciones de sus padres, acariciaban a todas horas con besos y arrullos gatunos a la hermosa tía y al tío generoso y popular.

Encarnación, tan gruesa como su madre, con el vientre flácido por la incesante procreación y la boca un poco bigotuda al

entrar en años,  
sonreía servilmente a su cuñada, lamentando las molestias que la daban  
los niños.

Pero antes de que Carmen pudiese hablar, intervenía  
el talabartero.

--Déjalos, mujer. ¡Quieren tanto a sus tíos! La pequeña no puede vivir  
sin su tiíta Carmen...

Y los dos sobrinos permanecían allí como en su propia casa, adivinando  
en su malicia infantil lo que de ellos esperaban sus padres, extremando  
las caricias y mimos con aquellos parientes ricos, de los que oían  
hablar a todos con respeto. Así que acababa la cena, besaban la mano a  
la señora Angustias y a sus padres y se arrojaban al cuello de Gallardo  
y su mujer, saliendo del comedor para ir a la cama.

La abuela ocupaba un sillón en la cabecera de la mesa. Cuando el espada  
tenía convidados, gentes casi siempre de cierta posición social, la  
buena mujer resistíase a sentarse en el sitio de honor.

--No--protestaba Gallardo--. La mamita en la presidencia. Siéntese ahí,  
mamá, o no comemos.

Y la conducía de un brazo, acariciándola con extremos amorosos, como si  
quisiera resarcirla de los años de infancia vagabunda que habían sido su  
tormento.

Cuando por las noches llegaba el \_Nacional\_ a pasar un rato en casa del maestro, como si esta visita fuese un deber de subordinación, la tertulia parecía animarse. Gallardo, vistiendo rica zamarra, como un señor del campo, la cabeza descubierta y la coleta alisada hasta cerca de la frente, recibía a su banderillero con zumbona amabilidad. ¿Qué decían los de la afición? ¿Qué mentiras circulaban? ... ¿Cómo marchaba «eso» de la República?

--\_Garabato\_, dale a Sebastián una copa de vino.

Pero Sebastián el \_Nacional\_ repelía el obsequio. Nada de vino; él no bebía. El vino era el culpable del atraso de la clase jornalera. Y toda la tertulia, al oír esto, rompía a reír, como si hubiese dicho algo graciosísimo que estaba esperando. Comenzaba el banderillero a soltar de las suyas.

El único que permanecía silencioso, con ojos hostiles, era el talabartero. Odiaba al \_Nacional\_, viendo en él a un enemigo. También éste era prolífico en su fidelidad de hombre de bien, y un enjambre de chicuelos movíase en la tabernilla en torno de las faldas de la madre. Los dos más pequeños habían sido apadrinados por Gallardo y su mujer, uniéndose el espada y el banderillero con parentesco de compadres. ¡Hipócrita! Traía a la casa todos los domingos a los dos ahijados, con sus mejores ropitas, para que besasen la mano a los padrinos, y el

talabartero palidecía de indignación cada vez que los hijos del \_Nacional\_ recibían un regalo. Venían a robar a los suyos. Tal vez hasta soñaba el banderillero con que una parte de la fortuna del espada pudiera llegar a manos de los ahijados. ¡Ladrón! ¡Un hombre que no era de la familia!...

Cuando no acogía las palabras del \_Nacional\_ con un silencio hostil y miradas de odio, intentaba zaherirle, mostrándose partidario del inmediato fusilamiento de todos los que propalan parruchas entre el pueblo y son un peligro para las gentes de bien.

El \_Nacional\_ tenía diez años más que su maestro. Cuando éste comenzaba a lidiar en las capeas, ya era él banderillero en cuadrillas de cartel y había venido de América, luego de matar toros en la plaza de Lima. Al comenzar su carrera gozó de cierta popularidad, por ser joven y ágil. También él había figurado por unos días como «el torero del porvenir», y la afición sevillana, puestos los ojos en su persona, esperaba que eclipsase a los matadores de otras tierras. Pero esto duró poco. Al volver de su viaje con el prestigio de nebulosas y lejanas hazañas, se agolpó la muchedumbre en la Plaza de Toros de Sevilla para verle matar. Miles de personas se quedaron sin entrada. Pero en este momento de prueba definitiva «le faltó el corazón», como decían los aficionados. Clavaba las banderillas con aplomo, como un trabajador concienzudo y



serio que cumple su deber; pero al entrar a matar, el instinto de conservación, más fuerte que su voluntad, le mantenía a gran distancia del toro, sin emplear las ventajas de su estatura y su fuerte brazo.

El \_Nacional\_ renunció a las más altas glorias de la tauromaquia. Banderillero nada más. Se resignaba a ser un jornalero de su arte, sirviendo a otros más jóvenes, para ganar un pobre sueldo de peón con que mantener a la familia y hacer ahorrillos que le permitiesen establecer una pequeña industria. Su bondad y sus honradas costumbres eran proverbiales entre la gente de coleta. La mujer de su matador le quería mucho, viendo en él una especie de ángel custodio para la fidelidad de su marido. Cuando en verano, Gallardo, con toda su gente, iba a un café cantante en alguna capital de provincia, ganoso de juerga y alegría luego de despachar los toros de varias corridas, el \_Nacional\_ permanecía mudo y grave entre las \_cantaoras\_ de bata vaporosa y boca pintada, como un padre del desierto en medio de las cortesanas de Alejandría.

No se escandalizaba, pero poníase triste pensando en su mujer y en los chiquillos que le aguardaban en Sevilla. Todos los defectos y corrupciones del mundo eran para él producto de la falta de instrucción. De seguro que aquellas pobres mujeres no sabían leer ni escribir. A él le ocurría lo mismo, y como basaba en ese defecto s

u insignificancia y  
pobreza de mollera, atribuía a idéntica causa todas  
las miserias y  
envilecimientos que existen en el mundo.

Había sido fundidor en su primera juventud, miembro  
activo de la  
Internacional de Trabajadores y asiduo oyente de lo  
s compañeros de  
oficio que, más felices que él, podían leer en voz  
alta lo que decían  
los papeles dedicados al bien del pueblo. Jugó a lo  
s soldados en tiempos  
de la Milicia nacional, figurando en los batallones  
que llevaban gorro  
rojo como signo de intransigencia federalista. Pasó  
días enteros ante  
las tribunas elevadas en las plazas, donde los club  
s se declaraban en  
sesión permanente y los oradores sucedíanse día y n  
oche, perorando con  
andaluza facundia sobre la divinidad de Jesús y la  
subida de los  
artículos de primera necesidad; hasta que, al venir  
tiempos represivos,  
una huelga le dejó en la difícil situación del obre  
ro señalado por sus  
rebeldías, viéndose despedido de todos los talleres  
.

Le gustaban las corridas de toros, y se hizo torero  
a los veinticuatro  
años, como podía haber adoptado otro oficio. El, ad  
emás, sabía mucho, y  
hablaba con desprecio de los absurdos de la actual  
sociedad. No en balde  
se pasan varios años escuchando leer papeles. Por m  
al que le fuese en el  
toreo, siempre ganaría más y llevaría mejor vida qu  
e siendo un obrero  
hábil. La gente, recordando los tiempos en que arra  
straba el fusil de la

milicia popular, le apodó el \_Nacional\_.

Hablaba de la profesión taurina con cierto remordimiento, a pesar de los años transcurridos, y se excusaba de pertenecer a ella. El comité de su distrito, que había decretado la expulsión del partido de todos los correligionarios que asistiesen a las corridas de toros, por bárbaras y «retrógradas», había hecho una excepción en favor de él, manteniéndole en su cargo de vocal.

--Yo sé--decía en el comedor de Gallardo--que esto de los toros es cosa reaccionaria... argo así como de los tiempos de la Inquisición: no sé si me explico. La gente necesita como el pan sabé leé y escribí, y no está bien que se gaste el dinero en nosotros mientras falta tanta escuela. Así lo dicen papeles que vienen de Madrid... Pero los correligionarios me apresian, y el comité, después de una prédica que sortó don Joselito, ha acordado que siga en el censo del partido.

Su tranquila gravedad, inalterable ante las burlas y los extremos de cómica furia con que el espada y sus amigos acogían tales declaraciones, respiraba orgullo por la excepción con que le habían honrado los correligionarios.

Don Joselito, maestro de primeras letras, verboso y entusiasta, que presidía el comité del distrito, era un joven de origen israelita que llevaba a la lucha política el ardor de los Macabeos y estaba satisfecho

de su morena fealdad picada de viruelas, porque le daba cierta semejanza con Dantón. El \_Nacional\_ oíale siempre con la boca abierta.

Cuando don José, el apoderado de Gallardo, y otros amigos del maestro combatían zumbonamente sus doctrinas, a la hora de sobremesa, con objeciones extravagantes, el pobre \_Nacional\_ quedaba en suspenso, rascándose la frente.

--Ustés son señores y han estudiao, y yo no sé leer ni escribí. Por eso los de la clase baja somos unos borregos. ¡Pero si estuviera aquí don Joselito!... ¡Por vía e la paloma azul! ¡Si le oyes en ustés cuando se suerta a hablar como un ángel!...

Y para fortalecer su fe, un tanto quebrantada por las arremetidas de los burlones, se iba al día siguiente a ver a don Joselito, el cual parecía gozar amarga voluptuosidad, como descendiente de los grandes perseguidos, al enseñarle lo que él llamaba su museo de horrores. El hebreo, vuelto a la tierra natal de sus abuelos, iba coleccionando en una pieza de la escuela recuerdos de la Inquisición, con la minuciosidad vengativa de un prófugo que fuese reconstituyendo hueso por hueso el esqueleto de su carcelero. En un armario alineábanse libros en pergamino, relatos de autos de fe y cuestionarios para interrogar a los reos durante el tormento. En una pared veíase extendido un pendón blanco con la temible cruz verde. En los rincones amontoná

banse hierros de  
tortura, espantosas disciplinas, todo lo que encont  
raba don Joselito en  
los puestos de los cambalacheros que sirviese para  
rajar, atenacear y  
deshilachar, catalogándolo inmediatamente como de l  
a antigua pertenencia  
del Santo Oficio.

La bondad del \_Nacional\_, su alma simple, pronta a  
indignarse,  
sublevábase ante la mohosa ferretería y las cruces  
verdes.

--¡Hombre, y aún hay quien dice!... ¡Por vía e la p  
aloma!... Aquí  
quisiera yo ve a argunos.

Un afán de proselitismo le hacía exhibir sus creenc  
ias en todas  
ocasiones, sin miedo a las burlas de los compañeros  
. Pero aun en esto  
mostrábase bondadoso, sin asomos de acometividad. P  
ara él, los que  
permanecían indiferentes ante la suerte del país y  
no figuraban en el  
censo del partido eran «probes víctimas de la ignora  
nsia nasional». La  
salvación estribaba en que la gente supiese leer y  
escribir. El, por su  
parte, renunciaba modestamente a esta regeneración,  
considerándose ya  
duro para aprender; pero hacía responsable de su ig  
norancia al mundo  
entero.

Muchas veces, cuando en el verano iba la cuadrilla  
de una provincia a  
otra y Gallardo se trasladaba al vagón de segunda e  
n que viajaban los  
«chicos», montaba en éste algún cura rural o una pa  
reja de frailes.

Los banderilleros dábanse con el codo y guiñaban un ojo mirando al \_Nacional\_, que parecía más grave y solemne ante el enemigo. Los picadores \_Potaje\_ y \_Tragabuches\_, mozos rudos y de acometividad, aficionados a riñas y «broncas», y que sentían una confusa aversión hacia los hábitos, le azuzaban en voz baja.

--¡Ahí lo tiés!... Entrale por derecho... Cuérgale der morrillo una soflama de las tuyas.

El maestro, con toda su autoridad de jefe de cuadrilla, al que nadie puede contestar ni discutir, rodaba los ojos mirando al \_Nacional\_, y éste permanecía en silenciosa obediencia. Pero más fuerte que su subordinación era el impulso de proselitismo de su alma simple. Y bastaba una palabra insignificante, para que al momento entablase discusión con los viajeros, intentando convencerles de la verdad. Y la verdad era para él a modo de una pelota de retazos, confusos y en desorden, de lo que había oído a don Joselito.

Mirábanse los camaradas, asombrados de la sabiduría de su compañero, sintiéndose satisfechos de que uno de los suyos hiciese frente a gentes de carrera y las pusiera en aprieto, por ser clérigos casi siempre de pocos estudios.

Los religiosos, aturdidos por la argumentación atropellada del \_Nacional\_ y las risas de los otros toreros, acabab

an por apelar a un  
recurso extremo. ¿Y hombres que exponían su existen-  
cia frecuentemente no  
pensaban en Dios y creían tales cosas? ¿Cómo estarí-  
an rezando a aquellas  
horas sus esposas y madres!...

Los de la cuadrilla poníanse serios, con una graved-  
ad temerosa, pensando  
en los escapularios y medallas que manos femeniles  
habían cosido a sus  
trajes de lidia antes de salir de Sevilla. El espad-  
a, herido en sus  
adormiladas supersticiones, irritábase contra el \_N-  
acional\_, como si  
viese en esta impiedad un peligro para su vida.

--¡Caya y no digas más barbariaes! Ustés perdonen.  
Es un buen hombre,  
pero le han trastornao la cabeza con tanta mentira.  
.. ¡Caya y no me  
repliques! ¡Mardita sea! Te voy a yenar esa bocasa  
de...

Y Gallardo, para tranquilizar a aquellos señores a  
los que creía  
depositarios del porvenir, abrumaba al banderillero  
con sus amenazas y  
blasfemias.

El \_Nacional\_ refugiábase en un silencio desdeñoso.  
Todo ignorancia y  
superstición: falta de saber leer y escribir. Y fir-  
me en sus creencias,  
con la simplicidad del hombre sencillo que sólo pos-  
ee dos o tres ideas y  
no las suelta aunque le conmuevan con los mayores z-  
arandeos, volvía a  
reanudar la discusión a las pocas horas, no haciend-  
o caso de la cólera  
del matador.

Su impiedad le acompañaba hasta en medio del redondel, entre peones y piqueros, que, luego de haber hecho su oración en la capilla de la plaza, salían a la arena con la esperanza de que los sagrados objetos cosidos a sus ropas les librasen de peligro.

Cuando un toro enorme, de muchas libras, cuello grueso e intenso color negro, llegaba a la suerte de banderillear, el \_Nacional\_ se colocaba con los brazos abiertos y los palos en las manos, a corta distancia de él, llamándolo con insultos:

--¡Entra, presbítero!

El presbítero entraba furioso, y al pasar junto al \_Nacional\_ hundíale éste en el morrillo las banderillas con toda su fuerza, diciendo en alta voz, como si consiguiese una victoria:

--¡Pa er clero!

Gallardo acababa por reír de las extravagancias del \_Nacional\_.

--Me pones en ridículo; van a fijarse en la cuadrilla, y dirán que somos toos un hato de herejes. Ya sabes que a ciertos públicos no les gusta eso. El torero sólo debe torear.

Pero quería mucho al banderillero, recordando su adhesión, que algunas veces había llegado hasta el sacrificio. Nada le importaba al \_Nacional\_ que le silbasen cuando en toros peligrosos ponía las banderillas de cualquier modo, deseando acabar pronto. El no quería



a gloria, y únicamente toreaba por el jornal. Pero así que Gallardo se iba, estoque en mano, hacia un toro «de cuidado», el banderiller o permanecía cerca de él, pronto a auxiliarle con su pesado capote y su brazo vigoroso que humillaban la cerviz de las fieras. Dos veces que Gallardo rodó en la arena, viéndose próximo a ser enganchado, el \_Nacional\_ se arrojó sobre la bestia, olvidándose de los niños, de la mujer, de la tabernilla, de todo, queriendo morir para salvar al maestro.

Su entrada en el comedor de Gallardo era acogida por las noches como si fuese la de un miembro de la familia. La señora Angustias le quería con ese cariño de los humildes que, al encontrarse en un ambiente superior, se juntan en grupo aparte.

--Siéntate a mi lado, Sebastián. ¿De verdad que no quieres ir?... Cuéntame cómo marcha el establecimiento. ¿Teresa y los niños, buenos?

El \_Nacional\_ iba enumerando las ventas de los días anteriores: tanto de copas, tanto de vino de la tierra servido a las casas; y la vieja le escuchaba con la atención de una mujer que ha sufrido miserias y sabe el valor del dinero contado a céntimos.

Sebastián hablaba después del aumento de sus negocios. Un despacho de tabaco en la misma taberna le iría como de perlas. El espada podía conseguir esto valiéndose de sus amistades con los personajes; pero él

sentía ciertos escrúpulos para admitirlo.

--Ya ve usted, señá Angustias: eso del estanco es cosa del gobierno, y yo tengo mis principios; yo soy federal: estoy en el censo del partido; soy del comité. ¿Qué dirían los de la idea?...

La vieja indignábase con estos escrúpulos. Lo que ella debía hacer era llevar a su casa todo el pan que pudiese. ¡La pobre Teresa!... ¡con tantos chiquillos!...

--¡Sebastián, no seas bruto! Quítate toas esas telarañas de la cabeza... No me contestes. No empieces a sortar barbaridades como otras noches. Mira que mañana voy a ir a misa a la Macarena...

Pero Gallardo y don José, que fumaban al otro lado de la mesa, con la copa de coñac al alcance de la mano, tenían ganas de hacer hablar al \_Nacional\_ para reírse de sus ideas, y le azuzaban insultando a don Joselito: un embustero que trastornaba a los ignorantes como él.

El banderillero acogía con mansedumbre las bromas del espada y su apoderado. ¡Dudar de don Joselito!... Este absurdo no llegaba a indignarle. Era como si le tocasen a su otro ídolo, a Gallardo, diciéndole que no sabía matar un toro.

Pero al ver que el talabartero, que le inspiraba una irresistible aversión, se unía a estas burlas, perdió la calma. ¿Quién era aquel hambrón, que vivía colgado de su maestro, para disc

utir con él?... Y repeliendo toda continencia, sin reparar en la madre y la esposa del matador, y en Encarnación, que, imitando a su marido, fruncía el bigotudo labio y miraba despectivamente al banderillero, éste se lanzó cuesta abajo en la exposición de sus ideas, con el mismo fervor que cuando discutía en el comité. A falta de mejores argumentos, abrumó con injurias las creencias de aquellos burlones.

--¿La Biblia?... «¡líquido!» ¿Lo de la creación del mundo en seis días?... «¡líquido!» ¿Lo de Adán y Eva?... ¡«líquido» también! Too mentira y superstición.

Y la palabra «¡líquido!» aplicada a cuanto creía falso o insignificante--por no usar otra más irreverente que comenzaba por la misma letra--tomaba en sus labios una expresión rotunda de desprecio.

«Lo de Adán y Eva» era para él motivo de sarcasmos. Había reflexionado mucho sobre este punto en las horas de silencioso dormitar, cuando iba de viaje con la cuadrilla, encontrando un argumento incontestable, producto por entero de su pensamiento. ¿Cómo iban a ser todos los humanos descendientes de una pareja única?...

--A mí me yaman Sebastián Venegas, eso es; y tú, Juanito, te yamas Gallardo; y usted, don José, tiene su apellido, y cada cual es suyo, no siendo iguales mas que los de los parientes. Si todos fuésemos nietos de

Adán, y a Adán, verbigrasia, le yamaban Pérez, toos seríamos Pérez de apellido. ¿Está claro?... Pues cuando ca uno yevamos er nuestro, es porque hubo muchos Adanes, y lo que cuentan los curas too... «¡líquido!» Superstisión y atraso. Nos farta instrucción y abusan de nosotros... Me paese que me explico.

Gallardo, echando atrás el cuerpo a impulsos de la risa, saludaba a su banderillero imitando el mugido del toro. El apoderado, con andaluza gravedad, le ofrecía la mano felicitándole.

--¡Chócala! Has estao mu güeno. ¡Ni Castelar!

La señora Angustias indignábase al oír tales cosas en su casa, con un terror de mujer vieja que ve cercano el fin de su existencia.

--Caya, Sebastián. Cierra esa bocasa de infierno, condenao, o te vas a la calle. Aquí no digas esas cosas, demonio... ¡Si no te conosiese! ¡si no supiera que eres un güen hombre!

Y acababa por reconciliarse con el banderillero, pensando en lo mucho que quería a su Juan, recordando lo que había hecho por él en momentos de peligro. Además, representaba una gran tranquilidad para ella y para Carmen que figurase en la cuadrilla este hombre serio, de morigeradas costumbres, al lado de los otros «chicos» y del mismo espada, que al verse solo era sobrado alegre de carácter y se dejaba arrastrar del deseo de verse admirado por las mujeres.

El enemigo de los clérigos y de Adán y Eva guardaba a su maestro un secreto que le hacía mostrarse reservado y grave cuando le veía en la casa entre su madre y la señora Carmen. ¡Si supieran estas mujeres lo que él sabía!

A pesar del respeto que todo banderillero debe guardar a su matador, el \_Nacional\_ había osado hablar un día a Gallardo con ruda franqueza, amparándose en sus años y en la antigua amistad.

--¡Ojo, Juaniyo, que en Seviya se sabe too! No se habla de otra cosa, y la notisia yegarà a tu casa, y va a haber ca bronca que a Dios le arderà er pelo... Piensa que la seña Angustias se pondrà hecha una Dolorosa, y la pobre Carmen sacará su genio... Acuérdate de lo de la cantaora; y aqueyo no fue na. Esto bicho es de más empuje, de más cuidao.

Gallardo fingía no comprenderle, molestado y halagado al mismo tiempo por la idea de que toda la ciudad conociese el secreto de sus amores.

--Pero ¿qué bicho es ese y qué broncas son esas de que hablas?

--¡Quién ha de ser!... Doña Zol; esa señorona que da tanto que hablar. La sobrina del marqués de Moraima, el ganadero.

Y como el espada quedase sonriente y en silencio, halagado por las exactas informaciones del \_Nacional\_, éste continuó, con aire de

predicador desengañado de las vanidades del mundo:

--El hombre casao debe buscar ante too la tranquilidad de su casa...

¡Las mujeres!... «¡líquido!» Toas son iguales: toas tienen lo mismo en paresío sitio, y es tontera amargarse la vida saltando de una en otra.

Un servidor, en los veinticuatro años que yevo con mi Teresa, no la he fartao ni con er pensamiento, y eso que soy torero y tuve mis buenos días, y más de una moza me puso los ojos tiernos.

Gallardo acabó riéndose del banderillero. Hablaba como un padre prior.

¿Y era él quien quería comerse crudos a los frailes?

--\_Nacional\_, no seas bruto. Ca uno es quien es, y ya que las jembras vienen, éjalas venir. ¡Pa lo que vive uno!... Cualquiera día pueo salir del redondel con los pies pa adelante... Además, tú no sabes lo que es eso, lo que es una señora. ¡Si vieras qué mujer!...

Luego añadió con ingenuidad, como si quisiera desvanecer el gesto de escándalo y tristeza que se marcaba en el rostro de l \_Nacional\_:

--Yo quiero mucho a Carmen, ¿te enteras? La quiero como siempre. Pero a la otra la quiero también. Es otra cosa... no sé como explicártelo. Otra cosa, ¡vaya!

Y el banderillero no pudo sacar más de su entrevista con Gallardo.

Meses antes, al llegar con el otoño la terminación de la temporada de corridas, el espada había tenido un encuentro en la iglesia de San Lorenzo.

Descansaba unos días en Sevilla antes de irse a \_La Rinconada\_ con su familia. Al llegar este período de calma, lo que más agradaba al espada era vivir en su propia casa, libre de los continuos viajes en tren. Matar más de cien toros por año, con los peligros y esfuerzos de la lidia, no le fatigaba tanto como el viaje durante varios meses de una plaza a otra de España.

Eran excursiones en pleno verano, bajo un sol abrumador, por llanuras abrasadas y en antiguos vagones cuyo techo parecía arder. El botijo de agua de la cuadrilla, lleno en todas las estaciones, no bastaba a apagar la sed. Además, los trenes iban atestados de viajeros, gentes que acudían a las ferias de las ciudades para presenciar las corridas. Muchas veces, Gallardo, por miedo a perder el tren, mataba su último toro en una plaza, y vestido aún con el traje de lidia, corría a la estación, pasando como un meteoro de luces y colores entre los grupos de viajeros y los carretones de los equipajes. Cambiaba de vestido en un departamento de primera, ante las miradas de los pasajeros, satisfechos de ir con una celebridad, y pasaba la noche encogido sobre los almohadones, mientras los compañeros de viaje apelo-tonábanse para

dejarle el mayor espacio posible. Todos le respetaban, pensando que al día siguiente iba a proporcionarles el placer de una emoción trágica sin peligro para ellos.

Cuando llegaba, quebrantado, a una ciudad en fiesta, con las calles engalanadas con banderolas y arcos, sufría el tormento de la adoración entusiástica. Los aficionados partidarios de su nombre le esperaban en la estación y le acompañaban hasta el hotel. Eran gentes bien dormidas y alegres, que lo manoseaban y querían encontrarlo expansivo y locuaz, como si al verles hubiera de experimentar forzosamente el mayor de los placeres.

Muchas veces, la corrida no era única. Había que torear tres o cuatro días seguidos, y el espada, al llegar la noche, rendido de cansancio y falto de sueño por las recientes emociones, daba al traste con los convencionalismos sociales y se sentaba a la puerta del hotel en mangas de camisa, gozando del fresco de la calle. Los «chicos» de la cuadrilla, alojados en la misma fonda, permanecían junto al maestro, como colegiales reclusos. Alguno más audaz pedía permiso para dar un paseo por las calles iluminadas y el campo de la feria.

--Mañana, Miuras--decía el espada--. Sé lo que son esos paseos. Gorverás al amanecer con dos copas de sobra, y no te faltará un enreo pa perder las fuerzas... No: no se sale. Ya te hartarás cuando acabemos.



Y al terminar el trabajo, si quedaban unos días libres hasta la próxima corrida en otra ciudad, la cuadrilla retardaba el viaje, y entonces eran las francachelas lejos de la familia, la abundancia de vinos y mujeres en compañía de aficionados entusiastas, que sólo se imaginaban de este modo la vida de sus ídolos.

Las diversas fechas de las fiestas obligaban al espada a viajes absurdos. Partía de una ciudad para trabajar en el otro extremo de España, y cuatro días después retrocedía, toreando en una población inmediata a aquélla. Los meses del verano, que eran los más abundantes en corridas, casi los pasaba en el tren, en un continuo zigzag por todas las vías férreas de la Península, matando toros en las plazas y durmiendo en los trenes.

--¡Si pusieran en línea lo que corro en el verano!--decía Gallardo--. Lo menos yegaba ar polo Norte.

Al comenzar la temporada emprendía con entusiasmo el viaje, pensando en los públicos que hablaban de él todo el año, aguardando impacientes su llegada; en los conocimientos inesperados; en las aventuras que le brindaba muchas veces la curiosidad femenil; en la vida de hotel en hotel, con sus agitaciones, sus molestias y sus comidas diversas, que contrastaba con la plácida existencia de Sevilla y los días de montaraz soledad en \_La Rinconada\_.

Pero a las pocas semanas de esta vida vertiginosa, en la que ganaba cinco mil pesetas por cada tarde de trabajo, Gallardo comenzaba a lamentarse como un niño lejos de su familia.

--¡Ay, mi casa de Sevilla, tan fresca, y con la pobre Carmen que la tié como una tacita de plata! ¡Ay, los guisos de la mamita! ¡Tan ricos!...

Y sólo olvidaba a Sevilla en las noches de asueto, cuando no había toros al día siguiente y toda la cuadrilla, rodeada de aficionados deseosos de que se llevasen un buen recuerdo de la ciudad, se metía en un café de cante «flamenco», donde mujeres y canciones todo era para el maestro.

Al volver a su casa para descansar durante el resto del año, sentía Gallardo la satisfacción del poderoso que, olvidando honores, se entrega a la vida ordinaria.

Dormía hasta muy tarde, libre de horarios de trenes, sin emoción alguna al pensar en los toros. ¡Nada que hacer aquel día, ni al otro, ni al otro! Todos sus viajes llegarían hasta la calle de las Sierpes o la plaza de San Fernando. La familia parecía otra, más alegre y con mejor salud al tenerle seguro en casa por unos cuantos meses. Salía con el fieltro echado atrás, moviendo su bastón de puño de oro y mirándose los gruesos brillantes de los dedos.

En el vestíbulo le esperaban varios hombres, de pie

junto a la cancela,  
al través de cuyos hierros se veía el patio blanco  
y luminoso, de fresca  
limpieza. Eran gentes tostadas por el sol, de agrio  
hedor sudoroso, la  
blusa sucia y el ancho sombrero con los bordes desh  
ilachados. Unos eran  
trabajadores del campo que iban de camino, y al pas  
ar por Sevilla creían  
natural impetrar el socorro del famoso matador, al  
que llamaban señor  
Juan. Otros vivían en la ciudad, y tuteaban al tore  
ro, llamándole  
Juaniyo.

Gallardo, con su memoria fisonómica de hombre de mu  
chedumbres, reconocía  
sus rostros y admitía el tuteo. Eran camaradas de e  
scuela o de infancia  
vagabunda.

--No marchan los negocios, ¿eh?... Los tiempos está  
n malos pa toos.

Y antes de que esta familiaridad los animase a mayo  
res intimidades,  
volvía a \_Garabato\_, que permanecía con la cancel  
a en la mano.

--Dile a la señora que te dé un par de pesetas pa c  
a uno.

Y salía a la calle silbando, satisfecho de su gener  
osidad y de la  
hermosura de la vida.

En la taberna próxima asomábanse a las puertas los  
chicos del \_Montañés\_  
y los parroquianos, como si no lo hubiesen visto nu  
nca, con boca  
sonriente y ojos devoradores de curiosidad.

--¡Salú, cabayeros!... Se agradese el orseguio, pero no bebo.

Y librándose del entusiasta que marchaba a su encuentro con una caña en la mano, seguía adelante, siendo detenido en otra calle por un par de viejas amigas de su madre. Le pedían que fuese padrino del nieto de una de ellas. Su pobrecita hija estaba para librar de un momento a otro; el yerno, un «gallardista» furibundo, que había andado a palos varias veces a la salida de la plaza por defender a su ídolo, no se atrevía a hablarle.

--Pero ¡mardita sea!... ¿es que me toman ustés por ama de cría?... Tengo más ahijaos que hay en el Hospisio.

Para librarse de ellas, las aconsejaba que se avistasen con la mamita. ¡Lo que ella dijese! Y seguía adelante, no deteniéndose hasta la calle de las Sierpes, saludando a unos y dejando a otros que gozasen el honor de marchar a su lado, en gloriosa intimidad, ante la mirada de los transeúntes.

Asomábase al club de los \_Cuarenta y cinco\_ para ver si estaba en él su apoderado: una sociedad aristocrática, de número fijo, según indicaba su título, en la que sólo se hablaba de toros y caballos. Estaba compuesta de ricos aficionados y ganaderos, figurando en lugar preeminente, como un oráculo, el marqués de Moraima.

En una de estas salidas, un viernes por la tarde, G

allardo, que iba  
camino de la calle de las Sierpes, sintió deseos de  
entrar en la  
parroquia de San Lorenzo.

En la plazuela alineábanse lujosos carruajes. Lo me  
jor de la ciudad iba  
en este día a rezar a la milagrosa imagen de Nuestr  
o Padre Jesús del  
Gran Poder. Bajaban las señoras de sus coches, vest  
idas de negro, con  
ricas mantillas, y los hombres penetraban en la igl  
esia, atraídos por la  
concurencia femenina.

Gallardo entró también. Un torero debe aprovechar l  
as ocasiones para  
rozarse con las personas de alta posición. El hijo  
de la señora  
Angustias sentía un orgullo de triunfador cuando le  
saludaban los  
señores ricos y las damas elegantes susurraban su n  
ombre, designándolo  
con los ojos.

Además, él era devoto del Señor del Gran Poder. Tol  
eraba al Nacional  
sus opiniones sobre «Dios u la Naturaleza» sin gran  
escándalo, pues la  
divinidad era para él algo vago e indeciso, semejan  
te a la existencia de  
un señor del que se pueden escuchar con calma toda  
clase de  
murmuraciones, por lo mismo que sólo se le conoce d  
e oídas. Pero la  
Virgen de la Esperanza y Jesús del Gran Poder los e  
staba viendo desde  
sus primeros años, y a éstos que no se los tocasen.

Su sensibilidad de rudo mocetón conmovíase ante el  
dolor teatral de

Cristo con la cruz auestas, el rostro sudoroso, angustiado y lívido, semejante al de algunos camaradas que había visto tendidos en las enfermerías de las plazas de toros. Había que estar bien con el poderoso señor, y rezó fervorosamente varios padrenuestros de pie ante la imagen, reflejándose los cirios como estrellas rojas en las córneas de sus ojos africanos.

Un movimiento de las mujeres arrodilladas delante de él distrajo su atención, ávida de intervenciones sobrenaturales para su vida en peligro.

Pasaba una señora por entre las devotas, atrayendo la atención de éstas: una mujer alta, esbelta, de belleza ruidosa, vestida de colores claros y con un gran sombrero de plumas, bajo el cual brillaba con estallido de escándalo el oro luminoso de su cabellera.

Gallardo la conoció. Era doña Sol, la sobrina del marqués de Moraima, «la Embajadora», como la llamaban en Sevilla. Pasó entre las mujeres, sin reparar en sus movimientos de curiosidad, satisfecha de las ojeadas y del susurro de sus palabras, como si todo esto fuese un homenaje natural que debía acompañar su presentación en todas partes.

El traje de una elegancia exótica y el enorme sombrero destacábanse con realce chillón sobre la masa oscura de los tocados femeniles. Se arrodilló, inclinó la cabeza como si orase unos ins

tantes, y luego, sus  
ojos claros, de un azul verdoso con reflejos de oro  
, paseáronse por el  
templo tranquilamente, como si estuviese en un teat  
ro y examinase la  
concurcencia buscando caras conocidas. Estos ojos p  
arecían sonreír  
cuando encontraban el rostro de una amiga, y persis  
tiendo en sus paseos,  
acabaron por tropezarse con los de Gallardo fijos e  
n ella.

El espada no era modesto. Acostumbrado a verse obje  
to de la  
contemplación de miles y miles de personas en las t  
ardes de corrida,  
creía buenamente que allí donde estuviese él todas  
las miradas habían de  
ser forzosamente para su persona. Muchas mujeres, e  
n horas de confianza,  
le habían revelado la emoción, la curiosidad y el d  
eseo que sintieron al  
verle por vez primera en el redondel. La mirada de  
doña Sol no se bajó  
al encontrarse con la del torero; antes bien, perma  
neció fija, con una  
frialidad de gran señora, obligando al matador, resp  
etuoso con los ricos,  
a desviar la suya.

«¡Qué mujer!--pensó Gallardo, con su petulancia de  
ídolo popular--. ¡Si  
estará por mí esta gachí!...»

Fuera del templo sintió la necesidad de no alejarse  
, de verla otra vez,  
permaneciendo cerca de la puerta. Le avisaba el cor  
azón algo  
extraordinario, lo mismo que en las tardes de buena  
fortuna. Era la  
corazonada misteriosa que en el redondel le hacía d  
esoír las protestas

del público, lanzándose a las mayores audacias siempre con excelente resultado.

Cuando salió ella del templo, volvió a mirarle sin extrañeza, como si hubiese adivinado que iba a esperarla en la puerta.

Subió en un carruaje descubierto, acompañada de dos amigas, y al arrear el cochero los caballos, todavía volvió la cabeza para ver al espada, marcándose en su boca una ligera sonrisa.

Gallardo anduvo distraído toda la tarde. Pensaba en sus amoríos anteriores, en los triunfos de admiración y curiosidad conseguidos por su arrogancia torera; conquistas que le llenaban de orgullo, haciéndole creerse irresistible, y ahora le inspiraban cierta vergüenza. ¡Una mujer como aquella, una gran señora que había corrido mucho mundo y vivía en Sevilla como una reina destronada! ¡Eso era una conquista!... A su admiración por la hermosura uníase cierta reverencia de antiguo pilluelo lleno de respeto por los ricos, en un país donde el nacimiento y la fortuna tienen gran importancia. ¡Si él consiguiera llamar la atención de aquella mujer! ¡Qué mayor triunfo!...

Su apoderado, gran amigo del marqués de Moraima y relacionado con lo mejor de Sevilla, le había hablado algunas veces de doña Sol.

Después de una ausencia de años, había vuelto a Sevilla pocos meses antes, provocando el entusiasmo de la gente joven.



Venía, tras su larga  
permanencia en el extranjero, hambrienta de cosas d  
e la tierra, gozando  
con las costumbres populares y encontrándolo todo m  
uy interesante,  
muy... «artístico». Iba a los toros con traje antig  
uo de maja, imitando  
el adorno y postura de las graciosas damas pintada  
s por Goya. Hembra  
fuerte, acostumbrada a los \_sports\_ y gran caballis  
ta, la gente la veía  
galopar por las afueras de Sevilla, llevando con la  
negra falda de  
amazona una chaquetilla de hombre, corbata roja y b  
lanco castoreño sobre  
el casco de oro de sus cabellos. Algunas veces oste  
ntaba la garrocha  
atravesada en el borrén de la silla, y con un pelot  
ón de amigos  
convertidos en piqueros iba a las dehesas para acos  
ar y derribar toros,  
gozando mucho en esta fiesta brava, abundante en pe  
ligros.

No era una niña. Gallardo recordaba confusamente ha  
berla visto en su  
infancia en el paseo de las Delicias sentada al lad  
o de su madre y  
cubierta de rizadas blancuras, como las muñecas luj  
osas de los  
escaparates, mientras él, mísero pillete, saltaba e  
ntre las ruedas del  
carruaje buscando colillas de cigarro. Eran indudab  
lemente de la misma  
edad: debía estar al final de la veintena; ¡pero ta  
n esplendorosa, tan  
distinta a las otras mujeres!... Parecía un ave exó  
tica, un pájaro del  
Paraíso caído en un corral, entre lustrosas y bien  
cebadas gallinas.

Don José el apoderado conocía su historia... ¡Una c

abeza desbaratada la  
tal doña Sol! Su nombre de drama romántico cuadraba  
bien con lo original  
de su carácter y la independencia de sus costumbres  
.

Muerta su madre y poseedora de una buena fortuna, s  
e había casado en  
Madrid con cierto personaje mayor que ella en años,  
pero que ofrecía  
para una mujer ansiosa de brillo y novedades el ali  
ciente de andar por  
el mundo como embajador, representando a España en  
las principales  
cortes.

--¡Lo que se ha divertido esa niña, Juan!--decía el  
apoderado--. ¡Las  
cabezas que ha vuelto locas en diez años de una pun  
ta a otra de Europa!  
Figúrate que es un libro de geografía con notas sec  
retas al pie de cada  
hoja. De seguro que no puede mirar el mapa sin hace  
r una crucecita de  
recuerdo junto a las capitales grandes... ¡Y el pob  
re embajador! Se  
murió, sin duda, de aburrido, porque ya no le queda  
ba adónde ir. La niña  
picaba alto. Iba el buen señor destinado a represen  
tarnos en una corte,  
y antes del año ya estaba la reina o la emperatriz  
de aquella tierra  
escribiendo a España para que relevasen al embajado  
r con su temible  
cónyuge, a la cual llamaban los periódicos «la irre  
sistible española».  
¡Las testas coronadas que ha trastornado esa gachí!  
... Las reinas  
temblaban al verla llegar, como si fuese el cólera  
morbo. Al fin, el  
pobre embajador no vio más sitio disponible para su  
s talentos que las

repúblicas de América; pero como era un señor de buenos principios,  
amigo de los reyes, prefirió morirse... Y no creas que la niña se  
contentaba sólo con el personal que come y baila en los palacios reales.  
¡Si fuese verdad todo lo que cuentan!... Esa chica es lo más extremosa:  
o todo o nada; tan pronto se fija en lo más alto, como busca arañando  
debajo de tierra. A mí me han dicho que allá en Rusia anduvo tras uno de  
esos melenudos que tiran bombas: un mozuelo con cara de mujer, que no la  
hacía caso porque le estorbaba en sus negocios. Y la niña, por lo mismo,  
erre que erre detrás de él; hasta que al fin lo ahorcaron. También dicen  
que tuvo sus cosas con un pintor en París, y hasta aseguran que la  
retrató ligera de ropas, con un brazo en la cara para no ser conocida, y  
que así anda en las fototipias de las cajas de cerillas. Esto debe ser  
falso: exageraciones. Lo que parece más cierto es que fue gran amiga de  
un alemán, un músico de esos que escriben óperas. ¡Si la oyeses tocar el  
piano!... ¡Y cuando canta! Lo mismo que cualquier triple de las que  
vienen al teatro de San Fernando en la temporada de Pascua. Y no creas  
que canta en italiano solamente; ella lo camela todo: francés, alemán,  
inglés. Su tío el marqués de Moraima, que, aquí para entre los dos, ya  
sabes que es algo bruto, cuando habla de ella en los \_Cuarenta y cinco\_,  
dice que tiene sus sospechas de que sabe latín... ¡Qué mujer! ¿eh,  
Juanillo? ¡Qué hembra tan interesante!

El apoderado hablaba de doña Sol con admiración, considerando extraordinarios y originales todos los sucesos de su vida, así los indudables como los inciertos. Su nacimiento y su fortuna le inspiraban respeto y benevolencia, lo mismo que a Gallardo. Ocupábanse de ella con sonrisas de admiración. Los mismos hechos en otra mujer habrían dado suelta a un raudal de comentarios irreverentes, comparándola a la bestia rapaz de gruesa cola que es protagonista de muchas fábulas.

--En Sevilla--continuaba el apoderado--lleva una vida ejemplar. Por esto pienso si será mentira lo que cuentan del extranjero. ¡Calumnias de ciertos pollos que quieren entrar por uvas y las encuentran verdes!

Y riendo de los arrestos de esta mujer, que en ciertos momentos era brava y acometedora como un hombre, repetía las murmuraciones que habían circulado en ciertos clubs de la calle de las Serpientes. Cuando «la Embajadora» llegó a vivir en Sevilla, toda la juventud había formado una corte en torno de ella.

--Figúrate, Juanillo. Una mujer elegante, de las que aquí no se usan, trayendo sus ropas y sombreros de París, su perfumaría de Londres, y además amiga de reyes... Como si dijéramos marcada con el hierro de las primeras ganaderías de Europa... Andaban como locos tras de sus pasos, y la niña les permitía ciertas libertades, queriendo vivir entre ellos

como un hombre. Pero algunos se desmandaron, tomándola equivocadamente la familiaridad por otra cosa, y faltos de palabras, fueron largos de manos... Hubo bofetadas, Juanillo, y algo peor. Esa moza es de cuidado. Parece que tira a las armas blancas, que sabe dar puñetazos como un marinero inglés, y, además, conoce ese modo de reñir de los japoneses que llaman \_jitsu\_. Total, que se atreve un cristiano a darla un pellizco, y ella, con sus manos de oro, sin enfadarse apenas, te agarra y te deja hecho un guiñapo. Ahora la asedian menos, pero tiene enemigos que andan por ahí hablando mal de ella: unos alabándose de lo que es mentira; otros negando hasta que sea guapa.

Doña Sol, según el apoderado, mostrábase entusiasmada de su vida en Sevilla. Después de una larga permanencia en países brumosos y fríos, admiraba el cielo de intenso azul, el sol invernal de suave oro, y se hacía lenguas de la dulzura de la vida en este país tan... «pintoresco».

--La entusiasma la llaneza de nuestras costumbres. Parece una inglesa de las que vienen en Semana Santa. ¡Como si no hubiese nacido en Sevilla! ¡Como si la viese por primera vez! Dice que pasará los veranos en el extranjero y los inviernos aquí. Está harta de su vida de palacios y cortes, y ¡si vieras con qué gente se trata!... Ha hecho que la reciban como hermana en una cofradía, la más popular, la del Cristo de Triana, la del Santísimo Cachorro, y se gastó una porrada d

e dinero en  
manzanilla para los cofrades. Algunas noches se lle  
na la casa de  
guitarristas y bailaoras: cuantas muchachas de Sevi  
lla aprenden el cante  
y el baile. Con ellas van sus maestros y sus famili  
as y hasta los más  
remotos parientes; todos se hinchán de aceitunas, d  
e salchichón y de  
vino, y doña Sol, sentada en un sillón como una rei  
na, pasa las horas  
pidiendo baile tras baile, todos los de la tierra.  
Dice que esto es un  
gusto igual al que se daba no sé qué rey, que hacía  
que cantasen óperas  
para él solo. Sus criados, unos mozos que han venid  
o con ella, estirados  
y serios como lores, van puestos de frac, con grand  
es bandejas,  
repartiendo copas a las bailaoras, que, en plena ju  
mera, les tiran de  
las patillas y les echan huesos de aceituna a los o  
jos. ¡Unas juergas de  
lo más honestas y divertidas!... Ahora doña Sol rec  
ibe por las mañanas  
al \_Lechuzo\_, un gitano viejo, que da lecciones de  
guitarra, maestro de  
los más castizos, y cuando no la encuentran sus vis  
itas con el  
instrumento en las rodillas, está con una naranja e  
n la mano. ¡Las  
naranjas que lleva comidas esa criatura desde que l  
legó! ¡Y aún no se ha  
hartado!...

Así seguía don José explicando a su matador las ori  
ginalidades de doña  
Sol.

Cuatro días después de haberla visto Gallardo en la  
parroquia de San  
Lorenzo, el apoderado se acercó al espada con ciert

o misterio en un café  
de la calle de las Sierpes.

--Gachó, eres el niño de la suerte lisa. ¿Sabes qui  
én me ha hablado de  
ti?

Y aproximando su boca a una oreja del torero, exclamó sordamente:

--¡Doña Sol!

Le había preguntado por su matador, mostrando deseos de que se lo presentase. ¡Era un tipo tan original! ¡tan español!...

--Dice que te ha visto matar varias veces: una en Madrid, otra no sé dónde... Te ha aplaudido. Reconoce que eres muy valiente... ¡Mira tú que si tomase varas contigo! ¡Qué honor! Ibas a ser cuñado o algo por el estilo de todos los reyes de la baraja europea.

Gallardo sonreía modestamente, bajando los ojos, pero al mismo tiempo contoneaba su esbelta persona, como si no considerase difícil ni extraordinaria la hipótesis de su apoderado.

--Pero no hay que hacerse ilusiones, Juanillo--continuó éste--. Doña Sol quiere ver de cerca a un torero, con el mismo interés que toma las lecciones del maestro \_Luchuzo\_. Color local, y nada más. «Tráigalo usted pasado mañana a Tablada», me ha dicho. Ya sabes lo que es eso: un derribo de reses de la ganadería de Moraima; una fiesta que el marqués ha organizado para que se divierta su sobrina. Irem

os; a mí también me  
ha invitado.

Y a los dos días el maestro y su apoderado salieron  
por la tarde del  
barrio de la Feria, como apuestos garrochistas, entre la expectación de  
la gente que se asomaba a las puertas y se agrupaba  
en las aceras.

--Van a Tablada--decían--. Hay derribo de reses.

El apoderado, jinete en una yegua blanca y huesuda,  
iba en traje de  
campo: recio chaquetón, pantalones de paño con polainas amarillas, y  
sobre aquéllos las perneras de cuero llamadas zajones. El espada había  
apelado para la fiesta al traje usual y bizarro de los antiguos toreros  
antes de que las costumbres modernas igualasen su indumentaria con la de  
los demás mortales. Cubría su cabeza un sombrero calañés de terciopelo,  
con mota rizada, sujeto a la mandíbula por un barboquejo. El cuello de  
la camisa, limpio de corbata, estaba sujeto con un par de brillantes, y  
otros dos más gruesos centelleaban en la ondulada pechera. La  
chaquetilla y el chaleco eran de terciopelo color de vino, con alamares  
y arambeles negros; la faja de encarnada seda; el calzón ajustado, de  
oscuro punto, modelaba las musculosas y esbeltas piernas del torero,  
unido a las rodillas con ligas de negra escarapela. Las polainas eran de  
color de ámbar, con franjas de cuero a lo largo de las aberturas, y los  
borceguíes de idéntico color, medio ocultos en los anchos estribos



árabes, dejaban al descubierto grandes espuelas de plata. En el arzón de la silla, sobre la vistosa manta jerezana, cuyo borde pendía a ambos lados del caballo, descansaba un chaquetón gris con remiendos negros y forro rojo.

Galoparon los dos jinetes, llevando al hombro como una lanza la garrocha de fina y resistente madera, con una pelota en su remate que resguardaba el hierro. Su paso por el barrio popular despertaba una ovación. ¡Olé los hombres guapos! Las mujeres saludaban con la mano.

--¡Vaya con Dió, güen mozo! ¡Divertirse, señó Juan!

Picaron los caballos para dejar atrás la chiquillería que corría tras ellos, y las callejuelas de azul empedrado y blancas paredes estremeciéronse con el rítmico chocar de las herraduras.

En la calle tranquila, de casas señoriales con panzudas rejas y grandes miradores, donde vivía doña Sol, encontraron a otros garrochistas que esperaban ante la puerta, inmóviles sobre sus caballos y apoyados en las lanzas. Eran señoritos, parientes o amigos de la dama, que saludaron al torero con amable llaneza, satisfechos de que fuese de la partida.

Salió de la casa el marqués de Moraima, montando inmediatamente en su caballo.

--Ahora mismo baja la niña. Las mujeres ya se sabe.  
.. tardan mucho en  
arreglarse.

Y decía esto con la gravedad sentenciosa que daba a  
todas sus palabras,  
como si fuesen oráculos. Era un viejo alto y huesudo,  
con grandes  
patillas blancas, entre las cuales la boca y los ojos  
conservaban una  
ingenuidad infantil. Cortés y mesurado en sus palabras,  
gallardo en sus  
ademanos, parco en el sonreír, el marqués de Moraima  
era un gran señor  
de otros tiempos, vestido casi siempre con traje de  
caballista, enemigo  
de la vida urbana, molesto por las exigencias sociales  
de su familia  
cuando éstas le retenían en Sevilla, y ansioso de correr  
al campo entre  
mayorales y vaqueros, a los que trataba con una  
familiaridad de camaradas.  
Casi se había olvidado de escribir, por falta de  
tiempo; pero así que le  
hablaban de reses bravas, de la crianza de toros y  
caballos o de faenas  
agrícolas, animábanse sus ojos, expresándose con el  
aplomo de un gran  
conocedor.

Nublose la luz del sol. Palideció la sábana de oro  
tendida sobre la  
blancura de uno de los lados de la calle. Algunos  
miraron a lo alto. Por  
la faja azul que limitaban las dos filas de aleros  
pasaba un nubarrón  
oscuro.

--No hay cuidado--dijo el marqués gravemente--. Al salir  
de casa he visto  
un papeliyo que lo yevaba el viento en una dirección  
que yo me sé. No

yoverá.

Y todos asintieron, convencidos. No podía llover, y a que lo aseguraba el marqués de Moraima. Conocía el tiempo lo mismo que un pastor viejo, y no había miedo de que se equivocase.

Luego se encaró con Gallardo.

--Te voy a echar este año unas corrias magníficas. ¡Qué toros! A ver si les das muerte como güenos cristianos. Ya sabes que este año no he quedao contento der too. Los probesitos meresían más.

Apareció doña Sol, sosteniendo en una mano la negra amazona y mostrando por debajo de ella las cañas de sus altas botas de cuero gris. Llevaba camisa de hombre con corbata roja, chaquetilla y chaleco de terciopelo violeta, y graciosamente ladeado el sombrero calañés de terciopelo sobre los bucles de su cabellera.

Montó a caballo con agilidad, a pesar de las plásticas abundancias de su apetitosa belleza, y tomó la garrocha de manos de un criado. Saludaba a los amigos, excusando su tardanza, mientras sus ojos iban hacia Gallardo. El apoderado dio un espolazo a su yegua para acercarse y hacer la presentación, pero doña Sol, adelantándose a él, se aproximó al torero.

Gallardo sentíase turbado por la presencia de la señora. ¡Qué mujer! ¿Qué iba a decirla?...

Vio que ella le tendía la mano, una mano fina que o  
lía a gloria; y en la  
precipitación del aturdimiento, sólo supo apretarla  
con su manaza que  
derribaba fieras. Pero la zarpita blanca y sonrosad  
a, en vez de  
achicarse bajo la presión involuntaria y brutal, qu  
e habría hecho lanzar  
a otra un grito de dolor, se crispó con vigoroso es  
fuerzo, librándose  
fácilmente de este encierro:

--Le agradezco mucho que haya venido. Encantada de  
conocerle.

Y Gallardo, sintiendo en su deslumbramiento la nece  
sidad de contestar  
algo, tartamudeó, como si saludase a un aficionado:

--Gracias. ¿La familia güena?...

Una discreta carcajada de doña Sol se perdió entre  
el estrépito de las  
herraduras que resbalaban sobre las piedras con los  
primeros pasos. Puso  
la dama su caballo al trote, y todo el pelotón de j  
inetes la siguió,  
formando escolta en torno de ella. Gallardo marchab  
a avergonzado a la  
cola, sin salir de su estupefacción, adivinando con  
fusamente que había  
dicho una tontería.

Galoparon por las afueras de Sevilla, a lo largo de  
l río; dejaron atrás  
la Torre del Oro; siguieron avenidas de umbrosos ja  
rdines con amarilla  
arena, y luego una carretera a cuyos lados alzábans  
e ventorrillos y  
merenderos.

Al llegar a Tablada vieron sobre la verdeante llanura una masa negra de gentío y carruajes junto a la empalizada que separaba la dehesa del cerrado, dentro del cual estaban las reses.

El Guadalquivir extendía su corriente a lo largo de la dehesa. En la orilla de enfrente alzábase en cuesta San Juan de Aznalfarache, coronado por un castillo en ruinas. Las casas de campo mostraban su blancura entre las masas de gris plata de los olivares. En el término opuesto del dilatado horizonte, sobre un fondo azul en el que flotaban nubes algodonadas, veíase Sevilla, con su caserío dominado por la imponente masa de la catedral, y la maravillosa Giralda, de un rosa tierno bajo la luz de la tarde.

Avanzaron los jinetes con gran trabajo entre la confusa muchedumbre. La curiosidad que inspiraban las originalidades de doña Sol había atraído a casi todas las damas de Sevilla. Las amigas la saludaban desde sus carruajes, encontrándola muy hermosa en su traje varonil. Sus parientas, las hijas del marqués, unas solteras, otras acompañadas de sus maridos, la recomendaban prudencia. ¡Por Dios, Sol! ¡Que no hiciese locuras!...

Entraron los derribadores en el cerrado, siendo acogidos al atravesar la empalizada por los aplausos de la gente popular que había acudido a la fiesta.

Los caballos, al ver de lejos al enemigo y husmearle,  
alzáronse de manos  
y comenzaron a dar botes, relinchando bajo la firme  
diestra de los  
jinetes.

En el centro del cerrado agrupábanse los toros. Uno  
s pastaban mansamente  
o estaban inmóviles sobre la verdura un tanto rojiza  
del prado invernal,  
con las patas encogidas y el hocico bajo. Otros, más  
rebeldes, trotaban  
dirigiéndose hacia el río, y los toros venerables,  
los prudentes  
cabestros, iban a sus alcances, haciendo sonar el cencerro pendiente  
del cuello, mientras los vaqueros les ayudaban en esta recogida  
disparando con su honda piedras certeras que iban a  
dar en los cuernos  
de los fugitivos.

Los jinetes permanecieron largo tiempo inmóviles, como si celebrasen  
consejo, bajo las miradas ansiosas del público, que  
esperaba algo  
extraordinario.

El primero que salió fue el marqués, acompañado de uno de sus amigos.  
Los dos jinetes galoparon hacia el grupo de toros, y cerca de ellos  
detuvieron sus cabalgaduras, poniéndose de pie en los estribos, agitando  
en el aire las garrochas y dando fuertes gritos para asustarlos. Un toro  
negro y de fuertes piernas se separó del grupo, corriendo hacia el fondo  
del cerrado.

Bien hacía el marqués en mostrarse orgulloso de su ganadería, compuesta

de bestias finas, seleccionadas por los cruces. No era el buey destinado a la producción de carne, de piel sucia, basta y rugosa, la pezuña ancha, cabizbajo, y con los cuernos enormes y mal colocados. Eran animales de nerviosa viveza, fuertes y robustos, hasta el punto de hacer temblar el suelo, levantando una nubecilla bajo sus patas; el pelo fino y brillante como el de un caballo de lujo, los ojos encendidos, el cuello ancho y arrogante, cortas las patas, delgada y fina la cola, los cuernos sutiles, puntiagudos y limpios, cual si los hubiese trabajado un artífice, y la pezuña redonda y diminuta, pero tan dura, que cortaba la hierba como si fuese de acero.

Corrieron los dos jinetes tras el animal, acosándolo o cada uno por su lado, cortándole el paso cuando intentaba desviarse hacia el río, hasta que el marqués, espoleando su jaca, ganó distancia, se aproximó al toro con la garrocha por delante, y clavándola en su cola, logró, con el empuje combinado de su brazo y su caballo, que perdiese el equilibrio, rodando por el suelo con la panza al aire, los cuernos clavados en la tierra y las cuatro patas en alto.

La rapidez y la facilidad con que el ganadero realizó la suerte provocaron en la empalizada una explosión de entusiasmo. ¡Olé los viejos! Nadie entendía de toros como el marqués. Los manejaba como si fuesen hijos suyos, acompañándoles desde que nacían en la vacada hasta

que marchaban a morir en las plazas como héroes dignos de mejor suerte.

Otros jinetes quisieron salir en seguida a conquistar el aplauso de la muchedumbre, pero el de Moraima se opuso, dando preferencia a su sobrina. Si había de realizar una suerte, mejor era que saliese inmediatamente, antes que la torada se embraveciera con el continuo acoso.

Doña Sol espoleó su caballo, que no cesaba de levantarse de manos, alarmado por la presencia de los toros. El marqués quería acompañarla en su carrera, pero ella se opuso. No; prefería a Gallardo, que era un torero. ¿Dónde estaba Gallardo? El matador, todavía avergonzado de su torpeza, púsose al lado de la dama sin decir palabra.

Salieron los dos al galope hacia el núcleo de la torada. El caballo de doña Sol se levantó varias veces sobre las patas de atrás, poniéndose casi vertical, con la tripa al descubierto, como si se resistiera a pasar adelante; pero la fuerte amazona lo obligaba a seguir la marcha. Gallardo agitaba su garrocha dando gritos que eran verdaderos mugidos, lo mismo que en las plazas, cuando incitaba a las fieras para que entrasen en suerte.

No necesitó de muchos esfuerzos para lograr que una res se apartase de la torada.



Salió de ella un animal blanco, con manchas de canela, de enorme y colgante cuello y cuernos de punta finísima. Corrió hacia el fondo del cerrado, como si tuviese allí su «querencia», que le atraía irresistiblemente, y doña Sol galopó tras él seguida del espada.

--¡Ojo, señora!--gritaba Gallardo--. ¡Que ese toro es viejo y se las trae!... Tenga cuidao no se regüerva.

Y así fue. Cuando doña Sol se preparaba a realizar la misma suerte que su tío, oblicuando el caballo para clavar la garrocha en el rabo de la fiera y derribarla, ésta se volvió como si recelase el peligro, plantándose amenazante ante los acosadores. Pasó el caballo ante el toro, sin que doña Sol pudiera refrenarlo por la velocidad que llevaba, y la fiera salió tras él, convirtiéndose de perseguida en perseguidora.

La dama no pensó en huir. La contemplaban de lejos muchos miles de personas, temía las risas de las amigas y la conmiseración de los hombres, y refrenó el caballo, haciendo frente a la fiera. Mantúvose con la garrocha bajo el brazo, como un picador, y la clavó en el cuello del toro, que avanzaba mugiente con el testuz bajo. Se enrojeció la enorme cerviz con un raudal de sangre, pero la fiera siguió avanzando en su arrollador impulso, sin sentir que se agrandaba la herida, hasta que metió las astas bajo el caballo, sacudiéndolo y separando sus patas del

suelo.

La amazona fue despedida de la silla, al mismo tiempo que un alarido de emoción de muchos centenares de bocas sonaba a lo lejos. El caballo, al librarse de los cuernos, salió corriendo como loco, con el vientre manchado de sangre, las cinchas rotas y la silla tambaleante sobre el lomo.

El toro fue a seguirlo; pero en el mismo instante, algo más inmediato atrajo su atención. Era doña Sol, que, en vez de permanecer inmóvil en el suelo, acababa de ponerse en pie y recogía su garrocha, colocándosela bravamente bajo el brazo para retar de nuevo a la fiera: una arrogancia loca, con el pensamiento puesto en los que la contemplaban; un reto a la muerte, antes que transigir con el miedo y el ridículo.

Ya no gritaban tras la empalizada. La muchedumbre estaba inmóvil, en un silencio de terror. Aproximábase en loco galope y entre nubes de polvo todo el grupo de acosadores, agrandándose los jinetes al compás de los saltos. El auxilio iba a llegar tarde. Escarbaba el toro el suelo con sus patas delanteras, bajaba el testuz para acometer a la figurilla audaz que seguía amenazándole con la lanza. Una simple cornada, y desaparecía. Pero en el mismo instante, un mugido feroz distrajo la atención del toro y algo rojo pasó ante su vista como una llamarada de fuego.

Era Gallardo, que se había echado abajo de la jaca, abandonando la garrocha para coger el chaquetón que llevaba en el borren de la silla.

--¡Eeeh!... ¡Entra!

El toro entró, corriendo tras el forro rojo de la chaqueta, atraído por este adversario digno de él, y volvió su cuarto trasero a la figura de falda negra y cuerpo violeta que, en la estupefacción del peligro, seguía con la lanza bajo el brazo.

--No tenga miedo, doña Sol: éste ya es mío--dijo el torero, pálido aún por la emoción, pero sonriendo, seguro de su destreza.

Sin más defensa que el chaquetón, toreó a la bestia, alejándola de la señora y librándose de sus furiosas acometidas con graciosos quiebros.

La muchedumbre, olvidando el reciente susto, comenzó a aplaudir, entusiasmada. ¡Qué felicidad! Asistir a un simple ascoso y encontrarse con una corrida casi formal, viendo torear a Gallardo gratuitamente.

El torero, enardecido por el ímpetu con que le acometía la fiera, se olvidó de doña Sol y de todos, atento únicamente a esquivar sus ataques. Revolvíase furioso el toro, viendo que el hombre se deslizaba invulnerable entre sus cuernos, y volvía a caer sobre él, encontrándose siempre con la pantalla roja del chaquetón.

Al fin acabó por cansarse, quedando inmóvil, con el hocico babeante y la cabeza baja, tembloroso sobre sus piernas, y entonces Gallardo abusó de la estupefacción de la bestia, quitándose el calañé y tocando con él su cerviz. Un aullido inmenso se elevó detrás de la empalizada saludando esta hazaña.

Sonaron gritos y cencerros a espaldas de Gallardo, y aparecieron en torno de la bestia vaqueros y cabestros, que acabaron por envolverla, llevándosela lentamente hacia el grueso del ganado.

Gallardo fue en busca de su jaca, que no se había movido, habituada al contacto con los toros. Recogió la garrocha, montó, y con suave galope fue hacia la empalizada, prolongando con esta lentitud el ruidoso aplauso de la muchedumbre.

Los jinetes que habían recogido a doña Sol saludaron con grandes muestras de entusiasmo al espada. El apoderado le guiñó un ojo, hablando misteriosamente:

--Gachó, no has estao pesao. Muy bien, ¡pero que muy bien! Ahora te digo que te la llevas.

Fuera de la empalizada, en un landó de las hijas del marqués, estaba doña Sol. Sus primas la rodeaban angustiadas, manoseándola, queriendo encontrar en su cuerpo algo descompuesto por la caída. La daban cañas de

manzanilla para que se le pasase el susto, y ella sonreía con aire de superioridad, acogiendo compasivamente estos extremos femeniles.

Al ver a Gallardo rompiendo con su caballo las filas de la multitud, entre sombreros tremolantes y manos tendidas, la dama estremó su sonrisa.

--Venga usted aquí, Cid Campeador. Deme usted la mano.

Y de nuevo se estrecharon sus diestras con un apretón que duró largo rato.

Por la noche, en casa del matador, fue comentado este suceso, del que se hablaba en toda la ciudad. La señora Angustias mostrábase satisfecha, como después de una gran corrida. ¡Su hijo salvando a una de aquellas señoras que ella miraba con admiración, habituada a la reverencia por largos años de servidumbre!... Carmen permanecía silenciosa, no sabiendo ciertamente qué pensar de este suceso.

Transcurrieron varios días sin que Gallardo tuviese noticias de doña Sol. El apoderado estaba fuera de la ciudad, en una montería, con algunos amigos de los \_Cuarenta y cinco\_. Una tarde, cerca ya del anochecer, don José fue a buscarle en un café de la calle de las Sierpes, donde se reunían gentes de la afición. Había llegado de la montería dos horas antes, y tuvo que ir inmediatamente a casa de doña

Sol, en vista de cierta esquila que le esperaba en su domicilio.

--¡Pero hombre, eres peor que un lobo!--dijo el apoderado sacando del café a su matador--. Esa señora esperaba que fueses a su casa. Ha estado la mar de tardes sin salir, creyendo que ibas a llegar de un momento a otro. Eso no se hace. Después de presentarte y de todo lo ocurrido, la debes una visita: cuestión de preguntarla por su salud.

El espada detuvo el paso y se rascó los pelos por debajo del sombrero.

--Es que...--murmuró con indecisión--es que... me da vergüenza. Vaya, ya está dicho: sí señor, vergüenza. Ya sabe usted que yo no soy un lila, y que me traigo mis cosas con las mujeres, y que sé decirle cuatro palabras a una gachí como otro cualquiera. Pero con ésta, no. Esta es una señora que sabe más que Lepe, y cuando la veo reconosco que soy un bruto, y me queo con la boca cerrá, y no hablo que no meta la pata. Na, don José... ¡que no voy! ¡que no debo ir!

Pero el apoderado, seguro de convencerle, le llevó hacia la casa de doña Sol, hablando de su reciente entrevista con la dama. Mostrábase algo ofendida por el olvido de Gallardo. Lo mejor de Sevilla había ido a verla con motivo del accidente en Tablada, y él no.

--Ya sabes que un torero debe estar bien con la gente que vale. Hay que

tener educación y demostrar que no es uno un gañán criado en los herraderos. ¡Una señora de tanta importancia, que te distingue y te espera!... Nada; yo iré contigo.

--¡Ah! ¡Si usted me acompaña!...

Y Gallardo respiró al decir esto, como si se libras e del peso de un gran miedo.

Entraron en la casa de doña Sol. El patio era de estilo árabe, recordando sus arcadas multicolores de fina labor los arcos de herradura de la Alhambra.

El chorro de la fuente, en cuyo tazón coleaban peces dorados, cantaba con dulce monotonía en el silencio vespertino. En las cuatro crujías, de techo artesonado, separadas del patio por las columnas de mármol de las arcadas, vio el torero antiguos vargueños, cuadros oscuros, santos de faz lívida, muebles venerables de hierros herrumbrosos y maderas acribilladas por la polilla, como si hubiesen sido fusilados con perdigones.

Un criado les hizo subir la amplia escalera de mármol, y en ella volvió a sorprenderse el torero viendo retablos con imágenes borrosas sobre un fondo dorado, vírgenes corpóreas que parecían labradas a hachazos, con los colores pálidos y el oro moribundo, arrancadas de viejos altares; tapices de un tono suave de hoja seca, orlados de flores y manzanas,

unos representando escenas del Calvario, otros llenos de \_gachós\_ peludos, con cuernos y pezuñas, a los que parecían torear varias señoritas ligeras de ropa.

--¡Lo que es la ignorancia!--decía con asombro a su apoderado--. ¡Y yo que creía que too esto sólo era güeno pa los conventos!... ¡Lo que paese que lo apresia esta gente!

Arriba encendíanse a su paso los globos de luz eléctrica, mientras en los cristales de las ventanas brillaban todavía los últimos resplandores de la tarde.

Gallardo experimentó nuevas sorpresas. Estaba orgulloso de sus muebles traídos de Madrid, todos de sedas vistosas y complicadas tallas, pesados y opulentos, que parecían proclamar a gritos el dinero de su coste, y aquí sentíase desorientado viendo sillas ligeras y frágiles, blancas o verdes, mesas y armarios de líneas sencillas, paredes de una sola tinta, sin más adorno que pequeños cuadros repartidos a grandes trechos y pendientes de gruesos cordones, todo un lujo barnizado y sutil que parecía obra de carpinteros. Avergonzábale de su propia estupefacción y de lo que había admirado en su casa como supremo lujo. «¡Lo que es la ignorancia!» Y al sentarse lo hizo con miedo, temiendo que la silla crujiere rota bajo su pesadumbre.

La presencia de doña Sol le hizo olvidar estas reflexiones. La vio como



nunca la había visto, libre de mantilla y de sombrero, al aire la  
cabellera luminosa, que parecía justificar su nombre romántico. Los  
brazos de soberana blancura escapábanse de los embudos de seda de una  
túnica japonesa cruzada sobre el pecho, la cual dejaba al descubierto el  
arranque del cuello adorable, ligeramente ambarino, con las dos rayas  
que recuerdan el collar de la madre Venus. Al mover sus manos, brillaban  
con mágico resplandor piedras de todos colores engastadas en las  
sortijas de extrañas formas que llenaban sus dedos.  
En los frescos  
antebrazos tintineaban pulseras de oro, unas de filigrana oriental, con  
misteriosas inscripciones, otras macizas, de las que pendían amuletos y  
figurillas exóticas, como recuerdos de lejanos viajes.

Había colocado, al hablar, una pierna sobre otra con desenfado varonil,  
y en la punta de uno de sus pies danzaba una babucha roja, de alto tacón  
dorado, diminuta como un juguete y cubierta de gruesos bordados.

A Gallardo le zumbaban los oídos, se le nublaba la vista: sólo alcanzaba  
a distinguir unos ojos claros fijos en él con una expresión entre  
acariciadora e irónica. Para ocultar su emoción, sonreía enseñando los  
dientes: una carátula inmóvil de niño que quiere ser amable.

--No, señora... Muchas gracias. Aquello no valió la pena.

Así se excusaba de las muestras de agradecimiento de doña Sol por su hazaña de la otra tarde.

Poco a poco, Gallardo fue adquiriendo cierta serenidad. Hablaban de toros la dama y el apoderado, y esto dio al espada una repentina confianza. Ella le había visto matar varias veces, y se acordaba con exactitud de los principales incidentes. Gallardo sintió orgullo al pensar que aquella mujer le había contemplado en tales instantes y aún guardaba fresco el recuerdo en su memoria.

Había abierto una caja de laca con extrañas flores, y ofreció a los dos hombres cigarrillos de boquilla de oro, que exhalaban un perfume punzante y extraño.

--Tienen opio; son muy agradables.

Y encendió uno, siguiendo las espirales de humo con sus ojos verdosos, que adquirirían al transparentar la luz un temblor de oro líquido.

El torero, habituado al bravo tabaco de la Habana, chupaba con curiosidad este cigarrillo. Pura paja; un placer de señoras. Pero el extraño perfume esparcido por el humo pareció desvanecer lentamente su timidez.

Doña Sol, mirándole fijamente, le hacía preguntas sobre su vida. Deseaba conocer los bastidores de la gloria, el foso de la celebridad, la vida errante y miserable del torero antes de llegar a la

aclamación pública;  
y Gallardo, con súbita confianza, hablaba y hablaba  
, relatando sus  
primeros tiempos, deteniéndose con soberbia delecta  
ción en la humildad  
de su origen, aunque omitiendo lo que consideraba v  
ergonzoso en su  
adolescencia aventurera.

--¡Muy interesante... muy original!--decía la hermo  
sa señora.

Y apartando sus ojos del torero, perdíanse éstos en  
vagorosa  
contemplación, como si se fijasen en algo invisible  
.

--¡El primer hombre del mundo!--exclamaba don José  
con brutal  
entusiasmo--. Créame usted, Sol, no hay dos mozos c  
omo éste. ¿Y su  
resistencia para las cogidas?...

Satisfecho de la fortaleza de Gallardo, como si fue  
se su progenitor,  
enumeraba las heridas que llevaba recibidas, descri  
biéndolas como si las  
viese a través de las ropas. Los ojos de la dama le  
seguían en este  
paseo anatómico con sincera admiración. Un verdader  
o héroe; tímido,  
encogido y simplote, como todos los fuertes.

El apoderado habló de retirarse. Eran más de las si  
ete, y a él le  
esperaban en su casa. Pero doña Sol púsose de pie c  
on sonriente  
violencia, como si quisiera oponerse a su marcha. D  
ebía quedarse.  
Comerían con ella: una invitación de confianza. Aqu  
ella noche no  
esperaba a nadie. El marqués y su familia se habían

ido al campo.

--Estoy solita... Ni una palabra más: yo mando. Se quedarán ustedes a hacer penitencia conmigo.

Y como si sus órdenes no pudieran admitir réplica, salió de la habitación.

El apoderado protestaba. No: él no podía quedarse; había llegado de fuera aquella misma tarde, y su familia apenas le había visto. Además, tenía invitados a dos amigos. En cuanto a su matador, le parecía natural y correcto que no se marchase. Realmente, la invitación era para él.

--Pero ¡quédese usted al menos!--decía angustiado el espada--. ¡Mardita sea!... No me deje usted solo. No sabré qué hacer; no sabré qué desir.

Un cuarto de hora después volvió a aparecer doña Sol, pero con distinto aspecto, sin la negligencia exótica con que los había recibido, vistiendo uno de aquellos trajes enviados de París, modelos de Paquin, que eran la desesperación y el asombro de parientas y amigas.

Don José volvió a insistir. Se iba, era inevitable; pero su matador se quedaba. El se encargaría de avisar a su casa para que no lo esperasen.

Otra vez Gallardo hizo un gesto angustioso; pero se tranquilizó con la mirada del apoderado.

--¡Descuida!--murmuró éste al ir hacia la puerta--.  
¿Crees que soy un  
chiquillo?... Diré que comes con unos aficionados d  
e Madrid.

¡El tormento que sufrió el espada en los primeros m  
omentos de la  
comida!... Intimidábale el lujo grave y señorial de  
aquel comedor, en el  
que parecían perdidos la dama y él, sentados frente  
a frente en mitad  
de la gran mesa, junto a enormes candelabros de pla  
ta con bujías de luz  
eléctrica y pantallas rosa. Inspirábanle respeto lo  
s imponentes criados,  
ceremoniosos e impasibles, como si estuvieran habit  
uados a los hechos  
más extraordinarios y no pudiera asombrarles nada d  
e su señora. Se  
avergonzaba de su traje y sus maneras, adivinando e  
l rudo contraste  
entre aquel ambiente y su aspecto.

Pero esta primera impresión de miedo y encogimiento  
se desvaneció poco a  
poco. Doña Sol reía de su parquedad, del miedo con  
que tocaba a los  
platos y las copas. Gallardo acabó por admirarla. ¡  
Vaya un diente el de  
la rubia! Acostumbrado a los remilgos y abstencione  
s de las señoritas  
que había conocido, las cuales creían de mal tono c  
omer mucho,  
asombrábase de la voracidad de doña Sol y de la dis  
tinción con que  
cumplía sus funciones nutritivas. Desaparecían los  
bocados entre sus  
labios de rosa sin dejar huella de su paso; funcion  
aban sus mandíbulas  
sin que este gesto disminuyese la hermosa serenidad  
del rostro;  
llevábase la copa a la boca sin que la más leve got

a de líquido quedase  
como perla de color en sus comisuras. Así comían se-  
guramente las diosas.

Gallardo, animado por el ejemplo, comió, y sobre to-  
do, bebió mucho,  
buscando en los varios y ricos vinos un remedio par-  
a aquella cortedad,  
que le hacía permanecer como avergonzado ante la da-  
ma, sin otro recurso  
que sonreír a todo, repitiendo: «Muchas gracias.»

La conversación se animó. El espada, sintiéndose lo-  
cuaz, hablaba de  
graciosos incidentes de la vida toreril, acabando p-  
or contar las  
originales propagandas del \_Nacional\_ y las hazañas  
de su picador  
\_Potaje\_, un bárbaro que se tragaba enteros los hue-  
vos duros, tenía  
media oreja de menos, por habérsela arrancado un co-  
mpadre de un  
mordisco, y al ser conducido contuso a las enfermer-  
ías de las plazas  
caía en la cama con tal peso de hierros y músculos,  
que atravesaba los  
colchones con sus enormes espuelas y luego había qu-  
e desclavarlo como si  
fuese un Cristo.

--¡Muy original... muy interesante!

Doña Sol sonreía escuchando los detalles de la exis-  
tencia de aquellos  
hombres rudos, siempre a vueltas con la muerte, y a  
los que había  
admirado hasta entonces de lejos.

El champaña acabó de trastornar a Gallardo, y cuand-  
o se levantó de la  
mesa dio el brazo a la dama, asustándose de su prop-  
ia audacia. ¿No se

hacía así en el gran mundo?... El no era tan ignorante como parecía a primera vista.

En el salón donde les sirvieron el café vio el espada una guitarra, la misma, sin duda, con que daba sus lecciones el maestro \_Lechuzo\_. Doña Sol se la ofreció, invitándole a que tocara algo.

--¡Si no sé!... ¡Si soy lo más singrasiado del mundo, fuera de matar toros!...

Lamentábase de que no estuviese presente el puntillero de su cuadrilla, un muchacho que traía locas a las mujeres con sus manos de oro para rasguear la guitarra.

Quedaron los dos en largo silencio. Gallardo estaba en un sofá, chupando el magnífico habano que le había ofrecido un criado. Doña Sol fumaba uno de aquellos cigarrillos cuyo perfume la sumía en vaga somnolencia. Pesaba sobre el torero la torpeza de la digestión, cerrando su boca y no permitiéndole otro signo de vida que una sonrisa de estúpida fijeza.

La señora, fatigada, sin duda, del silencio en el que se perdían sus palabras, fue a sentarse ante un piano de cola, y las teclas, heridas con viril empuje, lanzaron el ritmo alegre de unas malagueñas.

--¡Olé!... Eso está güeno; pero mu güeno--dijo el torero repeliendo su torpeza.

Y tras las malagueñas sonaron unas sevillanas, y luego todos los cantos andaluces, melancólicos y de oriental ensueño, que doña Sol había recopilado en su memoria, como entusiasta de las cosas de la tierra.

Gallardo interrumpía la música con sus exclamaciones, lo mismo que cuando estaba junto al tablado de un café cantante.

--¡Vaya por esas manitas de oro! ¡A ver otra!...

--¿Le gusta a usted la música?--preguntó la dama.

¡Oh, mucho!... Gallardo nunca se había hecho esta pregunta hasta entonces, pero indudablemente le gustaba.

Doña Sol pasó lentamente del ritmo vivo de los cantos populares a otra música más lenta, más solemne, que el espada, en su sabiduría filarmónica, reconoció como «música de iglesia».

Ya no lanzaba exclamaciones de entusiasmo. Sentíase invadido por una deliciosa inmovilidad; cerrábanse sus ojos; adivinaba que, por poco que durase este concierto, iba a dormirse.

Para evitarlo, Gallardo contemplaba a la hermosa señora, vuelta de espaldas a él. ¡Qué cuerpo, madre de Dios! Sus ojos africanos fijábanse en la nuca de redonda blancura, coronada por una aureola de pelos de oro locos y rebeldes. Una idea absurda danzaba en su embotado pensamiento, manteniéndolo despierto con el cosquilleo de la tentación.



«¿Qué haría esta gachí si yo me levantase, y, pasito a pasito, fuese a darle un beso en ese morrillo tan rico?...»

Pero sus propósitos no pasaban de un mal pensamiento. Le inspiraba aquella mujer un respeto irresistible. Se acordaba, además, de las palabras de su apoderado: de la arrogancia con que sabía espantar a los moscones molestos; de aquel jueguito aprendido en el extranjero que la hacía manejar a un hombrón como si fuese un guiñapo... Siguió contemplando la blanca nuca, como una luna envuelta en nimbo de oro, al través de las nieblas que tendía el sueño ante sus ojos. ¡Iba a dormirse! Temía que de pronto un ronquido grosero cortase esta música incomprensible para él, y que, por lo mismo, debía ser magnífica. Se pellizcaba las piernas para espabilarse; extendía los brazos; cubríase la boca con una mano para ahogar sus bostezos.

Pasó mucho tiempo. Gallardo no estaba seguro de si había llegado a dormir. De pronto sonó la voz de doña Sol, sacándole de su penosa somnolencia. Había dejado a un lado el cigarrillo de azules espirales, y con una media voz que acentuaba las palabras, dando las temblores apasionados, cantaba acompañándose de las melodías del piano.

El torero avanzó los oídos para entender algo... Ni una palabra. Eran canciones extranjeras. «¡Mardita sea! ¿Por qué no un tango o una

soleá?... Y aún querrían que un cristiano no se durmiese.»

Doña Sol ponía los dedos en el teclado, mientras sus ojos vagaban en lo alto, echando la cabeza atrás, temblándole el firme pecho con los suspiros musicales.

Era la plegaria de Elsa, el lamento de la virgen rubia pensando en el hombre fuerte, el bello guerrero, invencible para los hombres y dulce y tímido con las mujeres.

Soñaba despierta al cantar, poniendo en sus palabras temblores de pasión, subiéndole a los ojos una lacrimosidad emocionante. El hombre sencillo y fuerte, el guerrero, tal vez estaba detrás de ella... ¿Por qué no?

No tenía el aspecto legendario del otro, era rudo y torpe; pero ella veía aún, con la limpieza de un recuerdo enérgico, la gallardía con que días antes había corrido en su auxilio, la sonriente confianza con que había peleado con una fiera mugidora, lo mismo que los héroes wagnerianos peleaban con dragones espantosos. Sí; él era «su» guerrero.

Y sacudida desde los talones hasta la raíz de los cabellos por un miedo voluptuoso, dándose por vencida de antemano, creía adivinar el dulce peligro que avanzaba a sus espaldas. Veía al héroe, al paladín, levantarse lentamente del sofá, con sus ojos de árabe fijos en ella;

sentía sus pasos cautelosos; percibía sus manos al posarse sobre sus hombros; luego, un beso de fuego en la nuca, una marca de pasión que la sellaba para siempre, haciéndola su sierva... Pero terminó la romanza sin que nada ocurriese, sin que sintiera en su dorso otra impresión que sus propios estremecimientos de miedoso deseo.

Decepcionada por este respeto, hizo girar el taburete del piano, y cesó la música. El guerrero estaba frente a ella hundido en el sofá, con una cerilla en la mano, intentando encender por cuarta vez el cigarro y abriendo desmesuradamente los ojos para defenderse del entorpecimiento de sus sentidos.

Al verla fijos los ojos en él, Gallardo se puso de pie... ¡Ay! ¡el momento supremo iba a llegar! El héroe marchaba hacia ella para estrujarla con varonil apasionamiento, para vencerla, haciéndola suya.

--Güeñas noches, doña Zol... Me voy, es tarde. Usted querrá descansar.

A impulsos de la sorpresa y el despecho, ella también se puso de pie, y sin saber lo que hacía, le tendió la mano... ¡Torpe y sencillo como un héroe!

Pasaron atropelladamente por su pensamiento todos los convencionalismos femeniles, los reparos tradicionales, que no olvida ninguna mujer ni aun en los momentos de mayor abandono. No era posible su deseo... ¡La

primera vez que entraba en su casa! ¡Ni el más leve  
simulacro de  
resistencia!... ¡Ir ella a él!... Pero al estrechar  
la mano del espada  
vio sus ojos; unos ojos que sólo sabían mirar con a  
pasionada fijeza,  
confiando a la muda tenacidad sus esperanzas tímida  
s, sus deseos  
silenciosos.

--No te vayas... Ven: ¡ven!

Y no dijo más.

#### IV

Una gran satisfacción para su vanidad vino a unirse  
a los numerosos  
motivos que hacían que Gallardo sintiérase orgullos  
o de su persona.

Cuando hablaba con el marqués de Moraima contempláb  
alo con un cariño  
casi filial. Aquel señor vestido como un hombre del  
campo, rudo centauro  
de zajones y fuerte garrocha, era un ilustre person  
aje que podía  
cubrirse el pecho de bandas y cruces y vestir en el  
palacio de los reyes  
una casaca llena de bordados con una llave de oro c  
osida a un faldón.  
Sus más remotos ascendientes habían llegado a Sevil  
la con el monarca que  
expulsó a los moros, recibiendo como premio de sus  
hazañas inmensos  
territorios quitados al enemigo, restos de los cual  
es eran las vastas  
llanuras en las que pacían actualmente los toros de

l marqués. Sus  
abuelos más próximos habían sido amigos y consejero  
s de los monarcas,  
gastando en el fausto de la corte una gran porción  
de su patrimonio. Y  
este gran señor bondadoso y franco, que guardaba en  
la llaneza de su  
vida campesina la distinción de su ilustre ascenden  
cia, era para  
Gallardo algo así como un pariente próximo.

El hijo del remendón enorgullecíase lo mismo que si  
hubiese entrado a  
formar parte de la noble familia. El marqués de Mor  
aima era su tío; y  
aunque no pudiera confesarlo públicamente ni el par  
entesco fuese  
legítimo, consolábase pensando en el dominio que ej  
ercía él sobre una  
hembra de la familia, gracias a unos amoríos que pa  
recían reírse de  
todas las leyes y prejuicios de raza. Primos suyos  
eran también, y  
parientes en grado más o menos cercano, todos aquel  
los señoritos que  
antes le acogían con la familiaridad un tanto desde  
ñosa con que los  
aficionados de rango hablan a los toreros, y a los  
que ahora comenzaba  
él a tratar como si fuesen sus iguales.

Acostumbrado a que doña Sol hablase de ellos con la  
familiaridad del  
parentesco, Gallardo creía vejatorio para su person  
a no tratarlos con  
igual confianza.

Su vida y sus costumbres habían cambiado. Entraba p  
oco en los cafés de  
la calle de las Sierpes, donde se reunían los afici  
onados. Eran buenas  
gentes, sencillas y entusiastas, pero de poca impor

tancia: pequeños  
comerciantes, obreros que se habían convertido en p  
atronos, modestos  
empleados, vagos sin profesión que vivían milagrosa  
mente de ocultos  
expedientes, sin otro oficio conocido que hablar de  
toros.

Pasaba Gallardo ante los ventanales de los cafés, s  
aludando a sus  
entusiastas, que le respondían con grandes manoteos  
para que entrase.  
«Ahora güervo.» Y no volvía, pues se metía en una s  
ociedad de la misma  
calle, un club aristocrático, con domésticos de cal  
zón corto, imponente  
decoración gótica y servicios de plata sobre la mes  
a.

El hijo de la señora Angustias conmovíase con una s  
ensación de vanidad  
cada vez que pasaba entre los criados, erguidos mil  
itarmente dentro de  
sus fracs negros, y un servidor imponente como un m  
agistrado, con cadena  
de plata al cuello, pretendía tomarle el sombrero y  
el bastón. Daba  
gusto rozarse con tanta gente distinguida. Los jóve  
nes, hundidos en  
altos sitiales de drama romántico, hablaban de caba  
llos y mujeres y  
llevaban la cuenta de cuantos desafíos se realizaba  
n en España, pues  
todos eran hombres de honor quisquilloso y obligato  
ria valentía. En un  
salón interior se tiraba a las armas; en otro se ju  
gaba desde las  
primeras horas de la tarde hasta después de salido  
el sol. Toleraban a  
Gallardo como una originalidad del club, porque era  
torero «decente»,  
vestía bien, gastaba dinero y tenía buenas relacion

es.

--Es muy ilustrado--decían los socios con gran aplomo, reconociendo que sabía tanto como ellos.

La personalidad de don José el apoderado, simpática y bien emparentada, servía de garantía al torero en esta nueva existencia. Además, Gallardo, con su malicia de antiguo chicuelo de la calle, sabía hacerse querer de esta juventud brillante, en la que encontraba los parientes a docenas.

Jugaba mucho. Era el medio mejor para estar en contacto con su nueva familia, estrechando las relaciones. Jugaba y perdía, con la mala suerte de un hombre afortunado en otras empresas. Pasaba las noches en la «sala del crimen», como llamaban a la pieza del juego, y rara vez conseguía ganar. Su mala suerte era motivo de vanidad para el club.

--Anoche llevó paliza el \_Gallardo\_--decían los socios--. Lo menos perdió once mil pesetas.

A este prestigio de «punto» de fuerza, así como la serenidad con que abandonaba el dinero, hacía que le respetasen sus nuevos amigos, viendo en él un firme sostenedor del juego de la sociedad.

La nueva pasión se apoderó rápidamente del espada. Domináronle las emociones del juego, hasta el punto de hacerle olvidar algunas veces a la gran señora, que era para él lo más interesante

del mundo. ¡Jugar  
con lo mejor de Sevilla! ¡Verse tratado como un igual por los señoritos,  
con la fraternidad que crean los préstamos de dinero y las emociones  
comunes!... Una noche se desprendió de golpe sobre la mesa verde una  
gran lámpara de globos eléctricos que iluminaba la pieza. Hubo  
obscuridad y barullo, pero en esta confusión sonó imperiosa la voz de  
Gallardo.

--¡Carma, señores! Aquí no ha pasado nada. Continúa la partida. Que traigan  
velas.

Y la partida continuó, admirándole los compañeros de juego por su  
enérgica oratoria más aún que por los toros que mataba.

Los amigos del apoderado preguntábanle sobre las pérdidas de Gallardo.  
Se iba a arruinar; lo que ganaba en los toros se lo comería el juego.  
Pero don José sonreía desdeñoso, pluralizando la gloria de su matador.

--Para este año tenemos más corridas que nadie. Nos vamos a cansar de  
matar toros y ganar dinero... Dejad que el niño se divierta. Para eso  
trabaja y es quien es... ¡El primer hombre del mundo!

Consideraba don José como una gloria más de su ídolo el que la gente  
admirase la serenidad con que perdía el dinero. Un matador no podía ser  
igual a los demás hombres, que andan a vueltas con los céntimos. Por



algo ganaba lo que quería.

Además, satisfacíale como un triunfo propio, como algo que era obra suya, el verle metido en un Círculo donde no todos podían entrar.

--Es el hombre del día--decía con aire agresivo a los que criticaban las nuevas costumbres de Gallardo--. No va con granujas ni se mete en tabernas, como otros matadores. ¿Y qué hay con eso? Es el torero de la aristocracia, porque quiere y puede... Lo demás son envidias.

En su nueva existencia, Gallardo no sólo frecuentaba el club, sino que algunas tardes se metía en la sociedad de los \_Cuarenta y cinco\_. Era a modo de un Senado de la tauromaquia. Los toreros no encontraban fácil acceso en sus salones, quedando así en libertad los respetables próceres de la afición para emitir sus doctrinas.

Durante la primavera y el verano reuníanse los \_Cuarenta y cinco\_ en el vestíbulo de la sociedad y parte de la calle, sentados en sillones de junco, a esperar los telegramas de las corridas. Creían poco en las opiniones de la prensa; además, necesitaban conocer las noticias antes de que saliesen en los periódicos. Llegaban a la caída de la tarde telegramas de todos los lugares de la Península donde se había celebrado corrida, y los socios, luego de escuchar su lectura con religiosa gravedad, discutían, levantando suposiciones sobre el laconismo

telegráfico.

Era una función que les llenaba de orgullo, elevándolos sobre los demás mortales, esta de permanecer tranquilamente sentados a la puerta de la sociedad tomando el fresco y saber de una manera cierta, sin exageraciones interesadas, lo que había ocurrido aquella tarde en la Plaza de Toros de Bilbao, en la de la Coruña, la de Barcelona o la de Valencia, las orejas que había alcanzado un matador, las silbas que se había llevado otro, mientras sus conciudadanos vivían en la más triste de las ignorancias y paseaban por las calles teniendo que aguardar la noche con la salida de los periódicos. Cuando «había a hule» y llegaba un telegrama anunciando la terrible cogida de un torero de la tierra, la emoción y la solidaridad patriótica ablandaban a los respetables senadores, hasta el punto de participar a cualquier transeúnte amigo el importante secreto. La noticia circulaba instantáneamente por los cafés de la calle de las Sierpes, y nadie la ponía en duda. Era un telegrama recibido en los \_Cuarenta y cinco\_.

El apoderado de Gallardo, con su entusiasmo agresivo y ruidoso, turbaba la gravedad social; pero le toleraban por ser antiguo amigo, y acababan riendo de «sus cosas». Les era imposible a aquellas personas sesudas discutir tranquilamente con don José sobre el mérito de los toreros. Muchas veces, al hablar de Gallardo, «un chico valiente pero con poco

arte», miraban temerosos hacia la puerta.

--Que viene Pepe--decían, y la conversación quedaba rota.

Entraba Pepe agitando sobre su cabeza el papel de un telegrama.

--¿Tienen ustedes noticias de Santander?... Aquí están: Gallardo, dos estocadas dos toros, y en el segundo la oreja. Nada ; lo que yo digo: ¡el primer hombre del mundo!

El telegrama de los \_Cuarenta y cinco\_ era distinto muchas veces, pero el apoderado apenas pasaba por él una mirada de desprecio, estallando en ruidosa protesta.

--¡Mentira! ¡Todo envidia! Mi papel es el que vale. Aquí lo que hay es rabia porque mi niño quita muchos moños.

Y los socios acababan riendo de don José, llevándose un dedo a la frente para indicarle su locura, bromeando sobre el primer hombre del mundo y su gracioso apoderado.

Poco a poco, como inaudito privilegio, consiguió introducir a Gallardo en la sociedad. Llegaba el torero con el pretexto de buscar a su apoderado, y acababa sentándose entre aquellos señores, muchos de los cuales no eran amigos suyos y habían escogido «su matador» entre los espadas rivales.

La decoración de la casa social tenía «carácter», como decía don José:

altos zócalos de azulejos árabes, y en las paredes,  
de inmaculada  
nitidez, vistosos carteles anunciadores de antiguas  
corridas, cabezas  
disecadas de toros famosos por el número de caballo  
s que mataron o por  
haber herido a un torero célebre, capotes de lujo y  
estoques regalados  
por ciertos espadas al «cortarse la coleta» retirán  
dose de la profesión.

Los criados, vestidos de frac, servían a los señore  
s en trajes de campo  
o despechugados durante las calurosas tardes de ver  
ano. En Semana Santa  
y otras grandes fiestas de Sevilla, cuando ilustres  
aficionados de toda  
España se presentaban a saludar a los \_Cuarenta y c  
inco\_, la servidumbre  
iba de calzón corto y peluca blanca, con librea roj  
a y amarilla. De esta  
guisa, como lacayos de casa real, servían las batea  
s de manzanilla a los  
ricos señores, algunos de los cuales habían suprimi  
do la corbata.

Por las tardes, al presentarse el decano, el ilustr  
e marqués de Moraima,  
los socios formaban círculo en profundos sillones,  
y el famoso ganadero  
ocupaba un asiento más alto que los otros, a modo d  
e trono, desde el  
cual presidía la conversación. Comenzaban siempre h  
ablando del tiempo.  
Eran en su mayor parte ganaderos y ricos labradores  
, que vivían  
pendientes de las necesidades de la tierra y las va  
riaciones del cielo.  
El marqués exponía las observaciones de su sabidurí  
a, adquirida en  
interminables cabalgadas por la llanura andaluza, d  
esierta, inmensa, de

dilatados horizontes, como un mar de tierra, en el que eran los toros a modo de adormecidos tiburones que marchaban lentamente entre las oleadas de hierbajos. Siempre veía en la calle, al dirigirse al Círculo, un papelito movido por el viento, y esto le servía de base para sus predicciones. La sequía, cruel calamidad de las llanuras andaluzas, les hacía discurrir tardes enteras; y cuando, después de largas semanas de expectación, el cielo encapotado soltaba algunas gotas gruesas y calientes, los grandes señores campesinos sonreían gozosos, frotándose las manos, y el marqués decía sentenciosamente, mirando los anchos redondeles que mojaban la acera:

--¡La gloria es Dió!... Ca gota de esas es una monea de cinco duros.

Cuando el tiempo no les preocupaba, eran las reses el objeto de su conversación, y especialmente los toros, de los que hablaban con ternura, como si estuviesen ligados a ellos por un parentesco de raza. Los ganaderos escuchaban con respeto las opiniones del marqués, reconociendo el prestigio de su fortuna superior. Los simples aficionados que no salían de la ciudad admiraban su pericia de criador de reses bravas. ¡Lo que sabía aquel hombre!... Mostrábase convencido de la grandeza de sus funciones al hablar de los cuidados que exigen los toros. De cada diez becerros, ocho o nueve eran destinados a la carne, luego de tentarlos para apreciar su fiereza. Sólo u

no o dos que se  
mostraban ante el hierro de la garrocha bravucones  
y acometedores  
pasaban a ser considerados como animales de lidia,  
viviendo aparte, con  
toda clase de cuidados. ¡Y qué cuidados!...

--Una ganaería de toros bravos--decía el marqués--n  
o debe ser negocio.  
Es un lujo. Le dan a uno por un toro de corréas cua  
tro o sinco veces más  
que por un buey de carnicería... ¡pero lo que cuest  
a!

Había que cuidarlo a todas horas, preocuparse de lo  
s pastos y las aguas,  
trasladarlo de un sitio a otro con los cambios de t  
emperatura.

Cada toro costaba más que el mantenimiento de una f  
amilia. Y cuando  
estaba ya en sazón, había que cuidarlo hasta el últ  
imo momento, para que  
no se desgraciase y se presentara en el redondel ho  
nrando la divisa de  
la ganadería que ondeaba en su cuello.

El marqués, en ciertas plazas, había llegado a pele  
arse con empresarios  
y autoridades, negándose a dar sus reses porque la  
banda de música  
estaba colocada sobre los toriles. El ruido de los  
instrumentos aturdía  
a los nobles animales, quitándoles bravura y sereni  
dad cuando salían a  
la plaza.

--Son lo mismo que nosotros--decía con ternura--. S  
ólo les farta el  
habla... ¡Qué digo como nosotros! Los hay que valen  
más que una persona.

Y hablaba de \_Lobito\_, un toro viejo, un cabestro, asegurando que no lo vendería aunque le diesen por él Sevilla entera con su Giralda. Apenas llegaba galopando por las vastas dehesas a la vista de la torada en que vivía esta joya, bastábale un grito para llamar su atención.

«¡\_Lobito\_!...» Y \_Lobito\_, abandonando a sus compañeros, venía al encuentro del marqués, mojando con su hocico bondadoso las botas del jinete, y eso que era un animal de gran poder y le tenían miedo los demás de la torada.

Desmontábase el ganadero, y sacando de las alforjas un pedazo de chocolate, se lo daba a \_Lobito\_, que movía agradecido el testuz, armado de unos cuernos descomunales. Con un brazo apoyado en el cuello del cabestro, avanzaba el marqués, metiéndose tranquilamente en el grupo de toros, que se agitaban inquietos y feroces por la presencia del hombre. No había cuidado. \_Lobito\_ marchaba como un perro, cubriendo al amo con su cuerpo, y miraba a todas partes, queriendo imponer respeto a los compañeros con sus ojos inflamados. Si alguno, más audaz, se acercaba a olisquear al marqués, encontrábase con los amenazantes cuernos del cabestro. Si varios se unían con pesada torpeza, impidiéndoles el paso, \_Lobito\_ metía entre ellos el armado testuz, abriéndose calle.

Un gesto de entusiasmo y de ternura conmovía los labios afeitados del marqués y las blancas patillas al recordar los alto

s hechos de algunos  
animales salidos de sus dehesas.

--¡El toro!... ¡El animá más noble der mundo! Si lo  
s hombres se le  
paresiesen, mejor andaría too. Ahí tienen ustés al  
pobre \_Coronel\_. ¿Se  
acuerdan de aquella alhaja?

Y señalaba una gran fotografía con lujoso marco, qu  
e le representaba a  
él en traje de monte, mucho más joven, rodeado de v  
arias niñas vestidas  
de blanco, y sentados todos en el centro de una pra  
dera sobre un montón  
negruzco, a un extremo del cual se destacaban unos  
cuernos. Este banco  
oscuro e informe, de agudo dorso, era \_Coronel\_. G  
randote y bravucón  
para los compañeros de torada, mostrábase de una se  
rvidumbre cariñosa  
con el amo y su familia. Era como esos mastines fer  
oces con los  
extraños, a los cuales los niños de la casa tiran d  
e la cola y las  
orejas, aguantando con ronquidos de bondad todas su  
s diabluras. El  
marqués llevaba junto a él a sus hijas, que eran de  
corta edad, y el  
animal olisqueaba las blancas faldillas de las pequ  
eñas, agarradas  
temerosamente a las piernas de su padre, hasta que,  
con la repentina  
audacia de la niñez, acababan rascándole el hocico.  
«¡Echate,  
\_Coronel\_!» \_Coronel\_ descansaba sobre sus patas do  
bladas, y la familia  
sentábase en sus costillares, agitados por el ru-ru  
de fuelle de su  
poderosa respiración...

Un día, después de muchas vacilaciones, lo vendió e



l marqués para la plaza de Pamplona, y asistió a la corrida. El de Moraima conmovíase recordando el suceso; sus ojos se ponían mates con el empañamiento de la emoción. No había visto en su vida toro como aquel.

Salió a la arena guapamente y se quedó plantado en mitad de ella, con el asombro de la luz después de la lóbreguez del toril y del bullicio de miles de personas luego del silencio de los corrales. Pero así que le pinchó un picador, pareció llenar la plaza entera con su grandiosa bravura.

--No hubo para él ni hombres, ni cabayos, ni na. En un momento tumbó toos los jamelgos, enviando por el aire a los piqueiros. Los peones corrían; la plaza era un herraero. El público pedía más cabayos, y \_Coronel\_, en los medios, esperaba que se acercase alguien, pa yevárselo por delante. No se verá na como aquéyo, de nobleza y de poer. Bastaba que lo citasen pa que acudiese, entrando con una nobleza y un arranque que gorvía loco al público. Cuando tocaron a matar, con catorce puyazos que yevaba en el cuerpo y las banderiyas completas, estaba tan guapo y tan valiente como si no hubiese salido de la dehesa. Entonces...

El ganadero, al llegar a este punto, deteníase siempre, para afirmar su voz, que se hacía trémula.

Entonces... el marqués de Moraima, que estaba en un palco, se vio, sin saber cómo, detrás de la barrera, entre los mozos,

que corrían con la  
agitación de la accidentada lidia, y cerca del maes-  
tro, que preparaba su  
muleta con cierta calma, como queriendo retardar el  
momento de verse  
frente a frente con un animal de tanto poder. «\_¡Co-  
ronel!\_», gritó el  
marqués sacando medio cuerpo fuera de la barrera y  
golpeando las tablas  
con las manos.

El animal no se movía, pero levantaba la cabeza con  
estos gritos,  
lejanos recuerdos de un país que no volvería a ver.  
«\_¡Coronel!\_» Hasta  
que, volviendo la cabeza, vio a un hombre que le ll-  
amaba desde la  
barrera, y le acometió en línea recta. Pero en mita-  
d de la carrera  
refrenó el paso y se aproximó lentamente, hasta toc-  
ar con sus cuernos  
los brazos tendidos hacia él. Llegaba con el pescue-  
zo barnizado de rojo  
por los hilillos de sangre que se escapaban de los  
palos hincados en su  
cuello y los desgarrones de la piel, en los cuales  
quedaba al-  
descubierto el músculo azul. «\_¡Coronel!\_ ¡Hijo mío  
!...» Y el toro, como  
si comprendiese estas explosiones de ternura, alzab-  
a el hocico, mojando  
con su baba las patillas del ganadero. «¿Por qué me  
has traído aquí?»,  
parecían decir sus ojos fieros inyectados de sangre  
. Y el marqués, sin  
saber lo que hacía, besó varias veces las narices d-  
e la bestia, húmedas  
por los bufidos rabiosos.

«¡Que no lo maten!», gritó una buena alma en los te-  
ndidos; y como si  
estas palabras reflejaran el pensamiento de todo el

público, una explosión de voces conmovió la plaza, al mismo tiempo que millares de pañuelos aleteaban en los tendidos como bandas de palomas. «¡Que no lo maten!» En aquel instante, la muchedumbre, movida por confusa ternura, despreciaba su propia diversión, aborrecía al torero con su traje vistoso y su heroicidad inútil, admiraba el valor de la bestia, y sentíase inferior a ella, reconociendo que, entre tantos miles de racionales, la nobleza y la sensibilidad estaban representadas por el pobre animal.

--Me lo yevé--decía conmovido el marqués--. Le devolví al empresario sus dos mil pesetas. Mi hacienda entera le hubiese dado. Al mes de pastar en la dehesa ya no le quedaban ni señales en el morriy o... Quise que aquel valiente muriese de viejo; pero los buenos no prosperan en este mundo. Un toro marrajo, que no era capaz de mirarlo de frente, lo mató a traición de una corná.

El marqués y sus compañeros en la crianza de reses pasaban rápidamente de esta ternura con las bestias al orgullo que les infundía su fiereza. Había que ver el desprecio con que hablaban de los enemigos de las corridas, de los que vociferan contra este arte en nombre de la protección a los animales. ¡Disparates de extranjeros! ¡Errores de ignorantes, que sólo distinguen a los animales por los cuernos, y consideran lo mismo a un buey de matadero que a un

toro de corrida! El toro español era una fiera: la fiera más valerosa del mundo. Y hacían memoria de los numerosos combates entre toros y temibles felinos, seguidos siempre del triunfo ruidoso de la fiera nacional.

El marqués reía al acordarse de otra de sus bestias. Preparaban en una plaza el combate de un toro con un león y un tigre de cierto domador famoso, y el ganadero envió a \_Barrabás\_, animal perverso al que tenía aparte en la dehesa, pues andaba a cornadas con los compañeros y llevaba muertas muchas reses.

--También vi yo eso--decía el de Moraima--. Una gran jaula de hierro en medio del reondel, y \_Barrabás\_ en ella. Le suertan primero el león, y el mardito animal, aprovechándose de la farta de malicia del toro, sarta sobre su cuarto trasero y empieza a desgarrarlo con las uñas y los dientes. Brincaba \_Barrabás\_ hecho una furia para despegárselo y tenerlo ante los cuernos, que es donde está la defensa. Por fin, en una de sus regüertas, consiguió echarse por delante al león, engananchándole, y ¡cabayeros!... ¡lo mismo que una pelota! Se lo pasó de pitón a pitón un buen rato, zarandeándolo como un dominguiyo, hasta que al fin, como si lo despreciase, lo arrojó a un lao, y ayí permaneció el que yaman «rey de los animales» hecho un oviyo, quejándose como un gato al que han dao un palo... Le suertan aluego el tigre, y la cosa fue más corta. Apenas

asomó la jeta, lo enganchó \_Barrabás\_, echándolo por alto, y después de bien zarandeado fue al rincón, como el otro, enroscándose y haciéndose el chiquito... Y aquel \_Barrabás\_, que era un guasón de mala sangre, se paseó, hizo sus necesidades sobre las dos fieras, y cuando los domadores las sacaron no tuvieron bastante con una espuerta de serrín, pues el mío las había hecho sortar todo lo que yevaban en el cuerpo.

En los \_Cuarenta y cinco\_, estos recuerdos provocaban siempre grandes risas. ¡El toro español!... ¡Fierrecitas a él!... Y había en sus gozosas exclamaciones una expresión de orgullo nacional, como si el arrogante valor de la fiera española significase igualmente la superioridad de la tierra y de la raza sobre el resto del mundo.

Cuando Gallardo comenzó a frecuentar la sociedad, un nuevo motivo de conversación interrumpía las interminables discusiones sobre toros y labores del campo.

En los \_Cuarenta y cinco\_, lo mismo que en toda Sevilla, se hablaba del \_Plumitas\_, un bandido célebre por sus audacias, al que cada día proporcionaban nueva fama los esfuerzos inútiles de los perseguidores. Relataban los periódicos sus genialidades como si fuese un personaje nacional; sufría el gobierno interpelaciones en las Cortes, prometiendo una captura pronta, que jamás llegaba; concentrábase la Guardia civil, movilizándose un verdadero ejército para su persecu

ción, mientras el  
\_Plumitas\_, siempre solo, sin más auxiliares que su  
carabina y su jaca  
andariega, deslizábase como un fantasma por entre l  
os que le iban a los  
alcances, les hacía frente cuando no eran muchos, t  
endiendo alguno sin  
vida, y era reverenciado y ayudado por los pobres d  
el campo, tristes  
siervos de la enorme propiedad, que veían en el ban  
dido un vengador de  
los hambrientos, un justiciero pronto y cruel, a mo  
do de los antiguos  
jueces armados de punta en blanco de la caballería  
andante. Exigía  
dinero a los ricos, y con gestos de actor que se ve  
contemplado por  
inmenso público, socorría de vez en cuando a una po  
bre vieja, a un  
jornalero cargado de familia. Estas generosidades e  
ran agrandadas por  
los comentarios de la muchedumbre rural, que tenía  
a todas horas el  
nombre de \_Plumitas\_ en los labios, pero era ciega  
y muda cuando  
preguntaban por él los soldados del orden.

Pasaba de una provincia a otra con la facilidad de  
un buen conocedor del  
terreno, y los propietarios de Sevilla y Córdoba co  
ntribuían por igual a  
su sostenimiento. Transcurrían semanas enteras sin  
que se hablase del  
bandido, y repentinamente se presentaba en un corti  
jo o hacía su entrada  
en un pueblo, despreciando el peligro.

En los \_Cuarenta y cinco\_ se tenían noticias direct  
as de él, lo mismo  
que si fuese un matador de toros.

--El \_Plumitas\_ estuvo anteayer en mi cortijo--decí

a un rico labrador--.

El mayoral le dio treinta duros, y se fue luego de almorzar.

Toleraban pacientemente esta contribución, y no comunicaban las noticias mas que a los amigos. Una denuncia representaba declaraciones y toda clase de molestias. ¿Para qué?... La Guardia civil perseguía inútilmente al bandido, y al enfadarse éste con los denunciante s, los bienes quedaban a merced de su venganza, sin protección alguna.

El marqués hablaba del \_Plumitas\_ y sus hazañas sin escándalo alguno, sonriendo, como si se tratase de una calamidad natural e inevitable.

--Son probes muchachos que han tenío una desgracia y se van ar campo. Mi padre (que en paz descanse) conoció al famoso José María y almorzó con él dos veces. Yo me he tropezao con muchos de menos fama, pero que anduvieron por ahí haciendo maldades. Son lo mismo que los toros: gente noblota y simple. Sólo acometen cuando los pinchan, creciéndose con el castigo.

El había dado orden en sus cortijos y en todas las chozas de pastores de sus vastos territorios para que entregasen al \_Plumitas\_ lo que pidiese; y según contaban mayores y vaqueros, el bandido, con su antiguo respeto de hombre del campo por los amos buenos y generosos, hablaba los mayores elogios de él, ofreciéndose a matar si alguien ofendía al «zeñó

marqué» en lo más mínimo. ¡Pobre mozo! Por una miseria, que era lo que solicitaba al presentarse cansado y hambriento, no valía la pena de irritarlo, atrayéndose su venganza.

El ganadero, que galopaba solo por las llanuras donde pacían sus toros, tenía la sospecha de haberse cruzado varias veces con el \_Plumitas\_, sin conocerlo. Debía ser alguno de aquellos jinetes de pobre aspecto que encontraba en la soledad del campo, sin ningún pueblo en el horizonte, y que se llevaban la mano al mugriento sombrero, diciendo con respetuosa llaneza:

--Vaya usted con Dió, zeñó marqué.

El de Moraima, al hablar del \_Plumitas\_, fijábase a algunas veces en Gallardo, el cual, con una vehemencia de neófito, indignábase contra las autoridades porque no sabían proteger la propiedad.

--El mejó día se te presenta en \_La Rinconá\_, chiquiyo--decía el marqués con su grave sorna andaluza.

--¡Mardita sea!... Pues no me hace gracia, zeñó marqué. ¡Hombre! ¿y pa eso paga uno tanta contribución?...

No; no le hacía gracia tropezarse con aquel bandido en sus excursiones a \_La Rinconada\_. El era un valiente matando toros, y en la plaza se olvidaba de la vida; pero estos profesionales de matar hombres le inspiraban la inquietud de lo desconocido.



Su familia estaba en el cortijo. La señora Angustias amaba la existencia campestre, después de una vida transcurrida en la miseria de los tugurios urbanos. Carmen también gustaba de la vida del campo. Su carácter de mujer hacendosa la impulsaba a ver de cerca los trabajos del cortijo, gozando las dulzuras de la posesión al apreciar sus extensas propiedades. Además, los niños del talabartero, aquellos sobrinos que suplían cerca de ella el vacío de la infecundidad, necesitaban para su salud el aire del campo.

Gallardo había enviado a su familia a vivir en el cortijo por algún tiempo, prometiendo unirse a ella, pero retardaba el viaje con toda clase de pretextos. Vivía en su casa de la ciudad, sin otra compañía que la de \_Garabato\_, llevando una existencia de soltero, que le permitía completa libertad en las relaciones con doña Sol.

Creía aquella época la mejor de su vida. Algunas veces llegaba a olvidarse de la existencia de \_La Rinconada\_ y de sus habitantes.

Montados en briosos caballos, salían doña Sol y él, con los mismos trajes que el día en que se conocieron, unas veces solos y otras en compañía de don José, que parecía amortiguar con su presencia el escándalo de las gentes ante esta exhibición. Iban a ver toros en las dehesas próximas a Sevilla, a tentar becerros en las vacadas del

marqués, y doña Sol, entusiasta del peligro, enardecía cuando un toro joven, en vez de huir, revolvíase contra ella sintiéndose picado por la garrocha, y la acometía, teniendo que acudir Gallardo en su auxilio.

Otras veces dirigíanse a la estación del Empalme, si se anunciaba algún encajonamiento de toros para las plazas que daban corridas extraordinarias a fines de invierno.

Doña Sol examinaba curiosamente este lugar, el más importante centro de exportación de la industria taurina. Eran extensos corrales inmediatos a la vía férrea. Enormes cajones de madera gris montados sobre ruedas y con dos puertas levadizas alineábanse a docenas, aguardando la buena época de las expediciones, o sea las corridas del verano.

Estos cajones habían viajado por toda la Península llevando en su interior un toro bravo hasta una plaza lejana y volviendo de vacío, para alojar en sus entrañas otro y otro.

El engaño ideado por el hombre, la astuta destreza humana, conseguían manejar fácilmente, como una mercancía, a estas fieras habituadas a la libertad del campo. Llegaban los toros que habían de ser expedidos en el tren galopando por una ancha y polvorienta carretera entre dos alambrados de agudas puntas. Venían de lejanas dehesas, y al llegar al Empalme, sus conductores les hacían emprender una carrera desaforada,

para engañarlos mejor en el ímpetu de la velocidad.

Delante marchaban a todo galope de sus caballos los  
mayorales y pastores  
con la pica al hombro, y tras ellos corrían los pru  
dentes cabestros,  
cubriendo a los conductores con sus astas enormes d  
e reses viejas. A  
continuación trotaban los toros bravos, las fieras  
destinadas a la  
muerte, marchando «bien arropadas», o lo que es lo  
mismo, rodeadas de  
toros mansos que evitaban se apartasen del camino,  
y de fuertes vaqueros  
que corrían honda en mano, prontos a saludar con un  
a pedrada certera al  
par de cuernos que se separase del grupo.

Al llegar a los corrales, los jinetes delanteros se  
apartaban, quedando  
fuera de la puerta, y todo el tropel de toros, aval  
ancha de polvo,  
patadas, bufidos y cencerreos, metíase en el recint  
o con ímpetu  
arrollador, cerrándose prontamente las vallas sobre  
el rabo del último  
animal. Gentes a horcajadas en los muros o asomadas  
a unas galerías los  
azuzaban con sus gritos o agitando los sombreros. A  
travesaban el primer  
corral sin darse cuenta de su encierro, como si cor  
riesen aún en campo  
libre. Los cabestros, aleccionados por la experienc  
ia y obedientes a los  
pastores, quedábanse a un lado apenas atravesaban l  
a puerta, dejando  
pasar tranquilamente el torbellino de toros que cor  
ría detrás bufando  
sobre su cuarto trasero. Estos sólo se detenían, co  
n asombro e  
incertidumbre, en el segundo corral, viendo ante el

los la pared y  
encontrando, al revolverse, la puerta cerrada.

Comenzaba entonces el encajonamiento. Uno a uno eran dirigidos los toros, con tremolar de trapos, gritos y golpes de garrocha, hacia una callejuela, en mitad de la cual estaba colocado el cajón de viaje con las dos puertas levantadas. Era a modo de un pequeño túnel, al extremo del cual se veía el espacio libre de otros corrales, con hierba en el suelo y cabestros que paseaban placenteramente: una ficción de la lejana dehesa, que atraía a la fiera.

Avanzaba ésta lentamente por el callejón, como si husmease el peligro, temiendo poner sus pies en la suave rampa de madera que corregía la altura del encierro montado sobre ruedas. Adivinaba el toro un peligro en este pequeño túnel que se presentaba ante él como paso obligado. Sentía en su parte trasera los continuos pinchazos que le soltaban desde las galerías, obligándolo a avanzar; veía ante él dos filas de gentes asomadas a los balconajes, las cuales le excitaban con sus manoteos y silbidos. Del techo del cajón, donde se ocultaban los carpinteros, prontos a dejar caer las compuertas, pendía un trapo rojo, agitándose en el rectángulo de luz encuadrado por la salida del cajón. Los pinchazos, los gritos, el bulto informe que danzaba ante sus ojos como desafiándole y la vista de sus tranquilos compañeros que pastaban al final del pasadizo, acababan por decidirle. Tomaba carrera pa

ra atravesar el  
pequeño túnel, hacía temblar con su peso la rampa de  
e tablas, pero apenas  
entraba en aquél, caía la compuerta delantera, y antes  
de que pudiese  
retroceder escurriéndose también la de detrás.

Sonaba el fuerte herraje de los cierres, y la bestia  
se veía sumida en  
la obscuridad y el silencio, prisionera en un pequeño  
espacio donde sólo  
le era posible acostarse sobre sus patas. Por una  
trapa del techo caían  
sobre ella brazadas de forraje, empujaban los mozos  
el calabozo  
ambulante sobre sus pequeñas ruedas, llevándolo al  
cercano ferrocarril,  
e inmediatamente otro cajón era colocado en el  
paseo, repitiéndose el  
engaño, hasta que quedaban listos para emprender el  
viaje todos los  
animales de la corrida.

Doña Sol admiraba, con su entusiasmo hambriento de  
«color», estos  
procedimientos de la gran industria nacional, y que  
ría imitar a los  
mayorales y vaqueros. Gustábale la vida al aire libre,  
galopando por las  
inmensas llanuras seguidas de agudos cuernos y huesos  
testas que  
podían dar la muerte con sólo un leve movimiento. Bullía  
en su alma la  
afición al pastoreo que todos llevamos en nosotros  
como herencia  
ancestral de remotos ascendientes, en la época en que  
el hombre, no  
sabiendo explotar las entrañas de la tierra, vivía  
de reunir a las  
bestias, sustentándose de sus despojos. Ser pastor,  
pero pastor de  
fieras, era para doña Sol la más interesante y heroica

ica de las  
profesiones.

Gallardo, desvanecida la primera embriaguez de su buena suerte,  
contemplaba asombrado a la dama en las horas de mayor intimidad,  
preguntándose si serían iguales todas las señoras del gran mundo.

Sus caprichos, sus veleidades de carácter, le tenían aturdido. No se  
atreveía a tutearla: no, eso no. Nunca lo había incitado ella a tal  
familiaridad, y una vez que quiso él intentarlo, torpe la lengua y  
trémula la voz, vio en sus ojos de dorado resplandor tal expresión de  
extrañeza, que retrocedió avergonzado, volviendo al antiguo tratamiento.

Ella, en cambio, le hablaba de tú, lo mismo que los grandes señores  
amigos del torero; pero esto sólo era en la intimidad, pues cuando tenía  
que escribirle una breve carta avisándole que no pasase por su casa por  
tener que salir con sus parientes, le trataba de usted, y no había en su  
estilo otras expresiones de afecto que las frías y corteses que se  
dedican a un amigo de clase inferior.

--¡Esa gachí!...--murmuraba Gallardo, descorazonado  
--. Paese que ha  
vivido siempre con granujas que enseñaban sus cartas a todo el mundo, y  
tenía miedo. Cualquiera diría que no me cree cabayero porque soy un mataor.

Otras originalidades de la gran señora traían enfurruñado y triste al

torero. A lo mejor, al presentarse en su casa, uno de aquellos criados que parecían grandes señores venidos a menos le cerraba el paso fríamente: «La señora no está. La señora ha salido.» Y él adivinaba que era mentira, presintiendo a doña Sol a corta distancia de él, al otro lado de puertas y cortinajes. Sin duda se cansaba, sentía una aversión repentina hacia él, y próximo el momento de la visita, daba orden a los criados para que no le recibiesen.

--¡Vaya, se acabó el carbón!--decíase el espada al retirarse--. Ya no güervo más. Esta gachí no se divierte conmigo.

Y cuando volvía, avergonzábase de haber creído en la posibilidad de no ver más a doña Sol. Le recibía tendiéndole los brazos, estrujándolo entre sus blancas y firmes durezas de hembra belicosa, la boca algo torcida por una crispación de deseo, los ojos agrandados y vagos, con una luz extraña que parecía reflejar mentales desarreglos.

--¿Por qué te perfumas?--protestaba ella, como si percibiese los más repugnantes olores--. Es una cosa indigna de ti... Yo quiero que huelas a toro, que huelas a caballo... ¡Qué olores tan ricos! ¡No te gustan?... ¡Di que sí, Juanín, bestia de Dios, animal mío!

Gallardo, una noche, en la dulce penumbra del dormitorio de doña Sol, sintió cierto miedo oyéndola hablar y viendo sus ojos.

--Tengo deseos de correr a cuatro patas. Quisiera ser toro y que tú te pusieras delante de mí, estoque en mano. ¡Flojas cornadas ibas a llevarte! ¡Aquí... aquí!

Y con los puños cerrados, a los que comunicaba su nerviosidad una nueva fuerza, marcaba terribles golpes en el busto del torero, cubierto sólo con una elástica de seda. Gallardo se echaba atrás, no queriendo confesar que una mujer podía hacerle daño.

--No; toro no. Ahora quisiera ser perro... un perro de pastor, con unos colmillos así de largos, y salirte al camino y ladrarte. «¿Ven ustedes ese fachendoso que mata fieras y que el público dice que es muy valiente? Pues ¡me lo como! ¡Me lo como así! ¡Haam! »

Y con histérica delectación clavó sus dientes en un brazo del torero, martirizando su hinchado bíceps. El espada lanzó una blasfemia, a impulsos del dolor, desasiéndose de aquella mujer hermosa y semidesnuda, con la cabeza erizada de serpientes de oro, como una bacante ebria.

Doña Sol pareció despertar.

--¡Pobrecito! Le han hecho daño. ¡Y he sido yo!... ¡yo, que a veces estoy loca! Déjame que te bese el mordisco, para curártelo. Déjame que te bese todas esas cicatrices tan monas. ¡Pobre de mi brutito, que le han hecho pupa!



Y la hermosa furia volvíase humilde y tierna, arrullando al torero con gestos de gata.

Gallardo, que entendía el amor a la antigua usanza, con intimidades iguales a las de la vida matrimonial, jamás consiguió pasar una noche entera en casa de doña Sol. Cuando creía sometida a la hembra en fuerza de amorosas generosidades, estallaba la orden imperiosa, el despego de la repugnancia física.

--Márchate. Necesito estar sola. Ya sabes que no puedo aguantarte. Ni a ti ni a nadie. ¡Los hombres! ¡qué asco!...

Y Gallardo emprendía la fuga humillado y triste por los caprichos de esta mujer incomprensible.

Una tarde, el torero, viéndola inclinada a las confidencias, sintió curiosidad por su pasado, queriendo conocer a los reyes y los grandes personajes que, al decir de la gente, habían transcurrido por la existencia de doña Sol.

Esta respondió a su curiosidad con una mirada fría de sus ojos claros.

--¿Y a ti qué te importa eso?... ¿Tienes, acaso, celos?... Y aunque fuese verdad, ¿qué?...

Permaneció silenciosa largo rato, con la mirada vaga: su mirada de locura, acompañada siempre de pensamientos absurdos.

--Tú debes haber pegado a las mujeres--dijo mirándolo le con curiosidad--.

No lo niegues. ¡Si eso me interesa mucho!... A tu mujer, no; sé que es muy buena. Quiero decir a las otras mujeres, a todas esas que tratáis los toreros: a las hembras que aman con más furia cuanto más las golpean. ¿No? ¿De veras que no has pegado nunca?

Gallardo protestaba con una dignidad de hombre valeroso, incapaz de maltratar a los que no fuesen fuertes como él. Doña Sol mostraba cierta decepción ante sus explicaciones.

--Un día me has de pegar. Quiero saber lo que es eso--dijo con resolución.

Pero se entenebreció su gesto, se juntaron sus cejas, y un fulgor azulado animó el polvillo de oro de sus pupilas.

--No, bruto mío; no me hagas caso: no lo intentes. Saldrías perdiendo.

El consejo era justo, y Gallardo tuvo ocasión de acordarse de él. Un día, en momentos de intimidad, bastó una caricia algo ruda de sus manos de luchador para despertar la furia de aquella mujer que atraía al hombre y lo odiaba al mismo tiempo. «¡Toma!» Y su diestra, cerrada y dura como una maza, dio un golpe de abajo arriba en la mandíbula del espada, con una seguridad que parecía obedecer a determinadas reglas de esgrima.

Gallardo quedó aturdido por el dolor y la vergüenza

, mientras la dama,  
como si comprendiese lo extemporáneo de su agresión  
, intentaba  
justificarla con una fría hostilidad.

--Es para que aprendas. Yo sé lo que sois vosotros  
los toreros. Me  
dejaría atropellar una vez, y acabaría zurrándome  
todos los días, como  
a una gitana de Triana... Bien está lo hecho. Hay q  
ue conservar las  
distancias.

Una tarde, al principio de la primavera, volvían lo  
s dos de una tiente  
de becerros en una dehesa del marqués. Este, con un  
grupo de jinetes,  
marchaba por la carretera.

Doña Sol, seguida del espada, metió su caballo por  
las praderas,  
gozándose en la blanda impresión que comunicaba el  
almohadillado de la  
hierba a las patas de las cabalgaduras.

El sol agonizante teñía de suave carmesí el verde d  
e la llanura,  
espolvoreado de blanco y amarillo por las flores si  
lvestres. Sobre esta  
extensión, en la que todos los colores tomaban un t  
ono rojizo de lejano  
incendio, marcábanse las sombras de los caballos y  
los jinetes estrechas  
y prolongadas. Las garrochas que llevaban al hombro  
eran tan gigantescas  
en la sombra, que su línea obscura perdíase en el h  
orizonte. A un lado  
brillaba el curso del río como una lámina de acero  
enrojecida medio  
oculta entre hierbas.

Doña Sol miró a Gallardo con ojos imperiosos.

--Cógeme de la cintura.

El espada obedeció, y así marcharon, con los caballos juntos, unidos los dos jinetes del talle arriba. La dama contemplaba sus sombras confundidas avanzando sobre la mágica luz de la pradera, con el cabeceo de una lenta marcha.

--Parece que vivimos en otro mundo--murmuró--, un mundo de leyenda: algo así como las praderas que se ven en los tapices. Una escena de libros de caballerías: el paladín y la amazona que viajan juntos con la lanza al hombro, enamorados y en busca de aventuras y peligros. Pero tú no entiendes de esto, bestia de mi alma. ¿Verdad que no me comprendes?

El torero sonrió, mostrando sus dientes sanos y fuertes, de luminosa blancura. Ella, como atraída por su ruda ignorancia, aumentó el contacto de los cuerpos, dejando caer la cabeza sobre uno de sus hombros y estremeciéndose con el cosquilleo de la respiración de Gallardo en los músculos de su cuello.

Así caminaron en silencio. Doña Sol parecía adormecida en el hombro del torero. De pronto se abrieron sus ojos, brillando en ellos la expresión extraña que era precursora de las más raras preguntas.

--Di: ¿no has matado nunca a un hombre?

Gallardo se agitó, llegando en su asombro a despegar

rse de doña Sol.

¡Quién! ¿él?... Nunca. Era un buen muchacho, que había seguido su carrera sin hacer daño a nadie. Apenas si se había peleado con los camaradas de las capeas cuando se quedaban con los cuartos por ser más fuertes. Unas cuantas bofetadas en ciertas disputas con los compañeros de profesión; un botellazo en un café: estas eran todas sus hazañas. Le inspiraba un respeto invencible la vida de las personas. Los toros eran otra cosa.

--¿De suerte, que no has tenido nunca ganas de matar a un hombre?... ¡Yo que creía que los toreros...!

Se ocultó el sol, perdió la pradera su fantástica iluminación, se apagó el río, y la dama vio obscuro y vulgar el paisaje de tapiz que tanto había admirado. Los otros jinetes marchaban lejos, y ella espoleó su caballo para unirse al grupo, sin decir una palabra al espada, como si no se diese cuenta de que la seguía.

En las fiestas de Semana Santa volvió a la ciudad a la familia de Gallardo. El espada toreaba en la corrida de Pascua. Era la primera vez que iba a matar en presencia de doña Sol después que la conocía, y esto preocupábale, haciendo que dudase de sus fuerzas.

Además, no podía torear en Sevilla sin sentir cierta emoción. Aceptaba un fracaso en cualquier plaza de España, pensando que no volvería a ella en mucho tiempo; ¡pero en su tierra, donde estaban

sus mayores  
enemigos!...

--A ver si te luces--decía el apoderado--. Piensa en los que te van a ver. Quiero que quedes como el primer hombre del mundo.

El sábado de Gloria se verificó a altas horas de la noche el encierro de las reses destinadas a la corrida, y doña Sol quiso asistir como piquero a esta operación, que ofrecía el encanto de realizarse en la sombra. Los toros habían de ser conducidos desde la dehesa de Tablada a los corrales de la plaza.

Gallardo no asistió, a pesar de sus deseos de acompañar a doña Sol. Se opuso el apoderado, alegando lo necesario que le era descansar, para encontrarse fresco y vigoroso en la tarde siguiente. A media noche, el camino que conduce de la dehesa a la plaza estaba animado como una feria. En las quintas iluminábanse las ventanas, pasando por ellas sombras agarradas, moviéndose con el contoneo del baile al son de los pianos. En las ventas, las puertas rojas extendían un rectángulo de luz sobre el suelo obscuro, y en su interior sonaban gritos, risas, rasgueo de guitarras, choques de cristales, adivinándose que circulaba el vino en abundancia.

Cerca de la una de la madrugada pasó por la carretera un jinete con menudo trote. Era el «aviso», un rudo pastor que se detenía ante las

ventas y las casas iluminadas, anunciando que el encierro iba a pasar antes de un cuarto de hora, para que apagasen las luces y quedara todo en silencio.

Este mandato en nombre de la fiesta nacional era obedecido con más presteza que una orden de la autoridad. Quedaban a oscuras las casas, confundiendo su blancura con la lóbrega masa de los árboles; callaban las gentes, agrupándose invisibles tras las verjas, empalizadas y alambrados, con el silencio del que aguarda algo extraordinario. En los paseos inmediatos al río extinguíanse uno a uno los faroles de gas conforme avanzaba el pastor dando gritos anunciadores del encierro.

Permaneció todo en silencio. Arriba, sobre las masas de la arboleda, centelleaban los astros en la densa calma del espacio; abajo, a ras de tierra, notábase un leve movimiento, un susurro contenido, como si en la sombra se revolviesen enjambres de insectos. La espera pareció larguísima, hasta que en el fresco silencio sonaron muy lejanos los graves tintineos de unos cencerros. ¡Ya venían! ¡Iban a llegar!...

Aumentó el estruendo de los cobres, acompañado de un galopar confuso que hacía estremecerse el suelo. Pasaron al principio algunos jinetes, que parecían gigantes en la oscuridad, a todo correr de sus caballos, con la lanza baja. Eran los pastores. Luego, un grupo de garrochistas de

afición, entre los cuales galopaba doña Sol, palpitante por esta carrera loca al través de las sombras, en la cual un paso en falso de la cabalgadura, una caída, significaba la muerte por aplastamiento bajo las duras patas del feroz rebaño que venía detrás, ciego en su desaforada carrera.

Sonaron furiosos los cencerros; las bocas abiertas de los espectadores, ocultos en la obscuridad, tragarón varios golpes de polvo, y pasó como una pesadilla el rebaño feroz, monstruos informes de la noche, que trotaban, pesados y ágiles a la vez, estremeciendo sus moles de carne, dando horrorosos bufidos, corneando a las sombras, asustados e irritados al mismo tiempo por los gritos de los zagales que los seguían a pie y por el galopar de los jinetes que cerraban la marcha acosándolos con sus picas.

El tránsito de esta tropa pesada y ruidosa duró sólo un instante. Ya no quedaba más que ver... La muchedumbre, satisfecha de este espectáculo fugaz después de larga espera, salía de sus escondrijos, y muchos entusiastas rompían a correr detrás del ganado, con la esperanza de ver su entrada en los corrales.

Al llegar cerca de la plaza echábanse a un lado los jinetes, dejando paso libre a las bestias, y éstas, con el impulso de su carrera y la rutina de seguir a los cabestros, metíanse en «la manga», callejón



formado de empalizadas que las conducía a los corrales.

Los garrochistas de afición felicitábanse por el buen éxito del encierro. El ganado había venido «bien arropao», sin que un solo toro se distrajese ni apartase, dando que hacer a piqueros y peones. Eran animales de buena casta: lo mejorcito de la ganadería del marqués. Al día siguiente, si los maestros tenían vergüenza torera, iban a verse grandes cosas... Y con la esperanza de una buena fiesta, fueron retirándose jinetes y peones. Una hora después quedaban completamente solitarios los alrededores de la plaza, confundiéndose ésta en la obscuridad y guardando en sus entrañas las bestias feroces, que, tranquilas en el corral, volvían a reanudar el último sueño de su existencia.

A la mañana siguiente, Juan Gallardo se levantó temprano. Había dormido mal, con una inquietud que poblaba su sueño de pesadillas.

¡Que no le diesen a él corridas en Sevilla! En otras poblaciones vivía como un soltero, olvidado momentáneamente de la familia, en una habitación de hotel completamente extraña, que «no le decía» nada, pues nada tenía suyo. Pero vestirse el traje de lidia en su propio dormitorio, encontrando en sillas y mesas objetos que le recordaban a Carmen; salir hacia el peligro de aquella casa que había él levantado y

contenía lo más íntimo de su existencia, le desconcertaba e infundía  
igual zozobra que si fuese por primera vez a matar un toro. Además,  
sentía el miedo a los compatriotas, con los cuales debía vivir siempre,  
y cuya opinión era más importante para él que los aplausos del resto de  
España. ¡Ay, el terrible momento de la salida, cuando, vestido por  
\_Garabato\_ con el traje de luces, bajaba al patio silencioso! Los  
sobrinillos venían a él intimidados por los adornos brillantes de su  
vestidura, tocándolos con admiración, sin atreverse a hablar; la  
bigotuda de su hermana le daba un beso con gesto de terror, como si  
fuese a morir; la mamita se ocultaba en los cuartos más oscuros. No; no  
quería verle, sentíase enferma. Carmen mostrábase animosa, muy pálida,  
apretando los labios, azulados por la emoción, moviendo nerviosamente  
las pestañas para mantenerse serena; y cuando le veía ya en el  
vestíbulo, llevábase de pronto el pañuelo a los ojos, estremecido el  
cuerpo por las bascas de suspiros y llantos que no lograban salir, y su  
hermana y otras mujeres tenían que sostenerla para que no viniese al  
suelo.

Era para acobardar hasta al propio Roger de Flor de que hablaba su  
cuñado.

--¡Mardita sea!... ¡Vamos, hombre--decía Gallardo--  
, que ni por too el  
oro der mundo torearía uno en Seviya, si no fuese por el aquel de dar

gusto a los paisanos y que no digan los sinvergüenzas que tengo miedo a los públicos de la tierra!

Al levantarse, anduvo el espada por la casa con un cigarrillo en la boca, desperezándose para probar si sus membrudos brazos conservaban su agilidad. Tomó en la cocina una copa de Cazalla, y vio a la mamita, siempre diligente a pesar de sus años y sus carnes, moviéndose cerca de los fogones, tratando con maternal vigilancia a las criadas, disponiéndolo todo para el buen gobierno de la casa.

Gallardo salió al patio, fresco, luminoso. Los pájaros canturreaban en el silencio matinal, saltando en sus jaulas doradas. Un chorro de sol descendía hasta las losas de mármol. Era un triángulo de oro que envolvía en su base la orla de hojas verdes de la fuente y el agua del tazón, burbujeante a impulsos de las redondas boquitas de unos peces rojos.

El espada vio casi tendida en el suelo a una mujer vestida de negro, con el cubo al lado, moviendo un trapo sobre las losas de mármol, que parecían resucitar sus colores bajo la húmeda caricia. La mujer levantó la cabeza.

--Güenos días, señó Juan--dijo con la familiaridad cariñosa que inspira todo héroe popular.

Y clavó en él con admiración la mirada de un ojo ún

ico. El otro perdíase  
bajo un oleaje de arrugas concéntricas que parecían  
afluir a la cuenca  
negruzca y hundida.

El señor Juan no contestó. Con nervioso impulso corrió a la cocina,  
llamando a la señora Angustias.

--Pero mamita, ¿quién es esa mujer, esa tuerta roía  
que está lavando el  
patio?

--¡Quién ha de sé, hijo!... Una probe. La asistenta  
se ha puesto mala, y  
he llamao a esa infeliz, que está cargá de hijos.

El torero mostrábase inquieto, con una expresión en  
la mirada de zozobra  
y de miedo. ¡Maldita sea! ¡Toros en Sevilla, y para  
colmo, la primera  
persona que se echaba a la cara... una tuerta! Vamo  
s, hombre, que lo que  
le pasaba a él no le ocurría a nadie. Aquello no po  
día ser de peor pata.  
¿Era que deseaban su muerte?...

Y la pobre mamita, aterrada por los tétricos pronós  
ticos del torero y su  
vehemente enfado, intentaba sincerarse. ¿Cómo iba e  
lla a pensar en eso?  
Era una pobre que necesitaba ganarse una peseta par  
a los pequeños. Había  
que tener buen corazón y dar gracias a Dios porque  
se había acordado de  
ellos, librándolos de miserias iguales.

Gallardo acabó por tranquilizarse con estas palabra  
s; el recuerdo de las  
antiguas privaciones le hizo ser tolerante con la p  
obre mujer. Bueno;  
que se quedase la tuerta, y que ocurriese lo que Di

os quisiera.

Y atravesando el patio casi de espaldas para no encontrarse con el ojo temible de aquella hembra de mal agüero, el matador fue a refugiarse en su despacho, inmediato al vestíbulo.

Las paredes blancas, chapadas de azulejos árabes hasta la altura de un hombre, estaban adornadas con prospectos de corridas de toros impresos en sedas de diversos colores. Diplomas con vistosos títulos de asociaciones benéficas recordaban las corridas en que Gallardo había toreado gratuitamente para los pobres. Innumerables retratos del diestro, de pie, sentado, con la capa tendida o entrando a matar, atestiguaban el cuidado con que los periódicos reproducían los gestos y diversas actitudes del grande hombre. Sobre la puerta veíase un retrato de Carmen puesta de mantilla blanca, que hacía resaltar más aún la negrura de sus ojos, y con un golpe de claveles en la obscura cabellera. En el testero opuesto, sobre el sillón de la mesa-escritorio, parecía presidir el aspecto ordenado de la pieza una enorme cabeza de toro negro, con ojos de vidrio, narices brillantes de barniz, una mancha de pelos blancos en la frente y unos cuernos enormes, de fino remate, con una claridad marfileña en su base, que gradualmente iba obscureciéndose, hasta tomar la densidad de la tinta en las puntas agudísimas. \_Potaje\_ el picador prorrumpía en imágenes poéticas de las suyas al contemplar la

enorme astamenta de aquel animal. Eran tan grandes y tan separados sus cuernos, que un mirlo podía cantar en la punta de uno de ellos sin que le oyesen desde el otro.

Gallardo se sentó junto a la mesa, elegante y llena de bronce, sin encontrar en su superficie otra incorrección que el polvo de varios días. La escribanía, de tamaño colosal, con dos caballos metálicos, tenía el tintero blanco y limpio. Los vistosos palillos, rematados por cabezas de perro, carecían de plumas. El grande hombre no necesitaba escribir. Don José, su apoderado, corría con todos los contratos y demás documentos profesionales, y él echaba las firmas, lentas y complicadas, en una mesilla del club de la calle de las Serpientes.

A un lado estaba la librería: un armario de roble con los cristales siempre cerrados, viéndose al través de ellos las imponentes filas de volúmenes, respetables por su tamaño y su brillantez.

Cuando don José comenzó a titular a su matador «el torero de la aristocracia», sintió Gallardo la necesidad de corresponder a esta distinción instruyéndose, para que sus poderosos amigos no rieran de su ignorancia, como les ocurría con otros compañeros de profesión. Un día entró en una librería con aire resuelto.

--Envíeme usted tres mil pesetas de libros.

Y como el librero quedara indeciso, cual si no le comprendiese, el torero afirmó enérgicamente:

--Libros, ¿me entiende usted?... Libros de los más grandes; y si no le parece mal, que tengan doraos.

Gallardo estaba satisfecho del aspecto de su biblioteca. Cuando hablaban en el club de algo que no llegaba a entender, sonreía con expresión de inteligencia, diciéndose:

--Eso debe estar en alguno de los libros que tengo en el despacho.

Una tarde de lluvia, en que estaba malucho de salud, vagando por la casa sin saber qué hacer, acabó por abrir el armario con una emoción sacerdotal y tiró de un volumen, el más grande, como si fuese un dios misterioso extraído de su santuario. Renunció a leer a los primeros renglones, y comenzó a pasar hojas, deleitándose con alegría infantil en la contemplación de las láminas: leones, elefantes, caballos de salvaje crin y ojos de fuego, asnos a fajas de colores, como si los hubiesen pintado con arreglo a falsilla... El torero avanzaba descuidado por el camino de la sabiduría, hasta que tropezó con los pintarrajeados anillos de una serpiente. ¡Huy! ¡La bicha, la fatídica bicha! Y convulsivamente cerró los dedos centrales de su mano, avanzando el índice y el meñique en forma de cuernos, para conjurar la mala suerte. Quiso seguir, pero todas las láminas representaban

horrorosos reptiles,  
y acabó por cerrar el libro con manos trémulas y de  
volverlo al armario,  
murmurando: «¡Lagarto! ¡lagarto!» para desvanecer l  
a impresión de este  
mal encuentro.

La llave de la librería andaba desde entonces por l  
os cajones de la  
mesa, revuelta con impresos y cartas viejas, sin qu  
e nadie se acordase  
de ella. El espada no sentía la necesidad de leer.  
Cuando sus  
entusiastas llegaban con algún periódico taurino qu  
e «venía ardiendo»,  
lo que significaba siempre ataques para sus rivales  
de profesión,  
Gallardo lo daba a leer a su cuñado o a Carmen, y e  
scuchaba con sonrisa  
beatífica, mascullando el puro.

--¡Eso está güeno! Pero ¡qué plumita de oro tienen  
esos niños!...

Cuando los papeles «venían ardiendo» contra Gallard  
o, nadie se los leía,  
y el espada hablaba con desprecio de los que escrib  
en sobre toreo y son  
incapaces de dar un mal capotazo en el redondel.

Este encierro en el despacho sólo sirvió para aumen  
tar sus inquietudes  
de aquella mañana. Quedose contemplando, sin saber  
por qué, la testa del  
toro, y el recuerdo más penoso de su vida profesion  
al acudió a su  
memoria. Era una satisfacción de vencedor tener en  
su despacho, visible  
a todas horas, la cabeza de aquella mala bestia. ¡L  
o que le había hecho  
sudar en la plaza de Zaragoza! Gallardo creía a aqu  
el toro con tanto



saber como una persona. Inmóvil y con ojos de malicia diabólica, esperaba a que el espada se acercase, sin dejarse engañar por el trapo rojo, tirándole siempre al cuerpo. Los estoques iban por el aire, sin lograr herirle, despedidos por los cabezazos. El público se impacientaba, silbando e insultando al matador; éste iba detrás del toro, siguiéndole en sus movimientos de un lado a otro de la plaza, sabiendo que si entraba a matar derechamente sería él el muerto; hasta que, al fin, sudoroso y fatigado, aprovechó una ocasión para acabar con él por medio de un golletazo traidor, entre el escándalo de la muchedumbre, que arrojaba botellas y naranjas. ¡Una vergüenza este recuerdo!... Gallardo acabó por creer de tan mal agüero como el encuentro con la tuerta el permanecer en el despacho contemplando la testa de aquel bicho fatal.

--¡Mardito seas tú y el roío der amo que te crió! ; Así se güerva veneno la hierba que coman toos los de tu raza!...

\_Garabato\_ vino a avisarle que en el patio le esperaban unos amigos. Eran aficionados entusiastas: los partidarios que venían a visitarle en días de corrida. El espada olvidó instantáneamente todas sus preocupaciones, y salió sonriente, la cabeza atrás, el ademán arrogante, como si fuesen enemigos personalísimos aquellos toros que le esperaban en la plaza y deseara verse cuanto antes frente a ellos, echándolos a

rodar con su certero estoque.

Comió poco y solo, como todos los días de corrida, y cuando comenzó a vestirse desaparecieron las mujeres. ¡Ay, cómo odian ellas los trajes luminosos guardados cuidadosamente en fundas de tela, vistosas herramientas con que se había fabricado el bienestar de la familia!...

La despedida fue, como otras veces, desconcertante y anonadadora para Gallardo. La fuga de las mujeres para no verle partir; la dolorosa entereza de Carmen, que se esforzaba por mantenerse serena, acompañándole hasta la puerta; la curiosidad asombrada de los sobrinillos, todo irritaba al torero, arrogante y bravucón al ver llegada la hora del peligro.

--¡Ni que me yevasen a la horca! ¡Vaya, hasta luego! Tranquiliá, que no pasará na.

Y montó en el carruaje, abriéndose paso entre los vecinos y curiosos agrupados frente a la casa, los cuales deseaban mucha suerte al señor Juan.

Para la familia era más angustiosa la tarde cuando el espada toreaba en Sevilla. No tenían la resignación de otras veces, que les hacía aguardar pacientemente el anochecer con la llegada del telegrama. Aquí el peligro desarrollábase cerca, y esto despertaba el ansia de noticias, deseando saber la marcha de la corrida a cada cuarto de hora

.

El talabartero, vestido como un señor, buen terno de lanilla clara y sedoso fieltro blanco, se ofrecía a las mujeres para enviar noticias, aunque estaba furioso contra la grosería de su illustre cuñado. ¡Ni siquiera le había ofrecido un asiento en el coche de la cuadrilla para llevarlo a la plaza! A la terminación de cada toro que matase Juan enviaría razón de lo ocurrido con un chicuelo de los que pululaban en torno de la plaza.

La corrida fue un éxito ruidoso para Gallardo. Al entrar en el redondel y escuchar los aplausos de la muchedumbre, el espadachín se imaginó haber crecido.

Conocía el suelo que pisaba: le era familiar; lo creía suyo. La arena de los redondeles ejercía cierta influencia en su ánimo supersticioso. Recordaba las amplias plazas de Valencia y Barcelona, con su suelo blancuzco; la arena oscura de las plazas del Norte y la tierra rojiza del gran circo de Madrid. La arena de Sevilla era distinta de las otras: arena del Guadalquivir, de un amarillo subido, como si fuese pintura pulverizada. Cuando los caballos destripados soltaban su sangre sobre ella como un cántaro que se desfonda de golpe, Gallardo pensaba en los colores de la bandera nacional, los mismos que ondeaban en el tejado del circo.

Las plazas, con sus diversas arquitecturas, también influían en la imaginación del torero, agitada por las fantasmagorías de la inquietud. Eran circos de construcción más o menos reciente, unos de estilo romano, otros árabes, con la banalidad de las iglesias nuevas, donde todo parece vacío y sin color. La plaza de Sevilla era la catedral llena de recuerdos, animada por el roce de varias generaciones, con su portada de otro siglo--del tiempo en que los hombres llevaban peluca blanca--y su redondel de ocre que habían pisado los héroes más estupendos. Allí los gloriosos inventores de las suertes difíciles, los perfeccionadores del arte, los campeones macizos de la escuela rondeña, con su toreo reposado y correcto; los maestros ágiles y alegres de la escuela sevillana, con sus juegos y movilidades que arrebatan al público.. . y allí él, que en aquella tarde, embriagado por los aplausos, por el sol, por el bullicio y por la vista de una mantilla blanca y un pecho azul que avanzaban sobre la barandilla de un palco, sentíase capaz de las mayores audacias.

Gallardo pareció llenar el redondel con su movilidad y su atrevimiento, ansioso de vencer a todos los compañeros y que los aplausos fueran sólo para él. Nunca le habían visto tan grande los entusiastas. El apoderado, a cada una de sus proezas, gritaba puesto de pie, increpando a invisibles enemigos ocultos en las masas del tendido: «¡A ver quién se atreve a decir algo!... ¡El primer hombre del mundo

!...»

El segundo toro que había de matar Gallardo lo llevó el \_Nacional\_, por orden suya, con hábiles capotazos, hasta el pie del palco donde estaba el traje azul y la mantilla blanca. Junto a doña Sol mostrábase el marqués con dos de sus hijas.

Anduvo Gallardo junto a la barrera con la espada y la muleta en una mano, seguido por las miradas de la muchedumbre, y al llegar frente al palco se cuadró, quitándose la montera. Iba a brindar su toro a la sobrina del marqués de Moraima. Muchos sonreían con expresión maliciosa. «¡Olé los niños con suerte!» Dio media vuelta, arrojando la montera al terminar el brindis, y esperó al toro, que le traían los peones con el engaño del capote. En muy corto espacio, procurando que la fiera no se alejase de este sitio, realizó el espada su faena. Quería matar bajo los ojos de doña Sol; que ésta le viese de cerca desafiando el peligro. Cada pase de muleta iba acompañado de exclamaciones de entusiasmo y gritos de inquietud. Las astas pasaban junto a su pecho; parecía imposible que saliese sin sangre de las acometidas del toro. De pronto se cuadró, con el estoque en línea avanzada, y antes de que el público pudiera manifestar sus opiniones con gritos y consejos, lanzose veloz sobre la fiera, formando un solo cuerpo por algunos instantes el animal y el hombre.

Cuando el espada se despegó del toro, quedando inmóvil, corrió éste con paso inseguro, bramadoras las narices, la lengua pendiente entre los labios y el rojo puño del estoque apenas visible en lo alto del ensangrentado cuello. Cayó a los pocos pasos, y el público púsose de pie a un tiempo, como si formase una sola pieza y lo moviese un resorte poderoso, estallando la granizada de los aplausos y la furia de las aclamaciones. ¡No había un valiente en el mundo igual a Gallardo!... ¿Habría sentido miedo alguna vez aquel mozo?...

El espada saludó ante el palco abriendo los brazos con el estoque y la muleta, mientras las manos de doña Sol, enguantadas de blanco, chocaban con la fiebre del aplauso.

Luego, un objeto rodó de espectador en espectador desde el palco hasta la barrera. Era un pañuelo de la dama, el mismo que llevaba en la mano, oloroso y diminuto rectángulo de batista y blondas, metido en una sortija de brillantes que regalaba al torero a cambio de su brindis.

Volvieron a estallar los aplausos con motivo de este regalo, y la atención del público, fija hasta entonces en el matador, se distrajo, volviendo muchos la espalda al redondel para mirar a doña Sol, elogiando su belleza a gritos, con la familiaridad de la galantería andaluza. Un pequeño triángulo peludo y todavía caliente subió de mano en mano desde la barrera al palco. Era una oreja del toro, que en

viaba el matador como  
testimonio de su brindis.

Al terminar la fiesta se había esparcido ya por la ciudad la noticia del gran éxito de Gallardo. Cuando el espada llegó a su casa le esperaban los vecinos frente a la puerta, aplaudiéndole como si realmente hubiesen presenciado la corrida.

El talabartero, olvidando su enfado con el espada, admiraba a éste, más que por sus éxitos toreros, por sus valiosas relaciones de amistad. Tenía puesto el ojo hacía tiempo a cierto empleo, y no dudaba de conseguirlo ahora que su cuñado era amigo de lo mejor de Sevilla.

--Enséñales la sortija. Mia, Encarnación, qué regalito. ¡Ni er propio Roger de Flor!

Y la sortija pasaba entre las manos de las mujeres, admirándola éstas con exclamaciones de entusiasmo. Sólo Carmen hizo una mueca al verla. «Sí; muy bonita.» Y la pasó a su cuñada con presteza, como si le quemase las manos.

Después de esta corrida empezó para Gallardo la temporada de los viajes. Tenía más ajustes que en ninguno de los años anteriores. Luego de las corridas de Madrid debía torear en todas las plazas de España. Su apoderado estudiaba los horarios de los ferrocarriles, entregándose a interminables cálculos que habían de servir de guía a su matador.

Gallardo marchaba de éxito en éxito. Nunca se había sentido tan animoso. Parecía que llevaba dentro de él una nueva fuerza. Antes de las corridas acometíanle dudas crueles, incertidumbres semejantes al miedo, que no había conocido en su mala época, cuando empezaba a crearse un nombre; pero apenas se veía en la arena desvanecíanse estos temores y mostraba una audacia bárbara, acompañada siempre de buen éxito.

Después de su trabajo en cualquier plaza de provincias, volvía al hotel seguido de su cuadrilla, pues todos vivían juntos. Sentábase sudoroso, con la grata fatiga del triunfo, sin quitarse el traje de luces, y acudían los «inteligentes» de la localidad a felicitarle. Había estado «colosal». Era el primer torero del mundo. ¡Aquella estocada del cuarto toro!...

--¿Verdá que sí?--preguntaba Gallardo con orgullo infantil--. De veras que no estuvo malo aquéyo.

Y en la interminable verbosidad de toda conversación sobre toros transcurría el tiempo, sin que el espada y sus admiradores se fatigasen de hablar de la corrida de la tarde y de otras que se habían celebrado algunos años antes. Cerraba la noche, encendíanse luces, y los aficionados no se iban. La cuadrilla, siguiendo la disciplina torera, aguantaba silenciosa esta charla en un extremo de la habitación.



Mientras el maestro no diese su permiso, los «chicos» no podían ir a desnudarse y a comer. Los picadores, fatigados por la armadura de hierro de sus piernas y las moledoras caídas del caballo, movían el recio castoreño entre sus rodillas; los banderilleros, presos en sus trajes de seda mojados de sudor, sentían hambre después de una tarde de violento ejercicio. Todos pensaban lo mismo, lanzando terribles ojeadas a los entusiastas: «Pero ¿cuándo se marcharán estos tíos «lateros»? ¡Mardita sea su arma!...»

Al fin, el matador se fijaba en ellos: «Pueden ustedes retirarse.» Y la cuadrilla salía empujándose, como una escuela en libertad, mientras el maestro continuaba escuchando los elogios de los «inteligentes», sin acordarse de \_Garabato\_, que aguardaba silencioso el momento de desnudarlo.

En los días de descanso, el maestro, libre de las excitaciones del peligro y de la gloria, volvía su recuerdo a Sevilla. De tarde en tarde llegaba para él alguna de aquellas cartitas breves y perfumadas felicitándole por sus triunfos. ¡Ay, si tuviese con él a doña Sol!...

En esta continua correría de un público a otro, adorado por los entusiastas, que ansiaban hacerle grata la vida en la población, conocía mujeres y asistía a juergas organizadas en su honor. De estas fiestas salía siempre con el pensamiento turbado por el vin

o y una tristeza  
feroz que le hacía intratable. Sentía crueles deseos  
de maltratar a las  
hembras. Era un impulso irresistible de vengarse de  
la acometividad y  
los caprichos de la otra en personas de su mismo sexo.

Había momentos en que le era necesario confiar sus  
tristezas al  
\_Nacional\_, con ese impulso irresistible de confesión  
de todos los que  
llevan en el pensamiento un peso excesivo.

Además, el banderillero le inspiraba, lejos de Sevilla,  
un afecto mayor,  
una ternura refleja. Sebastián conocía sus amores con  
doña Sol, la  
había visto, aunque de lejos, y ella había reído muchas  
veces oyéndole  
relatar las originalidades del banderillero.

Este acogía con un gesto de austeridad las confidencias  
del maestro.

--Lo que tú debe hacé, Juan, es orviarte de esa señora.  
Mia que la paz  
de la familia vale más que too para los que vamos por  
er mundo,  
expuestos a gorver a casa inútiles pa siempre. Mia  
que Carmen sabe más  
de lo que tú crees. Ya está enterá de too. A mí mismo  
me ha sortao  
indiretas sobre lo tuyo con la sobrina del marqués..  
. ¡La pobresita! ¡Es  
pecao que la hagas sufrir!... Ella tiene su genio,  
y si se suerta os  
dará un disgusto.

Pero Gallardo, lejos de la familia, con el pensamiento  
dominado por el  
recuerdo de doña Sol, parecía no comprender los pel

igros de que le  
hablaba el \_Nacional\_, y levantaba los hombros ante  
sus escrúpulos  
sentimentales. Necesitaba exteriorizar sus recuerdos,  
hacer partícipe al  
amigo de su pasada felicidad, con un impudor de amante  
satisfecho que  
desea ser admirado en su dicha.

--¡Es que tú no sabes lo que es esa mujer! Tú, Sebastián,  
eres un  
infeliz que no conoces lo que es güeno. ¿Ves juntas  
toas las mujeres de  
Seviya? Pues na. ¿Ves las de toos los pueblos donde  
hemos estao? Na  
tampoco. No hay mas que doña Zol. Cuando se conoce  
una señora como esa,  
no quean ganas pa más... ¡Si la conocieses como yo,  
gachó! Las mujeres  
de nuestro brazo huelen a carne limpia, a ropa blanca.  
Pero ésta,  
Sebastián, ¡ésta!... Figúrate juntas toas las rosas  
de los jardines del  
Alcázar... No, es algo mejor: es jazmín, madreserva,  
perfume de  
enraeras como las que habría en el huerto del Paraíso;  
y estos güenos  
olores vienen de dentro, como si no se los pusiera,  
como si fuesen de  
su propia sangre. Y además, no es una panoli de las  
que vistas una vez ya  
está visto too. Con ella siempre quea algo que dese  
ar, algo que se  
espera y no yega... En fin, Sebastián, no pueo explicarme  
bien... Pero  
tú no sabes lo que es una señora; así es que no me  
prediques y sierra el  
pico.

Gallardo ya no recibía cartas de Sevilla. Doña Sol  
estaba en el  
extranjero. La vio una vez, al torear en San Sebast

ián. La hermosa dama  
estaba en Biarritz, y vino en compañía de unas señoras francesas que  
deseaban conocer al torero. La vio una tarde. Se fue, y sólo supo de  
ella vagas noticias durante el verano, por las pocas cartas que recibió  
y por las nuevas que le comunicaba su apoderado luego de oír al marqués  
de Moraima.

Estaba en playas elegantes, cuyos nombres oía por primera vez el torero,  
siendo para él de imposible pronunciación; luego se enteró de que  
viajaba por Inglaterra; después, que había pasado a Alemania para oír  
unas óperas cantadas en un teatro maravilloso que sólo abría sus puertas  
unas cuantas semanas en el año. Gallardo desconfiaba de verla. Era un  
ave de paso, aventurera e inquieta, y no había que esperar que buscara  
otra vez su nido en Sevilla al volver el invierno.

Esta posibilidad de no encontrarla más entristecía al torero, revelando  
el imperio que aquella mujer había tomado sobre su carne y su voluntad.  
¡No verla más! ¿Para qué, entonces, exponer la vida y ser célebre? ¿De  
qué servían los aplausos de las muchedumbres?...

El apoderado le tranquilizaba. Volvería: estaba seguro. Volvería, aunque  
sólo fuese por un año. Doña Sol, con todos sus caprichos de loca, era  
una mujer «práctica», que sabía cuidar de lo suyo. Necesitaba la ayuda  
del marqués para desenredar los enmarañados asuntos de su propia fortuna  
y la que su marido le había dejado, quebrantadas am

bas por una larga y  
fastuosa permanencia lejos del país.

El espada volvió a Sevilla al finalizar el verano.  
Aún le quedaban un  
buen número de corridas que torear en el otoño, per  
o quiso aprovechar un  
descanso de cerca de un mes. La familia del espada  
estaba en la playa de  
Sanlúcar por la salud de dos de los sobrinillos, cu  
yas escrófulas  
necesitaban la cura del mar.

Gallardo se estremeció de emoción al anunciarle un  
día su apoderado que  
doña Sol acababa de llegar sin que nadie la esperas  
e.

El espada fue a verla inmediatamente, y a las pocas  
palabras sintiose  
intimidado por su fría amabilidad y la expresión de  
sus ojos.

Le contemplaba como si fuese otro. Adivinábase en s  
u mirada cierta  
extrañeza por el rudo exterior del torero, por la d  
iferencia entre ella  
y aquel mocetón matador de bestias.

El también adivinaba este vacío que parecía abrirse  
entre los dos. La  
veía como si fuese distinta mujer: una gran dama de  
otro país y otra  
raza.

Hablaron tranquilamente. Ella parecía haber olvidad  
o el pasado, y  
Gallardo no se atrevía a recordarlo ni osaba el men  
or avance, temiendo  
una de sus explosiones de cólera.

--¡Sevilla!--decía doña Sol--. Muy bonita... muy ag

radable. ¡Pero en el mundo hay más! Le advierto a usted, Gallardo, que el mejor día levanto el vuelo para siempre. Adivino que voy a aburrirme mucho. Me parece que me han cambiado mi Sevilla.

Ya no le tuteaba. Transcurrieron varios días sin que el torero se atreviese en sus visitas a recordar el pasado. Limitábase a contemplarla en silencio con sus ojos africanos, adorantes y lacrimosos.

--Me aburro... Voy a marcharme cualquier día--exclamaba la dama en todas las entrevistas.

Volvió otra vez el criado de gesto imponente a recibir al torero en la cancela, para decirle que la señora había salido, cuando él sabía ciertamente que estaba en casa.

Gallardo la habló una tarde de una breve excursión que debía hacer a su cortijo de \_La Rinconada\_. Necesitaba ver unos olivares que su apoderado había comprado durante su ausencia, uniéndolos a la finca. Debía también enterarse de la marcha de los trabajos.

La idea de acompañar al espada en esta excursión hizo sonreír a doña Sol por lo absurda y atrevida. ¡Ir a aquel cortijo donde pasaba la familia de Gallardo una parte del año! ¡Entrar, con el estruendo escandaloso de la irregularidad y del pecado, en aquel ambiente tranquilo de casero corral, donde vivía con los suyos el pobre mozo!...

Lo absurdo del deseo la decidió. Ella iría también:  
le interesaba ver  
\_La Rinconada\_.

Gallardo sintió miedo. Pensó en las gentes del cortijo, en los habladores, que podrían comunicar a la familia este viaje. Pero la mirada de doña Sol abatió todos sus escrúpulos. ¡Quién sabe!... Tal vez este viaje le devolviera a su antigua situación.

Quiso, sin embargo, oponer un último obstáculo a este deseo.

--¿Y el \_Plumitas\_?... Míe usted que ahora, según parece, anda por cerca de \_La Rinconá\_.

¡Ah, el \_Plumitas\_! El rostro de doña Sol, oscurecido por el aburrimiento, pareció aclararse con una llamarada interior.

--¡Muy curioso! Me alegraría de que usted pudiera presentármelo.

Gallardo arregló el viaje. Pensaba ir solo, pero la compañía de doña Sol le obligó a buscar un refuerzo, temiendo un mal encuentro en el camino.

Buscó a \_Potaje\_, el picador. Era muy bruto y no temía en el mundo más que a la gitana de su mujer, que cuando se cansaba de recibir palizas intentaba morderle. A éste no había que darle explicaciones, sino vino en abundancia. El alcohol y las atroces caídas en el redondel le mantenían en perpetuo aturdimiento, como si la cabeza

za le zumbase, no  
permitiéndole mas que lentas palabras y una visión  
turbia de las cosas.

Ordenó también al \_Nacional\_ que fuese con ellos: u  
no más, y de  
discreción a toda prueba.

El banderillero obedeció por subordinación, pero re  
zongando al saber que  
iba con ellos doña Sol.

--¡Por vía e la paloma azul!... ¡Y que un pare de f  
amilia se vea metío  
en estas cosas feas!... ¿Qué dirán de mí Carmen y l  
a seña Angustias si  
yegan a enterarse?...

Cuando se vio en pleno campo, sentado al lado de \_P  
otaje\_ en la banqueta  
de un automóvil, frente al espada y la gran señora,  
fue desvaneciéndose  
poco a poco su enfado.

No la veía bien, envuelta como iba en un gran velo  
azul que descendía de  
su gorra de viaje, anudándose sobre el gabán de sed  
a amarilla; pero era  
muy hermosa... ¡Y qué conversación! ¡Y qué saber de  
cosas!...

Antes de la mitad del viaje, el \_Nacional\_, con sus  
veinticinco años de  
fidelidad casera, excusaba las debilidades del mata  
dor, explicándose sus  
entusiasmos. ¡El que se viera en el propio caso, y  
haría lo mismo!...

¡La instrucción!... Una gran cosa, capaz de infundi  
r respetabilidad  
hasta a los mayores pecados.



V

--Que te diga quién es, o que se lo yeven los demonios. ¡Mardita sea la suerte!... ¿Es que no podrá uno dormir?...

El \_Nacional\_ escuchó esta contestación al través de la puerta del cuarto de su maestro, y la transmitió a un peón del cortijo que aguardaba en la escalera.

--Que te diga quién es. Sin eso, el amo no se levanta.

Eran las ocho. El banderillero se asomó a una ventana, siguiendo con la vista al peón, que corría por un camino frente al cortijo, hasta llegar al lejano término del alambrado que circuía la finca. Junto a la entrada de esta valla vio un jinete empequeñecido por la distancia: un hombre y un caballo que parecían salidos de una caja de juguetes.

Al poco rato volvió el jornalero, luego de hablar con el jinete.

El \_Nacional\_, interesado por estas idas y venidas, le recibió al pie de la escalera.

--Ice que necesita ve al amo--masculló atropelladamente el gañán--. Parece hombre de malas purgas. Ha dicho que quíe que baje en seguida, pues tiene una razón que darle.

Volvió el banderillero a aporrear la puerta del espada, sin hacer caso de las protestas de éste. Debía levantarse; para el campo era una hora avanzada, y aquel hombre podía traer un recado interesante.

--¡Ya voy!--contestó Gallardo con mal humor, sin moverse de la cama.

Volvió a asomarse el \_Nacional\_, y vio que el jinete avanzaba por el camino hacia el cortijo.

El peón salió a su encuentro con la respuesta. El pobre hombre parecía intranquilo, y en sus dos diálogos con el banderillero balbuceaba con una expresión de espasmo y de duda, no atreviéndose a manifestar su pensamiento.

Al unirse con el jinete, le escuchó breves momentos y volvió a desandar su camino, corriendo hacia el cortijo, pero esta vez con más precipitación.

El \_Nacional\_ le oyó subir la escalera con no menos velocidad, presentándose ante él tembloroso y pálido.

--¡Es er \_Plumitas\_, señó Sebastián! Ice que es er \_Plumitas\_, y que nesecita hablá con el amo... Me lo dio er corasón d'enque le vi.

¡El \_Plumitas\_!... La voz del peón, a pesar de ser balbuciente y sofocada por la fatiga, pareció esparcirse por todas las habitaciones al

pronunciar este nombre. El banderillero quedó mudo por la sorpresa. En el cuarto del espada sonaron unos cuantos juramentos acompañados de roce de ropas y el golpe de un cuerpo que rudamente se echaba fuera del lecho. En el que ocupaba doña Sol notose también cierto movimiento que parecía responder a la estupenda noticia.

--Pero ¡mardita sea! ¿Qué me quíese ese hombre? ¿Por qué se mete en \_La Rinconá\_? ¡Y justamente ahora!...

Era Gallardo, que salía con precipitación de su cuarto, sin más que unos pantalones y un chaquetón, puestos a toda prisa sobre sus ropas interiores. Pasó corriendo ante el banderillero, con la ciega vehemencia de su carácter impulsivo, y se echó escalera abajo, más bien que descendió, seguido del \_Nacional\_.

En la entrada del cortijo desmontábase el jinete. Un gañán sostenía las riendas de la jaca y los demás trabajadores formaban un grupo a corta distancia, contemplando al recién venido con curiosidad y respeto.

Era un hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, carilleno, rubio y de miembros cortos y fuertes. Vestía una blusa gris adornada de trencillas negras, calzones oscuros y raídos, con grueso refuerzo de paño en la entrepierna, y unas polainas de cuero resquebrajado por el sol, la lluvia y el lodo. Bajo la blusa, el vientre parecía hinchado por los aditamentos de una gruesa faja y una canana de

cartuchos, a la que se añadían los volúmenes de un revólver y un cuchillo atravesados en el cinto. En la diestra llevaba una carabina de repetición. Cubría su cabeza un sombrero que había sido blanco, con los bordes desmayados y roídos por las inclemencias del aire libre. Un pañuelo rojo anudado al cuello era el adorno más vistoso de su persona.

Su rostro, ancho y mofletudo, tenía una placidez de luna llena. Sobre las mejillas, que delataban su blancura al través de la pátina del soleamiento, avanzaban las púas de una barba rubia no afeitada en algunos días, tomando a la luz una transparencia de oro viejo. Los ojos eran lo único inquietante en aquella cara bondadosa de sacristán de aldea: unos ojos pequeños y triangulares sumidos en tre bullones de grasa; unos ojillos estirados, que recordaban los de los cerdos, con una pupila maligna de azul sombrío.

Al aparecer Gallardo en la puerta del cortijo lo reconoció inmediatamente y levantó su sombrero sobre la redonda cabeza.

--Güenos días nos dé Dió, señó Juan--dijo con la grave cortesía del campesino andaluz.

--Güenos días.

--¿La familia güena, señó Juan?

--Güena, gracias. ¿Y la de usté?--preguntó el espadá, con el automatismo

de la costumbre.

--Creo que güena también. Hase tiempo que no la veo .

Los dos hombres se habían aproximado, examinándose de cerca con la mayor naturalidad, como si fuesen dos caminantes que se encontraban en pleno campo. El torero estaba pálido y apretaba los labios para ocultar sus impresiones. ¡Si creía el bandolero que iba a intimidarle!... En otra ocasión tal vez le habría dado miedo esta visita; pero ahora, teniendo arriba lo que tenía, sentíase capaz de pelear con él, como si fuese un toro, tan pronto como anunciase malos propósitos.

Transcurrieron algunos instantes de silencio. Todos los hombres del cortijo que no habían salido a los trabajos de campo--más de una docena--contemplaban con un asombro que tenía algo de infantil a aquel personaje terrible, obsesionados por la tétrica fama de su nombre.

--¿Pueen yevar la jaca a la cuadra pa que descanse un poco?--preguntó el bandido.

Gallardo hizo una seña, y un mozo tiró de las riendas del animal, llevándoselo.

--Cuíala bien--dijo el \_Plumitas--. Mia que es lo mejor que tengo en er mundo, y la quiero más que a la mujer y a los chiquiyos.

Un nuevo personaje se unió al grupo que formaban el

espada y el bandido  
en medio de la gente absorta.

Era \_Potaje\_, el picador, que salía despechugado, d  
espereándose con  
toda la brutal grandeza de su cuerpo atlético. Se f  
rotó los ojos,  
siempre sanguinolentos e inflamados por el abuso de  
la bebida, y  
aproximándose al bandido, dejó caer una manaza sobr  
e uno de sus hombros  
con estudiada familiaridad, como gozándose en hacer  
le estremecer bajo su  
garra y expresándole al mismo tiempo su bárbara sim  
patía.

--¿Cómo estás, \_Plumitas\_?

Le veía por primera vez. El bandido se encogió como  
si fuese a saltar  
bajo esta caricia ruda e irreverente y su diestra l  
evantó el rifle. Pero  
los azules ojillos, fijándose en el picador, pareci  
eron reconocerle.

--Tú eres \_Potaje\_, si no me engaño. Te he visto pi  
cá en Seviya en la  
otra feria. ¡Camará, qué caías! ¡Qué bruto eres!...  
¡Ni que fueras de  
jierro durse!

Y como para devolverle el saludo, agarró con su man  
o callosa un brazo  
del picador, apretándole el bíceps con sonrisa de a  
dmiración. Quedaron  
los dos contemplándose con ojos afectuosos. El pica  
dor reía sonoramente.

--¡Jo! ¡jo! Yo te creía más grande, \_Plumitas\_... P  
ero no le hase; así y  
too, eres un güen mozo.

El bandido se dirigió al espada:

--¿Pueo almorzar aquí?

Gallardo tuvo un gesto de gran señor.

--Nadie que viene a \_La Rinconá\_ se va sin almorzar .

Entraron todos en la cocina del cortijo, vasta pieza con chimenea de campana, que era el sitio habitual de reunión.

El espada se sentó en una silla de brazos, y una muchacha, hija del aperador, se ocupó en calzarle, pues en la precipitación de la sorpresa había bajado con sólo unas babuchas.

El \_Nacional\_, queriendo dar señales de existencia, tranquilizado ya por el aspecto cortés de esta visita, apareció con una botella de vino de la tierra y vasos.

--A ti también te conosco--dijo el bandido, tratándole con igual llaneza que al picador--. Te he visto clavar banderiyas. Cuando quieres lo haces bien; pero hay que arrimarse más...

\_Potaje\_ y el maestro rieron de este consejo. Al ir a tomar el vaso, \_Plumitas\_ se vio embarazado por la carabina, que conservaba entre las rodillas.

--Eja eso, hombre--dijo el picador--. ¿Es que guardas er chisme hasta cuando vas de visita?

El bandido se puso serio. Bien estaba así: era su c

ostumbre. El rifle le acompañaba siempre, hasta cuando dormía. Y esta alusión al arma, que era como un nuevo miembro siempre unido a su cuerpo, le devolvía su gravedad. Miraba a todos lados con cierto azoramiento. Notábase en su cara el recelo, la costumbre de vivir alerta, sin fiarse de nadie, sin otra confianza que la del propio esfuerzo, presintiendo a todas horas el peligro en torno de su persona.

Un gañán atravesó la cocina marchando hacia la puerta.

--¿Aónde va ese hombre?

Y al decir esto se incorporó en el asiento, atrayendo con las rodillas hacia su pecho el ladeado rifle.

Iba a un gran campo vecino, donde trabajaban los jornaleros del cortijo.  
El Plumitas se tranquilizó.

--Oiga usté, señó Juan. Yo he venío por er gusto de verle y porque sé que es usté un cabayero, incapaz de enviar soplos..  
. Aemás, usté habrá oído hablar der Plumitas. No es fácil cogerle, y er que se la hase se la paga.

El picador intervino antes de que hablase su maestro.

--Plumitas, no seas bruto. Aquí estás entre camarás, mientras te portes bien y haiga desensia.

Y súbitamente tranquilizado, el bandido habló de su



jaca al picador,  
encareciendo sus méritos. Los dos hombres se enfrascaron en su entusiasmo de jinetes montaraces, que les hacía mirar al caballo con más amor que a las personas.

Gallardo, algo inquieto aún, andaba por la cocina, mientras las mujeres del cortijo, morenas y hombrunas, atizaban el fuego y preparaban el almuerzo, mirando de reojo al célebre \_Plumitas\_.

El espada, en una de sus evoluciones, se acercó al \_Nacional\_. Debía ir al cuarto de doña Sol y rogarla que no bajase. El bandido se marcharía seguramente después del almuerzo. ¿Para qué dejarse ver de este triste personaje?...

Desapareció el banderillero, y el \_Plumitas\_, viendo al maestro apartado de la conversación, se dirigió a él, preguntando con interés por las corridas que aún le quedaban en el año.

--Yo soy «gallardista», ¿sabe usted?... Yo le he aplaudido más veces que usted puede figurarse. Le he visto en Seviya, en Jaén, en Córdoba... en muchos sitios.

Gallardo se asombró de esto. Pero ¿cómo podía él, que llevaba a sus talones un verdadero ejército de perseguidores, asistir tranquilamente a las corridas de toros?... El \_Plumitas\_ sonrió con expresión de superioridad.

--¡Bah! Yo voy aonde quiero. Yo estoy en todas partes.

s.

Después habló de las ocasiones en que había visto a l espada camino del cortijo, unas veces acompañado, otras solo, pasando junto a él en la carretera sin reparar en su persona, como si fuese un misero gañán montado en su jaca para llevar un aviso a cualquier choza cercana.

--Cuando usted vino de Seviya a comprá los dos molinos que tié abajo, le encontré en er camino. Yevaba usted sinco mil duros. ¿No es así? Iga la verdá. Ya ve que estaba bien enterao... Otra ves le vi en un animal de esos que yaman otomóviles, con otro señó de Seviya que creo es su apoderao. Iba usted a firmar la escritura del Olivar del Cura, y yevaba una porrá de dinero aún más grande.

Gallardo recordaba poco a poco la exactitud de estos hechos, mirando con asombro a aquel hombre enterado de todo. Y el bandido, para demostrar su generosidad con el torero, habló del escaso respeto que le inspiraban los obstáculos.

--¿Ve usted eso de los otomóviles? ¡Pamplina! A esos bichos los paro yo na más que con esto--y mostraba su rifle--. En Córdoba tuve cuentas que arreglar con un señó rico que era mi enemigo. Planté mi jaca a un lao de la carretera, y cuando yegó er bicho levantando por vo y hediendo a petróleo, di el ¡alto! No quiso pararse, y le metí una bala al que iba en la rueda. Pa abreviá: que el otomóvil se etuvo u

n poco más ayá, y yo  
di una galopá pa reunirme con er señó y ajustar las  
cuentas. Un hombre  
que pué meter la bala aonde quiere, lo para too en  
er camino.

Gallardo escuchaba asombrado al \_Plumitas\_ hablar d  
e sus hazañas de  
carretera con una naturalidad profesional.

--A ustedé no tenía por qué detenerle. Ustedé no es de  
los ricos. Ustedé es un  
probe como yo, pero con más suerte, con más aquel e  
n su ofisio, y si ha  
hecho dinero, bien se lo yeva ganao. Yo le tengo mu  
cha ley, señó Juan.  
Le quiero porque es un mataor de vergüensa, y yo te  
ngo debiliá por los  
hombres valientes. Los dos somos casi camarás; los  
dos vivimos de  
exponer la vida. Por eso, aunque ustedé no me conosía  
, yo estaba allí,  
viéndole pasar, sin pedirle ni un pitiyo, pa que na  
die le tocasse ni una  
uña, pa cuidá de que algún sinvergüensa no se aprov  
echase saliéndole al  
camino y disiendo que él era el \_Plumitas\_, pues co  
sas más raras se han  
visto...

Una inesperada aparición cortó la palabra al bandid  
o y movió el rostro  
del torero con un gesto de contrariedad. ¡Maldita s  
ea! ¡Doña Sol! Pero  
¿no le había dado su aviso el \_Nacional\_?... El ban  
derillero venía  
detrás de la dama, y desde la puerta de la cocina h  
izo varios ademanes  
de desaliento para indicar al maestro que habían si  
do inútiles sus  
ruegos y consejos.

Venía doña Sol con su gabán de viaje, al aire la cabellera de oro, peinada y anudada a toda prisa. ¡El \_Plumitas\_ en el cortijo! ¡Qué felicidad! Una parte de la noche había pensado en él, con dulces estremecimientos de terror, proponiéndose a la mañana siguiente recorrer a caballo las soledades inmediatas a \_La Rinconada\_, esperando que su buena suerte le hiciera tropezarse con el interesante bandido. Y como si sus pensamientos ejerciesen influencia a larga distancia, atrayendo a las personas, el bandolero obedecía a sus deseos presentándose de buena mañana en el cortijo.

¡El \_Plumitas\_! Este nombre evocaba en su imaginación la figura completa del bandido. Casi no necesitaba conocerlo: apenas iba a experimentar sorpresa. Le veía alto, esbelto, de un moreno pálido, con el calañés sobre un pañuelo rojo, por debajo del cual se escapaban bucles de pelo color de azabache, el cuerpo ágil vestido de terciopelo negro, la cintura cimbreante ceñida por una faja de seda purpúrea, las piernas enfundadas en polainas de cuero color de dátil: un caballero andante de las estepas andaluzas, casi igual a los apuestos tenores que ella había visto en \_Carmen\_ abandonar el uniforme de soldado, víctimas del amor, para convertirse en contrabandistas.

Sus ojos, agrandados por la emoción, vagaron por la cocina, sin encontrar un sombrero calañés ni un trabuco. Vio un hombre desconocido

que se ponía de pie: una especie de guarda de campo con carabina, igual a los que había encontrado muchas veces en las propiedades de su familia.

--Güenos días, señora marquesa... Y su señó tío el marqués, ¿sigue güeno?

Las miradas de todos convergiendo hacia aquel hombre le hicieron adivinar la verdad. ¡Ay! ¿Este era el \_Plumitas\_?..

Se había despojado de su sombrero con torpe cortesía, intimidado por la presencia de la señora, y continuaba de pie, con la carabina en una mano y el viejo fieltro en la otra.

Gallardo se asombró de las palabras del bandido. Aquel hombre conocía a todo el mundo. Sabía quién era doña Sol, y por un exceso de respeto hacía extensivos a ella los títulos de la familia.

La dama, repuesta de su sorpresa, le hizo seña para que se sentase y cubriese; pero él, aunque la obedeció en lo primero, dejó el fieltro en una silla inmediata.

Como si adivinase una pregunta en los ojos de doña Sol fijos en él, añadió:

--No extrañe la señora marquesa que la conosca; la he visto muchas veces con el marqués y otros señores cuando iban a las tientas de beserros. He visto también de lejos cómo la señora acosaba con la garrocha a los

bichos. La señora es muy valiente y la más güena moza que se ha visto en esta tierra de Dió. Es gloria pura verla a cabayo, con su calañé, su corbata y su faja. Los hombres debían ir a puñalás por sus ojitos de sielo.

El bandido dejábase arrastrar por su entusiasmo meridional con la mayor naturalidad, buscando nuevas expresiones de elogio para la señora.

Esta palidecía y agrandaba sus ojos con grato terror, comenzando a encontrar interesante al bandolero. ¿Si habría venido al cortijo sólo por ella?... ¿Si se propondría robarla, llevándosela a sus escondrijos del monte, con la rapacidad hambrienta de un pájaro de presa que vuelve del llano a su nido de las alturas?...

El torero también se alarmó escuchando estos elogios de ruda admiración. ¡Maldita sea! ¡En su cortijo... y en su misma cara! Si continuaba así, iba a subir en busca de la escopeta, y por más \_Plumitas\_ que fuese el otro, ya se vería quién se la llevaba.

El bandido pareció comprender de pronto la molestia que causaban sus palabras, y adoptó una actitud respetuosa.

--Usté perdone, señora marquesa. Es cháchara, y na más. Tengo mujer y cuatro hijos, y la probesita llora por mi causa más que la Virgen de las Angustias. Yo soy moro de paz. Un desgrasio, que es como es porque le persigue la mala sombra.

Y como si tuviese empeño en hacerse agradable a doña Sol, rompió en entusiastas elogios a su familia. El marqués de Moraima era uno de los hombres que más respetaba en el mundo.

--Toos los ricos que juesen así. Mi pare trabajó pa él, y nos hablaba de su carriá. Yo he pasao unas calenturas en un chozo de pastores de una dehesa suya. Lo ha sabío él, y no ha dicho na. En sus cortijos hay orden pa que me den lo que pía y me dejen en paz... Esas cosas no se orvían nunca. ¡Con tanto rico pillo que hay en er mundo!... A lo mejor lo encuentro solo, montao en su cabayo lo mismo que un chaval, como si por él no pasasen años. «Vaya usté con Dió, señó marqué.» «Salú, muchacho.» No me conose, no adivina quién soy, porque yevo mi compañera--y señalaba a la carabina--metía bajo la manta. Y a mí me dan ganas de pararlo y pedirle la mano, no pa chocarla, eso no (¡cómo va un señó tan güeno a chocarla conmigo, que yevo sobre el arma tantas muertes y estropisios!), sino pa besársela como si fuese mi pare, pa arrodiarme y darle grasía por lo que jase conmigo.

La vehemencia con que hablaba de su agradecimiento no conmovía a doña Sol. ¿Y aquél era el famoso \_Plumitas\_?... Un pobre hombre, un buen conejo del campo, que todos miraban como lobo, engañados por la fama.

--Hay ricos muy malos--prosiguió el bandido--. ¡Lo que argunos jasen

sufrió a los probes!... Serca de mi pueblo hay uno q  
ue da dinero a rédito  
y es más perverso que Judas. Le envié una rasón pa  
que no hisiese pená a  
la gente, y el muy ladrón, en vez de haserme caso,  
avisó a la Guardia  
siví pa que me persiguiera. Totá: que le quemé un p  
ajar, jice contra él  
otras cosiyas, y yeva más de medio año sin ir a Sev  
iya, sin salí der  
pueblo, por mieu a encontrarse con el \_Plumitas\_. O  
tro iba a desahuciar  
a una probe viejesita porque yevaba un año sin pagá  
el alquiler de una  
casucha en la que vive desde tiempo de sus pares. M  
e fui a ve al señó un  
anocheser, cuando iba a sentarse a cená con la fami  
lia. «Mi amo, yo soy  
el \_Plumitas\_, y nesesito sien duros.» Me los dio,  
y me fui con ellos a  
la vieja. «Abuela, tome: páguele a ese judío, y lo  
que sobre pa usté y  
que de salú le sirva.»

Doña Sol contempló con más interés al bandido.

--¿Y muertes?--preguntó--. ¿Cuántos ha matado usted  
?

--Señora, no hablemos de eso--dijo el bandolero con  
gravedad--. Me  
tomaría usté repugnancia, y yo no soy mas que un in  
feliz, un desgrasiao  
a quien acorralan y se defiende como puee...

Transcurrió un largo silencio.

--Usté no sabe cómo vivo, señora marquesa--continuó  
--. Las fieras lo  
pasan mejor que yo. Duermo donde pueo o no duermo.  
Amanesco en un lao de  
la provinsia pa acostarme en el otro. Hay que tené



el ojo bien abierto y  
la mano dura, pa que le respeten a uno y no lo vendan. Los probes son güenos, pero la miseria es una cosa fea que güerve malo al mejor. Si no me tuviean mieo, ya me habrían entregao a los sivil es muchas veses. No tengo más amigos de verdá que mi jaca y ésta--y mostró la carabina--. A lo mejor me entra la murria de ver a mi hembra y a mis pequeños, y entro por la noche en mi pueblo, y toos los vesinos, que me apresian, jasen la vista gorda. Pero esto cualquier día acabará mal...

Hay veses que me jarto de la soleá y nesesito ver gente. Hase tiempo que quería venir a \_La Rinconá\_. «¿Por qué no he de ver de serca al se ñó Juan Gallardo, yo que le apresio y le he tocao parmas?» Pero le veía a usté siempre con muchos amigos, o estaban en el cortijo su señora y su mare con chiquillos. Yo sé lo que es eso: se habrían asustao a morir sólo con ver al \_Plumitas\_... Pero ahora es diferente. Ahora ven ía usté con la señora marquesa, y me he dicho: «Vamos ayá a saluar a esos señores y platicá un rato con eyos.»

Y la fina sonrisa con que acompañaba estas palabras establecía una diferencia entre la familia del torero y aquella se ñora, dando a entender que no eran un secreto para él las relaciones de Gallardo y doña Sol. Perduraba en su alma de hombre del campo el respeto a la legitimidad del matrimonio, creyéndose autorizado a mayores libertades con la aristocrática amiga del torero que con las p

obres mujeres que  
formaban la familia de éste.

Pasó por alto doña Sol estas palabras y acosó con sus preguntas al  
bandolero, queriendo saber cómo había llegado a su  
estado actual.

--Na, señora marquesa: una injustisia; una desgrasia de esas que caen  
sobre nosotros los probes. Yo era de los más listos de mi pueblo, y los  
trabajaores me tomaban siempre por pregonero cuando había que pedir algo  
a los ricos. Sé leé y escribí; de muchacho fui sacristán, y me sacaron  
el mote de \_Plumitas\_ porque andaba tras de las gallinas arrancándolas  
plumas del rabo pa mis escrituras.

Una manotada de \_Potaje\_ le interrumpió.

--Compare, ya había yo camelao denque te vi que eres rata de iglesia o  
argo paresío.

El \_Nacional\_ callaba, sin atreverse a estas confianzas, pero sonreía  
levemente. ¡Un sacristán convertido en bandido! ¡Qué cosas diría don  
Joselito cuando él le contase eso!...

--Me casé con la mía, y tuvimos el primer chiquiyo. Una noche yama en  
casa la pareja de los siviles y se me yeva fuera del pueblo, a las eras.  
Habían disparao unos tiros en la puerta de un rico, y aqueyos güenos  
señores empeñaos en que era yo... Negué y me pegaron con los fusiles.  
Gorví a negar y gorvieron a pegarme. Pa abreviá: que me tuvieron hasta

la aurora gorpeándome en todo er cuerpo, unas veses  
con las baquetas,  
otras con las culatas, hasta que se cansaron, y yo  
queé en er suelo sin  
conosimiento. Me tenían atao de pies y manos, gorpe  
ándome como si fuese  
un fardo, y entoavía me desían: «¿No eres tú el más  
valiente del pueblo?  
Anda, defiéndete; a ver hasta dónde yegan tus reaño  
s.» Esto fue lo que  
más sentí: la burla. La probesita de mi mujer me cu  
ró como pudo, y yo no  
descansaba, no podía viví acordándome de los golpes  
y la burla... Pa  
abreviá otra vez: un día aparesió uno de los sivile  
s muerto en las eras,  
y yo, pa evitarme un disgusto, me fui ar monte... y  
hasta ahora.

--¡Gachó, buena mano tiés!--dijo \_Potaje\_ con admir  
ación--. ¿Y el otro?

--No sé; debe andá po er mundo. Se fue der pueblo,  
pidió ser trasladao  
con toa su valentía; pero yo no le orvíó. Tengo que  
darle una razón. A  
lo mejor, me disen que está al otro lao de España,  
y allá voy, aunque  
estuviera en er mismo infierno. Dejo la yegua y la  
carabina a cualquier  
amigo pa que me las guarde, y tomo el tren como un  
señor. He estao en  
Barselona, en Valladolid, en muchas ciudades. Me pon  
go serca del cuartel  
y veo a los siviles que entran y salen. «Este no es  
mi hombre; este  
tampoco.» Se equivocan al darme informes; pero no i  
mporta. Lo busco hace  
años y yo lo encontraré. A no ser que se haya muert  
o, lo que sería una  
lástima.

Doña Sol seguía con interés este relato. ¡Una figura original el tal \_Plumitas\_! Se había equivocado al creerle un conejo.

El bandido callaba, frunciendo las cejas, como si temiera haber dicho demasiado y quisiera evitar una nueva expansión de confianza.

--Con su permiso--dijo al espada--voy a la cuadra a ver cómo han tratado a la jaca... ¿Vienes, camará?... Verás cosa güena.

Y \_Potaje\_, aceptando la invitación, salió con él de la cocina.

Al quedar solos el torero y la dama, aquél mostró su mal humor. ¿Por qué había bajado? Era una temeridad mostrarse a un hombre como aquel; un bandido cuyo nombre era el espanto de las gentes.

Pero doña Sol, satisfecha del buen éxito de su presentación, reía del miedo del espada. Parecíale el bandido un buen hombre, un desgraciado cuyas maldades exageraba la fantasía popular. Casi era un servidor de su familia.

--Yo le creía otro; pero de todos modos, celebro haberle visto. Le daremos una limosna cuando se vaya. ¡Qué tierra ésta tan original! ¡Qué tipos!... ¡Y qué interesante su caza del guardia civil a través de toda España!... Con eso cualquiera podía escribir un folletón de gran interés.

Las mujeres del cortijo retiraron de las llamas del

hogar dos grandes  
sartenes que esparcían un agradable olor de chorizo  
.

--¡A almorzar, cabayeros!--gritó el \_Nacional\_, que  
se atribuía  
funciones de mayordomo en el cortijo de su matador.

En el centro de la cocina había una gran mesa cubie  
rta de manteles, con  
redondos panes y numerosas botellas de vino.

Acudieron al llamamiento el \_Plumitas\_ y \_Potaje\_ y  
varios de los  
empleados del cortijo: el mayoral, el aperador, tod  
os los que  
desempeñaban las funciones de mayor confianza. Iban  
sentándose en dos  
bancos colocados a lo largo de la mesa, mientras Ga  
llardo miraba  
indeciso a doña Sol. Debía comer arriba, en las hab  
itaciones de la  
familia. Pero la dama, riendo de esta indicación, f  
ue a sentarse en la  
cabecera de la mesa. Gustábale la vida rústica, y l  
e parecía muy  
interesante comer con aquellas gentes. Ella había n  
acido para soldado...  
Y con varonil ademán invitó al espada a que se sent  
ase, ensanchando con  
voluptuoso husmeo su graciosa nariz, que admiraba e  
l succulento tufillo  
de los chorizos. Una comida riquísima. ¡Qué hambre  
tenía!...

--Eso está bien--dijo sentenciosamente el \_Plumitas  
\_ al mirar la mesa--.  
Los amos y los criaos comiendo juntos, como disen q  
ue hasían en los  
tiempos antiguos. Es la primera vez que lo veo.

Y se sentó junto al picador, sin soltar la carabina  
 , que conservaba  
entre las rodillas.

--Hazte pa allá, guasón--dijo empujando a \_Potaje\_  
con su cuerpo.

El picador, que le trataba con ruda camaradería, co  
ntestole con otro  
empellón, y los dos hombretones rieron al empujarse  
 , regocijando a todos  
los de la mesa con estos jugueteos brutales.

--Pero ¡mardita sea!--dijo el picador--. ¡Quítate e  
se chisme de entre  
las roíllas! ¿No ves que me está apuntando y que pu  
ee ocurrí una  
desgrasia?

La carabina del bandido, ladeada entre sus piernas,  
dirigía su negro  
agujero hacia el picador.

--¡Cuerga eso, malaje!--insistió éste--. ¿Es que lo  
nesesitas pa comé?

--Bien está así. No hay cuidao--contestó el bandido  
brevemente,  
poniéndose fosco, como si no quisiera admitir indic  
ación alguna sobre  
sus precauciones.

Cogió la cuchara, requirió un gran pedazo de pan y  
miró a los demás, a  
impulsos de su cortesía rural, para convencerse de  
si había llegado el  
momento de comer.

--¡Salú, señores!

Acometió el enorme plato que habían colocado en el  
centro de la mesa

para él y los dos toreros. Otro plato igual humeaba  
más allá para la  
gente del cortijo.

Su voracidad pareció avergonzarle de pronto, y a la  
s pocas cucharadas se  
detuvo, creyendo necesaria una explicación.

--Dende ayer mañana que no he probao mas que un men  
drugo y un poco de  
leche que me dieron en un chozo de pastor. ¡Güen ap  
etito!...

Y volvió a acometer el plato, acogiendo con guiños  
de ojos y un continuo  
mover de mandíbulas las bromas de \_Potaje\_ sobre su  
voracidad.

El picador quería hacerle beber. Intimidado en pres  
encia del maestro,  
que temía sus borracheras, miraba con ansiedad los  
frascos de vino  
puestos al alcance de su mano.

--Bebe, \_Plumitas\_. El pasto en seco es mu malo. Ha  
y que remojarlo.

Y antes de que el bandido aceptara su invitación, e  
l picador bebía y  
bebía apresuradamente. \_Plumitas\_ sólo de tarde en  
tarde tocaba su vaso,  
luego de vacilar mucho. Le tenía miedo al vino: hab  
ía perdido la  
costumbre de beberlo. En el campo no siempre lo enc  
ontraba. Además, el  
vino era el peor enemigo para un hombre como él, qu  
e necesitaba vivir  
muy despierto y en guardia.

--Pero aquí estás entre amigos--decía el picador--.  
Haste cuenta,  
\_Plumitas\_, que estás en Seviya bajo el mismísimo m

anto de la Virgen de  
la Macarena. No hay quien te toque... Y si vinieran  
por una casualiá los  
siviles, yo me pongo a tu lao, agarro una garrocha  
y no dejamos vivo a  
uno de esos gandules. ¡Y poco que me gustaría haser  
me caballista der  
monte!... Siempre me ha tirao eso.

--¡\_Potaje\_!--dijo el espada desde el extremo de la  
mesa, temiendo la  
locuacidad del picador y su vecindad con las botell  
as.

El bandido, a pesar de beber poco, tenía el rostro  
coloreado y sus  
ojillos azules brillaban con una luz de alegría. Ha  
bía escogido su sitio  
frente a la puerta de la cocina, en un lugar desde  
el cual enfilaba la  
entrada del cortijo, viendo una parte del camino so  
litario. De vez en  
cuando pasaba por esta cinta de terreno una vaca, u  
n cerdo, una cabra, y  
la sombra de sus cuerpos, proyectada por el sol sob  
re el suelo amarillo,  
bastaba para que \_Plumitas\_ se estremeciese, pronto  
a dejar la cuchara y  
empuñar el rifle.

Hablaba con sus compañeros de mesa, pero sin aparta  
r la atención del  
exterior, con el hábito de vivir a todas horas pron  
ta a la resistencia o  
a la fuga, cifrando su honra en no ser sorprendido  
nunca.

Cuando acabó de comer aceptó de \_Potaje\_ un vaso má  
s, el último, y quedó  
con una mano bajo la mandíbula, mirando hacia afuer  
a, entorpecido y  
silencioso por la digestión. Era una digestión de b



oa, de estómago  
acostumbrado a nutrirse irregularmente, con prodigi  
osos atracones y  
largas épocas de ayuno.

Gallardo le ofreció un cigarro habano.

--Gracias, señó Juan. No fumo, pero me lo guardaré  
pa un compañerito que  
anda por er monte, y el probe apresia más esto der  
fumá que la misma  
comía. Es un mozo que tuvo una desgrasia, y me ayud  
a cuando hay trabajo  
pa dos.

Se guardó el cigarro bajo la blusa, y el recuerdo d  
e este compañero, que  
a aquellas horas vagaba seguramente muy lejos de al  
lí, le hizo sonreír  
con una alegría feroz. El vino había animado a \_Plu  
mitas\_. Era otra su  
cara. Los ojos tenían unos reflejos metálicos de lu  
z inquietante. El  
rostro mofletudo contraíase con un rictus que parec  
ía repeler su  
habitual aspecto de bondad. Adivinábase en él un de  
seo de hablar, de  
alabarse de sus hazañas, de pagar la hospitalidad a  
sombrando a sus  
bienhechores.

--Ustés habrán oído hablá de lo que hise el mes pas  
ao en er camino de  
Fregenal. ¿De veras que no saben na de eso?... Me p  
use en er camino con  
er compañerito, pues había que parar la diligencia  
y darle una razón a  
un rico que se acordaba de mí a toas horas. Un meto  
mentoo er tal hombre,  
acostumbrao a mover a su gusto alcades, personas y  
hasta siviles. Eso  
que yaman en los papeles un casique. Le envié una r

azón pidiéndole sien  
duros pa un apuro, y lo que hizo fue escribir al go  
bernaor de Seviya,  
armar un escándalo ayá en Madrí y haser que me pers  
iguiesen más que  
nunca. Por curpa de él tuve un fuego con los sivile  
s, der que salí tocao  
en una pierna; y entoavía no contento, pidió que me  
tieran presa a mi  
mujer, como si la probesita pudiera sabé dónde pill  
arían a su marío...  
El Judas no se atrevía a salir de su pueblo por mie  
o al \_Plumitas\_; pero  
en esto desaparecí yo; me fui de viaje, uno de esos  
viajes que les he  
contao, y nuestro hombre tomó confianza y fue un dí  
a a Seviya por sus  
negosios y pa azuzar contra mí a las autoridaes. Es  
peramos al coche que  
volvía de Seviya, y el coche yegó. El compañerito,  
que tié unas manos de  
oro pa pará a cualquiera en er camino, le dio el al  
to al mayoral. Yo  
metí la cabeza y la carabina por la portesuela. Gri  
tos de mujeres, yoros  
de niños, hombres que na desían, pero que paresían  
jechos de sera. Y yo  
dije a los viajeros: «Con ustés no va na. Cálmense,  
señoras; salú,  
cabayeros, y buen viaje... A ve, que eche pie a tie  
rra ese gordo.» Y  
nuestro hombre, que se encogía como si fuese a esco  
nderse bajo las  
faldas de las mujeres, tuvo que bajar, too blanco c  
omo si se le hubiese  
ido la sangre, hasiendo eses lo mismo que si estuvi  
era borracho. Se fue  
el coche, y quedamos solos en medio der camino. «Oy  
e, yo soy el  
\_Plumitas\_, y te voy a dar argo para que te acuerde  
s.» Y le di. Pero no  
lo maté en seguía. Le di en sierto sitio que me sé

yo, pa que viviese  
aún veinticuatro horas y cuando lo recogiesen los s  
iviles pudiera desir  
que era el \_Plumitas\_ quien le había matao. Así no  
había equivocación ni  
podían otros darse importansia.

Doña Sol escuchaba, intensamente pálida, con los la  
bios apretados por el  
terror y en los ojos el extraño brillo que acompaña  
ba a sus misteriosos  
pensamientos.

Gallardo contraía el rostro, molestado por este rel  
ato feroz.

--Ca uno sabe su ofisio, señó Juan--dijo el \_Plumit  
as\_, como si  
adivinase lo que pensaba--. Los dos vivimos de matá  
: usté mata toros y  
yo personas. No hay mas que usté es rico y se yeva  
las parmas y las  
buenas jembras, y yo rabio muchas veses de hambre,  
y acabaré, si me  
descuío, hecho una criba en medio der campo, pa que  
se me coman los  
cuervos. ¡Pero a saber el ofisio no me gana, señó J  
uan! Usté sabe dónde  
debe darle al toro pa que venga al suelo en seguía.  
Yo sé dónde darle a  
un cristiano pa que caiga reondo, pa que dure algo  
entoavía, y pa que  
pase rabiando unas cuantas semanas acordándose der  
\_Plumitas\_, que no  
quíé meterse con nadie, pero que sabe sacudirse a l  
os que se meten con  
él.

Doña Sol sintió otra vez la curiosidad de conocer e  
l número de sus  
crímenes.

--¿Y muertos?... ¿Cuántas personas ha matado usted?

--Me va usté a tomar antipatía, señora marquesa; pero ¡ya que se empeña!... Crea que no me acuerdo de toos, por más que quiero haser memoria. Tal vez irán pa los treinta o los treinta y sinco: no lo sé bien. Con esta vía tan arrastrá, ¿quién piensa en y evar cuentas?... Pero yo soy un infeliz, señora marquesa, un desgrasiao. La curpa fue de aqueyos que me hisieron malo. Esto de las muertes es como las cerezas. Se tira de una y las otras vienen detrás a ocnas. Hay que matar pa seguir viviendo, y si uno siente lástima, se lo comen.

Hubo un largo silencio. La dama contemplaba las manos cortas y gruesas del bandido, con sus uñas roídas. Pero el \_Plumitas\_ no se fijaba en la «señora marquesa». Toda su atención era para el espada, queriendo manifestarle su agradecimiento por haberle recibido a su mesa y desvanecer el mal efecto que parecían causarle sus palabras.

--Yo le respeto a usté, señó Juan--añadió--. Denque le vi torear por primera vez, me dije: «Eso es un mozo valiente.» Usted tiene muchos afisionaos que le quieren, ¡pero como yo...! Figúrese que pa verle me he disfrasao muchas veces y he entrao en las ciudades, expuesto a que me echen el guante. ¿Es eso afisión?

Gallardo sonreía, con movimientos afirmativos de ca

beza, halagado ahora  
en su orgullo de artista.

--Aemás--continuó el bandido--, nadie dirá que yo h  
e venío a \_La  
Rinconá\_ a pedí ni un pedaso de pan. Muchas veses h  
e tenío hambre o me  
han hecho farta sinco duros andando por serca de aq  
uí, y entoavía hasta  
hoy se me ocurrió pasar el alambrao der cortijo. «E  
l señó Juan es sagrao  
pa mí (me dije siempre). Gana el dinero lo mismo qu  
e yo: exponiendo la  
vía. Hay que tené compañerismo...» Porque usté no n  
egará, señó Juan, que  
aunque usté sea un presonaje y yo un desgrasiao de  
lo peorsito, los dos  
somos iguales, los dos vivimos de jugar con la muer  
te. Ahora estamos  
aquí tranquilos comiendo, pero el mejor día, si Dió  
nos deja de la mano  
y se cansa de nosotros, a mí me recogen al lao de u  
n camino, como un  
perro rabioso, hecho peazos, y a usté, con toos sus  
capitales, le sacan  
de una plaza con los pies pa alante, y aunque hable  
n cuatro semanas los  
papeles de su desgrasia, mardito lo que usté lo agr  
adeserá estando en el  
otro mundo.

--Es verdad... es verdad--dijo Gallardo con súbita  
palidez por estas  
palabras del bandido.

Reflejábase en su rostro el temor supersticioso que  
le acometía al  
aproximarse los momentos de peligro. Su destino le  
parecía igual al de  
aquel vagabundo terrible, que forzosamente un día u  
otro había de caer  
en su lucha desigual.

--Pero ¿usté cree que yo pienso en la muerte?--continuó el  
\_Plumitas\_--. No me arrepiento de na y sigo mi camino. Yo también tengo mis gustos y mis orgullitos, lo mismo que usté cuando lee en los papeles que estuvo muy bien en tal toro y que le dieron la oreja. Figúrese usté que toa España habla der \_Plumitas\_, que los periódicos cuentan las mayores mentiras sobre mi persona, que hasta, según disen, van a sacarme en los teatros, y que en Madrí, en ese palasio donde se reunen los diputaos a platicar, hablan de mi persona casi toas las semanas. Ensima de eso, el orguyo de yevar un ejérsito detrás de mis pasos, de verme yo, un hombre solito, gorviendo locos a mil que cobran del gobierno y gastan espada. El otro día, un domingo, entré en un pueblo a la hora de misa y detuve la yegua en la plaza, junto a unos ciegos que cantaban y tocaban la guitarra. La gente miraba boba un cartelón que yevaban los cantores representando un güen mozo de calañé y patiyas, vestido de lo más fino, montao en un cabayo magnífico, con el trabuco en el arzón y una gachí de buenas carnes a la grupa. Tardé en enterarme que aquer güen mozo era el retrato der \_Plumitas\_... Eso da gusto. Ya que uno anda roto y hecho un Adán, pasando hambres, güeno es que la gente se lo figure de otro modo. Les compré el papel con lo que cantaban, y aquí lo yevo: la vía completa der \_Plumitas\_, con muchas mentiras, pero toda ella puesta en versos. Cosa güena. Cuando me tiendo en el monte, la leo pa

aprendérmela de  
memoria. Debe haberla escrito algún señor que sabe mucho.

El temible \_Plumitas\_ mostraba un orgullo infantil al hablar de sus glorias. Repelía ahora la modestia silenciosa con que había entrado en el cortijo, aquel deseo de que olvidasen su persona, para no ver en él mas que un pobre viandante empujado por el hambre. Se enardecía al pensar que su nombre era famoso y sus actos alcanzaban inmediatamente los honores de la publicidad.

--¿Quién me conocería--continuó--si hubiese seguido viviendo en mi pueblo?... Yo he pensado mucho sobre esto. A los de abajo no nos queda otro recurso que rabiar trabajando pa otros o seguir la única carrera que da dinero y nombre: matá. Yo no servía pa matá toros. Mi pueblo es de la sierra y no tiene reses bravas. Además, soy pesado y poco habilioso... Por eso maté personas. Es lo mejor que puee haser un probe pa que le respeten y abrirse camino.

El \_Nacional\_, que había escuchado hasta entonces con muda gravedad las palabras del bandido, creyó necesario intervenir.

--El probe lo que necesita es instrucción: sabé leé y escribí.

Provocaron estas palabras del \_Nacional\_ las risas de todos los que conocían su manía.

--Ya sortaste la tuya, camará--dijo \_Potaje\_--. Dej

a que \_Plumitas\_ siga explicándose, que lo que él dise es mu güeno.

El bandido acogió con desprecio la interrupción del banderillero, al que tenía en poco por su prudencia en el redondel.

--Yo sé leé y escribí. ¿Y pa qué sirve eso? Cuando vivía en el pueblo, me servía pa hacerme señalá y pa que mi suerte me pareciese más dura... Lo que el probe nesecita es justisia, que le den lo suyo; y si no se lo dan, que se lo tome. Hay que ser lobo y meté mieo. Los otros lobos le respetan a uno y las reses hasta se dejan comer, agradesías. Que te vean cobarde y sin fuerzas, y hasta las ovejas harán aguas en tu cara.

\_Potaje\_, que estaba ya borracho, asentía con entusiasmo a todo lo dicho por el \_Plumitas\_. No entendía bien sus palabras, pero al través de la neblina opaca de su embriaguez creía distinguir un resplandor de suprema sabiduría.

--Esa es la verdá, camará. Palo a too er mundo. Sigue, que estás mu güeno.

--Yo he visto lo que es la gente--continuó el bandido--. El mundo está dividío en dos familias: esquilaos y esquilaores. Yo no quiero que me esquilen; yo he nasío pa esquilaor, porque soy muy hombre y no tengo mieo a nadie. A usté, señó Juan, le ha pasao lo mismo. Por riñones se ha salío der ganao de abajo; pero su camino es mejó que el mío.



Permaneció un rato contemplando al espada, y luego añadió con acento de convicción:

--Creo, señó Juan, que hemos venío al mundo argo tarde. ¡Las cosas que hubiésemos hecho en otros tiempos unos mozos como nosotros, de valor y de vergüenza! Ni usté mataría toros ni yo andaría por los campos perseguío como una mala bestia. Seríamos virreyes, archipámpanos, cuarquier cosa grande, al otro lao de los mares. ¿Usté no ha oído hablar de un tal Pizarro, señó Juan?...

El señor Juan hizo un gesto indefinible, no queriendo revelar su ignorancia ante este nombre misterioso que oía por vez primera.

--La señora marquesa sí que sabe quién es mejor que yo, y me perdonará si igo barbariaes. Yo me enteré de esa historia cuando era sacristán y me sortaba a leer en los romances viejos que guardaba el cura... Pues Pizarro era un probe como nosotros, que pasó el mar, y con doce o trece gachós tan pelaos como él se metió en una tierra que ni el propio Paraíso... un reino donde está el Potosí: no igo más. Tuvieron no sé cuántas batallas con las gentes de las Américas, que yevan plumas y flechas, y al fin se hisieron los amos, y apandaron los tesoros de los reyes de allá, y el que menos llenó su casa hasta el tejao, toa de moneas de oro, y no quedó uno que no lo hisiesen marqués, general o

presonaje de justisia. Y como éstos, otros muchos.  
Figúrese usté, señó  
Juan, si llegamos a vivir entonses... Lo que nos ha  
bría costao a usté y  
a mí, con algunos de estos güenos mozos que me oyen  
, haser tanto o más  
que ese Pizarro...

Y los hombres del cortijo, siempre silenciosos, per  
o brillándoles los  
ojos de emoción por esta historia maravillosa, asen  
tían con la cabeza a  
las ideas del bandido.

--Repito que hemos nasío tarde, señó Juan. El güen  
camino está cerrao a  
los probes. El español no sabe qué haser. No queda  
ya aónde ir. Lo que  
había en er mundo por repartirse se lo han apropiao  
los ingleses y otros  
extranjis. La puerta está cerrá, y los hombres de c  
orazón tenemos que  
pudrirnos dentro de este corral, oyendo malas palab  
ras porque no nos  
conformamos con nuestra suerte. Yo, que tal vez hub  
iera llegao a rey en  
las Américas o en cualquier otro sitio, voy pregona  
o por los caminos y  
hasta me llaman ladrón. Usté, que es un valiente, m  
ata animales y se  
lleva parmas; pero yo sé que muchos señores miran l  
o del toreo como  
ofisio bajo.

Doña Sol intervino para dar un consejo al bandolero  
. ¿Por qué no se  
hacía soldado? Podía huir a lejanos países, adonde  
hubiese guerras, y  
utilizar sus fuerzas noblemente.

--Sí que sirvo pa eso, señora marquesa. Lo he pensa  
o muchas veses.

Cuando duermo en algún cortijo o me escondo en mi casa por unos días, la primera vez que me meto en cama como cualquier cristiano y como de caliente en una mesa como ésta, me lo agradese el cuerpo; pero endispues me canso y paese que me tira el monte con sus miserias, y que me hase farta dormir al raso envuelto en la manta y con una piedra de cabesera... Sí; yo sirvo pa sordao; yo sería un güen sordao... Pero ¿aónde ir?... Se acabaron las guerras de verdad, donde ca uno, con un puñao de camarás, hacía lo que le aconsejaba su caletre. Hoy no hay mas que ganaerías de hombres, toos con el mismo color y la misma marca, que sirven y mueren como payasos. Ocurre lo mismo que en el mundo: esquilaos y esquilaos. Hace usté una gran cosa, y se la apropió el coronel; riñe usté como una fiera, y le dan el premio al general. .. No: también he nasío tarde pa sordao.

Y \_Plumitas\_ bajó los ojos, quedando un buen rato como absorto en la interna contemplación de su desgracia, viéndose sin lugar en la época presente.

De pronto requirió la carabina, intentando ponerse de pie.

--Me voy... Muchas gracias, señó Juan, por sus atenciones. Salú, señora marquesa.

--Pero ¿aónde vas?--dijo \_Potaje\_ tirando de él--. ¡Siéntate, malaje! En ningún sitio estarás mejor que aquí.

EL picador deseaba prolongar la estancia del bandolero, satisfecho de hablar con él como con un amigo de toda la vida y poder contar luego en la ciudad su interesante encuentro.

--Yevo tres horas aquí; debo irme. Nunca paso tanto tiempo en un sitio descubierto y llano como \_La Rinconá\_. Tal vez a estas horas hayan ido con el soplo de que estoy aquí.

--¿Ties mieo a los siviles?--preguntó \_Potaje--. No vendrán; y si vienen, yo estoy contigo.

\_Plumitas\_ hizo un gesto despectivo. ¡Los civiles! Eran hombres como los demás; los había valientes, pero todos ellos padres de familia, que procuraban no verle y llegaban tarde al saber que estaba en un sitio. Unicamente iban contra él cuando la casualidad los ponía frente a frente, sin medio de evadirse.

--El mes pasao estaba yo en el cortijo de las \_Sinc o chimeneas\_ almorzando como estoy aquí, aunque sin tan güena compañía, cuando vi venir seis siviles de a pie. Estoy sierto de que no sabían que estaba yo allí y que venían sólo por refrescá. Una mala casualiá; pero ni ellos ni yo podíamos huir el bulto en presensia de toa la gente der cortijo. Eso se cuenta endispués, y las malas lenguas pierden el respeto y disen que si toos somos unos cobardes. El cortijero cerró la puerta, y los guardias comenzaron a dar culatazos pa que abriese.

Yo le mandé que él y un gañán se colocasen tras las dos hojas. «Cuando o s diga «¡ahora!», abrís de par en par.» Monté en la jaca y me puse el revólver en la mano. «¡Ahora!» Se abrió la puerta, y yo salí echando demonios. Ustés no saben lo que es la probesita de mi jaca. Me sortaron no sé cuántos tiros, pero ¡na! Yo también sorté lo mío al salir, y, según dicen, toqué a dos guardias... Pa abreviá: que me fui agarrao al cuello de la jaca pa que no me hisieran blanco, y los siviles se la vengaron dándoles una paliza a los del cortijo. Por eso lo mejor es no decir nada de mis visitas, señó Juan. Después vienen los del tricornio y lo marean a usté a preguntas y declaraciones, como si con esto fuesen a cogerme.

Los de \_La Rinconada\_ asentían mudamente. Ya lo sabían ellos. Había que callar la visita, para evitarse molestias, como lo hacían en todos los cortijos y ranchos de pastores. Este silencio general era el auxiliar más poderoso del bandido. Además, todos estos hombres del campo eran admiradores del \_Plumitas\_. Su rudo entusiasmo lo contemplaba como un héroe vengador. Nada malo debían temer de él. Sus amenazas sólo pesaban sobre los ricos.

--No les tengo miedo a los siviles--continuó el bandido--. A quien temo es a los probes. Toos son güenos; pero ¡qué cosa tan fea es la miseria! Yo sé que no me matarán los del tricornio: no tienen balas pa mí. Si alguien me mata, será algún probe. Les deja uno ase

rcarse sin mío,  
porque son del brazo de uno, y entonses se aprovech  
an del descuío. Yo  
tengo enemigos: gente que me la tié jurá. A veces h  
ay charranes que  
yevan el soplo con la esperansa de unas pesetas, o  
descastaos que se les  
manda una cosa y no la hasen; y pa que toos respete  
n a uno, hay que tené  
la mano dura. Si uno les pincha de verdá, quea la f  
amilia pa vengarse.  
Si uno es bueno y se contenta con bajarles los calz  
ones y haserles una  
carisia con un puñao de ortigas y cardos, se acuerd  
an de esta broma toa  
su vía... A los probes, a los de mi brazo, es a los  
que tengo mío.

Detúvose \_Plumitas\_, y mirando al espada añadió:

--Aemás, están los afisionaos, los discipuliyos, la  
gente joven, que  
viene detrás arreando. Señó Juan, diga la verdá: ¿q  
uién le da a usté más  
fatigas, los toros, o toos esos novilleros que sale  
n empujaos por el  
hambre y quieren quitar los moños a los maestros?..  
. Lo mismo me pasa a  
mí. ¡Cuando igo que somos iguales!... En ca pueblo  
hay un güen mozo que  
sueña con ser mi hereero y espera pillarme un día d  
urmiendo a la sombra  
de un árbol y haserme volar la cabeza a boca de jar  
ro. ¡Menúo cartel que  
se gana el que se cargue al \_Plumitas\_!...

Luego de esto se fue a la cuadra, seguido de \_Potaj  
e\_, y un cuarto de  
hora después sacó al patio del cortijo la fuerte ja  
ca, inseparable  
compañera de sus andanzas. El huesudo animal parecí  
a más grande y lucido

tras las breves horas de abundancia en los pesebres de \_La Rinconada\_.

\_Plumitas\_ le acarició los flancos, interrumpiéndose en el arreglo de la manta sobre el arzón. Podía estar contenta. Pocas veces se vería tan bien tratada como en el cortijo del señor Juan Gallardo. Ahora a portarse bien, que la jornada iba a ser larga.

--¿Y aónde vás, camará?--dijo \_Potaje\_.

--Eso no se pregunta... ¡Por er mundo! Ni yo mismo lo sé... ¡A lo que se presente!

Y poniendo la punta de un pie en uno de los estribos oxidados y manchados de barro, dio un salto, quedando erguido sobre la silla.

Gallardo se separó de doña Sol, que contemplaba los preparativos de marcha del bandido con sus ojos indefinibles y la boca pálida, apretada por la emoción.

El torero rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y avanzó hacia el jinete, tendiéndole con disimulo unos papeles arrugados dentro de su mano.

--¿Qué es eso?--dijo el bandido--. ¿Dinero?... Gracias, señó Juan. A usted le han dicho que hay que darme algo cuando me voy de un cortijo; pero eso es pa los otros, pa los ricos que ganan er dinero de rositas. Usted lo gana exponiendo la vía. Somos compañeros. Guárdeselo, señó Juan.

El señor Juan se guardó los billetes, algo contrariado por esta negativa del bandido, que se empeñaba en tratarle como a un compañero.

--Ya me brindará usted un toro si alguna vez nos vemos en la plaza--añadió el \_Plumitas--. Eso vale más que todo el oro del mundo.

Avanzó doña Sol hasta colocarse junto a una pierna del jinete, y quitándose una rosa de otoño que llevaba en el pecho, se la ofreció mudamente, mirándolo con sus ojos verdes y dorados.

--¿Es pa mí?--preguntó el bandido con una entonación de sorpresa y asombro--. ¿Pa mí, señora marquesa?

Al ver el movimiento afirmativo de la señora, tomó la flor con embarazo, manejándola torpemente, como si fuese de abrumadora pesadez, no sabiendo dónde colocarla, hasta que al fin la introdujo en un ojal de su blusa, entre los dos extremos del pañuelo rojo que llevaba al cuello.

--¡Esto sí que es güeno!--exclamaba, ensanchando con una sonrisa su faz carillena--. En la vía me ha pasao na igual.

El rudo jinete parecía conmovido y turbado al mismo tiempo por el carácter femenino del presente. ¡Rositas a él!...

Tiró de las riendas de la jaca.

--Salú a toos, cabayeros. Hasta que nos gorvamos a



ve... Salú, güen  
mozo. Arguna vez te echaré un cigarro si pones una  
güena vara.

Se despidió dando un rudo manotón al picador, y el  
centauro le contestó  
con un puñetazo en un muslo que hizo temblar la rec  
ia musculatura del  
bandido. ¡Qué \_Plumitas\_ tan simpático!... \_Potaje\_  
, en la ternura de su  
embriaguez, quería irse al monte con él.

--¡Adió! ¡adió!

Y picando espuelas a la jaca, salió a trote largo d  
el cortijo.

Gallardo mostrábase satisfecho al ver que se alejab  
a. Después miró a  
doña Sol, que permanecía inmóvil, siguiendo con los  
ojos al jinete, el  
cual se empequeñecía en lontananza.

--¡Qué mujer!--murmuró el espada con desaliento--.  
¡Qué señora tan  
loca!...

Suerte que el \_Plumitas\_ era feo y andaba haraposo  
y sucio como un  
vagabundo.

Si no, se va con él.

## VI

--Paece mentira, Sebastián. Un hombre como tú, con  
mujer y con hijos,  
prestarte a esas alcahueterías... ¡Yo que te creía

otro y tenía la  
confianza en ti cuando salías de viaje con Juaniyo!  
¡Yo que me quedaba  
tranquila porque iba con una persona de carácter!..  
. ¿Aónde están toas  
esas cosas de tus ideas y tu religión? ¿Es que eso  
lo manda la reunión  
de judíos que os juntáis en casa de don Joselito el  
maestro?

El \_Nacional\_, asustado por la indignación de la ma  
dre de Gallardo y  
conmovido por las lágrimas de Carmen, que lloraba s  
ilenciosa, ocultando  
su cara tras un pañuelo, se defendía torpemente. Pe  
ro al escuchar las  
últimas palabras, se irguió con gravedad sacerdotal  
.

--Señá Angustias, no me toque usté las ideas y deje  
en paz si quiere a  
don Joselito, que na tié que ver en too esto. ¡Por  
vía e la paloma azul!  
Yo fui a \_La Rinconá\_ porque me lo mandó mi mataor.  
¿Usté sabe lo que es  
una cuadrilla? Pues lo mismo que el ejérsito: disip  
lina y servilismo. El  
mataor manda, y hay que obedecer. Como que esto de  
los toros es de los  
tiempos de la Inquisición, y no hay ofisio más reas  
ionario.

--¡Payaso!--gritó la señora Angustias--. ¡Güeno est  
ás tú con toas esas  
fábulas de Inquisición y reaciones! Entre toos está  
is matando a esta  
probesita, que se pasa el día sortando lágrimas com  
o la Dolorosa. Tú lo  
que quieres es tapá las charranás de mi hijo, porqu  
e te da a comé.

--Usté lo ha dicho, señá Angustias; Juaniyo me da a

comé, eso es. Y como  
me da a comé, tengo que obedeserle... Pero venga us  
té aquí, señora:  
póngase en mi caso. Que me dise mi mataor que hay q  
ue ir a \_La  
Rinconá\_... Güeno. Que a la hora de dirnos me encue  
ntro en el otomóvil  
con una señorona mu guapa... ¿Qué vamos a haserle?  
El mataor manda.  
Aemás, no iba yo solo. También iba \_Potaje\_, que es  
persona de arguna  
edá y de respeto, aunque sea un bruto. Nunca se ríe  
.

La madre del torero se indignó con esta excusa.

--\_¡Potaje!\_ Un mal hombre, que Juaniyo no debía ye  
var en su cuadrilla  
si tuviese vergüensa. No me hables de ese borracho,  
que le pega a su  
mujer y tiene muertos de hambre a los chicos.

--Güeno: fuera \_Potaje\_... Digo que vi aqueya señor  
ona, ¿y qué iba a  
hasé? No era una pelandusca; es la sobrina der marq  
ués, una partidaria  
del maestro, y los toreros ya sabe usté que han de  
estar bien con la  
gente que puede. Hay que vivir der público. ¿Qué ma  
l hay en esto?...  
Aluego, en er cortijo, ¡na! Se lo juro a usté por l  
os míos: ¡na! ¡Güeno  
soy yo pa aguantar ese mochuelo, aunque me lo manda  
se mi mataor! Yo soy  
una persona desente, señá Angustias, y hase usté ma  
l en yamarme eso feo  
que me ha yamao endenantes. ¡Por vía e la paloma!..  
. Cuando se es del  
comité y vienen a consultarle a uno en día de elecs  
iones, y concejales y  
diputaos han chocao esta mano que usté ve aquí, ¿se  
pueden haser siertos

papeles?... Repito que na. Se hablaban de usté, lo mismo que usté y yo; ca uno pasó la noche por su lao; ni una mala mirada, ni una palabra fea. Desensia a toas horas... Y si usté quisiera que viniese \_Potaje\_, él le diría...

Pero Carmen le interrumpió con una voz quejumbrosa cortada por suspiros.

--¡En mi casa!--gemía con expresión de asombro--. ¡En el cortijo!... ¡Y eya se acostó en mi cama!... Yo lo sabía too, y cayaba, ¡cayaba!... ¡Pero esto! ¡Josú! ¡Esto, que no hay en toa Seviya un hombre que se atreva a tanto!...

El \_Nacional\_ intervino bondadosamente. Calma, señora Carmen. ¡Si aquello no tenía importancia! Una visita al cortijo de una mujer entusiasta del maestro, que deseaba ver de cerca cómo vivía en el campo. Estas señoras medio extranjeras son siempre caprichosas y raras. ¡Pues si ella hubiese visto a las francesas, cuando fue la cuadrilla a torear en Nimes y Arlés!...

--Total, na. ¡Too... «líquido»! Hombre, ¡por la paloma azul! Tendría gusto en conosé al desahogao que ha venío con el sople. Yo de Juaniyo, si era arguien der cortijo, lo ponía en la puerta; y si de fuera, yamaba al juez pa que lo metiera en la cárcel por embuster o y mal enemigo.

Seguía llorando Carmen, sin escuchar las indignadas expresiones del

banderillero, mientras la señora Angustias, sentada en una silla de brazos, contra los cuales se apelotonaba su desbordante obesidad, fruncía el ceño y apretaba la boca velluda y rugosa .

--Caya, Sebastián, y no mientas--dijo la vieja--. Lo sé too. Una juerga indesente el tal viaje al cortijo; una fiesta de gitanos. Hasta dicen que estuvo con vosotros \_Plumitas\_ el ladrón.

Aquí dio un salto el \_Nacional\_, a impulsos de la sorpresa y la inquietud. Le pareció que entraba en el patio, hollando las losas de mármol, un jinete mal pergeñado, con sombrero mugriento, y se apeaba de su jaca, apuntándole con una carabina por hablador y miedoso. Luego le pareció ver tricornios, muchos tricornios de brillante hule, bocas bigotudas y preguntonas, manos que escribían, y toda la cuadrilla, vestida con trajes de luces, atada codo con codo, camino de la cárcel. Aquí sí que había que negar enérgicamente.

--«¡Líquido!» ¡Too «líquido»! ¿Qué habla usted de \_Plumitas\_? Allí no hubo mas que desensia. ¡Hombre, no fartaba más sino que a un ciudadano como yo, que yevo a las urnias más de cien votos de mi barrio, le acumulasen que es amigote der \_Plumitas\_!

La señora Angustias, vencida por las protestas del \_Nacional\_ y poco segura de esta última noticia, acabó por no creerla . Bueno; nada del \_Plumitas\_. ¡Pero lo otro! ¡La ida al cortijo con a

quella... hembra! Y  
firme en su ceguera de madre, que hacía caer toda la  
responsabilidad de  
los actos del espada sobre sus acompañantes, siguió  
increpando al  
\_Nacional\_.

--Ya le diré a tu mujer quién eres. La probesita ma  
tándose en su tienda,  
del amanecer a la noche, y tú yéndote de juerga, co  
mo un chaval. Debías  
tener vergüenza... ¡a tus años! ¡con tanto chiquiyo  
!...

El banderillero acabó por marcharse, huyendo de la  
señora Angustias,  
que, a impulsos de la indignación, mostraba la mism  
a ligereza de lengua  
de los tiempos en que trabajaba en la Fábrica de Ta  
bacos. Proponíase no  
volver más a la casa de su maestro.

Encontraba a Gallardo en la calle. Parecía malhumor  
ado, pero al ver a su  
banderillero fingíase sonriente y animoso, como si  
no hiciesen mella en  
él los disgustos domésticos.

--Aqueyo está mal, Juaniyo. No güervo a tu casa aun  
que me yeven  
arrastrando. Tu mare me insulta como si fuese yo un  
gitano de Triana.  
Tu mujer yora y me mira, como si tuviese yo también  
la curpa de too.  
Hombre, otra vez haz el favor de no acordarte de mí  
. Toma a otro de  
socio cuando vayas con hembras.

Gallardo sonrió satisfecho. No sería nada; aquello  
pasaba pronto.  
Tormentas mayores había afrontado.

--Lo que debes asé es vení por casa. Así, con mucha gente, no hay bronca.

--¿Yo?--exclamaba el \_Nacional--. Primero cura.

Tras estas palabras, el espada creía inútil insistir. Pasaba gran parte del día fuera de su casa, lejos del silencio huraño de las mujeres, interrumpido muchas veces con lagrimeos, y cuando volvía era con escolta, amparándose en su apoderado y otros amigos.

El talabartero fue también un gran auxiliar para Gallardo. Por primera vez miró éste a su cuñado como un hombre simpático, notable por su buen seso, y digno de mejor suerte. El era quien durante las ausencias del matador se encargaba de apaciguar a las mujeres, incluso a la suya, dejándolas como furias cansadas.

--Vamos a ver--decía--, ¿qué es too? Una niñá sin importancia. Ca uno es quien es, y Juaniyo es un presonaje, y nesecita tratarse con gentes de poer. ¡Que esa señora fue al cortijo! ¿y qué?... Ha y que orsequiar a las güenas amistades; así se pueen pedir favores y ayudar después a los de la familia. Na malo pasó: too calumnias. Estaba allí el \_Nacional\_, que es un hombre de carácter. Le conozco mucho.

Y por primera vez en su vida alababa al banderillero. Metido a todas horas en la casa, su auxilio era de gran valía para Gallardo. El solo bastábase para aplacar a las mujeres, aturdiéndolas

con su charla  
continua. El torero no le regateaba su gratitud. Ha  
bía dejado la tienda  
de talabartero porque los negocios iban mal, y agua  
rdaba un empleo de su  
cuñado. Mientras tanto, el espada atendía a todas l  
as necesidades de la  
familia, y al fin acabó rogando a él y a su hermana  
que se instalasen en  
la casa. Así, la pobre Carmen se aburriría menos; n  
o estaría tan sola.

Un día, el \_Nacional\_ recibió un aviso de la esposa  
de su matador para  
que fuese a verla. La misma mujer del banderillero  
le dio el recado.

--La he visto esta mañana. Venía de San Gil. La pro  
be tiene los ojos  
como si yorase a toas horas. Ve a verla... ¡Ay, los  
hombres guapos! ¡Qué  
castigo!

Carmen recibió al \_Nacional\_ en el despacho del esp  
ada. Allí estarían  
solos, sin miedo a que entrase la señora Angustias  
con sus vehemencias,  
o los cuñados, que se habían instalado en la casa c  
on toda su prole,  
abusando de la superioridad que les proporcionaban  
las disensiones de la  
familia. Gallardo estaba en el club de la calle de  
las Sierpes. Huía de  
la casa, y muchos días, para evitar el encontrarse  
con su mujer, comía  
fuera, yendo con amigos a la venta de Eritaña.

El \_Nacional\_, sentado en un diván, quedó con la ca  
beza baja y el  
sombrero entre las manos, no queriendo mirar a la e  
sposa de su maestro.  
¡Cómo se había desmejorado! Sus ojos estaban enroje



cidos y con profundos  
cercos oscuros. Las mejillas morenas y el filo de  
su nariz tenían una  
brillantez de color sonrosado que delataba el frote  
del pañuelo.

--Sebastián, va usted a decirme toíta la verdá. Usted  
es bueno, usted es el  
mejor amigo de Juan. Lo de la mamita, el otro día,  
fueron cosas de su  
carácter. Usted conoce lo buena que es. Un pronto, y  
después na. No haga  
caso.

El banderillero asentía con movimientos de cabeza,  
aguardando la  
pregunta. ¿Qué deseaba saber la señora Carmen?...

--Que me diga usted lo que pasó en \_La Rinconá\_, lo  
que usted vio y lo que  
usted se figura.

¡Ah, buen \_Nacional\_! ¡Con qué noble arrogancia irg  
uió la cabeza,  
contento de poder hacer el bien, dando consuelo a a  
quella infeliz!...  
¿Ver? El no había visto nada malo.

--Se lo juro por mi pare, se lo juro... por mis ide  
as.

Y apoyaba sin miedo su juramento en el testimonio s  
acrosanto de sus  
ideas, pues en realidad no había visto nada, y no v  
iéndolo, creía él  
lógicamente, con el orgullo de su perspicacia y sab  
iduría, que nada malo  
podía haber ocurrido.

--Yo me figuro que no son mas que amigos... Ahora,  
si ha habío argo  
endenantes, no sé. Disen las gentes por ahí... habl

an... ¡se inventan tantas mentiras! Usté no haga caso, señá Carmen. ¡Alegría, y a vivir, que eso es la verdad!

Ella volvió a insistir. Pero ¿qué había pasado en el cortijo?... El cortijo era su casa, y esto la indignaba, viendo unido a la infidelidad algo que le parecía un sacrilegio, un insulto directo a su persona.

--¿Usté cree que soy tonta, Sebastián? Yo lo veo todo. Denque empezó a fijarse en esa señora... o lo que sea, que yo le conocí a Juan lo que pensaba. El día que le brindó un toro y vino él con aquella sortija de brillantes, yo adiviné lo que había entre los dos, y me dieron ganas de coger el anillo y patearlo... Luego lo he sabido todo, ¡todo! Siempre hay gentes que se encargan de yevar soplos, porque esto hace mal a las personas. Ellos, además, no se han recatao; han ido a todas partes como si fuesen marío y mujé, a la vista de todo el mundo, a cabayo, lo mismo que los gitanos que van de feria en feria. Cuando estábamos en el cortijo me yegaban noticias de todo lo que hacía Juan; y luego, estando en Sanlúcar, también.

El \_Nacional\_ creyó necesario intervenir, viendo que Carmen se conmovía con estos recuerdos e iba a llorar.

--¿Y usted cree esos embustes, criatura? ¿No ve que son invensiones de gentes que la quieren mal?... Envidias na más.

--No; conozco a Juan. ¿Usted cree que esto es lo primero?... El es como es, y no puee ser de otro modo. ¡Mardito ofisio, que paece volver locos a los hombres! A los dos años de casado ya tuvo amores con una güena moza del Mercado, una carnicera. ¡Lo que yo sufrí al saberlo!... Pero ni una palabra de mi parte. El cree aún que no sé na. Luego, ¡cuántas ha tenía! Bailaoras de tablao en los cafés, pelanduscas de esas que van por los colmaos, hasta perdidas de las que viven en casas públicas... No sé cuántas han sío, ¡docenas! y yo cayaba, queriendo conservar la paz de mi casa. Pero esta mujer de ahora no es igual que las otras. Juan anda chalao tras ella; está tonto; sé que ha hecho mil bajesas pa que ella, acordándose de que es una señorona, no le eche a la calle, avergonzada de tené relaciones con un torero... Ahora se ha ido. ¿No lo sabía usted? Se ha ido porque se aburría en Seviya. Yo tengo gentes que me lo cuentan too. Se ha ido sin despedirse de Juan, y cuando éste fue a verla el otro día, se encontró con la puerta cerrá. Y ahí le tiene usted, triste como un cabayo enfermo, y anda con los amigos con cara de entierro, y bebe pa alegrarse, y cuando vuelve a casa paece que le han dao cañaso. No; él no olvida a esa mujer. El señor estaba orgulloso de que le quisiera una hembra de esa clase, y padece en su orgullito al ver que le dejan. ¡Ay, qué asco le tengo! Ya no es mi marío: me paece otro. Apenas nos hablamos, como no sea pa reñí. Lo mismo que si no nos conociéramos. Yo

estoy sola arriba y él duerme abajo, en una pieza de patio. No nos juntaremos más, ¡lo juro! Antes se lo pasaba too: eran malas costumbres del oficio; la manía de los toreros, que se creen irresistibles pa las mujeres... pero ahora no quiero verlo; le he tomado repugnancia.

Hablaba con energía, brillando en sus ojos un fulgor de odio.

--¡Ay, esa mujer! ¡Cómo lo ha cambiado!... ¡Es otro! Sólo quiere ir con los señoritos ricos, y las gentes del barrio y toos los probes de Seviya que eran sus amigos y le ayudaron cuando empezó se quejan de él, y el mejor día le van a armar una bronca en la plaza por desagradesío. Aquí entra el dinero a espuestas y no es fácil contarle. Ni él mismo sabe nunca lo que tiene; pero yo lo veo too. Juega mucho, pa que lo apresien sus nuevos amigos; pierde mucho también, y el dinero entra por una puerta y se va por otra. Na le digo. Al fin, él es quien lo gana. Pero ha tenía que pedir prestao a don José pa cosas del cortijo, y unos olivares que compró este año pa unirlos a la finca fue con dinero de otros. Casi too lo que gane en la temporada próxima será pa pagar deudas. ¿Y si tuviese una desgrasia? ¿Y si se viera en la necesidad de retirarse, como otros?... Hasta a mí ha querido cambiarme, lo mismo que él se ha cambiado. Se conose que el señó, al gorver a casa luego de visitar a su doña Sol o doña Demonios, nos encontraba muy fachas a su mamita y a mí

con nuestros mantones y nuestras batas, como toas l  
as hijas de la  
tierra. El es quien me ha obligao a ponerme esos go  
rros traíos de Madrí,  
con los que estoy muy mal, lo conozco, hecha una mo  
na de las que bailan  
en los organillos. ¡Con tan rica que es la mantilla  
!... El también el  
que ha comprao ese carro del infierno, el otomóvil,  
en el que voy  
siempre con miedo y que huele a demonios. Si le dej  
ásemos, hasta le  
pondría sombrero con rabos de gallo a la pobre mami  
ta. Es un fachendoso,  
que piensa en la otra y quiere hacernos lo mismo qu  
e ella, pa no  
avergonzarse de nosotras.

El banderillero prorrumpió en protestas. Eso no. Ju  
an era bueno, y hacía  
todo esto porque quería mucho a la familia y deseab  
a para ella lujos y  
comodidades.

--Será Juaniyo como usté quiera, señá Carmen, pero  
argo hay que  
dispensarle... ¡Vamo, que muchas se mueren de envid  
ia viéndola a usté!  
¡Ahí es na: ser la señora del más valiente de los t  
oreros, con el dinero  
a puños, y una casa que es una maraviya, y dueña a  
rsoluta de too,  
porque el maestro deja que usté disponga toas las c  
osas!

Los ojos de Carmen se humedecieron y se llevó el pa  
ñuelo a ellos para  
contener las lágrimas.

--Mejó quisiera ser la mujé de un zapatero. ¡Cuánta  
s veces lo he pensao!  
¡Si Juan hubiese seguío en su ofisio, en vez de cog

er este mardesío de  
la torería!... Más feliz sería yo con un pobre mant  
ón yendo a llevarle  
la comía al portal donde trabajase, como trabajaba  
su pare. No habría  
güenas mozas que me lo quitasen; sería mío; pasaría  
mos nesesiá; pero los  
domingos, muy apañaos, nos iríamos a una venta a me  
render. Aemás, ¡los  
sustos que paso con los marditos toros! ¡Esto no es  
viví! Mucho dinero,  
¡mucho! pero crea usted, Sebastián, que pa mí es com  
o si fuese veneno, y  
cuanto más entra en casa, peor estoy y más se me pu  
dre la sangre. ¿Pa  
qué quiero los gorros y too este lujo?... La gente  
cree que soy la mar  
de feliz y me envidia, y a mí se me van los ojos tr  
as las mujeres pobres  
que pasan nesesiá pero van con su chiquiyo al brazo  
, y cuando sienten  
penas las olvían mirando al pequeño y riéndose con  
él... ¡Ay, los  
chiquiyos! Yo sé cuál es mi desgrasia... ¡Si tuviér  
amos uno!... ¡Si Juan  
viese un pequeño en casa que fuera suyo, suyo too é  
l, argo más que son  
los sobriniyos!...

Lloró Carmen, pero con lágrimas continuas que se es  
capaban entre los  
pliegues del pañuelo, bañando sus mejillas coloread  
as por el llanto. Era  
el dolor de la mujer infecunda envidiando a todas h  
oras la suerte de las  
madres; la desesperación de la esposa que al ver ap  
artarse al marido  
finge creer en diversas causas, pero en el fondo de  
l pensamiento  
atribuye esta desgracia a su esterilidad. ¡Un hijo  
que los uniese!... Y  
Carmen, convencida por el paso de los años de lo in

útil de este deseo,  
desesperábase contra su destino, mirando con envidi  
a a su silencioso  
oyente, en el cual la Naturaleza había prodigado lo  
que ella tanto  
ansiaba.

El banderillero salió cabizbajo de esta entrevista  
y se fue en busca del  
maestro, encontrándolo a la puerta de los \_Cuarenta  
y cinco\_.

--Juan, he visto a tu mujer. Aquello está cada vez p  
eor. Veas de  
amansarla, de ponerte bien.

--¡Mardita sea! ¡Así acabe una enfermeá con ella, c  
ontigo y con mí  
mesmo! Esto no es viví. ¡Premita Dió que el domingo  
me agarre un toro, y  
ya hemos concluío! ¡Pa lo que vale la vía!...

Estaba algo borracho. Desesperábale el mutismo ceñu  
do que encontraba en  
su casa, y más todavía--aunque él no lo confesaba a  
nadie--aquella fuga  
de doña Sol sin dejar para él una palabra, un papel  
con cuatro líneas de  
despedida. Le habían puesto en la puerta, peor que  
a un sirviente. Ni  
siquiera sabía dónde estaba aquella mujer. El marqu  
és no se había  
interesado gran cosa por el viaje de su sobrina. ¡M  
uchacha más loca!  
Tampoco le había avisado a él al marcharse, pero no  
por esto iba a  
creerla perdida en el mundo. Ya daría señales de ex  
istencia desde algún  
país «raro», adonde habría ido empujada por sus cap  
richos.

Gallardo no ocultaba su desesperación en la propia

casa. Ante el silencio de su mujer, que permanecía con los ojos bajos o le miraba ceñuda, resistiéndose a contestar a sus preguntas para no entablar conversación, el espada prorrumpía en deseos mortales.

--¡Mardita sea mi suerte! ¡Ojalá me enganche un miura el domingo y me campaneé, y me traigan a casa en una espuerta!

--¡No digas eso, malaje!--clamaba la señora Angustias--. No tientes a Dió; mía que eso trae mala suerte.

Pero el cuñado intervenía con su aire sentencioso, aprovechando la ocasión para halagar al espada.

--No haga usted caso, mamita. A éste no hay toro que lo toque. ¡Como no le arroje un cuerno!...

El domingo era la última corrida del año que iba a torear Gallardo. Pasó la mañana sin los vagos temores y las preocupaciones supersticiosas de otras veces. Se vistió alegremente, con una excitación nerviosa que parecía aumentar el vigor de sus brazos y sus piernas. ¡Qué gozo poder correr por la arena amarilla, asombrando con sus gallardías y atrevimientos a una docena de miles de espectadores!... Su arte solo era verdad: lo que proporciona entusiasmos de muchedumbres y dinero a granel. Lo demás, familia y amoríos, sólo servía para complicar la existencia y dar disgustos. ¡Ay, qué estocadas iba a soltar!... Sentíase



con la fuerza de un gigante, era otro hombre: ni miedo ni preocupaciones. Hasta mostraba impaciencia por no ser aún la hora de ir a la plaza, muy al contrario de otras veces, en que iba retardando el temido momento. Su ira por los disgustos domésticos y por aquella fuga que lastimaba su vanidad ansiaba descargarla sobre los toros.

Cuando llegó el carruaje, atravesó Gallardo el patio, sin fijarse, como otras veces, en la emoción de las mujeres. Carmen no apareció. ¡Bah, las hembras!... Sólo servían para amargar la vida. En los hombres se encontraban únicamente los afectos durables y la alegre compañía. Allí estaba su cuñado, admirándose a sí mismo antes de ir a la plaza, satisfecho de un terno de calle del espada que se había arreglado a su medida antes de que lo usase el dueño. Con ser un ridículo charlatán, valía más que toda la familia. Este no le abandonaba nunca.

--Vas más hermoso que er propio Roger de Flor--le dijo el espada alegremente--. Sube al coche y te yevaré a la plaza.

El cuñado se sentó junto al grande hombre, trémulo de orgullo al pasar por las calles de Sevilla y que todos le viesan metido entre las capas de seda y los gruesos bordados de oro de los toreros.

La plaza estaba llena. Esta corrida importante al final de otoño había atraído gran público, no sólo de la ciudad, sino de

l campo. En los  
tendidos de sol veíase mucha gente de los pueblos.

Gallardo mostró desde el primer instante la nervios  
a actividad que le  
poseía. Veíasele lejos de la barrera, saliendo al e  
ncuentro del toro,  
entreteniéndole con sus lances de capa mientras los  
picadores aguardaban  
el momento en que acometiese éste a sus míseros cab  
allos.

Notábase en el público cierta predisposición contra  
el torero. Le  
aplaudían como siempre, pero las demostraciones de  
entusiasmo eran más  
nutridas y calurosas en la parte de la sombra, dond  
e los tendidos  
ofrecían filas simétricas de blancos sombreros, que  
en la parte del sol,  
viva y abigarrada, donde quedaban muchos en mangas  
de camisa bajo el  
chicharreo del calor solar.

Gallardo adivinaba el peligro. Que tuviese mala sue  
rte, y una mitad del  
circo se levantaría vociferante contra él, llamándo  
le desagradecido e  
ingrato con los que le «levantaron». Mató su primer  
toro con mediana  
fortuna. Se arrojó, audaz como siempre, entre los c  
uernos, pero la  
espada tropezó en hueso. Los entusiastas le aplaudi  
eron. La estocada  
estaba bien marcada, y de la inutilidad de su esfue  
rzo no tenía él la  
culpa. Volvió por segunda vez a entrar a matar; la  
espada quedó en el  
mismo sitio, y el toro, al moverse tras la muleta,  
la despidió de la  
herida, arrojándola a alguna distancia. Entonces, t  
omando de manos de

\_Garabato\_ un estoque nuevo, volvió hacia la fiera,  
que le aguardaba  
aplomada sobre sus patas, con el cuello chorreando  
sangre y el hocico  
baboso casi tocando la arena.

El maestro, plantando su muleta ante los ojos del t  
oro, fue echando  
atrás tranquilamente con la punta de la espada los  
palos de las  
banderillas que le caían sobre el testuz. Iba a «de  
scabellarlo». Apoyó  
la punta del acero en lo alto de la cabeza, buscand  
o entre los dos  
cuernos el sitio sensible. Hizo un esfuerzo para cl  
avar la espada, y el  
toro se estremeció dolorosamente, pero siguió en pi  
e, rechazando el  
acero con un rudo cabezazo.

--¡Una!--clamó con vocerío burlesco el público de l  
os tendidos de sol.

«¡Mardita sea!...» ¿Por qué le atacaba esta gente c  
on tanta injusticia?

Volvió a apoyar la espada y pinchó, acertando a dar  
esta vez en el punto  
vulnerable. El toro cayó instantáneamente, como si  
lo hubiese tocado un  
rayo, hiriéndole en el centro nervioso de su vida,  
y quedó con los  
cuernos clavados en el suelo y el vientre en alto e  
ntre las patas  
rígidas.

Aplaudieron las gentes de la sombra con un entusias  
mo de clase, mientras  
el público del sol prorrumpía en silbidos e imprope  
rios.

--¡Niño litri!... ¡Aristócrata!

Gallardo, vuelto de espaldas a estas protestas, saludaba con la muleta y la espada a sus entusiastas. Los insultos del populacho, que siempre había sido su amigo, le dolían, haciéndole cerrar los puños.

--Pero ¿qué quíe esa gente? El toro no daba más de sí. ¡Mardita sea!  
Esto son cosas de los enemigos.

Y pasó gran parte de la corrida junto a la barrera, mirando desdeñosamente lo que hacían los compañeros, acusándolos en su pensamiento de haber preparado contra él las muestras de desagrado.

Igualmente prorrumpía en maldiciones contra el toro y el pastor que lo crió. ¡Tan bien preparado que venía para hacer grandes cosas, y tropezarse con aquella bestia que no le había permitido lucirse! Debían fusilar a los ganaderos que soltaban tales animales .

Cuando tomó por segunda vez los trastos de matar, dio una orden al \_Nacional\_ y a otro de sus peones para que se llevara con la capa el toro hacia la parte de la plaza donde estaba el populacho.

Conocía al público. Había que halagar a los «ciudadanos» del sol, tumultuosa y terrible demagogia que llevaba a la plaza los odios de clase, pero con la mayor facilidad convertía los silbidos en aplausos así que una leve muestra de consideración acariciaba

a su orgullo.

Los peones, arrojando sus capas al toro, emprendieron carrera para llevarlo al lado del redondel caldeado por el sol. Un movimiento de alegre sorpresa del populacho acogió esta maniobra. El momento supremo, la muerte del toro, iba a desarrollarse bajo sus ojos, y no a gran distancia, como ocurría casi siempre, para comodidad de los ricos que se sentaban en la sombra.

La fiera, al quedar sola en este lado de la plaza, acometió el cadáver de un caballo. Hundió la cabeza en el vientre abierto, levantando sobre sus cuernos, como un harapo flácido, la mísera carroña, que esparcía en torno entrañas sueltas y excrementos. Cayó en el suelo el cadáver, quedando casi doblado, y el toro fue alejándose con paso indeciso. Otra vez volvió a olisquearlo, dando sonoros bufidos y hundiendo sus cuernos en la cavidad del vientre, mientras el público reía de esta tenacidad estúpida, de este rebusque de vida en el cuerpo inánime.

--¡Duro ahí!... ¡Qué poer tienes, hijo!... ¡Sigue, que ahora güervo!

Pero la atención de todos se apartó de este ensañamiento de la bestia, para fijarse en Gallardo, que atravesaba la plaza con menudo paso, cimbreante el talle, en una mano la plegada muleta y moviendo con la otra la espada cual si fuese un bastoncillo.

Todo el público del sol aplaudió, agradecido por esta aproximación del  
espada.

--Te los has metió en er borsiyo--dijo el \_Nacional\_, que estaba con el  
capote preparado cerca del toro.

La muchedumbre manoteaba llamando al torero. «¡Aquí, aquí!» Cada uno  
quería que matase al toro frente a su tendido, para no perder ni un  
detalle, y el espada vacilaba entre los llamamientos contradictorios de  
miles de bocas.

Con un pie en el estribo de la barrera, calculaba el lugar mejor para  
dar muerte al toro. Había que llevarlo más allá. Al torero le estorbaba  
el cadáver del caballo, que parecía llenar con su despanzurrada miseria  
todo aquel lado de la plaza.

Iba a llamar al \_Nacional\_ para darle orden de que se llevase la  
bestia, cuando oyó a sus espaldas una voz conocida, una voz que no  
adivinó de quién era, pero que le hizo volverse rápidamente.

--Güenas tardes, señó Juan... ¡Vamo a aplaudí la verdad!

Vio en primera fila, bajo la maroma de la contrabarrera, un chaquetón  
plegado en el filo de la valla, cruzados sobre él unos brazos en mangas  
de camisa y apoyada en las manos una cara ancha, afeitada recientemente,  
con un sombrero metido hasta las orejas. Parecía un rústico bonachón

venido de su pueblo para presenciar la corrida.

Gallardo le reconoció. Era \_Plumitas\_.

Cumplía su promesa, y allí estaba, audazmente, entre doce mil personas que no podían reconocerle, saludando al espada, que sintió cierto agradecimiento por esta muestra de confianza.

Gallardo se asombraba de su temeridad. Bajar a Sevilla, meterse en la plaza, lejos de los montes y los desiertos, donde le era fácil la defensa, sin el auxilio de sus dos compañeras, la jaca y la carabina, ¡y todo por verle matar toros!... De los dos, aquel hombre era el valiente.

Pensó además en su cortijo, que estaba a merced del \_Plumitas\_, en la vida campestre, que sólo era posible guardando buenas relaciones con aquel personaje extraordinario. Para él debía ser el toro.

Sonrió al bandido, que seguía contemplándole con rostro plácido, se quitó la montera, y gritó dirigiéndose a la revuelta a muchedumbre, aunque con los ojos fijos en \_Plumitas\_.

--¡Vaya por ustés!

Arrojó la montera al tendido, y las manos se abalanzaron unas contra otras, luchando por atrapar el sagrado depósito.

Gallardo hizo señal al \_Nacional\_ para que con un capeo oportuno trajese el toro hacia él.

Extendió su muleta el espada, y la bestia acometió con sonoro bufido, pasando bajo el trapo rojo. «¡Olé!», rugió la muchedumbre, familiarizada ya con su antiguo ídolo y dispuesta a encontrar admirable todo cuanto hiciese.

Siguió dando pases al toro, entre las aclamaciones de la gente que estaba a pocos pasos de él y viéndole de cerca le daba consejos. ¡Cuidado, Gallardo! El toro estaba muy entero. No debía meterse entre él y la barrera. Convenía que guardase franca la salida.

Otros, más entusiastas, excitaban su atrevimiento con audaces consejos.

--Suértale una de las tuyas... ¡Zas! Estocá, y te lo metes en el borsíyo.

Era demasiado grande y receloso el animal para que se lo pudiera meter en el bolsillo. Excitado por la vecindad del caballo muerto, tenía la tendencia de volver a él, como si le embriagase el hedor de su vientre.

En una de las evoluciones, el toro, fatigado por la muleta, quedó inmóvil sobre sus patas. Gallardo tenía detrás de él el caballo muerto. Era una mala situación, pero de peores había salido victorioso.

Quiso aprovechar la posición de la bestia. El público le excitaba a ello. Entre los hombres puestos de pie en la contrabarrera, con el



cuerpo echado adelante para no perder un detalle de  
l momento decisivo,  
reconoció a muchos aficionados populares que comenz  
aban a apartarse de  
él y volvían ahora a aplaudirle, conmovidos por su  
muestra de  
consideración al «pueblo».

--¡Aprovéchate, güen mozo!... ¡Vamo a ve la verdá!.  
.. ¡Tírate de veras!

Gallardo volvió un poco la cabeza para saludar a \_P  
lumitas\_, que  
permanecía sonriente, con la cara de luna asomada s  
obre los brazos y el  
chaquetón.

--¡Por usté, camará!...

Se perfiló con la espada al frente para entrar a ma  
tar, pero en el mismo  
instante creyó que la tierra temblaba, despidiéndol  
o a gran distancia,  
que la plaza se venía abajo, que todo se volvía neg  
ro y soplabá un  
vendaval de feroz bramido. Vibró dolorosamente su c  
uerpo de pies a  
cabeza, próximo a estallar; le zumbó el cráneo cual  
si reventase; una  
mortal angustia contrajo su pecho... y cayó en un v  
acío lóbrego e  
interminable, con la inconsciencia del no ser.

El toro, en el mismo instante en que él se disponía  
a entrar a matar,  
había arrancado inesperadamente contra él, atraído  
por la «querencia»  
del caballo que estaba a sus espaldas. Fue un encon  
tronazo brutal, que  
hizo rodar y desaparecer entre sus patas aquel cuer  
po forrado de seda y  
oro. No lo enganchó con los pitones, pero el golpe

fue horrible,  
demoledor, y testuz y cuernos, toda la defensa frontal de la fiera,  
abatió al hombre como una maza de hueso.

El toro, que sólo veía al caballo, sintió entre sus patas un obstáculo,  
y despreciando el cadáver de la bestia, se revolvió para atacar de nuevo  
al brillante monigote que yacía inmóvil en la arena. Lo levantó con un cuerno, arrojándolo a algunos pasos de distancia tras breve zarandeo, y quiso volver sobre él por tercera vez.

La muchedumbre, aturdida por la velocidad con que había ocurrido todo esto, permanecía silenciosa, con el pecho oprimido. ¡Lo iba a matar!  
¡Tal vez lo había matado ya!... De pronto, un alarido de todo el público rompió este silencio angustioso. Una capa se tendió entre la fiera y la víctima, un trapo casi pegado al testuz por unos brazos vigorosos que pretendían cegar a la bestia. Era el \_Nacional\_, que, a impulsos de la desesperación, se arrojaba sobre el toro, queriendo ser cogido por éste para librar al maestro. La bestia, aturdida por el nuevo obstáculo, se lanzó contra él, volviendo el rabo al caído. El banderillero, metido entre los cuernos, corrió de espaldas agitando la capa, no sabiendo cómo librarse de esta situación peligrosa, pero satisfecho al ver que alejaba al toro del herido.

El público casi olvidó al espada, impresionado por este nuevo incidente.  
El \_Nacional\_ iba a caer también; no podía salirse

de entre los cuernos:  
la fiera le llevaba ya casi enganchado... Gritaban  
los hombres, como si  
sus gritos pudieran servir de auxilio al perseguido  
; suspiraban de  
angustia las mujeres, volviendo la cara y agarrándo  
se convulsas las  
manos; hasta que el banderillero, aprovechando un m  
omento en que la  
fiera bajaba la cabeza para engancharle, se salió d  
e entre los cuernos,  
quedando a un lado, mientras aquélla corría ciegame  
nte conservando el  
capote desgarrado entre las astas.

La emoción estalló en un aplauso ensordecedor. La m  
uchedumbre,  
tornadiza, impresionada únicamente por el peligro d  
el momento, aclamaba  
al Nacional. Fue uno de los mejores momentos de s  
u vida. El público,  
ocupado en aplaudirle, apenas se fijó en el cuerpo  
inánime de Gallardo,  
que era sacado del redondel, con la cabeza caída, e  
ntre toreros y  
empleados de la plaza.

Al anochecer, sólo se habló en la ciudad de la cogi  
da de Gallardo: la  
más terrible de su vida. A aquellas horas se estaba  
n publicando hojas  
extraordinarias en muchas ciudades, y los periódico  
s de toda España  
daban cuenta del suceso con extensos comentarios. F  
uncionaba el  
telégrafo lo mismo que si un personaje político aca  
base de ser víctima  
de un atentado.

Circulaban por la calle de las Sierpes noticias ate  
rradoras, exageradas  
por el hiperbólico comentario meridional. Acababa d

e morir el pobre  
Gallardo. El que daba el triste aviso le había visto en una cama de la  
enfermería de la plaza blanco como el papel y con una cruz entre las  
manos. Otro se presentaba con noticias menos lúgubres. Aún no había  
muerto, pero moriría de un momento a otro.

--Lo tié suerte too: er corazón, los reaños, ¡too!  
Ar probesito lo ha  
dejao er bicho como una criba.

Habíanse establecido guardias en los alrededores de la plaza, para que  
la gente ansiosa de noticias no asaltase la enfermería. Fuera del circo  
agolpábase la muchedumbre, preguntando a los que entraban y salían por  
el estado del espada.

El \_Nacional\_, vestido aún con el traje de lidia, se asomó varias veces,  
malhumorado y ceñudo, dando gritos y enfadándose porque no estaba  
dispuesto lo necesario para la traslación del maestro a su casa.

La gente, al ver al banderillero, olvidaba al herido para felicitarle.

--Señó Sebastián, ha estao usté mu güeno. ¡Si no es por usté!...

Pero él rehusaba estas felicitaciones. ¿Qué importaba lo que él hubiese  
hecho? ¡Todo... «líquido»! Lo interesante era el pobre Juan, que estaba  
en la enfermería luchando con la muerte.

--¿Y cómo está, señó Sebastián?--preguntaba la gente, volviendo a su

primer interés.

--Muy malito. Ahora acaba de gorverle el conosimien to. Tiene una pierna hecha porvo, un puntaso bajo el brazo, ¡y qué sé yo !... El probe está como mi santo... Vamo a yevarlo a casa.

Cerrada la noche, salió Gallardo del circo tendido en una camilla. La multitud marchaba silenciosa detrás de él. El viaje fue largo. A cada momento, el \_Nacional\_, que iba con la capa al brazo, confundiendo su traje vistoso de torero con los vulgares de la much edumbre, inclinábase sobre el hule de la cubierta de la camilla y mandab a descansar a los portadores.

Los médicos de la plaza caminaban detrás, y con ellos el marqués de Moraima y don José el apoderado, que parecía próximo a desmayarse en los brazos de algunos compañeros de los \_Cuarenta y cinco\_, todos confundidos y revueltos por la común emoción con las gentes desarrapadas que seguían al torero.

La muchedumbre estaba consternada. Era un desfile triste, como si acabase de ocurrir uno de esos desastres nacionales que suprimen las diferencias de clases y nivelan a todos los hombres bajo el infortunio general.

--¡Qué desgrasia, señó marqué!--dijo al de Moraima un rústico mofletudo y rubio llevando el chaquetón sobre un hombro.

Por dos veces había apartado rudamente a uno de los portadores de la camilla, queriendo ayudar a su conducción. El marqués le miró con simpatía. Debía ser alguno de aquellos hombres del campo que estaban acostumbrados a saludarle en los caminos.

--Sí; una desgrasia grande, muchacho.

--¿Y cree usted que morirá, señó marqués?...

--Eso se teme, a menos que no lo salve un milagro. Está hecho porvo.

Y el marqués, poniendo su diestra en un hombro del desconocido, parecía agradecer la tristeza que se reflejaba en su rostro .

La llegada a la casa de Gallardo fue penosa. Sonaron adentro, en el patio, alaridos de desesperación. En la calle gritaban y se mesaban los pelos otras mujeres vecinas y amigas de la familia, que creían ya muerto a Juanillo.

\_Potaje\_, con otros camaradas, tuvo que oponer en la puerta el obstáculo de su cuerpo, repartiendo empujones y golpes para que la multitud no asaltase la casa en seguimiento de la camilla. La calle quedó repleta de una muchedumbre que zumbaba comentando el suceso. Todos miraban la casa, con la ansiedad de adivinar algo a través de las paredes.

La camilla penetró en una habitación inmediata al patio, y el espada,

con minuciosas precauciones, fue trasladado a la cama. Estaba envuelto en trapos y vendajes sanguinolentos que olían a fuertes antisépticos. De su traje de lidia sólo conservaba una media de color rosa. Las ropas interiores estaban rotas en unos sitios y cortadas en otros por tijeras.

La coleta pendía deshecha y enmarañada sobre su cuello; el rostro tenía una palidez de hostia. Abrió los ojos al sentir una mano en las suyas, y sonrió levemente viendo a Carmen, pero una Carmen tan blanca como él, con los ojos secos, la boca lívida y una expresión de espanto, como si fuese aquel su último instante.

Los graves señores amigos del espada intervinieron prudentemente. Aquello no podía continuar: Carmen debía retirarse. Aún no se había hecho al herido mas que la primera cura, y quedaba mucho trabajo para los médicos.

La esposa acabó por salir de la habitación, empujada por los amigos de la casa. El herido hizo una seña con los ojos al \_Nacional\_, y éste se inclinó, esforzándose por comprender su ligero susurro.

--Dice Juan--murmuró saliendo al patio--que telegrafen en seguida al doctó Ruiz.

El apoderado le contestó, satisfecho de su previsión. Ya había telegrafiado él a media tarde, al convencerse de la importancia de la

desgracia. Era casi seguro que el doctor estaría a aquellas horas en camino, para llegar a la mañana siguiente.

Después de esto, don José siguió preguntando a los médicos que habían hecho la cura en la plaza. Pasado su primer aturdimiento, mostrábanse éstos más optimistas. Era posible que no muriese. ¡Tenía aquel organismo tales energías!... Lo temible era la conmoción que había sufrido, el sacudimiento, capaz de matar a otros instantáneamente; pero ya había salido del colapso y recobrado sus sentidos, aunque la debilidad era grande... Quanto a las heridas, no las consideraban de peligro. Lo del brazo era poca cosa; tal vez quedase menos ágil que antes. Lo de la pierna no ofrecía iguales esperanzas. El hueso estaba fracturado: Gallardo podía quedar cojo.

Don José, que había hecho esfuerzos para mostrarse impasible cuando horas antes consideraban todos inevitable la muerte del espada, se conmovió al oír esto. ¡Cojo su matador!... ¿Entonces no podría torear?...

Indignábase ante la calma con que hablaban los médicos de la posibilidad de que Gallardo quedase inútil para el toreo.

--Eso no puede ser. ¿Ustedes creen lógico que Juan viva y no toree?... ¿Quién ocuparía su puesto? ¡Que no puede ser digo! El primer hombre del mundo... ¡y quieren que se retire!



Pasó la noche en vela con los individuos de la cuadrilla y el cuñado de Gallardo. Este, tan pronto estaba en la habitación del herido como subía al piso superior para consolar a las mujeres, oponiéndose a su propósito de ver al torero. Debían obedecer a los médicos y evitar emociones al enfermo. Juan estaba muy débil, y esta debilidad inspiraba más cuidado a los doctores que las heridas.

A la mañana siguiente, el apoderado corrió a la estación. Llegó el expreso de Madrid, y en él el doctor Ruiz. Venía sin equipaje, vestido con el abandono de siempre, sonriendo bajo su barba de un blanco amarillento, bailoteándole en el suelto chaleco, con el vaivén de sus piernas cortas, el grueso abdomen, semejante al de un Buda. Había recibido la noticia en Madrid al salir de una corrida de novillos organizada para dar a conocer a cierto «niño» de las Ventas. Una payasada que le había divertido mucho... Y reía, tras una noche de cansancio en el tren, recordando esta corrida grotesca, como si hubiese olvidado el objeto de su viaje.

Al entrar en la habitación del torero, éste, que parecía sumido en el limbo de su debilidad, abrió los ojos y le reconoció, animándose con una sonrisa de confianza. Ruiz, luego de escuchar en un rincón los susurros de los médicos que habían hecho la primera cura, se aproximó al enfermo con aire resuelto.

--¡Animo, buen mozo, que de ésta no acabas! ¡Tienes una suerte!...

Y luego añadió, dirigiéndose a sus colegas:

--Pero ¡qué magnífico animal este Juanillo! Otro, a estas horas, no nos daría ningún trabajo.

Le reconoció con gran atención. Una cogida de cuidado; pero ¡había visto tantas!... En los casos de enfermedades que llamaba «corrientes», vacilaba indeciso, no atreviéndose a sostener una opinión. Pero las cogidas de toro eran su especialidad, y en ellas aguardaba siempre las más estupendas curaciones, como si los cuernos dies en al mismo tiempo la herida y el remedio.

--El que no muere en la misma plaza--decía--casi puede decir que se ha salvado. La curación no es mas que asunto de tiempo .

Durante tres días permaneció Gallardo sometido a operaciones atroces, rugiendo de dolor, pues su estado de debilidad no le permitía ser anestesiado. De una pierna le extrajo el doctor Ruiz varias esquirlas de hueso, fragmentos de la tibia fracturada.

--¿Quién ha dicho que ibas a quedar inútil para la lidia?--exclamó el doctor, satisfecho de su habilidad--. Torearás, hijo; aún te ha de aplaudir mucho el público.

El apoderado asentía a estas palabras. Lo mismo había creído él. ¿Así

podía acabar su vida aquel mozo, que era el primer hombre del mundo?...

Por mandato del doctor Ruiz, la familia del torero se había trasladado a la casa de don José. Estorbaban las mujeres: su proximidad era intolerable en las horas de operación. Bastaba un quejido del torero, para que al momento respondiesen desde todos los extremos de la casa, como ecos dolorosos, los alaridos de la madre y la hermana, y hubiera que contener a Carmen, que se debatía como una loca, queriendo ir al lado de su marido.

El dolor había trastornado a la esposa, haciéndola olvidar sus rencores. Muchas veces su llanto era de remordimiento, pues se creía autora inconsciente de aquella desgracia.

--¡Yo tengo la culpa, lo sé!--decía con desesperación al \_Nacional--.  
Repitió muchas veces que ¡ojalá lo cogiese un toro, para acabar de una vez! He sido muy mala: le he amargao la vida.

En vano el banderillero hacía memoria del suceso, con toda clase de detalles, para convencerla de que la desgracia había sido casual. No; Gallardo, según ella, había querido acabar para siempre, y a no ser por el banderillero, le habrían sacado muerto del redondel.

Cuando terminaron las operaciones, la familia volvió a la casa.

Entraba Carmen en la habitación del herido con leve

paso, bajos los  
ojos, como avergonzada de su anterior hostilidad.

--¿Cómo estás?--preguntaba cogiendo entre sus dos manos una de Juan.

Y así permanecía, silenciosa y tímida, en presencia de Ruiz y otros amigos que no se apartaban de la cama del herido.

De estar sola, tal vez se habría arrodillado ante su esposo, pidiéndole perdón. ¡Pobrecito! Lo había desesperado con sus crueldades,

impulsándolo a la muerte. Había que olvidarlo todo. Y su alma sencilla asomaba a los ojos con una expresión abnegada y cariñosa, mezcla de amor y ternura maternal.

Gallardo parecía empequeñecido por el dolor, flaco, pálido, con un encogimiento infantil. Nada quedaba del mozo arrogante que enardecía a los públicos con sus audacias. Quejábase de su quietismo, de aquella pierna sometida a la inmovilidad, con un peso abrumador, como si fuese de plomo. Parecía acobardado por las terribles operaciones sufridas en pleno conocimiento. Su antigua dureza para el dolor había desaparecido, y gemía a la más leve molestia.

Su cuarto era a modo de un lugar de reunión, por donde pasaban durante el día los aficionados más célebres de la ciudad. El humo de los cigarros mezclábase al hedor del yodoformo y otros olores fuertes. En las mesas asomaban entre los frascos de medicamentos y los paquetes de

algodones y vendajes las botellas de vino con que eran obsequiados los visitantes.

--Eso no es nada--gritaban los amigos, queriendo animar al torero con su ruidoso optimismo--. Dentro de un par de meses ya estás toreando. En buenas manos has caído. El doctor Ruiz hace milagros.

El doctor se mostraba igualmente alegre.

--Ya tenemos hombre. Mírenlo ustedes: ya fuma. ¡Y enfermo que fuma...!

Hasta altas horas de la noche acompañaban al herido el doctor, el apoderado y algunos individuos de la cuadrilla. Cuando llegaba \_Potaje\_, quedábase cerca de una mesa, procurando tener las botellas al alcance de la mano.

La conversación entre Ruiz, el apoderado y el \_Nacional\_ era siempre sobre los toros. Imposible juntarse con don José para hablar de otra cosa. Comentaban los defectos de todos los espadas, discutían sus méritos y el dinero que ganaban, mientras el enfermo escuchábales en forzosa inmovilidad o caía en una torpeza soñolienta, mecido por el susurro de la conversación.

Las más de las veces era el doctor el único que hablaba, seguido en el curso de sus palabras por los ojos admirativos y graves del \_Nacional\_. ¡Lo que sabía aquel hombre!... El banderillero, a impulsos de la fe,

retiraba a don Joselito, al maestro, una parte de su confianza, y preguntaba al doctor cuándo sería la revolución.

--¿Y a ti qué te importa? Tú lo que debes desear es conocer a los toros para librarte de una desgracia, y torear mucho para llevar dinero a la familia.

El \_Nacional\_ protestaba de esta humillación que pretendía imponerle por su carácter de torero. El era un ciudadano como los demás, un elector al que buscaban los personajes políticos en días de elecciones.

--Yo creo que tengo derecho a opinar. Digo, ¡me parece!... Yo soy del comité de mi partido: eso es... ¿Que soy torero? Ya sé que es un oficio bajo y reasionario, pero eso no quita que tenga mis ideas.

Insistía en lo de la reacción, sin hacer caso de las burlas de don José, pues él, aun respetando mucho a éste, sólo hablaba para el doctor Ruiz. La culpa de todo la tenía Fernando VII, sí señor; un tirano que al cerrar las universidades y abrir la Escuela de Tauromaquia de Sevilla había hecho odioso este arte, poniendo en ridículo al toreo.

--¡Mardito sea el tirano, doctor!

El \_Nacional\_ conocía la historia política del país en relación con la tauromaquia, y a la par que execraba al \_Sombrerero\_ y otros lidiadores partidarios del rey absoluto, hacía memoria del arr

ogante Juan León,  
desafiador de los públicos durante la época del absolutismo, el cual se presentaba a torear en traje negro, ya que a los liberales les llamaban «negros», y tenía que salir de la plaza entre las amenazas del populacho, afrontando impávido sus iras. El \_Nacional\_ insistía en sus creencias. El toreo era arte de otros tiempos, oficio de bárbaros, pero también tenía sus hombres dignos de iguales consideraciones que los demás.

--¿Y de dónde sacas eso de reaccionario?--dijo el doctor--. Tú eres una buena persona, \_Nacional\_, con los mejores deseos del mundo, pero también eres un ignorante.

--Eso--exclamó don José--, eso es la verdad. En el comité lo han vuelto medio tonto con sermones y soflamas.

--El toreo es un progreso--continuó el doctor, sonriendo--, ¿te enteras, Sebastián? un progreso de las costumbres de nuestro país, una dulcificación de las diversiones populares a que se entregaban los españoles de otros tiempos; esos tiempos de que te habré hablado muchas veces tu don Joselito.

Y Ruiz, con una copa en la mano, hablaba y hablaba, deteniéndose solamente para beber un sorbo.

--Eso de que el toreo es antiquísimo no pasa de ser una enorme mentira.  
Se mataban fieras en España para diversión de la ge

nte, pero no existía  
el toreo tal como hoy se conoce. El Cid alanceaba t  
oros, conforme; los  
caballeros moros y cristianos se entretenían en los  
cosos; pero ni  
existía el torero de profesión, ni a los animales s  
e les daba una  
muerte noble y conforme a reglas.

El doctor evocaba el pasado de la fiesta nacional d  
urante siglos. Sólo  
en muy contadas circunstancias, cuando se casaban l  
os reyes, se firmaba  
una paz o se inauguraba una capilla en una catedral  
, celebrábanse tales  
sucesos con corridas de toros. Ni había regularidad  
en la repetición de  
estas fiestas, ni se conocía el lidiador profesiona  
l. Los apuestos  
caballeros, vestidos de brillantes sedas, salían al  
coso, jinetes en sus  
corceles, para alancear la bestia o rejonearla ante  
los ojos de las  
damas. Si el toro llegaba a desmontarlos, tiraban d  
e la espada, y con  
ayuda de los lacayos daban muerte a la bestia, hiri  
éndola donde podían,  
sin ajustarse a regla alguna. Cuando la corrida era  
popular, bajaba a la  
arena la muchedumbre, atacando en masa al toro, has  
ta que conseguía  
derribarlo, rematándole a puñaladas.

--No existían las corridas de toros--continuaba el  
doctor--. Aquello  
eran cacerías de reses bravas... Bien considerado,  
la gente tenía otras  
ocupaciones y contaba con otras fiestas propias de  
la época, no  
necesitando perfeccionar esta diversión.

El español belicoso tenía como medio seguro de abri



rse paso las guerras  
incesantes en diversos territorios de Europa y el e  
mbarcarse para las  
Américas, siempre necesitadas de hombres valerosos.  
Además, la religión  
daba con frecuencia espectáculos emocionantes, en l  
os cuales sentíase el  
escalofrío que proporciona el peligro ajeno y se ga  
naban indulgencias  
para el alma. Los autos de fe, seguidos de quemas d  
e hombres, eran  
espectáculos fuertes que quitaban interés a unos ju  
egos con simples  
animales montaraces. La Inquisición resultaba la gr  
an fiesta nacional.

--Pero llegó un día--siguió diciendo Ruiz con fina  
sonrisa--en que la  
Inquisición comenzó a debilitarse. Todo se gasta en  
este mundo. Al fin  
se murió de vieja, mucho antes de que la suprimiese  
n las leyes  
revolucionarias. Estaba cansada de existir; el mund  
o había cambiado, y  
sus fiestas resultaban algo semejante a lo que serí  
a una corrida de  
toros en Noruega, entre hielos y con cielo obscuro.  
Le faltaba ambiente.  
Comenzó a sentir vergüenza de quemar hombres, con t  
odo su aparato de  
sermones, vestiduras ridículas, abjuraciones, etc.  
Ya no se atrevió a  
dar autos de fe. Cuando le era necesario revelar qu  
e aún existía,  
contentábase con unos azotes dados a puerta cerrada  
. Al mismo tiempo,  
los españoles, cansados de andar por el mundo en bu  
sca de aventuras, nos  
metimos en casa: ya no hubo más guerras en Flandes  
ni en Italia; se  
terminó la conquista de América con el continuo emb  
arque de aventureros,

y entonces fue cuando comenzó el arte del toreo, y se construyeron plazas permanentes, y se formaron cuadrillas de toreros de profesión, y se ajustó la lidia a reglas, y se crearon tal como hoy las conocemos las suertes de banderillas y de matar. La muchedumbre encontró la fiesta muy de su gusto. El toreo se hizo democrático al convertirse en una profesión. Los caballeros fueron sustituidos por plebeyos, que cobraban al exponer su vida, y el pueblo entró en masa en las plazas como único señor, dueño de sus actos, pudiendo insultar desde las gradas a la misma autoridad que le inspiraba terror en la calle. Los hijos de los que asistían con religioso y concentrado entusiasmo al achicharramiento de herejes y judaizantes se dedicaron a presenciar con ruidosa algazara la lucha del hombre con el toro, en la que sólo de tarde en tarde llega la muerte para el lidiador. ¿No es esto un progreso?..

.

Ruiz insistía en su idea. A mediados del siglo XVII I, cuando España se metía en su caparazón, renunciando a lejanas guerras y nuevas colonizaciones, y se extinguía por falta de ambiente la fría crueldad religiosa, era cuando florecía el torero. El heroísmo popular necesitaba nuevos caminos para subir hasta la notoriedad y la fortuna. La ferocidad de la muchedumbre, habituada a fiestas de muerte, necesitaba una válvula de escape para dar expansión a su alma, educada durante siglos en la contemplación de suplicios. El auto de fe era susti

tuido por la corrida  
de toros. El que un siglo antes hubiese sido soldad  
o en Flandes o  
colonizador militar de las soledades del Nuevo Mund  
o, convertíase en  
torero. El pueblo, al ver cerradas sus fuentes de e  
xpansión, labraba con  
la nueva fiesta nacional una salida gloriosa para t  
odos los ambiciosos  
que tenían valor y audacia.

--Un progreso--continuó el doctor--. Me parece que  
está claro. Por eso  
yo, que soy revolucionario en todo, no me avergüenz  
o de decir que me  
gustan los toros... El hombre necesita el picante d  
e la maldad para  
alegrar la monotonía de su existencia. También es m  
alo el alcohol y  
sabemos que nos hace daño, pero casi todos lo bebem  
os. Un poco de  
salvajismo de vez en cuando da nuevas energías para  
continuar la  
existencia. Todos gustamos de volver la vista atrás  
, de tarde en tarde,  
y vivir un poco la vida de nuestros remotos abuelos  
. La brutalidad hace  
renacer en nuestro interior fuerzas misteriosas que  
no es conveniente  
dejar morir. ¿Que las corridas de toros son bárbara  
s? Conforme; pero no  
son la única fiesta bárbara del mundo. La vuelta a  
los placeres  
violentos y salvajes es una enfermedad humana que t  
odos los pueblos  
sufren por igual. Por eso yo me indigno cuando veo  
a los extranjeros  
fijar sus ojos en España, como si sólo aquí existie  
sen fiestas de  
violencia.

Y el doctor clamaba contra las inútiles carreras de

caballos, en las  
cuales mueren muchos más hombres que en las corridas  
de toros; contra  
las cacerías de ratas por perros amaestrados, presenciadas por públicos  
cultos; contra los juegos del \_sport\_ moderno, de los  
que salen los  
campeones con las piernas rotas, el cráneo fracturado o las narices  
aplastadas; contra el duelo, las más de las veces sin  
otra causa que un  
deseo malsano de publicidad.

--El toro y el caballo--clamaba Ruiz--hacen llorar  
de pena a esas gentes  
que no gritan en sus países al ver cómo cae en el hipódromo un animal de  
carreras reventado, con las patas rotas, y que consideran como  
complemento de la belleza de toda gran ciudad el establecimiento de un  
jardín zoológico.

El doctor Ruiz se indignaba de que en nombre de la  
civilización se  
anatematizase por bárbara y sangrienta la corrida de  
toros, y en nombre  
de la misma civilización se alojasen en un jardín los  
animales más  
dañinos e inútiles de la tierra, manteniéndolos y calentándolos con un  
lujo principesco. ¿Para qué esto? La ciencia los conocía perfectamente y  
los tenía ya catalogados. Si el exterminio repugnaba a ciertas almas,  
¿por qué no clamar contra las obscuras tragedias que todos los días se  
desarrollaban en las jaulas de los parques zoológicos? La cabra de  
trémulo balido y cuernos inútiles veíase metida sin  
defensa en el antro  
de la pantera, y allí sufría la arremetida que quedaba

raba sus huesos con  
espeluznante crujido, hundiendo la bestia sus zarpa  
s en las entrañas de  
la víctima y el hocico en su sangre humeante. Los m  
íseros conejos  
arrancados a la paz olorosa del monte temblaban de  
miedo al sentir  
erizarse su pelaje bajo el soplo de la boa, que par  
ecía hipnotizarlos  
con sus ojos y avanzaba traidora las revueltas de s  
us pintarrajeados  
anillos para ahogarlos con glacial presión... Cient  
os de pobres  
animales respetables por su debilidad morían para e  
l sustento de bestias  
feroces completamente inútiles, guardadas y festeja  
das en ciudades que  
se creían de la mayor civilización; y de esas misma  
s ciudades salían  
insultos para la barbarie española, porque hombres  
valerosos y ágiles,  
siguiendo reglas de indiscutible sabiduría, mataban  
frente a frente a  
una fiera arrogante y temible, en pleno sol, bajo e  
l cielo azul, ante  
una muchedumbre ruidosa y multicolor, uniendo a la  
emoción del peligro  
el encanto de la belleza pintoresca... ¡Vive Dios!..  
..

--Nos insultan porque somos ahora poca cosa--decía  
Ruiz, indignándose  
contra lo que consideraba una injusticia universal-  
-. Nuestro mundo es  
como un mono, que imita los gestos y placeres de aq  
uel a quien acata  
como amo. Ahora manda Inglaterra, y en uno y otro h  
emisferio privan las  
carreras de caballos, y la gente se aburre viendo c  
orrer unos jacos por  
una pista, espectáculo que no puede ser más soso. L  
as verdaderas

corridas de toros llegaron muy tarde, cuando ya íbamos de capa caída. Si en tiempos de Felipe II hubiesen tenido la misma importancia que hoy, aún quedarían plazas abiertas en muchos países de Europa... ¡Que no me hablen de los extranjeros! Yo los admiro porque han hecho revoluciones, y mucho de lo que pensamos se lo debemos a ellos; pero en esto de los toros, ¡vamos, hombre... que no dicen mas que disparates!

Y el vehemente doctor, con ceguera de fanático, con fundía en su execración a todos los pueblos del planeta que abominan de la fiesta española, manteniendo al mismo tiempo otras diversiones sanguinarias que no pueden siquiera justificarse con el pretexto de su hermosura.

A los diez días de permanencia en Sevilla, el doctor regresó a Madrid.

--Vaya, buen mozo--dijo al enfermo--. Tú no me necesitas, y yo tengo mucho que hacer. Nada de imprudencias. Pasados dos meses, estarás sano y fuerte. Es posible que quedes algo resentido de la pierna, pero tienes una naturaleza de hierro y saldrás adelante.

La curación de Gallardo siguió los términos anunciados por Ruiz. Cuando, pasado un mes, la pierna fue libertada de su forzoso quietismo, el torero, débil y cojeando un poco, pudo ir a sentarse en un sillón del patio, lugar donde recibía a sus amigos.

Durante su enfermedad, cuando la fiebre le acometía

, sumiéndole en  
lóbregas pesadillas, un pensamiento, siempre el mis-  
mo, manteníase firme  
en medio de sus desvaríos imaginativos. Se acordaba  
de doña Sol.  
¿Conocería aquella mujer su desgracia?...

Estando aún en la cama se atrevió a preguntar a su  
apoderado por ella,  
un día en que quedaron solos.

--Sí, hombre--dijo don José--. Se ha acordado de ti  
. Me envió un  
telegrama desde Niza preguntando por tu salud a los  
tres días de la  
desgracia. Indudablemente se enteró por los periódicos.  
Han hablado de  
ti en todas partes, como si fueses un rey.

El apoderado había contestado al telegrama, no sabien-  
do después nada de  
ella.

Quedó Gallardo satisfecho por esta noticia durante  
algunos días, pero  
luego volvió a preguntar, con la insistencia del enfermo  
que cree  
pendiente a todo el mundo del estado de su salud. ¿  
No había escrito? ¿No  
había preguntado más por él?... El apoderado intentaba  
excusar el  
silencio de doña Sol, consolando de este modo al es-  
pada. Debía pensar  
que aquella señora estaba siempre viajando. ¿A sabe-  
r dónde se hallaría  
en aquel momento!...

Pero la tristeza del torero al creerse olvidado obli-  
gó a don José a  
mentir piadosamente. Días antes había recibido una  
breve carta de  
Italia, en la que doña Sol le pedía noticias del he-

rido.

--¡A verla!--dijo con ansiedad el espada.

Y como el apoderado se excusase pretextando haberla olvidado en su casa, Gallardo imploró este consuelo. «Tráigala usted. ¡Me gustaría tanto ver su letra, convencerme de que se acuerda de mí!...»

Para evitar nuevas complicaciones en sus embustes, don José siguió inventando una correspondencia que nunca llegaba a sus manos, por ir dirigida a otro. Doña Sol escribía, según él, al marqués por los asuntos de su fortuna, y al final de todas las cartas preguntaba por la salud de Gallardo. Otras veces eran las cartas a un primo suyo, y en ellas había iguales recuerdos para el torero.

Gallardo escuchaba complacido estas noticias, pero al mismo tiempo movía la cabeza con expresión de duda. ¡Cuándo volvería a verla!... ¿La vería alguna vez?... ¡Ay, aquella mujer caprichosa, que había huido sin motivo, a impulsos de su extraño carácter!

--Lo que tú debes hacer--decía el apoderado--es olvidarte del mujerío, para pensar un poco en los negocios. Ya no estás en la cama, ya estás casi bueno. ¿Cómo te sientes de fuerzas? Di: ¿toreamos o no? Tienes todo lo que queda de invierno para ponerte fuerte. ¿Se admiten contratas o renuncias este año a torear?...

Gallardo levantó la cabeza con arrogancia, como si le propusieran algo



deshonroso. ¿Renunciar al toreo? ¿Pasar un año sin que le viesen en el redondel?... ¿Es que los públicos podrían resignarse a esta ausencia?

--Admita usted, don José. De aquí a la primavera hay tiempo pa ponerse fuerte. Yo toreo lo que me pongan delante. Puee usted comprometerse pa la corria de Pascua de Resurrección. Me parece que esta pierna va a darme mucho que hacer, pero pa entonces, si quiere Dió, estaré como si fuese de jierro.

Dos meses tardó el torero en sentirse fuerte. Cojeaba ligeramente y sentía menos agilidad en los brazos; pero estas molestias despreciábalas como insignificantes al sentir que las fuerzas de la salud volvían a animar su cuerpo vigoroso.

Viéndose a solas en la habitación conyugal--pues había vuelto a ella al abandonar su cuarto de enfermo--, plantábase frente a un espejo y se perfilaba lo mismo que si estuviese ante un toro, poniendo un brazo sobre otro en forma de cruz, cual si tuviera en sus manos la espada y la muleta. ¡Zas! Estocada al toro invisible. ¡Hasta el mismo puño!... Y sonreía satisfecho pensando en la decepción que iban a sufrir sus enemigos, los cuales profetizaban su inmediata decadencia siempre que sufría una cogida.

Le faltaba el tiempo para verse en el redondel. Ansiaba la gloria de los aplausos, la aclamación de las muchedumbres, con el

anhelo de un principiante; como si la reciente cogida hubiese de sdoblado su existencia; como si el Gallardo de antes fuese otro , y él tuviera que comenzar de nuevo su carrera.

Para fortalecerse, decidió pasar el resto del invierno con su familia en \_La Rinconada\_. La caza y las marchas largas fortalecerían su pierna quebrantada. Además, montaría a caballo para vigilar los trabajos, visitaría los ganados de cabras, las piaras de cerdos, la vacada y las jacas que pastaban en los prados. La administración del cortijo no marchaba bien. Todo le costaba más que a los otros propietarios, y los productos resultaban menores. Era una hacienda de torero habituado a la generosidad, a ganar gruesas cantidades, sin conocer las restricciones de la economía. Sus viajes durante una parte del año y aquella desgracia, que había traído a su casa el aturdimiento y el desorden, hacían que los negocios no marchasen bien.

Antonio su cuñado, que se había establecido por una temporada en el cortijo con aires de dictador, queriendo ponerlo todo en orden, sólo había servido para embrollar la marcha de los trabajos y provocar la ira de los jornaleros. Gracias que Gallardo contaba con el ingreso seguro de las corridas, riqueza inagotable que reparaba con exceso sus despilfarros y torpezas.

Antes de salir para \_La Rinconada\_, la señora Angus

tías quiso que su  
hijo fuese a arrodillarse ante la Virgen de la Espe  
ranza. Era una  
promesa que había hecho en aquel anochecer lúgubre,  
cuando le vio llegar  
tendido en la camilla, pálido e inmóvil como un mue  
rto. ¡Las veces que  
había llorado a la Macarena, la hermosa reina de lo  
s cielos, de largas  
pestañas y mejillas morenas, pidiéndola que no olvi  
dase a su pobre  
Juanillo!

La fiesta fue un acontecimiento popular.

Los jardineros del barrio de la Macarena fueron lla  
mados por la madre  
del espada, y el templo de San Gil se llenó de flor  
es, formando altos  
ramos como pirámides en los altares, esparciéndose  
en guirnaldas entre  
los arcos, pendiendo en gruesos ramilletes de las l  
ámparas.

Fue una mañana de sol cuando se verificó la santa c  
eremonia. A pesar de  
que el día era de trabajo, se llenó el templo de lo  
mejorcito de los  
barrios inmediatos: gruesas mujeres de ojos negros  
y cuello corto, con  
el corpiño y la falda hinchados por abultadas curva  
s, vistiendo trajes  
negros de seda y con mantillas de blonda sobre el r  
ostro pálido;  
menestrales recién afeitados, con terno nuevo, somb  
rero redondo y gran  
cadena de oro en el chaleco. Acudían a bandadas los  
mendigos, como si  
se celebrase una boda, formando en doble fila a las  
puertas del templo.  
Las comadres del barrio, despeluznadas y con niños  
al brazo,

agrupábanse, esperando con impaciencia la llegada de Gallardo y su familia.

Iba a cantarse una misa con acompañamiento de orquesta y de voces: algo extraordinario, como la ópera, del Teatro de San Fernando cuando llegaban las Pascuas. Luego entonarían los sacerdotes el Te Deum en acción de gracias por la salvación del señor Juan Gallardo, lo mismo que cuando el rey entraba en Sevilla.

Se presentó la comitiva abriéndose paso en el gentío. La madre y la esposa del torero, entre parientas y amigas, marchaban al frente, haciendo crujir a su paso la gruesa seda de las faldas negras y sonriendo dulcemente bajo sus mantillas. Detrás venía Gallardo, seguido de una escolta interminable de toreros y amigos, todos vestidos de colores claros, con cadenas y sortijas de escandaloso brillo, llevando en las cabezas fieltros blancos, que contrastaban con la negrura de los trajes femeninos.

Gallardo mostrábase grave. Era un buen creyente. Se acordaba poco de Dios y blasfemaba de él en los momentos difíciles, con el automatismo de la costumbre; pero ahora era otra cosa: iba a darle gracias a la Santísima Macarena, y penetró en el templo con aire compungido.

Todos entraron, menos el Nacional, que abandonó a su mujer y a la prole, quedándose en la plazoleta.

--Yo soy librepensador--creyó del caso afirmar ante un grupo de amigos--.  
Yo respeto todas las creencias; pero lo de ahí dentro, pa mí, es...  
«líquido». No quiero faltarle a la Macarena ni quitarle lo suyo; pero  
camará, ¡si mangue no acude a tiempo a llevarse al toro cuando Juaniyo  
estaba en el suelo...!

Por las puertas abiertas llegaban hasta la plaza los gemidos de los  
instrumentos, las voces de los cantores, una melodía dulce y  
voluptuosa acompañada de las bocanadas de perfume de las flores y el  
olor de la cera.

Fumaron cigarro tras cigarro los toreros y aficionados que se agrupaban  
fuera del templo. De vez en cuando se desprendían algunos para ir a  
entretener la espera en la taberna más cercana.

Cuando volvió a salir la comitiva, los pobres se abalanzaron, riendo y  
manoteando bajo los puñados de monedas. Para todos había. El maestro  
Gallardo era rumboso.

La señora Angustias lloraba, con la cabeza apoyada en el hombro de una  
amiga.

En la puerta de la iglesia apareció el espada, sonriente y magnífico,  
dando el brazo a su mujer, que iba trémula de emoción y bajaba los ojos,  
temblándole una lágrima entre sus pestañas.

Carmen creyó que acababa de casarse por segunda vez

.

## VII

Al llegar Semana Santa, Gallardo dio una gran alegría a su madre.

En años anteriores salía el espada en la procesión de la parroquia de San Lorenzo, como devoto de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, vistiendo túnica negra de alta caperuza con una máscara que sólo dejaba visible los ojos.

Era la cofradía de los señores, y el torero, al verse camino de la fortuna, ingresó en ella, huyendo de las cofradías populares, en las que la devoción iba acompañada de embriaguez y escándalo.

Gallardo hablaba con orgullo de la seriedad de esta asociación religiosa. Todo puntual y bien disciplinado, lo mismo que en el ejército. Cuando, en la noche del Jueves Santo, el reloj de San Lorenzo daba el segundo golpe de las dos de la madrugada, abríanse instantáneamente las puertas y aparecía ante los ojos de la muchedumbre agolpada en la obscuridad de la plaza todo el interior del templo lleno de luces y con la cofradía formada.

Los negros encapuchados, silenciosos y lúgubres, sin otra vida que el

brillo de los ojos al través de la sombría máscara,  
avanzaban de dos en  
dos con lento paso, guardando un ancho espacio entr  
e pareja y pareja,  
empuñando el hachón de lívida llama y arrastrando p  
or el suelo la larga  
cola de sus túnicas.

La multitud, con esa impresionabilidad fácil de los  
pueblos  
meridionales, contemplaba absorta el paso de los en  
capuchados, a los que  
llamaba «nazarenos», máscaras misteriosas que eran  
tal vez grandes  
señores, llevados por la devoción tradicional a fig  
urar en este desfile  
nocturno que acababa luego de salido el sol.

Era una cofradía de silencio. Los «nazarenos» no po  
dían hablar, y  
marchaban escoltados por guardias municipales, cuid  
adosos de que los  
importunos no se llegasen a ellos para molestarles.  
Abundaban los  
borrachos en la multitud. Vagaban por las calles de  
votos incansables  
que, en memoria de la Pasión del Señor, comenzaban  
a pasear su  
religiosidad de taberna en taberna el Miércoles San  
to, y no terminaban  
sus estaciones hasta el sábado, en que los recogían  
definitivamente,  
después de haber dado innumerables caídas en todas  
las callejuelas, que  
eran para ellos otras tantas calles de Amargura.

Cuando los cofrades, obligados al silencio bajo pen  
a de pecado,  
marchaban solos en la procesión, estos impíos, a qu  
ienes el vino quitaba  
todo escrúpulo moral, colocábanse junto a ellos, mu  
rmurando en sus oídos

las más atroces injurias contra sus incógnitas personas y contra sus familias, que no conocían. El «nazareno» callaba y sufría, devorando los insultos y ofreciéndolos como un sacrificio al Señor del Gran Poder. Pero el moscón, enardecido por esta mansedumbre, redoblaba su zumbido injurioso; hasta que al fin la sagrada máscara pensaba que, aunque el silencio era obligatorio, no lo era la acción, y sin hablar palabra levantaba el cirio, dando con él varios golpes al borracho que turbaba el santo recogimiento de la ceremonia.

En el curso de la procesión, cuando los portadores de los «pasos» necesitaban descanso y quedaban inmóviles las pesadas plataformas de las imágenes cargadas de faroles, bastaba un leve siseo para que los encapuchados se detuviesen, permaneciendo las parejas frente a frente, con el blandón apoyado en un pie, mirando al gentío con sus ojos misteriosos al través del antifaz. Eran tétricos personajes escapados de un auto de fe, mascarones cuyas colas negras parecían esparcir en su arrastre perfumes de incienso y hedor de hoguera. Sonaban los lamentos de cobre de las largas trompetas, rasgando el silencio de la noche. Sobre las puntas de las caperuzas movíanse con la brisa los pendoncillos de la cofradía, rectángulos de terciopelo negro con franjas de oro y bordado en ellos el anagrama romano S. P. Q. R., para recordar la intervención del Procurador de Judea en la muerte del Justo.



Avanzaba el «paso» de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, una pesada plataforma de labrado metal, con faldas de terciopelo negro que rozaban el suelo, ocultando los pies de los veinte hombres sudorosos y casi desnudos que marchaban debajo sosteniéndola. Cuatro grupos de faroles con ángeles de oro brillaban en los ángulos, y en su centro encogíase Jesús, un Jesús trágico, doloroso, sanguinolento, coronado de espinas, agobiado bajo el peso de la cruz, la faz cadavérica y los ojos lacrimosos, vestido con amplia túnica de terciopelo cubierta de flores de oro, hasta el punto de que la rica tela apenas se distinguía como débil arabesco entre las complicadas revueltas del bordado.

La presencia del Señor del Gran Poder provocaba un suspiro de centenares de pechos.

--¡Pare Josú!--murmuraban las viejas, fijos los ojos en la imagen con hipnótica inmovilidad--. ¡Señor del Gran Poder! ¡Acuérdate de nosotros!

Deteníase el «paso» en mitad de la plaza, con su escolta de inquisitoriales encapuchados, y la devoción del pueblo andaluz, que confía al canto todos los estados de su alma, saludaba a la imagen con trinos de pájaro y lamentos interminables.

Una voz infantil de temblona dulzura cortaba el silencio. Era una mozuela que, avanzando entre la muchedumbre hasta c

olocarse en primera  
fila, lanzaba una «saeta» a Jesús. Los tres versos  
del canto eran para  
el Señor del Gran Poder, «la escultura más divina»,  
y para el escultor  
Montañés, compañero de los grandes artistas español  
es de la edad de oro.

Esta «saeta» equivalía al primer tiro de un combate  
, que desata un  
estallido interminable de explosiones. Aún no había  
acabado, y ya  
comenzaba a sonar otra en diverso sitio, y otra y o  
tra, como si la plaza  
fuese una gran jaula de pájaros locos que, al despe  
rtar con la voz de un  
compañero, se lanzasen todos a cantar a la vez, en  
confuso desorden. Las  
voces de varón, graves y roncas, unían su sombrío t  
ono a los gorgoritos  
femeniles. Todos cantaban con los ojos fijos en la  
imagen, como si  
estuviesen solos ante ella, olvidados de la muchedu  
mbre que los rodeaba,  
sordos a las otras voces, sin perderse ni vacilar e  
n los complicados  
gorjeos de la «saeta», que cortaban y confundían de  
sarmónicamente las  
vocalizaciones de los demás. Escuchaban inmóviles l  
os encapuchados,  
mirando a Jesús, que acogía estos trinos sin dejar  
de lagrimear bajo el  
peso del madero y el punzante dolor de las espinas;  
hasta que el  
conductor del «paso», dando por terminada la detenc  
ión, golpeaba un  
timbre de plata en la delantera de la plataforma. «  
¡Arriba!» El Señor  
del Gran Poder, tras algunos vaivenes, se hacía más  
alto, y comenzaban a  
moverse como tentáculos, a ras del suelo, los pies  
de los invisibles

portadores.

Después venía la Virgen, Nuestra Señora del Mayor Dolor, pues todas las parroquias sacaban dos «pasos», uno del Hijo de Dios y otro de su Señora Madre. Bajo un palio de terciopelo temblaba la corona de oro de la Señora del Mayor Dolor, rodeada de luces. La cola del manto, con una amplitud de muchos metros, descendía detrás del «paso», abombada por una especie de miriñaque de madera, mostrando el esplendor de sus bordados pesadísimos, deslumbrantes, costosos, en los que se había agotado la habilidad y la paciencia de toda una generación.

Los encapuchados, con sus cirios crepitantes, escoltaban a la Virgen, temblando el reflejo de sus luces en este manto regio que poblaba el ambiente de vivos fulgores. Al compás del redoble de los tamboree, marchaba luego un rebaño de hembras, el cuerpo en la sombra y la cara enrojecida por la llama de las velas que llevaban en las manos. Eran viejas con mantilla y los pies descalzos; mozuelas vistiendo trajes blancos que habían sido destinados a servir las de mortaja; mujeres que caminaban trabajosamente, como si arrastrasen sus vientres hinchados por ocultos y dolorosos desarreglos; todo un batallón de humanidad doliente escapada de la muerte por bondad del Señor del Gran Poder y su Santísima Madre, caminando detrás de sus imágenes para cumplir una promesa.

La santa cofradía, después de marchar lentamente po

r las calles, con  
largas detenciones acompañadas de cánticos, entraba  
en la catedral, que  
permanecía toda la noche con las puertas abiertas.  
El desfile de luces  
introducía en las naves gigantes de este templo,  
disparatado por su  
extraordinaria grandeza, y sacaba de la obscuridad  
las enormes pilastras  
forradas de terciopelo carmesí con rayas de oro, sin  
llegar a disipar  
las compactas tinieblas de las bóvedas. Los encapuchados  
desfilaban  
como puntiagudos insectos negros en la rojiza claridad  
de los hachones a  
ras del suelo, mientras la noche seguía amasada en  
lo alto. Salían otra  
vez a la luz de las estrellas, abandonando esta obscuridad  
de cripta, y  
el sol acababa por sorprender a la procesión en plena  
calle, apagando el  
resplandor de los cirios, haciendo brillar el oro de  
las santas  
vestiduras y las lágrimas y sudores de agonía de las  
imágenes.

Gallardo era entusiasta del Señor del Gran Poder y  
del majestuoso  
silencio de su cofradía. ¡Cosa muy seria! De los otros  
«pasos» era  
posible reírse, por la falta de devoción y el desorden  
de los cofrades;  
pero de éste... ¡vamos, hombre!... El sentía un escalofrío  
de emoción al  
contemplar la imagen poderosa de Jesús, «la primera  
escultura del  
mundo», y ver la majestad con que marchaban los encapuchados.  
Además, en  
esta cofradía se trataba uno con gente muy buena.

A pesar de esto, el espada decidió abandonar este año a los del Gran

Poder, para salir con los de la Macarena, que escoltaban a la milagrosa Virgen de la Esperanza.

La señora Angustias se alegró mucho al conocer su decisión. Bien se lo debía a la Virgen, por haberle salvado de la última cogida. Además, esto halagaba sus sentimientos de plebeya sencillez.

--Ca uno con los suyos, Juaniyo. Güeno que te trates con el señorío, pero piensa que los probes te quisieron siempre, y que ya hablaban contra ti, creyendo que los desprecias.

Demasiado lo sabía el torero. El tumultuoso populacho que ocupaba en la plaza de Toros los tendidos de sol comenzaba a mostrar cierta animosidad contra él, creyéndose olvidado. Le criticaban su trato con las gentes ricas y el apartamiento de los que habían sido sus primeros entusiastas. Para evitar esta animosidad, Gallardo valíase de todos los medios, halagando al populacho con ese servilismo sin escrúpulos de los que necesitan vivir del aplauso público. Había llamado a los cofrades más influyentes de la Macarena para manifestarles que iría en la procesión. Nada de dar la noticia a la gente. El lo hacía como devoto, y quería que su acto quedase en secreto.

Pero a los pocos días, en todo el barrio no se hablaba de otra cosa, con un orgullo de vecindad. ¡Y poco hermosa que iba a salir este año la Macarena!... Despreciaban a los ricos del Gran Poder con su procesión

ordenada y sosa, y se fijaban únicamente en sus rivales del otro lado del río, los bullangueros de Triana, que tan satisfechos estaban de su Nuestra Señora del Patrocinio y el Cristo de la Expiración, al que llamaban el «Santísimo Cachorro».

--Habrà que ve a la Macarena--decían en los corrillos comentando la decisión del torero--. La seña Angustias va a llenar el «paso» de flores. Lo menos se gasta sien duros. Y Juaniyo va a ponerle a la Virgen toas sus alhajas. ¡Un capitá!...

Así era. Gallardo reunía todas sus joyas y las de su mujer para que las luciese la Macarena. En las orejas le pondrían unos pendientes de Carmen que había comprado el espada en Madrid, invirtiendo en ellos el precio de varias corridas. Al pecho llevaría una cadena de oro doble del torero, y pendiente de ella todas sus sortijas y los gruesos botones de brillantes que se colocaba en la pechera cuando salía a la calle vestido «de corto».

--¡Josú! ¡Y qué reguapa va a salir nuestra morena!--decían las vecinas hablando de la Virgen--. El seño Juan corre con todo. Va a rabiá media Seviya.

El espada, cuando le preguntaban acerca de esto, sonreía modestamente. El había tenido siempre mucha devoción a la Macarena. Era la Virgen de los barrios en que había nacido, y además su pobre padre no dejaba

ningún año de ir en la procesión vestido de «armado». Era un honor que le correspondía a la familia, y a no ser él quien era, se calaría el casco y empuñaría la lanza, yendo de legionario romano, como habían ido muchos Gallardos que estaban pudriendo tierra.

Le halagaba esta popularidad devota; quería que todos supiesen en el barrio su asistencia a la procesión, y al mismo tiempo temía que la noticia se esparciese por la ciudad. Creía en la Virgen y deseaba ponerse bien con ella, para los peligros futuros, con devoto egoísmo; pero temblaba pensando en las burlas de los amigos que se reunían en los cafés y sociedades de la calle de las Sierpes.

--Me van a tomá er pelo si me conosen--decía--. Hay que viví con too er mundo.

El Jueves Santo por la noche fue a la catedral con su mujer, para oír el Miserere. El templo, con sus arcos ojivales disparatadamente altos, estaba sin otra luz que la de unos cirios rojizos colocados en las pilastras: la necesaria nada más para que la muchedumbre no marchase a tientas. Tras las rejas de las capillas laterales estaban enjauladas las gentes de buena posición social, huyendo del contacto con la muchedumbre sudorosa que se empujaba en las naves.

En la obscuridad del coro brillaban como una constelación de estrellas rojas las luces destinadas a los músicos y cantores. El Miserere de

Eslava esparcía sus alegres melodías italianas en este ambiente  
terrorífico de sombra y misterio. Era un \_Miserere\_  
andaluz, algo  
juguetón y gracioso, como el batir de alas de un pájaro,  
con romanzas  
semejantes a serenatas de amor y coros que parecían  
rondas de  
bebedores; la alegría de vivir en un país dulce que  
hace olvidar a la  
muerte y se rebela contra las lobrequeces de la Pasión.

Cuando la voz del tenor terminó la última romanza y  
sus lamentos se  
perdieron en las bóvedas apostrofando a la ciudad  
deicida, «Jerusalén,  
Jerusalén», la muchedumbre se esparció, deseando  
cuanto antes volver a  
las calles, que tenían aspecto de teatro con sus  
focos eléctricos, sus  
filas de sillas en las aceras y sus palcos en las  
plazas.

Gallardo volvió a casa para vestirse de «nazareno».  
La señora Angustias  
había cuidado de su traje con una ternura que la  
volvía a los tiempos de  
la juventud. ¡Ay, su pobrecito marido, que en esta  
noche cubriase con  
sus arreos belicosos, y echándose la lanza al  
hombro o salía a la calle  
para no volver hasta el día siguiente, con el casco  
abollado y el  
tonelete perdido de suciedad, luego de acampar con  
sus hermanos de armas  
en todas las tabernas de Sevilla!...

El espadachín cuidó de sus bajos con una escrupulosidad  
femenil. Manejaba el  
traje de «nazareno» con las mismas atenciones que un  
vestido de lidia en



tarde de corrida. Se calzó con medias de seda y zapatos de charol.

Púsose el ropón de satén blanco, confeccionado por las manos de su madre, y sobre éste la alta y puntiaguda caperuza de terciopelo verde, que descendía sobre sus hombros formando una máscara y se prolongaba hasta más abajo de las rodillas, a modo de casulla.

A un lado del pecho, el escudo de la cofradía estaba bordado con rica y minuciosa profusión de colores. El torero se puso unos guantes blancos y agarró el alto bastón, signo de dignidad en la cofradía: una vara forrada de terciopelo verde, con contera de plata y rematada por un óvalo del mismo metal.

Eran más de las doce cuando el elegante encapuchado se encaminó a San Gil, por las calles llenas de gentío. En las blancas paredes de las casas, las luces de los cirios y las puertas iluminadas de las tabernas trazaban un reflejo temblón de sombras y resplandores de incendio.

Antes de llegar a la iglesia, Gallardo encontró en la estrecha calle por donde iba a marchar la procesión la compañía de los «judíos», la tropa de los «armados», fieros sayones que, impacientes por mostrar su guerrera disciplina, marcaban el paso sin moverse del sitio, al compás de un tambor que redoblaba sin cansarse.

Eran mozos y viejos con el rostro encuadrado por las carrilleras metálicas del casco, un sayo color de vino, las piernas enfundadas en

calzas de algodón que imitaban el rosa de la carne femenil, y altas sandalias. Al cinto llevaban la espada romana, y para imitar a los soldados modernos, colgaban de un hombro, a guisa de portafusil, el cordón que sostenía sus lanzas. Al frente de la compañía ondeaba la bandera romana con su inscripción senatorial, meciéndose al compás de los redobles del tamborcillo como todas las filas de legionarios.

Un personaje de suntuosidad imponente contoneábase con la espada en la mano al frente de este ejército. Gallardo lo reconoció al pasar.

--¡Mardita sea!--dijo riendo bajo su máscara--. No me van a hacer caso. Ese gachó se lleva todas las parmas esta noche.

Era el capitán \_Chivo\_, un gitano \_cantaor\_ que había llegado por la mañana del mismísimo París, fiel a la disciplina militar, para ponerse al frente de sus soldados.

Faltar a este llamamiento del deber era renunciar al título de capitán que ostentaba el \_Chivo\_ en todos los carteles de los \_music-halls\_ de París donde cantaba y bailaba con sus hijas. Eran éstas a modo de graciosas lagartijas, de donosos movimientos, grandes ojos, una delgadez algo subida de color y una diabólica movilidad que trastornaba a los hombres. La mayor había hecho una gran fortuna fugándose con un príncipe ruso, y los periódicos de París hablaron varios días de la desesperación

del «bravo oficial del ejército español», que deseaba matar, vengando su honor, y hasta le compararon con Don Quijote. En un teatro del Bulevar habían dado una opereta sobre el rapto de la gitana, con bailes de toreros, coros de frailes y demás escenas de exacto colorido local. El \_Chivo\_ acabó por transigir con este yerno de la mano izquierda, admitiendo sus indemnizaciones, y siguió bailando en París con las niñas, en espera de otro ruso. Su graduación de capitán dejaba pensativos a muchos extranjeros conocedores exactos de todo lo que ocurre en el mundo. «¡Ah, España!... País decaído, que no paga a sus nobles soldados y obliga a los «hidalgos» a exhibir las hijas en las tablas...»

Al aproximarse la Semana Santa, el capitán \_Chivo\_ no podía soportar su alejamiento de Sevilla, y se despedía de las hijas con un gesto de padre intransigente y severo.

--Niñas: me voy. A ve si son güenas ustés. Que haiga a formaliá y desensia... La compañía me espera. ¿Qué diría si faltase su capitán?...

Y emprendía el viaje de París a Sevilla, pensando con orgullo en su padre y sus abuelos, que habían sido capitanes de los «judíos» de la Macarena, y en él mismo, que proporcionaba nueva gloria a esta herencia de los antepasados.

En un sorteo de la Lotería Nacional había ganado di

ez mil pesetas, y  
toda la cantidad por entero la dedicó a un «uniforme» digno de su graduación. Las comadres del barrio corrían para contemplar de cerca al capitán, deslumbrante de bordados de oro, con un colete de metal bruñido y un casco del que se derrumbaban en cascada las plumas blancas, reflejando sobre la limpidez de su acero todas las luces de la procesión. Era una fantasía suntuaria de pielroja; un traje principesco tal como lo podría soñar un araucano ebrio. Las mujeres le cogían el faldellín de terciopelo para admirar de cerca los bordados: clavos, martillos, espinas, todos los atributos de la Pasión. Sus botas parecían temblar a cada paso con el brillo de los espejuelos y la pedrería falsa que las cubrían. Bajo las plumas del casco, que aún hacían más obscura su tez africana, destacábanse las patillas grises del gitano. Esto no era militar: el mismo capitán lo confesaba noblemente; pero debía volver a París, y algo había que concederle al arte.

Torcía la cabeza con belicosa arrogancia, clavando sus ojos de águila en los legionarios.

--¡A ve! ¡que no se iga de la compañía!... ¡Que haiga desensia y disciplina!

Y daba sus órdenes al través de las mallas de la dentadura, con la misma voz ronca y canallesca con que jaleaba el baile de sus niñas en los tablados.

Avanzaba la compañía marcando el paso cadencioso y lento al compás del redoblante. En cada calle había varias tabernas, y a la puerta de ellas alegres compadres con el sombrero echado atrás y el chaleco abierto, que llevaban perdida la cuenta de las cañas bebidas para olvidar el martirio y muerte del Señor.

Al ver al imponente guerrero lo saludaban, ofreciéndole de lejos un vaso lleno de líquido oloroso color de ámbar. El capitán disimulaba su turbación apartando la vista y poniéndose aún más rígido dentro de su metálico coselete. ¡Si no estuviese de servicio!...

Alguno más audaz atravesaba la calle para colocarle el vaso bajo la cascada de plumas, queriendo tentarlo con el perfume; pero el incorruptible centurión se echaba atrás, presentando la punta de su espada. El deber era el deber. Este año no sería como otros, en los que la compañía, a poco de salir, marchaba en desorden, vacilante sobre sus pies y marcando mal el paso.

Las calles no tardaron en convertirse en vías de Amargura para el capitán \_Chivo\_. Sentía calor bajo sus armas; por un poco de vino no iba a alterarse la disciplina. Y aceptaba una copa, y luego otra, y al poco rato todo el ejército moviéndose con las filas incompletas, sembrando el camino de rezagados que se retardaban en las tabernas del tránsito.

Marchaba la procesión con una lentitud tradicional,  
deteniéndose horas  
enteras en las encrucijadas. No apremiaba el tiempo  
. Eran las doce de la  
noche, y la Macarena no volvería a su casa hasta la  
s doce de la mañana  
siguiente, necesitando para recorrer la ciudad más  
tiempo que para ir de  
Sevilla a Madrid.

Primeramente avanzaba el «paso» de la Sentencia de  
Nuestro Señor  
Jesucristo, tablado lleno de figuras representando  
a Pilatos sentado en  
áureo trono, y alrededor de él sayones de multicolor  
res faldellines y  
casco empenachado vigilando al triste Jesús, pronto  
a marchar al  
suplicio, con túnica de terciopelo morado cargado d  
e bordados y tres  
plumeros de oro que fingían ser rayos de divinidad  
sobre su corona de  
espinas. Con ser este «paso» tan abundante en figur  
as y prolijo en  
adornos, avanzaba sin llamar la atención, como humi  
llado por la vecindad  
del que venía detrás: la reina de los barrios popul  
ares, la milagrosa  
Virgen de la Esperanza, la Macarena.

Cuando salió de San Gil la Virgen de mejillas sonro  
sadas y largas  
pestañas, bajo un palio tembloroso de terciopelo, c  
abeceando con los  
vaivenes de los ocultos portadores, una aclamación  
ensordecidora surgió  
de la muchedumbre que se agolpaba en la plazoleta..  
. Pero ¡qué bonita la  
gran señora! ¡No pasaban años por ella!

El manto esplendoroso, inmenso, con grueso bordado

de oro que imitaba  
las mallas de una red, extendíase por detrás del «p  
aso» como la cola  
caída de un gigantesco pavo real. Brillaban sus ojo  
s de vidrio, como si  
lagrimeasen de emoción contestando a las aclamacion  
es de los fieles, y a  
este brillo uníase el centelleo de las joyas que cu  
brían su cuerpo,  
formando una nueva armadura de oro y pedrería sobre  
la de terciopelo  
bordado. Eran centenares, eran tal vez millares. Pa  
recía mojada por una  
lluvia de gotas luminosas, en las que flameaban tod  
os los colores del  
iris. Del cuello pendíanle sartas de perlas, cadena  
s de oro con docenas  
de sortijas enhebradas, que esparcían al moverse má  
gicos resplandores.  
La túnica y el delantero del manto iban chapados de  
relojes de oro  
prendidos con alfileres, pendientes de esmeraldas y  
brillantes, sortijas  
con piedras enormes cual guijarros luminosos. Todos  
los devotos enviaban  
sus joyas para que las luciese en el paseo la Santí  
sima Macarena. Las  
mujeres exhibían las manos limpias de adornos en es  
ta noche de religioso  
dolor, contentas de que la madre de Dios ostentase  
unas joyas que eran  
su orgullo. El público las conocía, por verlas todo  
s los años, y llevaba  
la cuenta, señalando las novedades. Lo que ostentab  
a la Virgen en el  
pecho, pendiente de una cadena, era de Gallardo el  
torero. Pero otros  
compartían con él la admiración popular. Las mirada  
s femeninas devoraban  
absortas dos perlas enormes y una hilera de sortija  
s. Eran de una  
muchacha del barrio que se había ido a Madrid dos a

ños antes, y, devota  
de la Macarena, volvía para ver la fiesta con un ca  
ballero viejo... ¡La  
suerte de la niña!...

Gallardo, con la faz cubierta y apoyado en el bastó  
n, signo de  
autoridad, marchaba ante el «paso» con los dignatar  
ios de la cofradía.  
Otros encapuchados ostentaban en las manos largas t  
rompetas adornadas  
con paños verdes de flecos de oro. Llevábanse las b  
oquillas de los  
instrumentos a un agujero de sus antifaces, y un tr  
ompeteo desgarrador,  
un toque de suplicio, cortaba el silencio. Pero est  
e rugido espeluznante  
no despertaba eco alguno en las almas haciéndolas p  
ensar en la muerte.  
Por los callejones transversales, oscuros y solita  
rios, venían  
bocanadas de brisa primaveral cargada de perfumes d  
e jardín, de olor de  
naranja, de aroma de las flores alineadas en tiesto  
s tras rejas y  
balcones. Blanqueaba el azul del cielo con la caric  
ia de la luna, que se  
desperezaba sobre el plumón de las nubes, avanzando  
el rostro entre dos  
aleros. El desfile lúgubre parecía marchar contra l  
a corriente de la  
Naturaleza, perdiendo a cada paso su fúnebre graved  
ad. En vano gemían  
las trompetas lamentos de muerte, y lloraban los ca  
ntores al entonar  
sagradas coplas, y marcaban el paso con ceño de ver  
dugos los espantables  
sayones. La noche primaveral reía, esparciendo su r  
espiración de  
perfumes. Nadie podía acordarse de la muerte.

En torno de la Virgen iban como revuelta tropa los



entusiastas

«macarenos», hortelanos de las afueras, con sus mujeres desgredadas que arrastraban de la mano una fila de niños, llevándolos de excursión hasta el amanecer. Mocitos del barrio, con fieltro nuevo y los bucles alisados sobre las orejas, blandían garrotes con belicoso fervor, como si alguien se propusiese faltarle al respeto a la hermosa señora y fuera preciso el auxilio de sus brazos. Iban todos confundidos, aplastándose en las calles estrechas entre el «paso» enorme y las paredes, pero con los ojos fijos en los de la imagen, hablándola, lanzando pirpos a su hermosura y su milagroso poder, con la inconsciencia del vino y de su ligero pensamiento de pájaro.

--¡Olé la Macarena!... ¡La primé Virgen der mundo!..  
.. ¡La que le da por el... pelo a toas la Vírgenes!...

Cada cincuenta pasos deteníase la sagrada plataforma. No había prisa; la jornada era larga. En muchas casas exigían que se detuviese la Virgen para verla con detención. Todo tabernero pedía igualmente un descanso a la puerta del establecimiento, alegando sus derechos de vecino del barrio.

Un hombre atravesaba la calle dirigiéndose a los encapuchados de los bastones que iban ante el «paso».

--¡A ve! ¡que paren... que ahí está el primé cantao der mundo, que quíe echarle una «saeta» a la Virgen!

El primer \_cantaor\_ del mundo, apoyado en un amigo,  
con las piernas  
temblonas y pasando a otro su vaso, avanzaba hasta  
la imagen, y luego de  
toser, soltaba el torrente de su voz ronca, en la q  
ue los gorgoritos  
borraban toda claridad a las palabras. Sólo se ente  
ndía que cantaba a  
«la mare», la madre de Dios, y al frasear esta pala  
bra, su voz adquiría  
temblores de emoción, con esa sensibilidad de la po  
esía popular, que  
encuentra sus más sinceras inspiraciones en el amor  
maternal.

Aún no había llegado el \_cantaor\_ a mitad de su len  
ta copla, cuando  
sonaba otra voz, y luego otra, como si se entablase  
un pugilato musical,  
y la calle se poblaba de invisibles pájaros, unos r  
oncos, con  
estremecimientos de pulmón quebrantado, otros chill  
ones, con alarido  
perforante que hacía pensar en un cuello rojo e hin  
chado próximo a  
desgarrarse. Los más de los cantores permanecían oc  
ultos en la  
muchedumbre, con la simpleza de una devoción que no  
necesita ser vista  
en sus expansiones; otros, orgullosos de su voz y d  
e su «estilo»,  
ansiaban exhibirse, plantándose en mitad del arroyo  
ante la santa  
Macarena.

Muchachas flacas, de lacias faldas y pelo cargado d  
e aceite, cruzaban  
las manos sobre el hundido vientre, y fijando sus o  
jos en los de la gran  
señora, cantaban con un hilillo de voz las angustia  
s de la madre al ver

a su hijo chorreando sangre y tropezando en las piedras bajo el peso de la cruz.

A los pocos pasos, un gitano joven, bronceado, con las mejillas roídas, oliendo a ropa sucia y a viruelas, quedaba como en éxtasis, con el sombrero pendiente de las dos manos, y rompía a cantar también a «la mare», «maresita der arma», «maresita e Dió», admirado por un grupo de camaradas que aprobaban con la cabeza las bellezas de su «estilo».

Y los tambores seguían redoblando detrás de la imagen, y las trompetas lanzaban su lamento, y todos cantaban a la vez, mezclando sus voces discordantes, sin que nadie se confundiese, comenzando y acabando cada uno su «saeta» sin tropiezo, como si todos fuesen sordos, como si el fervor religioso los aislase, sin otra vida exterior que la voz de temblona adoración y los ojos fijos en la imagen con una tenacidad hipnótica.

Cuando acababan los cantos, prorrumpía el público en aclamaciones de entusiasmo obsceno, y otra vez era glorificada la Macarena, la hermosa, la única, la que daba... disgustos a todas las Vírgenes; y el vino circulaba en vasos a los pies de la imagen, y los más vehementes le arrojaban el sombrero como si fuese una moza guapa; y no se sabía ya qué era lo cierto, si el fervor de iluminados con que cantaban a la Virgen o la orgía ambulante y pagana que acompañaba su trá

nsito por las calles.

Delante del «paso» iba un mocetón vestido con túnica morada y coronado de espinas. Sus pies hollaban descalzos las azuladas piedras de las callejuelas. Marchaba encorvado bajo la pesadumbre de una cruz dos veces más grande que él, y cuando tras larga detención reanudaba el paso, las buenas almas ayudábanle a tirar de su carga.

Las mujeres gimoteaban al verle, con una ternura compasiva. ¡Pobrecito! ¡Y con qué santo fervor cumplía su penitencia!... Todos recordaban en el barrio su crimen sacrílego. ¡El maldito vino, que vuelve locos a los hombres! Tres años antes, en la mañana del Viernes Santo, cuando ya se retiraba la Macarena a su iglesia luego de vagar toda la noche por las calles de Sevilla, este pecador, que era un buen muchacho y andaba desde el día antes de juerga con los amigos, había hecho detener el «paso» ante una taberna de la plaza del Mercado. Le cantó a la Virgen, y luego, poseído de santo entusiasmo, prorrumpió en requiebros. ¡Olé la Macarena bonita! ¡La quería más que a su novia! Para expresar mejor su fe, quiso arrojar a sus pies lo que llevaba en la mano, creyendo que era el sombrero, y un vaso fue a estrellarse en la hermosa faz de la gran señora. Le llevaron lloriqueando a la cárcel... ¡Si él amaba a la Macarena como si fuese su madre! ¡Si era el vino maldito, que deja a los hombres sin saber lo que hacen! Tembló de miedo ante los años de

presidio que le esperaban por desacato a la religión; lloró de arrepentimiento por su sacrilegio, y al fin, los más indignados acabaron por influir en su favor, y se arregló todo mediante la promesa de dar ejemplo a los pecadores con una penitencia extraordinaria.

Arrastraba la cruz sudoroso y jadeante, cambiando la carga de lugar cuando sentía uno de sus hombros entumecido por la dolorosa pesadumbre. Las mujeres lloraban con la vehemencia meridional, dramática en sus manifestaciones. Los camaradas le tenían lástima, y sin osar reírse de su penitencia, le ofrecían por compasión vasos de vino. Iba a reventarse de fatiga; necesitaba refrescar; no era por burla, sino por compañerismo.

Pero él huía los ojos del ofrecimiento, volviéndose a la Virgen para tomarla por testigo de su martirio. Ya bebería al día siguiente, sin miedo alguno, cuando dejase a la Macarena segura en su iglesia.

Estaba el «paso» detenido en una calle del barrio de la Feria, y ya la cabeza de la procesión había llegado al centro de Sevilla. Los encapuchados verdes y la compañía de «armados» avanzaban con belicosa astucia, como un ejército que marcha al asalto. Querían ganar la Campana, apoderándose con ella de la entrada de la calle de las Sierpes, antes de que se presentase otra cofradía. Una vez dueña la vanguardia de

esta posición, podría esperar tranquilamente a que llegase la Virgen. Los «macarenos» todos los años se hacían señores de la famosa calle, y necesitaban horas enteras para recorrerla, gozándose en las protestas impacientes de los cofrades de otros barrios, gente inferior, cuyas imágenes no podían compararse con la de la Macarena, y que por su insignificancia vivían condenados a aguardar humildemente detrás de ellos.

Sonó el redoblante de las tropas del capitán \_Chivo\_ a la entrada de la calle de la Campana, al mismo tiempo que asomaban por distinto lado los encapuchados negros de otra cofradía, deseosos igualmente de ganar la prioridad en el paso. La muchedumbre, curiosa, se agitó entre las cabezas de las dos procesiones. ¡Bronca!... Los encapuchados negros no respetaban gran cosa a los «judíos» y a su espantable capitán. Este, por su parte, tampoco quería salir de su fría altivez. La fuerza armada no debe mezclarse en las reyertas entre paisanos. Fueron los «macarenos» que escoltaban a la procesión los que, en nombre de la gloria del barrio, acometieron a los «nazarenos» negros, chocando palos y cirios. Corrieron los polizontes, llevándose presos por un lado a dos mozos que se lamentaban de haber perdido sombreros y bastones, mientras por otro eran conducidos a una farmacia varios «nazarenos» sin capucha, que se llevaban las manos a la cabeza con ademán doloroso.

Mientras tanto, el capitán \_Chivo\_, astuto como un conquistador, realizaba un movimiento estratégico con sus tropas, ocupando La Campana hasta la entrada de la calle de las Sierpes, acompañado por el redoblante, que aceleraba su baqueteo con una alegría ruidosa y triunfal, entre las aclamaciones de los bravos auxiliares del barrio. «¡Aquí no ha pasao na! ¡Viva la Virgen de la Macarena!...»

La calle de las Sierpes estaba convertida en un salón, con los balcones repletos de gentío, focos eléctricos pendientes de cables entre pared y pared y todos los cafés y tiendas iluminados, con las ventanas obstruidas de cabezas, y filas de sillas junto a los muros, en los que se agolpaba la gente subiendo sobre los asientos cada vez que el lejano trompeteo y el redoblar de los tambores anunciaba la proximidad de un «paso».

Aquella noche no se dormía en la ciudad. Hasta las viejas de timoratas costumbres, recluidas siempre en sus viviendas a la hora del rosario, velaban ahora para contemplar, cerca de la madrugada, el paso de las innumerables procesiones.

Eran las tres de la mañana y nada indicaba lo avanzado de la hora. La gente comía en cafés y tabernas. Por las puertas de las freidurías de pescado se escapaba el tufillo succulento del aceite. En el centro de la

calle estacionábanse los vendedores ambulantes preg  
onando dulces y  
bebidas. Familias enteras que sólo salían a luz en  
las grandes  
festividades estaban allí desde las dos de la tarde  
, viendo pasar  
procesiones y más procesiones; mantos de Virgen, de  
aplastante  
suntuosidad, que arrancaban gritos de admiración po  
r sus metros de  
terciopelo; Redentores coronados de oro, con vestim  
enta de brocado; todo  
un mundo de imágenes absurdas, en las que contrasta  
ban los rostros  
trágicos, sanguinolentos o lloriqueantes, con las r  
opas de un lujo  
teatral cargadas de riquezas.

Los extranjeros, atraídos por lo extraño de esta ce  
remonia cristiana,  
alegre como una fiesta del paganismo, en la que no  
había otro gesto de  
dolor y tristeza que el de las imágenes, oían los n  
ombres de éstas de  
boca de los sevillanos sentados junto a ellos.

Desfilaban los «pasos» del Sagrado Decreto, del San  
to Cristo del  
Silencio, de Nuestra Señora de la Amargura, de Jesú  
s con la cruz al  
hombro, Nuestra Señora del Valle, Nuestro Padre Jes  
ús de las Tres  
Caídas, Nuestra Señora de las Lágrimas, el Señor de  
la Buena Muerte y  
Nuestra Señora de las Tres Necesidades; y este desf  
ile de imágenes iba  
acompañado de «nazarenos» negros y blancos, rojos,  
verdes, azules y  
violeta, todos enmascarados, guardando bajo las pun  
tiagudas caperuzas su  
personalidad misteriosa, de la que sólo se revelaba  
n los ojos al través



de los orificios del antifaz.

Avanzaban las pesadas plataformas lentamente, con gran trabajo, por la estrechez de la calle. Cuando salían de esta angostura, llegando a la plaza de San Francisco, frente a los palcos levantados en el palacio del Ayuntamiento, los «pasos» daban media vuelta hasta quedar de frente las imágenes, y saludaban con una genuflexión de sus portadores a los extranjeros ilustres y personas reales venidos para presenciar la fiesta.

Junto a los «pasos» marchaban mozos con cántaros de agua. Apenas se detenía el catafalco, alzábase una punta de las faldas de terciopelo que ocultaban su interior, y aparecían veinte o treinta hombres sudorosos, purpúreos por la fatiga, medio desnudos, con pañuelos ceñidos a las cabezas y un aire de salvajes fatigados. Eran los «gallegos», los conductores forzudos, a los que se confundía, fuese cual fuese su origen, en esta denominación geográfica, como si los hijos del país no se creyesen aptos para ningún trabajo constante y fatigoso. Bebían ávidamente el agua, y si había próxima una taberna, se insubordinaban contra el director del «paso» reclamando vino. Obligados a permanecer en este encierro muchas horas, comían agachados y satisfacían otras necesidades. Muchas veces, al alejarse el santo «paso» tras larga detención, la muchedumbre reía viendo lo que quedaba al descubierto

sobre el limpio adoquinado, residuos que obligaban a correr con espuelas a los dependientes municipales.

Este desfile de suntuosidad abrumadora, corriente de móviles patíbulo con rostros cadavéricos y vestiduras deslumbrantes, prolongábase toda la noche, frívolo, alegre y teatral. En vano lanzaban los cobres sus gemidos de muerte, llorando la más ruidosa de las injusticias, la muerte infamante de un Dios. La Naturaleza no se conmovía, uniéndose a este dolor tradicional. El río seguía susurrando bajo los puentes, extendiendo su sábana luminosa entre los silenciosos campos; los naranjos, incensarios de la noche, abrían sus mil bocas blancas, esparciendo en el ambiente un olor de carne voluptuosa; las palmeras mecían sus surtidores de plumas sobre las almenas morunas del Alcázar; la Giralda, fantasma azul, remontábase devorando estrellas, ocultando un pedazo de cielo tras su esbelta mole; y la luna, ebria de perfumes nocturnos, parecía sonreír a la tierra hinchada de savia primaveral, a los surcos luminosos de la ciudad, en cuyo fondo rojizo agitábase un hormiguero satisfecho de vivir, que bebía y cantaba, encontrando pretexto para interminable fiesta en una remota muerte.

Jesús había muerto: por él las mujeres se vestían de negro y los hombres se disfrazaban con túnicas puntiagudas que les daban aspecto de extraños insectos; los cobres lo proclamaban con sus quejido

s teatrales; los  
templos lo decían con su obscuro silencio y los vel  
os lóbregos de sus  
puertas... Y el río seguía suspirando con idílico s  
usurro, como si  
invitase a sentarse en sus orillas a las parejas so  
litarias; y las  
palmeras mecían sus capiteles sobre las almenas con  
un vaivén de  
indiferencia; y los naranjos exhalaban su perfume d  
e tentación, como si  
sólo reconociesen la majestad del amor, que crea la  
vida y la deleita; y  
la luna sonreía impávida; y la torre, azulada por l  
a noche, perdíase en  
el misterio de las alturas, pensando tal vez, con l  
a simpleza de alma de  
las cosas inanimadas, que las ideas de los hombres  
cambian con los  
siglos, y los que a ella la sacaron de la nada creí  
an en otras cosas.

Se agitó la muchedumbre en la calle de las Sierpes  
con alegre  
curiosidad. Los «pasos» de la Macarena, formando ah  
ora compacta  
procesión, avanzaban acompañados de una banda de mú  
sica. Redoblaban con  
furia los tambores, rugían las trompetas, gritaba e  
l bullicioso tropel  
de los «macarenos», y la gente subíase en las silla  
s para ver mejor el  
ruidoso y lento desfile.

Inundose el centro de la calle de mozos despechugad  
os que blandían sus  
palos dando vivas a la Virgen. Las mujeres, despein  
adas y míseramente  
vestidas, agitaban sus brazos al verse en el centro  
de Sevilla, en la  
calle de las Sierpes, por donde sólo pasaban de tar  
de en tarde,

desfilando bajo las miradas curiosas de lo mejor de la ciudad.

Su pobreza ansiaba vengarse en esta noche extraordinaria, y todos ellos vociferaban dirigiéndose a los cafés llenos de gente acomodada, a los clubs donde se reunían los señoritos:

--¡Aquí están los macarenos! ¡Que vengan toos a ver lo mejó der mundo!  
¡Viva la Virgen!

Algunas hembras tiraban del marido, cabizbajo y con las piernas dobladas después de tres horas de procesión. ¡A casa!... Pero el vacilante «macareno» resistíase con voz que olía a vino.

--Ejame, mujé. Antes quieo echale una coplita a la Morena.

Y luego de toser y llevarse la mano a la garganta, fijos los ojos en la imagen, rompía a cantar con una voz sorda que sólo él podía oír, pues se perdía con la confusa baraúnda de músicas, gritos, trompetas y aclamaciones. Una invasión de locura conmovía la estrecha calle, como si acabase de asaltarla una horda ebria. Cantaban a la vez cien voces, cada una con distinto ritmo y entonación. Mozos pálidos y sudorosos, como si fuesen a morir, avanzaban hasta el «paso», con el sombrero perdido, el chaleco desabrochado, apoyados blandamente en los hombros de los camaradas, y entonaban una «saeta» con voz de agonizante. A la entrada de la calle, en las aceras de La Campana, quedaban tendidos de bruces

varios «macarenos», como si fuesen los muertos de esta gloriosa expedición.

A la puerta de un café, el \_Nacional\_ contemplaba con toda su familia el paso de la cofradía. «¡Superstición y atraso!...» Pero él seguía la costumbre, viniendo todos los años a presenciar la invasión de la calle de las Sierpes por los ruidosos «macarenos».

Inmediatamente reconoció a Gallardo, por su esbelta estatura y el garbo torero con que llevaba la vestimenta inquisitorial.

--Juaniyo, que se etenga er «paso». Hay en er café unas señoras forasteras que quieren ve bien a la Macarena.

Quedó inmóvil la sagrada plataforma, rompió a tocar la banda de música una marcha garbosa, de las que alegran al público en la plaza de Toros, e inmediatamente los ocultos portadores del «paso» comenzaron a levantar a un tiempo una pierna, luego la otra, ejecutando un baile que hacía moverse el catafalco con violenta ondulación, empujando a la gente contra las paredes. La Virgen, con toda su carga de joyas, flores, farolas, y hasta con el pesado palio, bailaba al son de la música. Era este un espectáculo que había sido objeto de ensayos, y del que se mostraban orgullosos los «macarenos». Los buenos mozos del barrio, agarrados a ambos lados del «paso», lo sostenían, siguiendo su violento vaivén, al mismo tiempo que gritaban, enardecidos p

or este alarde de  
fuerza y habilidad:

--¡Que venga a ve esto toa Seviya!... ¡Esto es lo g  
üeno! ¡Esto sólo lo  
hacen los «macarenos»!...

Y cuando calló la música y cesaron las ondulaciones  
, quedando inmóvil el  
«paso», resonó una aclamación atronadora, impía y o  
bscena, proferida con  
la ingenuidad del entusiasmo. Daban vivas a la Sant  
ísima Macarena, la  
santa, la única, la que se hacía esto y aquello con  
todas las Vírgenes  
conocidas y por conocer.

La cofradía siguió su marcha triunfal, dejando reza  
gados en todas las  
tabernas y caídos en todas las calles. El sol, al s  
alir, la sorprendió  
muy lejos de la parroquia, en el extremo opuesto de  
Sevilla, haciendo  
centellear con sus primeros rayos la armadura de jo  
yas de la imagen y  
alumbrando los rostros lívidos de la escolta popula  
r y de los  
«nazarenos», que se habían despojado del antifaz. L  
a imagen y sus  
acompañantes, sorprendidos por el amanecer, parecía  
n una tropa disoluta  
volviendo de una orgía.

Cerca del Mercado quedaron los dos «pasos» abandona  
dos en medio de la  
calle, mientras toda la procesión «tomaba la mañana  
» en las tabernas  
inmediatas, sustituyendo el vino de la tierra con g  
randes copas de  
aguardiente de Cazalla y Rute. Las blancas haldas d  
e los encapuchados  
eran ya faldas sucias, en las que se marcaban huell

as nauseabundas.

Ninguno conservaba enteros los guantes. Un «nazareno», con el cirio apagado y una mano en el capuchón, se arqueaba ruidosamente frente a una esquina para dar expansión a su estómago revuelto.

Del brillante ejército judío no quedaban más que miserables reliquias, como si volviese de una derrota. El capitán andaba con triste vaivén, caídas las mustias plumas sobre el rostro lívido, sin otra preocupación que defender la vestimenta gloriosa de roces y manotones. ¡Respeto al uniforme!...

Gallardo abandonó la procesión poco después de salir el sol. Había hecho bastante acompañando a la Virgen toda la noche, y seguramente que ella se lo tomaría en cuenta.

Además, esta última parte de la fiesta, hasta que la Macarena entraba en San Gil, cerca ya de mediodía, era la más penosa. Las gentes que se levantaban de dormir, frescas y tranquilas, burlábanse de los encapuchados, ridículos a la luz del sol, arrastrando la embriaguez y las suciedades de la noche. No era prudente que viesen a un espada con aquella tropa de borrachos aguardándoles a la puerta de las tabernas.

La señora Angustias le esperaba en el patio de la casa, y ayudó al «nazareno» a despojarse de sus vestiduras. Debía descansar, luego de cumplidos sus deberes con la Virgen. El domingo de Pascua tenía corrida:

la primera después de su desgracia. ¡Maldito oficio ! Con él era imposible el descanso, y las pobres mujeres, tras un período de tranquilidad, veían renacer sus angustias y temores .

El sábado y la mañana del domingo los pasó el espad a recibiendo visitas de entusiastas aficionados de fuera de Sevilla que habían venido para las fiestas de Semana Santa y de la Feria. Todos sonreían confiando en sus futuras hazañas.

--¡Vamos a ver cómo queas! La afición tiene los ojos puestos en ti. ¿Qué tal van esas fuerzas?

Gallardo no desconfiaba de su vigor. Los meses de permanencia en el campo le habían robustecido. Estaba ahora tan fuerte como antes de la cogida. Lo único que le hacía recordar este accidente, cuando cazaba en el cortijo, era cierta debilidad en la pierna herida. Pero esto sólo lo notaba después de largas marchas.

--Haré too lo que sepa--murmuraba Gallardo con falsa modestia--. Yo creo que no quearé mal der too.

El apoderado intervenía, con la brava ceguera de su fe:

--Quearás como las propias rosas... como un ángel. ¡Si tú te metes los toros en el bolsillo!...

Luego, los entusiastas de Gallardo, olvidando por un momento la corrida,



comentaban una noticia que acababa de circular por la ciudad.

En un monte de la provincia de Córdoba, la Guardia civil había encontrado un cadáver descompuesto, con la cabeza desfigurada, casi deshecha por una descarga a boca de jarro. Imposible reconocerle, pero sus ropas, la carabina, todo hacía creer que era el \_Plumitas\_.

Gallardo escuchaba silencioso. No había visto al bandido después de su cogida, pero guardaba de él un buen recuerdo. Sus cortijos le habían dicho que mientras él estaba en peligro se presentó dos veces en \_La Rinconada\_ para preguntar por su salud. Luego, viviendo en el cortijo con su familia, varias veces pastores y jornaleros le hablaron misteriosamente del \_Plumitas\_, que al encontrarlos en un camino y saber que eran de \_La Rinconada\_ les daba memorias para el señor Juan.

¡Pobre hombre! Gallardo le compadecía, recordando sus predicciones. No le había matado la Guardia civil. Le habían asesinado durante su sueño. Había perecido a manos de los suyos, de un «aficionado», de uno de los que venían detrás empujando, con el ansia de ganarse el cartel.

El domingo, su marcha a la plaza fue más penosa que otras veces. Carmen hacía esfuerzos por mostrarse tranquila, y hasta estuvo presente en el acto de vestir \_Garabato\_ al maestro. Sonreía, con una sonrisa dolorosa;

fingíase alegre, creyendo notar en su marido una preocupación igual, que también intentaba disimular con forzado regocijo. La señora Angustias andaba por cerca de la habitación, queriendo contemplar una vez más a su Juanillo, como si fuese a perderle.

Cuando salió Gallardo al patio, con la montera puesta y la capa al hombro, la madre le echó los brazos al cuello derramando lágrimas. No dijo una palabra, pero los ruidosos suspiros parecían revelar sus pensamientos. ¡Torear por primera vez después de su desgracia en la misma plaza donde había sido cogido!... Sus supersticiones de mujer popular rebelábanse ante esta imprudencia. ¡Ay, cuándo se retiraría del maldito oficio! ¿No tenía aún bastante dinero?

Pero el cuñado intervino, con su autoridad de grave consejero de la familia. Vamos, mamita, que la cosa no era para tanto. Una corrida como todas. Lo que convenía era dejar en paz a Juan, no quitarle la serenidad con éstos lloriqueos a la hora de ir a la plaza.

Carmen fue más valerosa. No lloró; acompañó a su marido hasta la puerta; quería animarlo. Además, desde que había renacido su amor a impulsos de la desgracia, y ella y Juan vivían tranquilamente, queriéndose mucho, no creía que un nuevo accidente viniese a turbar su dicha. Aquella cogida era obra de Dios, que muchas veces saca el bien del mal, y había querido unirlos por medio de un accidente doloroso. Juan torearía como otras

veces y volvería a casa sano y salvo.

--¡Que tengas buena suerte!

Y contempló con ojos amorosos el carruaje que se alejaba seguido de un grupo de pilluelos, embelesados en la contemplación envidiosa de los oropeles de los lidiadores. Al quedar sola, la pobre mujer subió a su cuarto, encendiendo luces ante una imagen de la Virgen de la Esperanza.

El \_Nacional\_ iba en el coche, cejijunto y sombrío, al lado de su maestro. Aquel domingo era de elecciones, pero sus compañeros de cuadrilla no habían llegado a enterarse de ello. La gente sólo hablaba de la muerte del \_Plumitas\_ y de la corrida de toros.

El banderillero había permanecido hasta pasado mediodía con los compañeros de comité «trabajando por la idea». ¡Maldita corrida, que venía a interrumpir sus funciones de buen ciudadano, impidiendo que llevase a las urnas a unos cuantos amigos que se quedaban sin votar si él no iba por ellos! Sólo «los de la idea» acudían a los lugares donde se verificaba la votación: la ciudad parecía ignorar la existencia de las elecciones. Había en las calles grandes grupos discutiendo con apasionamiento; pero sólo hablaban de toros. ¡Qué gentes!... El \_Nacional\_ recordaba indignado las trampas y violencias de los enemigos al amparo de esta soledad. Don Joselito, que había protestado con toda

su elocuencia tribunicia, estaba en la cárcel junto con otros amigos. El banderillero, que deseaba compartir su martirio, se había visto obligado a abandonarlos para vestir el traje de luces e ir en busca de su maestro. ¿Y este atropello a los ciudadanos iba a quedar impune? ¿Y el pueblo no se levantaría?

Al pasar el coche por las inmediaciones de La Campana, vieron los toreros una gran masa de gente popular con los garrotes en alto, vociferando en actitud sediciosa. Los agentes de policía, sable en mano, cargaban contra ellos, recibiendo palos y devolviendo mandobles.

El \_Nacional\_ se levantó del asiento, queriendo echarse abajo del carruaje. ¡Ah, por fin! ¡Llegaba el momento!...

--¡La revolución! ¡Ya se armó la gorda!

Pero el maestro, entre risueño y enfadado, lo devolvió a su asiento con un empuellón.

--No seas panoli, Sebastián. Tú sólo ve revoluciones y musurañas en todas partes.

Los de la cuadrilla reían adivinando la verdad. Era el noble pueblo, que, indignado al no encontrar billetes para la corrida en el despacho de La Campana, ansiaba asaltarlo e incendiarlo, siendo repelido por la policía. El \_Nacional\_ bajó tristemente la cabeza.

--¡Reacción y atraso! ¡Farta de sabé leé y escribí!

Llegaron a la plaza. Una ruidosa ovación, un estrépito interminable de palmadas acogió la presencia de las cuadrillas en el ruedo. Todos los aplausos eran para Gallardo. El público saludaba su primera aparición en la arena luego de la tremenda cogida que tanto había dado que hablar en toda la Península.

Cuando llegó el momento para Gallardo de matar su primer toro, volvió a repetirse la explosión de entusiasmo. Las mujeres, de mantilla blanca, le seguían desde los palcos con sus gemelos; en los tendidos de sol aplaudían y aclamaban lo mismo que en los de sombra. Hasta los enemigos sentíanse arrastrados por este impulso simpático. ¡Pobre muchacho! ¡Había sufrido tanto!... La plaza era suya por entero. Nunca había visto Gallardo un público entregado a él tan completamente.

Se quitó la montera ante la presidencia para brindar. ¡Olé! ¡olé! Nadie oyó una palabra, pero todos se entusiasmaron. Debía haber dicho cosas muy buenas. Y el aplauso le acompañó cuando se dirigía hacia el toro, cesando con un silencio de expectación al verle próximo a la fiera.

Extendió la muleta, quedando plantado ante el animal, pero a alguna distancia, no como otras veces, en las que enardecía al público tendiendo el trapo rojo casi en el hocico. Notose en el silencio de la

plaza un movimiento de extrañeza, pero nadie dijo nada. Varias veces golpeó Gallardo el suelo con un pie para incitar a la bestia, y ésta, por fin, acometió blandamente, pasando apenas bajo la muleta, pues el torero se apresuró a apartarse con visible precipitación. Muchos se miraron en los tendidos. ¿Qué era aquello?...

El espada vio a su lado al \_Nacional\_ y algunos pasos más allá a otro peón de la cuadrilla, pero no gritó «¡Fuera too er mundo!»

En el graderío elevábase un rumor, producto de vehementes conversaciones. Los amigos del espada creían oportuno explicarse en nombre de su ídolo.

--Está entoavía resentío. No debía torear. ¡Esa pierna!... ¿No lo ven ustedes?

Los capotes de los dos peones ayudaban al espada en sus pases. La fiera agitábase con aturdimiento entre las rojas telas, y apenas acometía a la muleta sentía el capotazo de otro torero atrayéndola lejos del espada.

Gallardo, como si deseara salir pronto de esta situación, se cuadró con el estoque alto, arrojándose sobre el toro.

Un murmullo de estupefacción acogió el golpe. La espada quedó clavada en menos de un tercio, cimbreadose, próxima a saltar del cuello. Gallardo se había apartado de los cuernos, sin hundir el estoque hasta el puño

como otras veces.

--¡Pero está bien puesta!--gritaban los entusiastas señalando la espada, y aplaudían estrepitosamente para suplir con el ruido la falta de número.

Los inteligentes sonreían con lástima. Aquel muchacho iba a perder lo único que tenía notable: el valor, el atrevimiento. Le habían visto encoger el brazo instintivamente en el momento de llegar al toro con el estoque; le habían visto ladear la cara con ese movimiento de pavor que impulsa a los hombres a la ceguera para ocultarse el peligro.

Rodó el estoque por el suelo, y Gallardo, tomando otro, volvió sobre el toro, acompañado de sus peones. El capote del \_Nacional\_ estaba pronto a desplegarse junto a él para distraer a la bestia. Además, los berridos del banderillero aturdían a la fiera y la hacían revolverse cuando se aproximaba mucho a Gallardo.

Otra estocada del mismo género, quedando descubierta a la hoja de acero en más de una mitad.

--No se arrima--comenzaban a protestar en los tendidos--. Les ha tomado asco a los cuernos.

Gallardo abría los brazos en cruz frente al toro, como dando a entender al público situado a sus espaldas que el animal ya tenía bastante con aquella estocada y que de un momento a otro iba a c

aer. Pero la bestia manteníase en pie, volviendo su cabeza a un lado y a otro.

El \_Nacional\_, excitándola con el trapo, la hacía correr, y aprovechaba ciertas ocasiones para golpearla el cuello con el capote rudamente, con toda la fuerza de su brazo. El público, adivinando sus intenciones, comenzó a protestar. Hacía correr al animal para que con el movimiento se clavase más el estoque. Sus pesados capotazos eran para hundir la espada. Llamábanle ladrón; aludían a su madre con feas palabras, dudando de la legitimidad de su nacimiento; agitábanse en los tendidos de sol amenazantes garrotes; comenzaron a caer sobre la arena, con propósito de herirle, naranjas y botellas; pero él soportaba, como si fuese sordo y ciego, esta rociada de insultos y proyectiles, y seguía corriendo al toro, con la satisfacción del que cumple su deber y salva a un amigo.

La fiera, de pronto, lanzó un chorro de sangre por la boca, y tranquilamente dobló las patas, quedando inmóvil, pero con la cabeza alta, próxima a levantarse y acometer. Se aproximó el puntillero, deseoso de acabar cuanto antes y sacar al maestro de su compromiso. El \_Nacional\_ le ayudó, apoyándose en la espada con diestro y apretándola hasta la empuñadura.

El público del sol, que vio esta maniobra, púsose de pie con airada protesta.



--¡Ladrón! ¡Asesino!...

Indignábase en nombre del pobre toro, cual si éste no hubiese de morir de todas suertes; amenazaban con el puño al \_Nacional\_, como si acabasen de presenciar un crimen, y el banderillero, cabizbajo, acabó por refugiarse detrás de la barrera.

Gallardo, mientras tanto, iba hacia la presidencia para saludar, y los entusiastas incondicionales le acompañaban con un aplauso tan ruidoso como poco nutrido.

--No ha tenido suerte--decían con su ardiente fe a prueba de desengaños--. Pero las estocadas, ¡qué bien marcadas!... Eso no hay quien lo discuta.

El espada fue a colocarse un instante frente al tendido donde estaban sus más fervorosos partidarios, y se apoyó en la barrera, dándoles explicaciones. El toro era malo: no había medio de hacer con él una buena faena.

Los entusiastas, con don José al frente, asentían a estas explicaciones, que eran las mismas que ellos habían inventado.

Permaneció Gallardo gran parte de la corrida en el estribo de la barrera. Buenas eran tales explicaciones para los partidarios, pero él sentía en su interior una duda cruel, una desconfianza en su persona que nunca había conocido.

Los toros le parecían más grandes, con una «vida doble» que les daba mayor resistencia para no morir. Los de antes caían bajo su estoque con una facilidad de milagro. Indudablemente le habían soltado lo peor de la ganadería, para hacerle quedar mal. Alguna intriga de los enemigos.

Otra sospecha se movía confusa en lo más oscuro y hondo de su pensamiento, pero él no quería contemplarla de cerca, no tenía interés en extraerla de su misteriosa lobreguez. Su brazo parecía más corto en el momento de tenderse con el estoque por delante. Antes llegaba con una velocidad de relámpago al cuello de la fiera; ahora era un viaje interminable, un vacío pavoroso, que no sabía cómo salvar. Sus piernas también eran otras. Parecían vivir sueltas, con propia vida, independientes del resto del cuerpo. En vano su voluntad las ordenaba permanecer quietas y firmes, como otras veces. No obedecían. Parecían tener ojos, ver el peligro, y saltaban con excesiva ligereza, sin aplomo para esperar, así que sentían las ondulaciones del aire cortado por el empuje de la fiera.

Gallardo volvía contra el público la vergüenza del fracaso, la rabia por su repentina debilidad. ¿Qué deseaban aquellas gentes? ¿Que se dejase matar para darlas gusto?... Bastantes señales de loca audacia llevaba en el cuerpo. El no necesitaba probar su coraje. Si vivía era de milagro,

gracias a celestiales intervenciones, a que Dios es bueno, y a las oraciones de su madre y la pobrecita de su mujer. Había visto la cara seca de la Muerte como pocos la ven, y sabía mejor que nadie lo que vale el vivir.

--¡Si creéis que vais a tomame er pelo!--decía mentalmente mientras contemplaba a la muchedumbre.

El torearía en adelante como muchos de sus compañeros. Unos días lo haría bien, otros mal. El toreo no era mas que un oficio, y una vez llegado a los primeros lugares, lo importante era vivir, salvando los compromisos como mejor pudiese. No iba a dejarse coger por el gusto de que la gente se hiciera lenguas de su valentía.

Cuando llegó el momento de matar su segundo toro, estos pensamientos le infundieron un tranquilo valor. ¡Con él no acababa ningún animal! Haría cuanto pudiese para no ponerse al alcance de sus cuernos.

Al ir hacia la fiera tuvo el mismo gesto arrogante de sus grandes tardes: «¡Fuera too er mundo!»

La muchedumbre se agitó con un murmullo de satisfacción. Había dicho «¡Fuera todo el mundo!» Iba a hacer una de las suyas.

Pero ni llegó lo que el público esperaba, ni el \_Nacional\_ dejó de marchar tras él, capote al brazo, adivinando con su astucia de antiguo

peón habituado a las marrullerías de los matadores  
la falsedad teatral  
de esta orden.

Tendió el trapo a alguna distancia del toro y comen-  
zó a darle pases con  
visible recelo, quedando en cada uno de ellos a gra-  
n distancia de la  
fiera y ayudado siempre por el capote de Sebastián.

Al permanecer un instante con la muleta baja, hizo  
el toro un movimiento  
como para embestir, pero no se movió. El espada, so-  
bradamente alerta,  
engañoso con este movimiento y dio unos cuantos pas-  
os atrás, que fueron  
verdaderos saltos, huyendo del animal, que no le ha-  
bía acometido.

Quedó en una posición grotesca por este retroceso in-  
necesario, y una  
parte del público rió entre exclamaciones de asombr-  
o. Sonaron algunos  
silbidos.

--¡Juy, que te coge!--gritó una voz irónica.

--¡Sarasa!--suspiró otra con entonación afeminada.

Gallardo enrojeció de cólera. ¡Esto a él! ¡Y en la  
plaza de Sevilla!...  
Sintió la corazonada audaz de sus tiempos de princi-  
piante, un deseo loco  
de caer ciegamente sobre el toro, y fuese lo que Di-  
os quisiera. Pero su  
cuerpo se resistió a obedecerle. Su brazo parecía p-  
ensar; sus piernas  
veían el peligro, burlándose con su rebelión de las  
exigencias de la  
voluntad.

Además, el público, reaccionando ante el insulto, vino en su ayuda e impuso silencio. ¡Tratar así a un hombre que estaba convaleciente de una cogida grave!... ¡Esto era indigno de la plaza de Sevilla! ¡A ver si había decencia!

Gallardo se aprovechó de esta compasión simpática para salir del compromiso. Marchando de lado contra el toro, lo hirió con una estocada atravesada y traidora. Cayó el animal como una bestia de matadero, soltando un caño de sangre por la boca. Unos aplaudieron sin saber por qué aplaudían, otros silbaron, y la gran masa permaneció en silencio.

--¡Si le han soltado perros traicioneros!--clamaba el apoderado desde su asiento, a pesar de que la corrida era de la ganadería del marqués--.  
¡Si eso no son toros!... Ya veremos en otra, cuando sean bichos nobles de verdad.

Al salir de la plaza, Gallardo notó el silencio del gentío. Pasaban los grupos junto a él sin un saludo, sin una aclamación de aquellas con que le acogían en las tardes felices. Ni siquiera siguió el carruaje la turba miserable que se quedaba fuera de la plaza aguardando noticias y antes de terminar la corrida estaba enterada de todos sus incidentes y de las hazañas del maestro.

Gallardo gustó por primera vez la amargura del fracaso. Hasta sus banderilleros iban ceñudos y silenciosos, como sold

ados en derrota. Pero  
al llegar a casa y sentir en el cuello los brazos d  
e su madre, de Carmen  
y hasta de su hermana, así como el contacto de todo  
s los sobrinillos,  
que se cogían a sus piernas, el espada sintió desva  
necerse esta  
tristeza. «¡Mardita sea!...» Lo importante era vivi  
r; que la familia  
permaneciese tranquila; ganar el dinero del público  
como otros toreros,  
sin audacias que un día u otro conducen a la muerte  
.

Los días siguientes sintió la necesidad de exhibirs  
e, de hablar con los  
amigos en los cafés populares y en los clubs de la  
calle de las Sierpes.  
Creía que al imponer con su presencia un cortés sil  
encio a los  
maldicientes evitaba los comentarios sobre su fraca  
so. Pasaba tardes  
enteras en las tertulias de los aficionados modesto  
s que había  
abandonado mucho tiempo antes buscando la amistad d  
e las gentes ricas.  
Después entraba en los \_Cuarenta y cinco\_, donde el  
apoderado hacía  
reinar sus opiniones a fuerza de gritos y manotazos  
, sosteniendo, como  
siempre, la gloria de Gallardo.

¡Famoso don José! Su entusiasmo era inconmovible, a  
prueba de bomba, no  
ocurriéndosele jamás que su matador pudiera dejar d  
e ser como él le  
creía. Ni una crítica, ni una recriminación por el  
fracaso; antes bien,  
él mismo se encargaba de excusarle, añadiendo a est  
o el consuelo de sus  
buenos consejos.

--Tú estás resentido aún de tu cogida. Lo que yo digo: «Ya le verán ustés, cuando esté bueno del todo, y me darán noticias...» Haz como otras veces. Te vas al toro derechamente, con ese coraje que Dios te ha dao, y ¡zas! estocada hasta la cruz... y te lo metes en el bolsillo.

Gallardo aprobaba con una sonrisa enigmática... ¡Meterse los toros en el bolsillo! No deseaba otra cosa. Pero ¡ay! se habían hecho tan grandes e intratables! ¡Habían crecido tanto en el tiempo que él no pisaba la arena!...

El juego consolaba a Gallardo, haciéndole olvidar sus preocupaciones. Volvió con nueva furia a perder el dinero en la mesa verde, rodeado de aquella juventud que no reparaba en sus fracasos porque era un torero elegante.

Una noche se lo llevaron a cenar a la Venta de Eritaña. Gran juerga con unas extranjeras de vida alegre, a las que algunos de estos jóvenes conocían de París. Habían venido a Sevilla con motivo de las fiestas de Semana Santa y de la Feria, y ansiaban conocer lo más «pintoresco» de la tierra. Eran de una hermosura algo marchita, reanimada por los artificios de la elegancia. Los jóvenes ricos iban tras ellas, atraídos por el encanto de lo exótico, solicitando generosos abandonos que pocas veces eran rehusados. Deseaban conocer a un torero célebre, un espada de los más guapos, aquel Gallardo cuyo retrato habían

contemplado tantas  
veces en estampas populares y cajas de cerillas. Luego de verle en la plaza, habían pedido a sus amigos que se lo presentasen.

La reunión fue en el gran comedor de Eritaña, un salón en pleno jardín, con decorado de arábica vulgaridad, pobre imitación de los esplendores de la Alhambra. En este local se verificaban los banquetes políticos y las juergas: se brindaba con fogosa oratoria por la regeneración de la patria, y se mecían y ensanchaban las curvas femeniles con el vaivén del tango, al runrún de las guitarras, mientras en los rincones sonaban besos y chillidos y se rompían botellas.

Gallardo fue recibido como un semidiós por las tres mujeres, que, olvidando a sus amigos, sólo le miraban a él y se disputaban el honor de sentarse a su lado, acariciándolo con ojos de lobas en celo... Le recordaban a la otra, a la ausente, a la casi olvidada, con sus cabelleras de oro, sus trajes elegantes y un ambiente de carne perfumada y tentadora que, emanando de sus cuerpos, parecía envolverle en una espiral de embriaguez.

La presencia de sus camaradas contribuía a hacer más vivo este recuerdo. Todos eran amigos de doña Sol; algunos hasta pertenecían a su familia y él los había mirado como parientes.

Comieron y bebieron con esa voracidad salvaje de las fiestas nocturnas,



a las que se va con un propósito firme de excederse  
en todo, buscando  
embriagarse cuanto antes para atrapar la alegría de  
l aturdimiento.

En un extremo del salón rasgueaban sus guitarras un  
os gitanos, entonando  
canciones melancólicas. Una de aquellas mujeres, co  
n entusiasmo de  
neófita, saltó sobre la mesa, comenzando a mover to  
rpemente las  
soberbias caderas, queriendo imitar las danzas del  
país, haciendo alarde  
de los adelantos realizados en pocos días bajo la d  
irección de un  
maestro sevillano.

--¡Asaúra!... ¡Malaje!... ¡Sosa!--gritaban irónicam  
ente los amigos,  
jaleándola con rítmicas palmadas.

Se burlaban de su pesadez, pero admiraban con ojos  
de deseo la gallardía  
de su cuerpo. Y ella, orgullosa de su arte, tomando  
por elogios  
entusiastas estos gritos incomprensibles, seguía mo  
viendo las caderas y  
elevaba los brazos como asas de ánfora en torno de  
su cabeza, con la  
mirada en alto.

Pasada media noche, estaban todos ebrios. Las mujer  
es, perdido el pudor,  
asediaban con su admiración al espada. Este se deja  
ba manejar impasible  
por las manos que se lo disputaban, mientras las bo  
cas le sorprendían  
con ardorosos contactos en las mejillas y el cuello  
. Estaba borracho,  
pero su borrachera era triste. ¡Ay, la otra!... ¡la  
rubia verdadera! El  
oro de estas cabelleras que comenzaban a deshacerse

en torno de él era  
artificial, cubriendo un pelo grueso y fuerte, endu  
recido por la  
química. Los labios tenían un sabor de manteca perf  
umada. Sus redondeces  
daban una sensación de dureza pulida por el contact  
o, semejante a la de  
las aceras. Al través de los perfumes, su imaginaci  
ón olfateaba un olor  
de vulgaridad original. ¡Ay, la otra! ¡la otra!...

Gallardo, sin saber cómo, se vio en los jardines, b  
ajo el solemne  
silencio que parecía descender de las estrellas, en  
tre cenadores de  
frondosa vegetación, siguiendo una senda tortuosa,  
viendo al través del  
follaje las ventanas del comedor iluminadas cual bo  
cas de infierno, por  
las que pasaban y repasaban las sombras como demoni  
os negros.

Una mujer oprimía su brazo tirando de él, y Gallard  
o se dejaba llevar,  
sin verla siquiera, con el pensamiento lejos, muy l  
ejos.

Una hora después volvió al comedor. Su compañera, c  
on los pelos  
alborotados y los ojos brillantes y hostiles, habla  
ba a las amigas.  
Estas reían y le señalaban con gesto despectivo a l  
os demás hombres, que  
reían también... ¡Ah, España! ¡País de desilusiones  
, donde todo era pura  
leyenda, hasta el coraje de los héroes!...

Gallardo bebió más y más. Las mujeres, que antes se  
lo disputaban,  
asediándolo con sus caricias, volvíanle la espalda,  
cayendo en brazos de  
los otros hombres. Los guitarristas apenas tocaban,

y ahitos de vino  
inclinábanse sobre sus instrumentos con placentera  
somnia.encia.

El torero iba también a dormirse sobre una banqueta  
, cuando le ofreció  
llevarle a casa en su carruaje uno de aquellos amigos,  
obligado a  
retirarse antes de que su madre la condesa se levantara,  
como todos los  
días, para ir a la misa del alba.

El viento de la noche no disipó la embriaguez del torero.  
Cuando el  
amigo le dejó en la esquina de su calle, Gallardo anduvo  
con paso  
vacilante hacia su casa. Cerca de la puerta se detuvo,  
agarrándose a la  
pared con ambas manos y descansando la cabeza en los  
brazos, como si no  
pudiese soportar el peso de sus meditaciones.

Había olvidado completamente a sus amigos, la cena  
en Eritaña y las tres  
extranjeras pintarrajeadas que se lo habían disputado,  
acabando por  
insultarle. Algo quedaba en su memoria de la otra,  
¡eso siempre!... pero  
indeciso y en último término. Ahora su pensamiento,  
por uno de esos  
saltos caprichosos de la embriaguez, lo ocupaban por  
entero las  
corridas de toros.

El era el primer matador del mundo, ¡olé! Así lo afirmaban  
su apoderado  
y los amigos, y así era la verdad. Ya verían los adversarios  
cosa buena  
cuando él volviese a la plaza. Lo del otro día era un  
simple descuido:  
la mala suerte, que le había jugado una de las suyas.

Orgulloso de la fuerza omnipotente que en aquel instante le comunicaba la embriaguez, veía a todos los toros, andaluces y castellanos, como débiles cabras que podía abatir con sólo un golpe de su mano.

Lo del otro día no era nada. «¡Líquido!»... como decía el \_Nacional\_.  
«Al mejor \_cantaor\_ se le escapa un gallo.»

Y este aforismo, aprendido de la boca de venerables patriarcas del toreo en tardes de desgracia, le comunicó un deseo irresistible de cantar, poblando con su voz el silencio de la calle solitaria.

Con la cabeza siempre apoyada en los brazos comenzó a canturrear una estrofa de su invención, que era una alabanza disparatada a sus méritos:  
«Yo soy Juaniyo Gallardo... con más c...oraje que Dios.» Y no pudiendo improvisar más en su honor, repetía y repetía las mismas palabras con voz ronca y monótona, que alteraba el silencio y hacía ladrar a un perro invisible en el fondo de la calle.

Era la herencia paternal que renacía en él: la manía cantante que acompañaba al señor Juan el remendón en sus borracheras semanales.

Se abrió la puerta de la casa y avanzó \_Garabato\_ la cabeza, medio dormido aún, para ver al beodo, cuya voz había creído reconocer.

--¡Ah! ¿eres tú?--dijo el espada--. Aspérate, que v

oy a sortá la última.

Y todavía repitió varias veces la incompleta canción en honor de su valentía, hasta que al fin se decidió a entrar en la casa.

No sentía deseos de acostarse. Adivinando su estado retardaba el momento de subir a la habitación, donde le aguardaba Carmen, tal vez despierta.

--Ve a dormir, \_Garabato\_. Yo tengo que hasé muchas cosas.

No sabía cuáles eran, pero le atraía su despacho, con todo aquel decorado de arrogantes retratos, moñas arrancadas a los toros y carteles que pregonaban su fama.

Cuando se inflamaron los globos de luz eléctrica y se alejó el criado, Gallardo quedó en el centro del despacho, vacilante sobre sus piernas, paseando por las paredes una mirada de admiración, como si contemplase por primera vez este museo de gloria.

--Mu bien... ¡pero que mu bien!--murmuraba--. Ese güen mozo soy yo... y ese otro también... ¡y toos!... ¡Y aún hay quien di se de mí!... ¡Mardita sea!... Yo soy el primé hombre der mundo. Don José lo dise, y dise la verdá.

Arrojó su sombrero sobre el diván, como si se despojase de una corona de gloria que abrumaba su frente, y tambaleándose fue a apoyar las manos en el escritorio, quedando con la mirada fija en la en

orme cabeza de toro  
que adornaba la pared del fondo del despacho.

--¡Hola! ¡Güenas noches, mozo güeno!... ¿Qué pintas  
tú aquí?... ¡Muuú!  
¡muuú!

Lo saludaba con mugidos, imitando infantilmente el  
bramar de los toros  
en la dehesa y en la plaza. No lo reconocía; no pod  
ía acordarse de por  
qué estaba allí la peluda cabeza con sus cuernos am  
enazadores. Poco a  
poco fue haciendo memoria.

--Te conosco, gachó... Me acuerdo de lo que me hici  
ste rabiá aquella  
tarde. La gente silbaba, me tiraban boteyas... hast  
a le fartaron a mi  
probe mare, ¡y tú tan contento!... ¡Cómo te diverti  
rías, ¿he?  
sinvergüensón!...

Su mirada de ebrio creyó ver temblar con estremecim  
iento de risa el  
brillo del hocico barnizado y la luz de los ojos de  
cristal. Hasta se  
imaginó que el cornúpeto movía el testuz, asintiendo  
a esta pregunta con  
una ondulación de su cuello colgante.

El borracho, hasta entonces sonriente y bonachón, s  
intió nacer su cólera  
con el recuerdo de aquella tarde de desgracia. ¿Y a  
ún se reía aquel mal  
bicho?... Estos toros de perversa intención, marrul  
leros y reflexivos,  
que parecían burlarse del lidiador, eran los que te  
nían la culpa de que  
un hombre de bien fuese insultado y se viera en rid  
ículo. ¡Ay, cómo los  
odiaba Gallardo! ¡Qué mirada de odio la suya al fij

arla en los ojos de  
cristal de la cornuda cabeza!...

--¿Aún te ríes, hijo de perra? ¡Mardito seas, guasón!  
¡Mardita la vaca  
que te parió y el ladrón de tu amo que te dio hierba  
en la dehesa!  
¡Ojalá esté en presidio!... ¿Aún te ríes? ¿aún me haces  
muecas?

A impulsos de su rabia, tendió el busto sobre la mesa,  
avanzando los brazos y abriendo los cajones. Después se irguió,  
levantando una mano hacia el cornudo testuz.

¡Pum! ¡pum!... Dos tiros de revólver.

Saltó un globo de vidrio en menudos fragmentos de la  
cuenca de un ojo, y  
en la frente de la bestia se abrió un agujero redondo  
y negro entre  
pelos chamuscados.

## VIII

En plena primavera la temperatura dio un salto atrás,  
con la extremada  
violencia del clima de Madrid, inconstante y loco.

Hacía frío. El cielo gris derramaba violentas lluvias,  
acompañadas  
algunas veces de copos de nieve. La gente, vestida  
ya con trajes  
ligeros, abría armarios y cofres para sacar capas y  
gabanes. La lluvia  
ennegrecía y deformaba los blancos sombreros  
primaverales.

Hacía dos semanas que no se daban funciones en la Plaza de Toros. La corrida del domingo aplazábase para un día de la semana en que hiciese buen tiempo. El empresario, los empleados de la plaza y los innumerables aficionados, a los que esta suspensión forzosa traía de mal humor, espiaban el firmamento con la ansiedad del labriego que teme por sus cosechas. Una clara en el cielo o la aparición de unas estrellas a media noche, cuando salían ellos de los cafés, les devolvían la alegría.

--Va a levantarse el tiempo... Pasado mañana corrida.

Pero las nubes volvían a juntarse, persistía la cerazón gris, con su constante lloro, e indignábase la gente de la afición contra la temperatura, que parecía haber declarado guerra a la fiesta nacional... ¡País desgraciado! Hasta las corridas de toros iban siendo imposibles en él.

Gallardo llevaba dos semanas de forzoso descanso. Su cuadrilla quejábase de la inacción. En cualquier otro punto de España habrían sufrido resignados los toreros esta demora. La estancia en el hotel la pagaba el espada en todas partes menos en Madrid. Era una mala costumbre establecida hacía tiempo por los maestros vecinos de la capital. Se suponía que todos los toreros debían tener en la corte domicilio propio. Y los pobres peones y picadores, que habitaban una



casucha de huéspedes  
tenida por la viuda de un banderillero, apretaban su  
existencia con toda  
clase de economías, fumando poco y quedándose a la  
puerta de los cafés.  
Pensaban en sus familias con una avaricia de hom-  
bres que a cambio de su  
sangre sólo recibían un puñado de duros. Cuando vin-  
ieran a darse las dos  
corridas, ya se habrían comido el producto de ellas  
.

El espada mostrábase igualmente malhumorado en la so-  
ledad de su hotel,  
pero no a causa del tiempo, sino de su mala suerte.

Había toreado la primera corrida en Madrid con resu-  
ltado deplorable. El  
público era otro para él. Aún le quedaban partidari-  
os de fe  
inquebrantable que se aferraban a su defensa; pero  
estos entusiastas,  
ruidosos y agresivos un año antes, mostraban ahora  
cierta tristeza, y  
cuando hallaban ocasión de aplaudirle lo hacían con  
timidez. En cambio,  
los enemigos y la gran masa del público, que desea  
peligros y muertes,  
¡qué injustos en sus apreciaciones! ¡qué audaces pa-  
ra insultarle!... Lo  
que toleraban a otros matadores, estaba vedado para  
él.

Le habían visto audaz, lanzándose ciegamente en el  
peligro, y así le  
querían para siempre, hasta que la muerte cortase su  
carrera. Había sido  
un suicida con suerte en los primeros tiempos, cuan-  
do necesitaba  
crearse un nombre, y la gente no transigía ahora co-  
n su prudencia. El

insulto acompañaba siempre a sus intentos de conservación. Apenas tendía la muleta ante el toro a cierta distancia, estallaba la protesta. ¡No se arrimaba! ¡tenía miedo! Y bastaba que diese un paso atrás, para que el populacho saludase esta precaución con insultos sociales.

La noticia de lo ocurrido en Sevilla en la corrida de Pascua parecía haber circulado por toda España. Los enemigos se vengaban de largos años de envidia. Los compañeros profesionales, a los que había empujado muchas veces al peligro por exigencias de la emulación, propagaban con hipócritas expresiones de lástima la decadencia de Gallardo. ¡Se acabó el valor! La última cogida le había hecho demasiado prudente. Y los públicos, impresionados por estas noticias, fijaban sus ojos en el torero apenas salía a la plaza, con una predisposición a encontrar malo todo cuanto hiciese, así como antes le aplaudían hasta en sus defectos.

La veleidad característica de las muchedumbres ayudaba a este cambio de opinión. La gente estaba fatigada de admirar el valor de Gallardo, y gozaba ahora apreciando su miedo o su prudencia, como si esto la hiciese a ella más valerosa.

Nunca creía el público que estaba bastante cerca del toro. «¡Hay que arrimarse más!» Y cuando él, dominando con un esfuerzo de voluntad su organismo, que tendía a rehuir el peligro, conseguía matar un toro como

en otros tiempos, la ovación no era igualmente ruidosa. Parecía haberse roto la corriente de entusiasmo que le unía antes con el público. Sus escasos triunfos servían para que la gente le abrumase con lecciones y consejos. «¡Así se mata! ¡Así debes hacer siempre, maulón!»

Los partidarios fieles reconocían sus fracasos, pero los excusaban hablando de las hazañas realizadas por Gallardo en las tardes de buena fortuna.

--Se descuida algo--decían--. Está cansado. ¡Pero cuando él quiere!...

--¡Ay! Gallardo quería siempre. ¿Por qué no hacerlo bien, ganando el aplauso del público?... Pero sus éxitos, que los aficionados creían un capricho de la voluntad, eran obra del azar o de un conjunto de circunstancias; la corazonada audaz de los buenos tiempos, que sólo la sentía ahora muy de tarde en tarde.

En varias plazas de provincia había oído ya silbidos. Las gentes del sol le insultaban con bramar de cuernos y toques de cenorro cuando se demoraba en dar muerte a los toros, clavándoles medias estocadas que no llegaban a hacer doblar las patas a la fiera.

En Madrid, el público «le aguardaba de uña», como él decía. Apenas le vieron los espectadores de la primera corrida pasar de muleta a un toro y entrar a matar, estalló el escándalo. ¡Les habían cambiado al «niño»

de Sevilla! Aquel no era Gallardo: era otro. Encogí a el brazo, volvía la cara, corría con una viveza de ardilla, poniéndose fuera del alcance del toro, sin serenidad para aguardarle a pie firme. No tábase en él una deplorable disminución de valor y de fuerzas.

La corrida fue un fracaso para Gallardo, y en las tertulias de los aficionados se habló mucho de este suceso. Los viejos, que encontraban malo todo lo presente, comentaron la flojedad de los toreros modernos. Presentábanse con un atrevimiento loco, y apenas se ntían en la carne el contacto del cuerno... ¡se acabaron los hombres!

Gallardo, obligado al descanso por el mal tiempo, aguardaba impaciente la segunda corrida, con el propósito de realizar grandes hazañas. Le dolía mucho la herida abierta en su amor propio por las burlas de los enemigos. Si volvía a provincias con la mala fama de un fracaso en Madrid, era hombre perdido. El dominaría su nerviosidad, vencería aquella preocupación que le hacía huir el cuerpo y ver los toros más grandes y temibles. Considerábase con fuerzas para realizar el mismo trabajo de otros tiempos. Un poco de flojera en el brazo y en la pierna, pero esto pasaría.

Su apoderado le habló de una contrata ventajosísima para ciertas plazas de América. No; él no pasaba ahora los mares. Necesitaba demostrar en España que era el espada de siempre. Luego ya pensaría en la

conveniencia de hacer este viaje.

Con el ansia del hombre popular que siente quebrantarse su prestigio, Gallardo exhibíase pródigamente en los lugares frecuentados por las gentes de la afición. Entraba en el Café Inglés, donde se reúnen los partidarios de los toreros andaluces, y con su presencia evitaba que el implacable comentario siguiera cebándose en su nombre. El mismo, sonriente y modesto, iniciaba la conversación, con una humildad que desarmaba a los más intransigentes.

--Es cierto que no estuve bien, lo reconosco... Pero ya verán ustés en la próxima corría, así que aclare el tiempo... Se hará lo que se puea.

En ciertos cafés de la Puerta del Sol, donde se reunían otros aficionados de clase más modesta, no se atrevía a entrar. Eran los enemigos del toreo andaluz, los madrileños netos, amargados por la injusticia de que todos los matadores fuesen de Córdoba y Sevilla, sin que la capital tuviera un representante glorioso. El recuerdo de \_Frasculo\_, al que consideraban hijo de Madrid, perduraba en estas tertulias con una veneración de santo milagroso. Los había de ellos que en muchos años no habían ido a la plaza, desde que se retiró el «negro». ¿Para qué? Contentábanse con leer las reseñas de los periódicos, convencidos de que no había toros, ni siquiera toreros, desde la muerte de \_Frasculo\_. Niños andaluces nada más; bailarine

s que hacían monadas  
con la capa y el cuerpo, sin saber lo que era «reci-  
bir» un toro.

De vez en cuando circulaba entre ellos un soplo de  
esperanza. Madrid iba  
a tener un gran matador. Acababan de descubrir a un  
novillero, hijo de  
las afueras, que, después de cubrirse de gloria en  
las plazas de  
Vallecas y Tetuán, trabajaba los domingos en la pla-  
za grande en corridas  
baratas.

Su nombre se hacía popular. En las barberías de los  
barrios bajos  
hablaban de él con entusiasmo, profetizándole los m-  
ayores triunfos. El  
héroe andaba de taberna en taberna bebiendo copas y  
engrosando el núcleo  
de partidarios. Los aficionados pobres que no asist-  
ían a las grandes  
corridas por ser cara la entrada, y esperaban al an-  
ochecer la salida de  
\_El Enano\_ para comentar el mérito de unos lances n-  
o vistos, agrupábanse  
en torno del futuro maestro, protegiéndolo con la s-  
abiduría de su  
experiencia.

--Nosotros--decían con orgullo--conocemos a las «es-  
trellas» del toreo  
antes que los ricos.

Pero transcurría el tiempo sin que las profecías se  
cumpliesen. El héroe  
caía víctima de una cornada mortal, sin otro respon-  
so de gloria que  
cuatro líneas en los periódicos, o se «achicaba» tr-  
as una cogida,  
quedando convertido en uno de tantos paseantes que  
exhiben la coleta en

la Puerta del Sol aguardando imaginarias contratas.  
Entonces los  
aficionados volvían los ojos a otros principiantes,  
esperando con una fe  
hebraica la llegada del matador gloria de Madrid.

Gallardo no osaba aproximarse a esta demagogia taur  
omáquica, que le  
había odiado siempre y celebraba su decadencia. Los  
más de ellos no  
iban a verle en el redondel, ni admiraban a ningún  
torero del presente.  
Esperaban su Mesías para decidirse a volver a la pl  
aza.

Cuando vagaba al anochecer por el centro de Madrid,  
dejábase abordar en  
la Puerta del Sol y la acera de la calle de Sevilla  
por los vagabundos  
del toreo que forman corrillos en estos puntos, hab  
lando de sus hazañas  
junto a los cómicos sin contrata y murmurando de lo  
s maestros con una  
rabia de desheredados.

Eran mozos que le saludaban llamándole «maestro» o  
«señó Juan», muchos  
con aire famélico, preparando con tortuosas razones  
la petición de unas  
pesetas, pero bien vestidos, limpios, flamantes, ad  
optando actitudes  
gallardas, como si estuviesen ahitos de los placere  
s de la existencia, y  
luciendo una escandalosa latonería de sortijas y ca  
denas falsas.

Algunos eran muchachos honrados que pretendían abri  
rse paso en la  
tauromaquia para sostener a sus familias con algo m  
ás que el jornal de  
un obrero. Otros, menos escrupulosos, tenían fieles  
amigas que

trabajaban en ocupaciones indeclarables, satisfechos de sacrificar el cuerpo para la manutención y adecentamiento de un buen mozo que, a creer en sus palabras, acabaría por ser una celebridad.

Sin más equipo que lo puesto, pavoneábanse de la mañana a la noche en el centro de Madrid, hablando de contratas que no habían querido admitir y espiándose unos a otros para saber quién tenía dinero y podía convidar a los camaradas. Cuando alguno, por un recuerdo caprichoso de la suerte, conseguía una corrida de novillos en un lugar de la provincia, tenía antes que redimir el traje de luces, cautivo en una casa de préstamos. Eran vestimentas venerables que habían pertenecido a varios héroes, con los dorados opacos y cobrizos; oro de velón, según decían los inteligentes. La seda abundaba en remiendos, gloriosos recuerdos de cornadas en las que quedaban al aire faldones y vergüenzas, y estaba manchada de amarillentos rodales, viles vestigios de las expansiones del miedo.

Entre este populacho de la tauromaquia, amargado por el fracaso y mantenido en la obscuridad por la torpeza o el miedo, existían grandes hombres rodeados de general respeto. Uno que huía ante los toros era temido por la facilidad con que tiraba de navaja. Otro había estado en presidio por matar a un hombre de un puñetazo. El famoso \_Tragasombreros\_ gozaba los honores de la celebridad luego que una



tarde, en una taberna de Vallecas, se comió un fiel  
tro cordobés frito en  
pedazos, con vino a discreción para hacer pasar los  
bocados.

Algunos de suaves maneras, siempre bien vestidos y  
recién afeitados, se  
apegaban a Gallardo, acompañándole en sus paseos, c  
on la esperanza de  
que los invitase a comer.

--A mí me va bien, maestro--decía uno de buen rostr  
o--. Se torea poco,  
los tiempos están malos, pero tengo a mi padrino...  
el marqués: ya lo  
conoce usted.

Y mientras Gallardo sonreía de un modo enigmático,  
el torerillo  
rebuscaba en sus bolsillos.

--Me apresia mucho... ¡Mie usted qué pitillera me ha  
traído de París!...

Y mostraba con orgullo la metálica cigarrera, en cu  
ya tapa lucían sus  
desnudeces unos angelitos esmaltados sobre una dedi  
catoria casi amorosa.

Otros buenos mozos, de aire arrogante, que parecían  
proclamar en sus  
ojos atrevidos el orgullo de su virilidad, entreten  
ían alegremente al  
espada con el relato de sus aventuras.

En las mañanas de sol iban de cacería a la Castella  
na, a la hora en que  
las institutrices de casa grande sacan a pasear a l  
os niños. Eran  
\_misses\_ inglesas, \_frauleins\_ alemanas, que acabab  
an de llegar a Madrid  
con la cabeza repleta de concepciones fantásticas s

obre este país de  
leyenda, y al ver a un buen mozo de cara afeitada y  
ancho fieltro, le  
creían inmediatamente torero... ¡Un novio torero!

--Son unas gachís sosas como el pan sin sá, ¿sabe u  
sté, maestro? La pata  
grande, el pelo de cáñamo; pero se traen sus cosas,  
¡vaya si se las  
traen!... Y como apenas camelan lo que uno las dise  
, too es reír y  
enseñar los piños, que son mu blancos, y abrir los  
ojasos... No hablan  
cristiano, pero entienden cuando se les hase la señ  
a del parné; y como  
uno es un cabayero y grasia a Dió quea siempre bien  
, dan pa tabaco y pa  
otras cosas, y se va viviendo. Yo yevo ahora tres e  
ntre manos.

Y el que así hablaba enorgullecíase de su guapeza i  
ncansable, que iba  
devorando los ahorros de las institutrices.

Otros dedicábanse a las extranjeras de los \_music-h  
alls\_, bailarinas y  
cupletistas que llegaban a España con el ansia de c  
onocer desde el  
primer día las dulzuras de «un novio \_togego\_». Era  
n francesas  
vivarachas, de naricilla empinada y corsé plano, qu  
e en su espiritual  
delgadez apenas si podían ofrecer algo tangible ent  
re la rizada col de  
su faldamenta perfumada y susurrante; alemanas de c  
arnes macizas,  
pesadas, imponentes y rubias como walkyrias; italia  
nas de pelo negro y  
aceitoso, con la tez de morena verdosidad y la mira  
da trágica.

Los torerillos reían recordando sus primeras entrev

istas a solas con  
estas devotas entusiastas. La extranjera temía siem  
pre ser engañada,  
como si la desconcertase ver que el héroe legendari  
o resultaba un hombre  
como los demás. ¿Realmente era \_togego\_?... Y le bu  
scaba la coleta,  
sonriendo satisfecha de su astucia cuando sentía en  
tre las manos el  
peludo apéndice, que equivalía a un testimonio de i  
dentificación.

--Usté no sabe lo que son esas hembras, maestro. Se  
pasan la noche besa  
que te besa, con la coleta en la boca, como si uno  
no tuviese na de  
mejor... ¡Y unos caprichos! Pa darles gusto tie uno  
que saltá de la cama  
a los medios de la habitación y explicarles cómo se  
torea, poniendo  
acostá una silla, dándola capotasos con una sábana  
y clavando  
banderillas con los deos... ¡la mar! Y aluego, como  
son unas gachís que  
van por er mundo sacándole los reaños a too cristia  
no que se aserca a  
ellas, empiesan las petisiones en su media lengua,  
que ni Dios las  
entiende. «Novio \_togego\_, ¿me regalarías una capa  
de las tuyas, toda  
bordá de oro, pa lucirla cuando salga a bailar?» Ya  
ve usté, maestro,  
las tragaeras de esas niñas. ¡Como si las capas se  
comprasen lo mismo  
que compra uno un periódico! ¡Como si las tuviese u  
no a ocnas!...

Prometía la capa el torerillo con generosa arroganc  
ia. Los toreros todos  
son ricos. Y mientras llegaba el vistoso regalo, ib  
a estrechándose la  
intimidad; y el «novio» hacía empréstitos a su amig

a; y si no tenía  
dinero, la empeñaba una joya; y a impulsos de la confianza, iba  
guardándose lo que encontraba al alcance de su mano  
, y cuando ella  
pretendía salir del ensueño amoroso, protestando de  
tales libertades, el  
buen mozo demostraba la vehemencia de su pasión y volvía por sus  
prestigios de héroe legendario dándole una paliza.

Gallardo se regocijaba con este relato, especialmente al llegar al  
último punto.

--¡Así!... ¡haces bien!--decía con una alegría salvaje--. ¡Duro con esas  
gachís! Tú las conoses. Así te querrán más. Lo peo que le pue pasar a  
un cristiano es achicarse con ciertas mujeres. El hombre debe hacerse  
respetá.

Admiraba ingenuamente la falta de escrúpulos de estos mozos, que vivían  
de poner a contribución las ilusiones de las extranjeras de paso, y se  
compadecía a él mismo recordando sus debilidades con cierta mujer.

A estas distracciones que le ofrecía el trato con algunos torerillos  
uníase la pegajosidad de cierto entusiasta que le perseguía con sus  
súplicas. Era un tabernero de las Ventas, gallego, de recia musculatura,  
corto de pescuezo y rubicundo de color, que había hecho una pequeña  
fortuna en su tienda, donde bailaban los domingos criadas y soldados.

No tenía mas que un hijo, y este muchacho, pequeño

de cuerpo y de  
contextura débil, estaba destinado por su padre a s  
er una de las grandes  
figuras de la tauromaquia. El tabernero, gran entus  
iasta de Gallardo y  
de todos los espadas de fama, lo había decidido así  
.

--El chico vale--decía--. Ya sabe usted, señor Juan  
, que yo entiendo  
algo de estas cosas. Me tiene a mí, que llevo gasta  
do un porción de  
dinero por darle carrera, pero necesita un padrino  
si ha de ir adelante,  
y nadie mejor que usted. ¡Si usted quisiera dirigir  
una novillada en la  
que matase el chico!... Iría la mar de gente: yo co  
rrería con todos los  
gastos.

Esta facilidad para «correr con los gastos», ayudan  
do al chico en su  
carrera, había ocasionado grandes pérdidas al taber  
nero. Pero seguía  
adelante, sintiéndose alentado por el espíritu come  
rcial, que le hacía  
sobrellevar los fracasos con la esperanza de enorme  
s ganancias cuando su  
hijo fuese un matador de cartel.

El pobre muchacho, que en sus primeros años había m  
anifestado aficiones  
al toreo, como la mayoría de los chicuelos de su cl  
ase, veíase ahora  
prisionero del entusiasmo del padre. Este había cre  
ído seriamente en su  
vocación, descubriendo cada día nuevas facultades e  
n él. Su apocamiento  
de ánimo era tomado como pereza; su miedo, como fal  
ta de vergüenza  
torera. Una nube de parásitos, aficionados sin prof  
esión, toreros

oscuros que no guardaban de su pasado otro recuerdo que la coleta, agitábase en torno del tabernero, bebiendo gratuitamente y solicitando pequeños préstamos a cambio de sus consejos. Todos juntos formaban con el padre una asamblea deliberante, sin otro objeto que dar a conocer al público la «estrella» del toreo perdida en la obscuridad de las Ventas.

El tabernero, prescindiendo de consultar a su hijo, organizaba corridas en las plazas de Tetuán y Vallecas, siempre «corriendo con los gastos». Estas plazas de las afueras estaban abiertas a todos los que sentían el deseo de ser corneados o pateados por un toro a la vista de unos cuantos centenares de espectadores. Pero los golpes no eran gratuitos. Para rodar por la arena, con los calzones rotos, manchados de sangre y de boñiga, había que pagar el valor de los asientos de la plaza, encargándose el mismo diestro o su representante de colocar los billetes.

El padre entusiasta llenaba la plaza de amigos, repartiéndole las entradas entre los compañeros del gremio y gentes pobres de la «afición». Además, pagaba espléndidamente a los que formaban cuadrilla con su hijo, peones y banderilleros reclutados entre la gente de coleta que vagabundea por la Puerta del Sol, los cuales toreaban en traje de calle, mientras el espada mostrábase deslumbrante con su vestido de lida. ¡Todo por la carrera del chico!

--¡Tiene un traje de luces nuevo, que se lo ha hecho el mejor sastre, el que viste a Gallardo y a otros matadores! Siete mil reales me cuesta.

¡Me parece que con esto cualquiera se luce!... Me tiene además a mí, que soy capaz de gastarme hasta la última peseta para que haga carrera. ¡Si muchos tuviesen un padre como yo!...

Quedábase el tabernero entre barreras durante la corrida, animando al espada con su presencia y con los ademanes de un grueso garrote que no le abandonaba nunca. Cuando el muchacho descansaba junto a la valla, veía aparecer como un fantasma de terror la cara moretuda y roja de su padre y la cabeza del grueso palo.

--¿Para eso me gasto yo el dinero? ¿Para qué estés ahí dándote aire como una señorita? ¡Ten vergüenza torera, ladrón! Sal a los medios y lúcete. ¡Ay, si yo tuviese tus años y no estuviese tan pesado!...

Cuando el muchacho quedaba ante el novillo empuñando muleta y estoque, con la cara pálida y las piernas temblorosas, el padre iba siguiéndole en sus evoluciones por detrás de la barrera. Estaba siempre ante sus ojos, como un maestro amenazador, pronto a corregir el más leve descuido en la lección.

Lo que más temía el pobre diestro, encerrado en su traje de seda roja con grandes golpes de oro, era el regreso a casa en las tardes que su

padre fruncía el ceño, mostrándose descontento.

Entraba en la taberna tapándose con el rico y deslumbrante capote los fragmentos de camisa que se le escapaban por las roturas del calzón, doliéndole aún los huesos a causa de los revolcones que le había dado el novillo. La madre, mujer fuerte y mal encarada, corría a él con los brazos abiertos, conmovida por la emocionante espera durante toda la tarde.

--¡Aquí tienes a este morral!--bramaba el tabernero --. Ha estado hecho un maleta. ¡Y para esto me gasto yo el dinero!...

Levantábase iracundo el temible garrote, y el hombre vestido de seda y oro, el que había asesinado poco antes a dos pequeñas fieras, intentaba huir, ocultando la cara tras un brazo, mientras la madre se interponía entre los dos.

--Pero ¿no ves que viene herido?

--¡Herido!--exclamaba el padre con amargura, lamentando que no fuese cierto--. Eso es para los toreros de verdad. Echale unos puntos a la taleguilla y veas de lavarla... ¡A saber cómo la habrá puesto este ladrón!

Pero a los pocos días, el tabernero recobraba su confianza. Una mala tarde cualquiera la tiene. Matadores famosos habían visto él quedar en público tan mal como su chico. ¡Adelante con la carrera! Y organizaba



corridas en las plazas de Toledo y Guadalajara, apareciendo como empresarios amigos suyos, pero «corriendo él con los gastos» como siempre.

Su novillada en la plaza grande de Madrid fue, según el tabernero, de las más famosas que se habían visto. El espada, por una casualidad, mató medianamente dos novillos, y el público, que en su mayor parte había entrado gratis, aplaudió al niño del tabernero.

A la salida apareció el padre capitaneando una ruidosa tropa de golfos. Acababa de recoger a todos los que vagaban por los alrededores de la plaza y a los que se habían colado en ella aprovechando la falta de vigilancia en las puertas. El tabernero era hombre formal en sus tratos. Cincuenta céntimos por cabeza, pero con la obligación de gritar todos, hasta ponerse roncos, «¡viva el \_Manitas\_!», y llevar en hombros al glorioso novillero apenas saliese del redondel.

El \_Manitas\_, trémulo aún por los recientes peligros, se vio rodeado, empujado, levantado en alto por la ruidosa pillería, y así marchó llevado en triunfo desde la plaza a las Ventas, por el final de la calle de Alcalá, seguido de las miradas curiosas de la gente de los tranvías que cortaban irrespetuosamente la gloriosa manifestación. El padre marchaba satisfecho, con el garrote bajo el brazo, fingiéndose ajeno a este entusiasmo; pero cuando amainaba el griterío, corría a la cabeza

del grupo, olvidando toda prudencia, con la rabia de un comerciante a quien no le dan el género que le corresponde por su dinero. El mismo daba la señal: «¡Viva el \_Manitas\_!» Y la ovación reanimábase con fuertes bramidos.

Habían pasado muchos meses, y el tabernero conmovía se aún recordando el suceso.

--Me lo trajeron a casa en hombros, señor Juan, lo mismo que a usted lo han llevado muchas veces, aunque sea mala la comparación. Ya ve usted si valdrá el chico... Sólo le falta un arrimo: que usted le eche una mano.

Y Gallardo, para librarse del tabernero, le contestaba con vagas promesas. Tal vez aceptase lo de dirigir la novillada. Ya se decidiría más adelante: quedaba mucho tiempo hasta el invierno.

Una tarde, al anochecer, el espada, entrando en la calle de Alcalá por la Puerta del Sol, dio un paso atrás a impulsos de la sorpresa. Una señora rubia bajaba de un carruaje a la puerta del Hotel de París... ¡Doña Sol! Un hombre que parecía extranjero le daba la mano, ayudándola a descender, y luego de hablar algunas palabras se alejó, mientras ella penetraba en el hotel.

Era doña Sol. El torero no dudaba de su identidad. Tampoco dudaba del carácter de las relaciones que debían unirla con aquel extranjero, luego

de ver sus miradas y la sonrisa con que se despidieron. Así le miraba a él, así le sonreía en la época feliz, cuando cabalgaban juntos en las desiertas campiñas iluminadas de suave carmín por el sol moribundo.  
«¡Mardita sea!...»

Pasó malhumorado la noche con unos amigos, luego durmió mal, viendo reproducidas muchas escenas del pasado. Cuando se levantó entraba por los balcones la luz opaca y lívida de un día triste. Llovía, yendo acompañada el agua de copos de nieve. Todo era negro: el cielo, las paredes de enfrente, un alero goteante que alcanzaba a ver, el pavimento fangoso de la calle, los techos de los coches brillantes como espejos, las cúpulas movibles de los paraguas.

Las once. ¡Si fuese a ver a doña Sol! ¿Por qué no? La noche anterior había desechado este pensamiento con cierta cólera.

Era «rebajarse». Había huido de él sin explicación alguna, y luego, al saberle en peligro de muerte, apenas se había interesado por su salud.

Un simple telegrama en los primeros momentos, y luego nada: ni una mala carta de unas cuantas líneas, ella que con tanta facilidad escribía a los amigos. No, no iría a verla. El era muy hombre...

Pero a la mañana siguiente su voluntad parecía ablandada durante el sueño. «¿Por qué no?», volvió a preguntarse. Necesitaba verla otra vez. Era para él la primera mujer entre todas las que había conocido; le

atraía con una fuerza distinta al afecto sentido por las otras. «La tengo ley», se dijo el torero, reconociendo su debilidad... ¡Ay! ¡cómo había sentido la violenta separación!...

La cogida atroz en la plaza de Sevilla cortó, con la rudeza del dolor físico, su despecho amoroso. La enfermedad y luego su tierna aproximación a Carmen durante la convalecencia le habían hecho resignarse con su desgracia. ¿Pero olvidar?... Eso nunca. Había hecho esfuerzos por no acordarse del pasado; pero la más insignificante circunstancia, el paso por un camino en el que había galopado junto a la hermosa amazona, el encuentro en la calle con una inglesa rubia, el trato con aquellos señoritos de Sevilla que eran sus parientes, todo resucitaba la imagen de doña Sol. ¡Ay, esta mujer!... No encontraría otra como ella. Al perderla, creía Gallardo haber retrocedido en su existencia. Ya no era el mismo. Creía estar algunos peldaños más abajo en la consideración social. Hasta atribuía a este abandono los fracasos en su arte. Cuando la tenía a ella, era más valiente. Al irse la \_gachí\_ rubia, había comenzado la mala suerte para el torero. Si ella volviese, seguramente que renacerían los tiempos de gloria. Su ánimo, sostenido unas veces y agobiado otras por los espejismos de la superstición, creía esto firmemente.

Tal vez su deseo de verla fuese una corazonada feliz, igual a las que

tantas veces le habían salvado en el redondel. ¿Por  
qué no?... El tenía  
en su persona una gran confianza. Los fáciles triun  
fos con mujeres  
deslumbradas por el éxito le hacían creer en el enc  
anto irresistible de  
su persona. Podía ser que doña Sol, al verle tras l  
arga ausencia...  
¡quién sabe!... La primera vez que se encontraron a  
solas así fue.

Y Gallardo, seguro de su buena estrella, con la tra  
nquilidad arrogante  
de un hombre de fortuna que forzosamente ha de desp  
ertar el deseo allí  
donde fije sus ojos, marchó al Hotel de París, situ  
ado a corta distancia  
del suyo.

Tuvo que esperar más de media hora en un diván, baj  
o la mirada curiosa  
de los empleados y los huéspedes, que volvieron la  
cara al oír su  
nombre.

Un criado le invitó a entrar en el ascensor, conduc  
iéndolo a un  
saloncillo del primer piso, al través de cuyos balc  
ones veíase la Puerta  
del Sol, obscura, con los techos de las casas negro  
s, las aceras  
invisibles bajo las encontradas corrientes de los p  
araguas, y la plaza  
de luciente asfalto surcada por coches veloces, a l  
os que parecía  
fustigar la lluvia, o por tranvías que se cruzaban  
en todas direcciones  
con un incesante campaneó que avisaba a los transeú  
ntes, sordos bajo el  
abrigo de las cúpulas de tela.

Se abrió una puertecita disimulada en el papel de l

a pared, y apareció  
doña Sol entre susurros de seda, con un intenso per  
fume de carne fresca  
y rubia, en todo el esplendor del verano de su exis  
tencia.

Gallardo la devoraba con los ojos, abarcándola por  
entero con la  
exactitud de un buen conocedor que no olvida detall  
es. ¡Lo mismo que en  
Sevilla!... No; más hermosa tal vez, con la tentaci  
ón de una larga  
ausencia.

Se presentaba en elegante abandono, vistiendo una t  
única exótica y con  
extrañas joyas, lo mismo que la vio él por vez prim  
era en su casa de  
Sevilla. Los pies iban metidos en unas babuchas cub  
iertas de gruesos  
dorados, que, al sentarse ella, cruzando las pierna  
s, quedaban como  
seltas, próximas a escaparse de las finas extremid  
ades. Le tendió la  
mano, sonriendo con amable frialdad.

--¿Cómo está usted, Gallardo?... Sabía que estaba e  
n Madrid. Le he  
visto.

¡Usted!... Ya no usaba su tuteo de gran señora, al  
que correspondía él  
con un tratamiento respetuoso de amante de clase in  
ferior. Este «usted»,  
que parecía igualarlos, desesperó al espada. Quería  
ser a modo de un  
siervo elevado por el amor hasta los brazos de la g  
ran señora, y se veía  
tratado con la fría y cortés consideración que insp  
ira un amigo vulgar.

Ella explicó cómo había visto a Gallardo, asistiend

o a la única corrida  
que éste llevaba dada en Madrid. Había ido a los to  
ros con un extranjero  
ansioso de conocer las cosas de España, un amigo qu  
e la acompañaba en su  
viaje, pero vivía en otro hotel.

Gallardo contestó a esto con un movimiento afirmati  
vo de cabeza. Conocía  
a aquel extranjero; le había visto con ella.

Quedaron los dos en largo silencio, sin saber qué d  
ecirse. Doña Sol fue  
la primera en romper esta pausa.

Encontraba al espada de buen aspecto, acordábase va  
gamente de una gran  
cogida que había sufrido: tenía casi la certidumbre  
de haber  
telegrafiado a Sevilla pidiendo noticias. ¡Con aque  
lla vida que llevaba,  
de cambio de países y nuevas amistades, tenía en ta  
l confusión sus  
recuerdos!... Pero le veía ahora como siempre, y en  
la corrida le había  
parecido arrogante y fuerte, aunque un poco desgrac  
iado. Ella no  
entendía mucho de toros.

--¿No fue nada aquella cogida?...

Gallardo se irritó por el acento de indiferencia co  
n que hacía su  
pregunta aquella mujer. ¡Y él, cuando se considerab  
a entre la vida y la  
muerte, sólo había pensado en ella!... Con una hosq  
uedad de despecho,  
habló de su cogida y de la convalecencia, que había  
durado todo el  
invierno...

Ella le escuchaba con fingido interés, mientras sus

ojos revelaban  
indiferencia. Nada le importaban las desgracias de  
aquel luchador...  
Eran accidentes de su oficio, que sólo a él podían  
interesarle.

Gallardo, al hablar de su convalecencia en el corti  
jo, sintió que por  
una similitud de recuerdos venía a su memoria la im  
agen de un hombre que  
habían visto juntos doña Sol y él.

--¿Y \_Plumitas\_? ¿Se acuerda usted de aquel pobre?..  
. Le mataron. No sé  
si lo sabrá usted.

También se acordaba doña Sol vagamente de esto. Lo  
había leído tal vez  
en los periódicos de París, que hablaron mucho del  
bandido, como un tipo  
interesante de la España pintoresca.

--Un pobre hombre--dijo doña Sol con indiferencia--  
. Apenas me acuerdo  
de él como de un campesino zafio y sin interés. De  
lejos se ven las  
cosas en su verdadero valor. Lo que sí recuerdo es  
el día en que almorzó  
con nosotros en el cortijo.

Gallardo hacía también memoria de este suceso. ¡Pob  
re \_Plumitas\_! ¡Con  
qué emoción se guardó una flor ofrecida por doña So  
l!... Porque ella  
había dado una flor al bandido al despedirse de él.  
.. ¿No se  
acordaba?....

Los ojos de doña Sol mostraron un sincero asombro.

--¿Está usted seguro?--preguntó--. ¿Es cierto eso?  
Le juro que no me



acuerdo de nada... ¡Ay, aquella tierra de sol! ¡La embriaguez de lo pintoresco! ¡Las tonterías que una hace!...

Sus exclamaciones revelaban cierto arrepentimiento. Luego rompió a reír.

--Y es fácil que aquel pobre gañán guardase la flor hasta el último momento, ¿verdad, Gallardo? No me diga usted que no. A él no le habrían regalado una flor en toda su vida... Y es posible también que sobre su cadáver encontrasen esa flor seca, como un recuerdo misterioso que nadie ha podido explicarse... ¿No sabe usted algo de esto, Gallardo? ¿No dijeron nada los periódicos?... Cállese, no diga que no; no desvanezca mis ilusiones. Así debió ser: quiero que así sea. ¡Pobre \_Plumitas\_! ¡Qué interesante! ¡Y yo que había olvidado lo de la flor!... Se lo contaré a mi amigo, que piensa escribir sobre las cosas de España.

El recuerdo de este amigo, que en pocos minutos surgía por segunda vez en la conversación, entristeció al torero. Quedó mirando fijamente a la hermosa dama con sus ojos africanos, de una melancolía lacrimosa, que parecían implorar compasión.

--¡Doña Zol!... ¡Doña Zol!--murmuró con acento desesperado, como si la reconviniera por su crueldad.

--¿Qué hay, amigo mío?--preguntó ella sonriendo--. ¿Qué le ocurre a usted?

Permaneció Gallardo en silencio y bajó la cabeza, intimidado por el reflejo irónico de aquellos ojos claros, temblones con su polvillo de oro. Luego se irguió como el que adopta una resolución.

--¿Dónde ha estado usted en todo este tiempo, doña Zol?...

--Por el mundo--contestó ella con sencillez--. Yo soy ave de paso. En un sinnúmero de ciudades que usted no conoce ni de nombre.

--¿Y ese extranjero que la acompaña ahora es... es...?

--Es un amigo--dijo ella fríamente--. Un amigo que ha tenido la bondad de acompañarme, aprovechando la ocasión para conocer España; un hombre que vale mucho y lleva un nombre ilustre. De aquí nos iremos a Andalucía, cuando acabe él de ver los museos. ¿Qué más desea usted saber?...

En esta pregunta, hecha con altivez, se notaba una voluntad imperiosa de mantener al torero a cierta distancia, de establecer entre los dos las diferencias sociales. Gallardo quedó desconcertado.

--¿Doña Zol!--gimió con ingenuidad--. Lo que usted ha hecho conmigo no tiene perdón de Dios. Usted ha sido mala conmigo, muy mala... ¿Por qué huyó sin decir una palabra?

Y se le humedecían los ojos, cerrando los puños con

desesperación.

--No se ponga usted así, Gallardo. Lo que yo hice fue un gran bien para usted... ¿No me conoce aún bastante? ¿No se cansó de aquella temporada?... Si yo fuese hombre, huiría de mujeres de mi carácter. El infeliz que se enamora de mí es como si se suicidase.

--Pero ¿por qué se fue usted?--insistió Gallardo.

--Me fui porque me aburría. ¿Hablo claro?... Y cuando una persona se aburre, creo que tiene derecho a escapar, en busca de nuevas diversiones. Yo me aburro a morir en todas partes: téngame lástima.

--¡Pero yo la quiero a usted con toda mi arma!--exclamó el torero con una expresión dramática e ingenua que hubiese hecho reír en otro hombre.

--¡La quiero a usted con toda mi arma!--repitió doña Sol, remedando su acento y su ademán--. ¿Y qué hay con eso?... ¡Ay, estos hombres egoístas, que se ven aplaudidos por las gentes y se figuran que todo ha sido creado para ellos!... «Te quiero con toda mi alma, y esto basta para que tengas que amarme también...» Pues no, señor. Yo no le quiero a usted, Gallardo. Es usted un amigo, y nada más. Lo otro, lo de Sevilla, fue un ensueño, un capricho loco, del que apenas me acuerdo, y que usted debe olvidar.

El torero se levantó, aproximándose a la dama con l

as manos tendidas. En su rudeza no sabía qué decir, adivinando que sus palabras torpes eran ineficaces para convencer a aquella hembra. Confiaba a la acción, con una vehemencia de impulsivo, sus deseos y esperanzas, intentando apoderarse de la mujer, atraerla a él, suprimiendo con el contacto la frialdad que los separaba.

--¡Doña Sol!--suplicaba tendiendo sus manos.

Pero ella, con un simple revés de su ágil diestra, apartó los brazos del torero. Un fulgor de orgullo y de cólera pasó por sus ojos, y echó el busto adelante agresivamente, como si acabase de sufrir un insulto.

--¡Quieto, Gallardo!... Si sigue usted así, no será mi amigo y lo pondré en la puerta.

El torero pasó de la acción al desaliento, quedando en una actitud humilde y avergonzada. Así transcurrió un largo rato, hasta que doña Sol acabó por apiadarse de Gallardo.

--No sea usted niño--dijo--. ¿A qué acordarse de lo que ya no es posible? ¿Por qué pensar en mí?... Usted tiene a su mujer, que, según me han dicho, es hermosa y sencilla; una buena compañera. Y si no ella, otras. Figúrese si habrá mozas guapas allá en Sevilla, de las de mantón y flores en la cabeza, de aquellas que tanto me gustaban antes, que mirarán como una felicidad ser amadas por el \_Gallardo\_... Lo mío se

acabó. A usted le duele en su orgullito de hombre famoso acostumbrado a los éxitos, pero así es; se acabó: amigo y nada más. Yo soy otra cosa. Yo me aburro y no vuelvo nunca sobre mis pasos. Las ilusiones sólo duran en mí una corta temporada, y pasan sin dejar rastro. Soy digna de lástima, créame usted.

Miraba al torero con ojos de conmiseración, adivinándose en ellos una curiosidad lastimera, como si le viese de pronto con todos sus defectos y rudezas.

--Yo pienso cosas que usted no comprendería--continuó--. Me parece usted otro. El Gallardo de Sevilla era diferente al de aquí. ¿Que es usted el mismo?... No lo dudo; pero para mí es otro... ¿Cómo explicarle esto?... En Londres conocí yo a un rajá... ¿Sabe usted lo que es un rajá?

Gallardo movió negativamente la cabeza, sonrojándose de su ignorancia.

--Es un príncipe de la India.

La antigua embajadora recordaba al magnate indostánico, su cara cobriza sombreada por un bigote negro, su turbante blanco, enorme, con un brillante grueso y deslumbrador sobre la frente y el resto del cuerpo envuelto en albas vestiduras, sutiles y múltiples velos, semejantes a los pétalos de una flor.

--Era hermoso, era joven, me adoraba con sus ojos misteriosos de animal

de la selva, y yo, sin embargo, lo encontraba ridículo y me burlaba de él cada vez que balbuceaba en inglés uno de sus cumplimientos orientales... Temblaba de frío, le hacían toser las brumas, movíase como un pájaro bajo la lluvia, agitando sus velos lo mismo que si fuesen alas mojadas... Cuando me hablaba de amor, mirándome con sus ojos húmedos de gacela, me daban ganas de comprarle un gabán y una gorra para que no temblase más. Y sin embargo, reconozco que era hermoso y que podía haber hecho la felicidad por unos cuantos meses de una mujer ansiosa de algo extraordinario. Era cuestión de ambiente, de escena... Usted, Gallardo, no sabe lo que es eso.

Y doña Sol quedaba pensativa recordando al pobre rajá, siempre tembloroso de frío, con sus vestiduras ridículas, bajo la luz brumosa de Londres. Le veía con la imaginación allá en su país, transfigurado por la majestad del poder y la luz del sol. Su tez cobrizaba, con los reflejos verdosos de la vegetación tropical, tomaba un tono de bronce artístico. Le veía montado en su elefante de parada, de largas gualdrapas de oro que barrían el suelo, escoltado por belicosos jinetes y esclavos portadores de braserillos con perfumes; el grueso turbante coronado de blancas plumas con piedras preciosas; el pecho cubierto de placas de brillantes; la cintura ceñida por una faja de esmeraldas, de la que pendía una cimitarra de oro; y en torno de él bayaderas de pintados ojos

y duros senos, tigres domesticados, bosques de lanzas; y en último término pagodas de múltiples techos superpuestos, con campanillas que exhalaban misteriosas sinfonías al más leve soplo de la brisa, palacios de fresco misterio, espesuras verdes, en cuya penumbra saltaban y rampaban animales feroces y multicolores... ¡Ay, el ambiente! Viendo así al pobre rajá, soberbio como un dios, bajo un cielo seco de intenso azul, y entre los esplendores de un sol ardiente, no se le hubiera ocurrido regalarle un gabán. Era casi seguro que ella misma habría ido hacia sus brazos, entregándose como una sierva de amor.

--Usted me recuerda al rajá, amigo Gallardo. Allí en Sevilla, con su traje de campo y la garrocha al hombro, estaba usted muy bien. Era un complemento del paisaje. ¡Pero aquí!... Madrid se ha europeizado mucho: es una ciudad como las demás. Ya no hay trajes populares. Los pañolones de Manila apenas se ven fuera de los escenarios. No se ofenda usted, Gallardo; pero, no sé por qué, me recuerda usted al indio.

Miraba al través de los cristales el cielo lluvioso y triste, la plaza mojada, los copos sueltos de nieve, la muchedumbre que transcurría a paso acelerado bajo los paraguas chorreantes. Luego volvía su vista al espada, fijándose con extrañeza en el mechón de pelo tendido sobre el cráneo, en su peinado y su sombrero, en todos los detalles reveladores

de la profesión, que contrastaban con su traje elegante y moderno.

El torero estaba, para doña Sol, fuera de «su marco». ¡Ay, aquel Madrid lluvioso y triste! Su amigo, que venía con la ilusión de una España de eterno cielo azul, estaba desalentado. Ella misma, al ver en la acera inmediata al hotel los grupos de torerillos de apostura gallarda, pensaba inevitablemente en los animales exóticos llevados desde países solares a los jardines zoológicos de luz gris y cielo lluvioso. Allá en Andalucía era Gallardo el héroe, producto espontáneo de un país de ganaderías. Aquí le parecía un cómico, con su cara afeitada y sus ademanes de \_cabotin\_ acostumbrado al homenaje público: un cómico que en vez de dialogar con sus iguales despertaba el escalofrío trágico luchando con fieras.

¡Ay, el espejismo seductor de los países de sol! ¡La embriaguez engañosa de la luz y los colores!... ¡Y ella había podido sentir un amor de unos cuantos meses por aquel mozo rudo y grosero, y había celebrado como rasgos ingeniosos las torpezas de su ignorancia, y hasta le exigía que no abandonase sus costumbres, que oliera a toro y a caballo, que no borrarse con perfumes la atmósfera de fiera animalidad que envolvía a su persona!... ¡Ay, el ambiente! ¡A qué locuras impulsaba!...

Recordaba el peligro en que se había visto de perecer destrozada bajo



los cuernos de un toro. Luego, su almuerzo con un b  
andolero, al que  
había escuchado estupefacta de admiración, acabando  
por darle una flor.

¡Qué tonterías! ¡Y qué lejos lo veía ahora todo!

De este pasado, que le hacía sentir el arrepentimie  
nto del ridículo,  
sólo quedaba aquel mocetón inmóvil ante ella, con o  
jos suplicantes y un  
empeño infantil de resucitar tales tiempos... ¡Pobr  
e hombre! ¡Como si  
las locuras pudieran repetirse cuando se piensa en  
frío y falta la  
ilusión, ceguera encantadora de la vida!...

--Todo se acabó--dijo la dama--. Hay que olvidar lo  
pasado, ya que  
cuando lo vemos por segunda vez no se presenta con  
los mismos colores.

¡Qué diera yo por tener los ojos de antes!... Al vo  
lver a España la  
encuentro otra. Usted también es diferente de como  
le conocí. Hasta me  
pareció el otro día, viéndole en la plaza, que era  
menos atrevido... que  
la gente se entusiasmaba menos.

Dijo esto sencillamente, sin malicia; pero Gallardo  
creyó adivinar en su  
voz cierta burla, y bajó la cabeza, al mismo tiempo  
que se coloreaban  
sus mejillas.

«¡Mardita sea!» Las preocupaciones profesionales re  
surgieron en su  
pensamiento. Todo lo malo que le ocurría era porque  
no se «arrimaba»  
ahora a los toros. Ya se lo decía ella claramente.  
Le veía «como si  
fuese otro». Si volviese a ser el Gallardo de los a  
ntiguos tiempos, tal

vez le recibiría mejor. Las hembras sólo aman a los valientes.

Y el torero se engañaba con estas ilusiones, tomándolo lo que era un capricho muerto para siempre por momentáneo desvío que él podía vencer en fuerza de proezas.

Doña Sol se levantó. La visita resultaba larga, y el torero no parecía dispuesto a marcharse, contento de permanecer cerca de ella, confiando vagamente en una combinación del azar que los aproximase.

Gallardo tuvo que imitarla. Ella excusó su resolución con la necesidad de salir. Esperaba a su amigo: tenían que ir juntos al Museo del Prado.

Luego le invitó a almorzar para otro día. Un almuerzo de confianza en sus habitaciones. Vendría el amigo. Indudablemente sería de su gusto ver de cerca a un torero. Apenas hablaba castellano, pero le placería conocer a Gallardo.

El espada apretó su mano, contestando con palabras incoherentes, y salió de la habitación. La ira enturbiaba su vista: le zumaban los oídos.

¡Así le despedía, fríamente, como a un amigo importuno! ¡Y aquella mujer era la misma de Sevilla!... ¡Y le convidaba a almorzar con su amigo, para que éste se recrease examinándolo de cerca como un bicho raro!...

¡Maldita sea! El era muy hombre... Se acabó. No vol

vería a verla.

## IX

En aquellos días recibió Gallardo varias cartas de don José y de Carmen.

El apoderado pretendía infundir ánimos a su matador , aconsejándole, como siempre, que se fuese recto al toro... «¡Zas! estocada y te lo metes en el bolsillo»; pero al través de su entusiasmo notábase cierto desaliento, como si empezara a cuartearse su fe y dudase ya de si Gallardo era «el primer hombre del mundo».

Tenía noticias del descontento y la hostilidad con que le acogían los públicos. La última corrida en Madrid había acabado de descorazonar a don José. No; Gallardo no era como otros espadas que e siguen adelante al través de las silbas del público, dándose por satisfechos con ganar dinero. Su matador tenía vergüenza torera, y sólo podía mostrarse en el redondel para ser acogido con grandes entusiasmos. Quedar medianamente equivalía a una derrota. La gente estaba habituada a admirarle por su valor temerario, y todo lo que no fuese perseverar en tales audacias representaba un fracaso.

Don José pretendía saber lo que le ocurría a su espada. ¿Falta de valor?... Eso nunca. Antes se dejaría matar que rec

conocer este defecto  
en su héroe. Era que se sentía cansado, que aún no  
estaba repuesto de  
su cogida. «Y para esto--aconsejaba en todas sus ca  
rtas--es mejor que te  
retires y descanses una temporada. Después volverás  
a torear, siendo el  
de siempre...» El se ofrecía para arreglarlo todo.  
Un certificado de los  
médicos bastaba para acreditar su inutilidad moment  
ánea, y el apoderado  
se pondría de acuerdo con los empresarios de las pl  
azas para resolver  
las contratas pendientes, enviando un matador de lo  
s que empiezan, el  
cual sustituiría a Gallardo por una modesta cantida  
d.

Aún ganarían dinero con este arreglo.

Carmen era más vehemente en sus peticiones, no usan  
do de los eufemismos  
del apoderado. Debía retirarse en seguida; debía «c  
ortarse la coleta»,  
como decían los de su oficio, yendo a pasar la vida  
tranquilamente en  
\_La Rinconada\_ o en la casa de Sevilla con los de s  
u familia, que eran  
los únicos que le querían de veras. No podía sosega  
r; tenía ahora más  
miedo que en los primeros años de casamiento, cuand  
o las corridas eran  
para ella como pedazos de existencia que le arranca  
ban la inquietud y la  
temerosa espera. Le decía el corazón, con ese insti  
nto femenino pocas  
veces erróneo en sus temores, que iba a ocurrir alg  
o grave. Apenas  
dormía; pensaba con miedo en las horas de la noche  
cortadas por  
sangrientas visiones.

Luego, la esposa de Gallardo se revolvió furiosa contra el público en sus cartas. Una muchedumbre de ingratos, que ya no se acordaban de lo que el torero había hecho en otras ocasiones, cuando se sentía más fuerte. Gentes de mala alma, que deseaban para su diversión verle muerto, como si ella no existiese, como si no tuviera madre. «Juan, la mamita y yo te lo pedimos. Retírate. ¿A qué seguir toreando? Tenemos bastante para vivir, y a mí me duele que te insulte esa gentuza que vale menos que tú... ¿Y si te ocurriese otra desgracia? ¡Jesús! Yo creo que me volvería loca.»

Gallardo quedábase preocupado luego de leer estas cartas. ¡Retirarse!... ¡Qué disparate! ¡Cosas de mujeres! Eso podía decirse fácilmente, a impulsos del cariño, pero era imposible realizarlo. ¡Cortarse la coleta a los treinta años! ¡Cómo reirían los enemigos! El «no tenía derecho» a retirarse mientras estuviesen enteros sus miembros y pudiera torear. Jamás se había visto este absurdo. El dinero no lo era todo. ¿Y la gloria? ¿Y la vergüenza profesional? ¿Qué dirían de él los miles y miles de partidarios entusiastas que le admiraban? ¿Qué contestarían a los enemigos cuando les echasen en cara que Gallardo se había retirado por miedo?...

Además, el matador deteníase a considerar si su fortuna le permitía esta solución. El era rico y no lo era. Su posición social no se había

consolidado. Lo que él poseía era obra de los primeros años de matrimonio, cuando una de sus mayores alegrías consistía en ahorrar y sorprender a Carmen y la mamita con la noticia de nuevas adquisiciones. Luego había seguido ganando dinero, tal vez en mayor cantidad, pero se desparramaba y desaparecía por infinitos agujeros abiertos en su nueva existencia. Jugaba mucho, llevaba una vida fastuosa. Algunas fincas añadidas al extenso dominio de \_La Rinconada\_, para redondearlo, habían sido compradas con dinero adelantado por don José y otros amigos. El juego le había hecho pedir préstamos a varios aficionados de provincias. Era rico, pero si se retiraba, perdiendo con esto el soberbio ingreso de las corridas--unos años doscientas mil pesetas, otros trescientas mil--, tendría que circunscribirse, luego de pagar sus deudas, a vivir como un señor del campo, del cultivo de \_La Rinconada\_, haciendo economías y vigilando por sí mismo los trabajos, pues hasta entonces el cortijo, abandonado en manos mercenarias, apenas daba producto.

Esta existencia obscura de cultivador de la tierra, obligado a la economía y en lucha interminable con la escasez, asustaba a Gallardo, hombre arrogante y decorativo, acostumbrado al aplauso público y a la abundancia de dinero. La riqueza era algo elástico que había crecido conforme avanzaba él en su carrera, pero sin adaptarse jamás con el límite de sus necesidades. En otros tiempos se hubi

era considerado  
riquísimo con una pequeña parte de lo que poseía ac-  
tualmente... Ahora  
era casi un pobre si renunciaba al toreo. Tendría q-  
ue suprimir los  
cigarros de la Habana, que repartía pródigamente, y  
los vinos andaluces  
de precios caros; tendría que contener su generosid-  
ad de gran señor, y  
no gritar más «¡Todo está pagado!» en cafés y taber-  
nas, ímpetu generoso  
de hombre acostumbrado a desafiar la muerte, que le  
hacía convertir su  
vida en un derroche loco; tendría que licenciar la  
tropa de parásitos y  
aduladores que pululaban en torno de él haciéndole  
reír con sus  
peticiones lloriqueantes; y cuando una hembra guapa  
de la clase popular  
viniese a él--si es que llegaba alguna viéndole ret-  
irado--, ya no  
lograría hacerla palidecer de emoción poniéndola en  
las orejas unos  
zarcillos de oro y perlas, ni se divertiría manchan-  
do de vino el rico  
pañuelo chinesco para sorprenderla después con otro  
mejor. Así había  
vivido y así necesitaba seguir. El era el torero a  
la antigua, tal como  
se representan las gentes al matador de toros, rumb-  
oso, arrogante,  
aturdiéndose en escandalosos derroches, pronto a so-  
correr a los  
desgraciados con limosnas principescas, siempre que  
éstos consiguieran  
conmover su rudo sentimentalismo.

Gallardo burlábase de muchos de sus compañeros, tor-  
eros de nuevo género,  
vulgares agremiados de la industria de matar toros,  
que viajaban de  
plaza en plaza, cual comisionistas de comercio, y e

ran arregladitos y minuciosos en todos sus dispendios. Algunos de ellos, que casi eran unos niños, llevaban en el bolsillo el cuaderno de ingresos y gastos, apuntando hasta los cinco céntimos de un vaso de agua en una estación. Sólo se trataban con gentes ricas para aceptar sus obsequios, sin ocurrírseles jamás convidar a nadie. Otros hervían en sus casas grandes pucheros de café al iniciarse la temporada de viajes, y llevaban con ellos el negro líquido en botellas, que hacían recalentar, para evitarse este gasto en los hoteles. Los individuos de ciertas cuadrillas pasaban hambre, rezongando en público de la avaricia de los maestros.

Gallardo no estaba arrepentido de su vida fastuosa. ¿Y querían que renunciase a ella?...

Además, pensaba en las necesidades de su propia casa, donde todos estaban acostumbrados a la existencia fácil, amplia y desenfadada de las familias que no cuentan el dinero ni se preocupan de su ingreso, viéndole chorrear incansable como una fuente. A más de su madre y su mujer, había echado sobre sí una nueva familia, su hermana, el hablador de su cuñado, que no trabajaba, como si su parentesco con un hombre célebre le diese derecho a la vagancia, y toda la tropa de sobrinillos, que crecían, siendo cada vez más costosos. ¡Y tendría que llamar a un orden de estrechez y parsimonia a toda aquella gente,



acostumbrada a vivir a su costa con un descuido alegre y manirroto!...

¡Y todos, hasta el pobre \_Garabato\_, tendrían que irse al cortijo,

tostándose al sol y embruteciéndose como paletos! ;

Y la pobre mamita ya

no podría alegrar sus últimos días con santas generosidades, repartiendo

dinero entre las mujeres pobres del barrio y encogiéndose como niña

vergonzosa cuando el hijo fingíase colérico al ver que nada le quedaba

de los cien duros entregados dos semanas antes!...

¡Y Carmen, que era

económica, se apresuraría a limitar los gastos, sacrificándose la

primera, privando su existencia de muchas frivolidades que la

embellecían!...

«¡Mardita sea!...» Todo esto representaba la degradación de la familia,

la tristeza de los suyos. Gallardo avergonzábbase de que tal cosa pudiera

suceder. Era un crimen privarles de lo que tenían, luego de haberlos

acostumbrado al bienestar. ¿Y qué era lo que debía hacer para

evitarlo?... Simplemente «arrimarse» a los toros: seguir toreando como

en otros tiempos... ¡El se «arrimaría»!

Contestaba a las cartas de su apoderado y de Carmen con breves epístolas

de letra trabajosa que revelaban su firme voluntad.

¿Retirarse? ¡Nunca!

Estaba resuelto a ser el de siempre, se lo juraba a don José. Seguiría

sus consejos. «¡Zas! estocada, y el bicho en el bolsillo.» Se le

ensanchaba el ánimo, y en esta amplitud sentíase ca

paz de guardar todos  
los toros, por grandes que fuesen.

Con la mujer mostrábase alegre, aunque un tanto res  
entido en su amor  
propio porque ella parecía dudar de sus fuerzas. Ya  
recibiría noticias  
de la corrida próxima. Iba a asombrar al público, p  
ara que éste se  
avergonzase de sus injusticias. Si los toros eran b  
uenos, quedaría como  
el propio Roger de Flor... aquel personaje que siem  
pre tenía en boca el  
mamarracho de su cuñado.

¡Los toros buenos! Esta era la preocupación de Gall  
ardo. Antes cifraba  
una de sus vanidades en no ocuparse de ellos, y jam  
ás iba a verlos en la  
plaza antes de la corrida.

--Yo mato too lo que me echen--decía con arrogancia  
.

Y conocía por primera vez a los toros al verlos sal  
ir al redondel.

Ahora quería examinarlos de cerca, escogerlos, prep  
arando el éxito con  
un estudio detenido de sus condiciones.

Habíase aclarado el tiempo, lucía el sol; al día si  
guiente iba a darse  
la segunda corrida.

Gallardo, por la tarde, se fue solo a la plaza. El  
circo de ladrillo  
rojo, con sus ventanales arábigos, destacábase aisl  
ado sobre un fondo de  
lomas verdeantes. En último término de este paisaje  
amplio y monótono  
blanqueaba sobre el declive de una loma algo semeja

nte a un rebaño  
lejano. Era un cementerio.

Al ver al torero en las inmediaciones de la plaza se  
e aproximaron a él  
algunos individuos astrosos, parásitos del circo, v  
agabundos que dormían  
de limosna en las cuadras, sustentándose con la car  
idad de los  
aficionados y las sobras de los que comían en las t  
abernas inmediatas.  
Algunos de ellos habían llegado de Andalucía tras u  
na conducción de  
toros, quedándose para siempre en los alrededores d  
e la plaza.

Repartió Gallardo algunas monedas entre estos mendi  
gos que le seguían  
gorra en mano, y entró en el circo por la puerta de  
Caballerizas.

En el corral vio un grupo de aficionados presencian  
do las pruebas de los  
picadores. \_Potaje\_, con grandes espuelas vaqueras,  
preparábase a montar  
empuñando una garrocha. Los encargados de las cuadr  
as escoltaban al  
contratista de caballos, hombre obeso, con gran fie  
ltro andaluz, tardo  
en las palabras, y que respondía calmosamente a la  
atropellada e  
injuriosa charla de los picadores.

Los «monos sabios», con los brazos arremangados, ti  
raban de los míseros  
jacos para que los probasen los jinetes. Llevaban v  
arios días de montar  
y amaestrar a estos caballos tristes, que aún guard  
aban en sus flancos  
las rojas huellas de los espolazos. Los sacaban a t  
rotar por los  
desmontes inmediatos a la plaza, haciéndoles adquir

ir una energía  
ficticia bajo el hierro de sus talones, obligándolo  
s a dar vueltas para  
que se habituasen a la carrera en el redondel. Volv  
ían a la plaza con  
los costados tintos en sangre, y antes de entrar en  
las caballerizas  
recibían el bautismo de unos cuantos cubos de agua.  
Junto al pilón  
inmediato a aquéllas, el agua encharcada entre los  
guijarros era de un  
rojo obscuro, como vino desparramado.

Iban saliendo casi a rastras de las cuadras los cab  
allos destinados a la  
corrida del día siguiente, para que los examinasen  
los picadores,  
dándolos por buenos.

Avanzaban los macilentos restos de la miseria cabal  
lar, delatando en su  
paso trémulo y sus ijares atormentados la vejez mel  
ancólica, las  
enfermedades y la ingratitud humana, olvidadiza del  
pasado. Había jacos  
de inaudita delgadez, esqueletos de agudas aristas  
salientes que  
parecían próximas a rasgar la envoltura de piel de  
largos y flácidos  
pelos. Otros agitábanse arrogantes, piafando de ene  
rgía, con las patas  
fuertes, el pelo reluciente y el ojo vivo: animales  
de hermosa estampa  
que era incomprensible figurasen entre unos desecho  
s destinados a la  
muerte; bestias magníficas que parecían recién dese  
nganchadas de un  
carruaje de lujo. Estos eran los más temibles: caba  
llos incurables,  
atacados de vértigos y otros accidentes, que de pro  
nto venían al suelo,  
arrojando al jinete por las orejas. Y tras estos ej

emplares de la  
miseria y la enfermedad, sonaban las tristes herraduras de los inválidos  
del trabajo: caballos de tahonas y de fábricas, machos de labranza,  
jacos de coche de alquiler, todos soñolientos por el hábito de arrastrar  
años y años el arado o la carreta; parias infelices  
que iban a ser  
explotados hasta el último instante, dando diversión a los hombres con  
sus pataleos y saltos al sentir en el abdomen los cuernos del toro.

Era un desfile de ojos bondadosos empañados y amarillentos; de pescuezos  
flácidos a los cuales se agarraban sanguinarias las moscas hinchadas y  
verdosas; de caras huesudas por cuyo pelaje trepaban insectos; de  
flancos angulosos con mechones retorcidos como si fuesen lanas; de  
pechos angostos agitados por relinchos cavernosos; de patas débiles que  
parecían próximas a troncharse a cada paso, cubiertas de largo pelo  
hasta los cascos, como si llevarsen pantalones. Sus estómagos, poco  
habituados al pienso fuerte con que pretendían reanimar sus fuerzas,  
iban sembrando el pavimento de residuos humeantes y mal cocidos por una  
digestión anormal. Para montar esta miserable cabalada, trémula de  
locura o próxima a desplomarse de miseria, necesitaba tanto valor como  
para hacer frente al toro. Echábanles sobre los lomos la gran silla  
moruna de alto arzón y asiento amarillo, con estribos vaqueros, y había  
bestia que al recibir este peso estaba próxima a doblar las patas.

\_Potaje\_ mostrábase altanero en sus discusiones con el contratista de caballos, hablando en nombre propio y en el de los camaradas, haciendo reír hasta a los «monos sabios» con sus gitanescas maldiciones. Que le dejasen a él los otros picadores entendérselas con los de las caballerizas. Nadie conocía mejor la manera de hacer marchar a estas gentes.

Avanzaba un criado hacia él tirando de un jaco cabizbajo, con el pelo largo y el costillar en doloroso relieve.

--¿Qué traes ahí?--decía \_Potaje\_ encarándose con el contratista--. Eso no es de resibo. Eso es una alimaña que no hay quien la monte. ¡Pa tu mare!...

El contratista, cachazudo, contestaba con grave calma. Si \_Potaje\_ no se atrevía a montarlo, era porque los piqueros de ahora tenían miedo a todo. Con un caballo así, bueno y dócil, el señor \_Calderón\_, el \_Trigo\_ u otro jinete de los buenos tiempos hubiese sido capaz de torear dos tardes seguidas sin dar una caída y sin que el animal recibiese un arañazo. ¡Pero ahora!... Ahora sólo había mucho miedo y muy poca vergüenza.

Se insultaban el picador y el contratista con amistosa tranquilidad, como si entre ellos las mayores injurias perdiesen importancia por la fuerza de la costumbre.

--Tú lo que eres--contestaba \_Potaje--un frescales  
, más ladrón que José  
María el \_Tempraniyo\_. Anda y que suba en ese penco  
la pelá de tu  
agüela, que montaba en la escoba toos los sábaos al  
dar las doce.

Reían los presentes, y el contratista se limitaba a  
encoger los hombros.

--Pero ¿qué tié este cabayo?--decía tranquilamente--  
-. ¡Arrepárale, mala  
alma! Mejor es que otros que tién muermo, o les dan  
vértigos, y que has  
sacao tú a la plaza, apeándote por las orejas antes  
de que te arrimases  
al toro. Más sano es que una manzana. Como que ha e  
stao veintiocho años  
en una fábrica de gaseosas, cumpliendo como una pre  
sona desente, sin que  
nadie le pusiera farta. ¡Y vienes tú ahora, voceras  
, a meterte con él,  
poniéndole peros y fartándole como si fuese un mal  
cristiano!...

--¡Que no lo quiero, vaya!... ¡Que te quees con él!

El contratista se acercaba lentamente a \_Potaje\_, y  
con la tranquilidad  
de un hombre experto en estas transacciones, le hab  
laba al oído. El  
picador, fingiendo enfado, acabó por acercarse al j  
aco. ¡Por él que no  
quedase! No quería que le tuviesen por hombre intra  
table, capaz de  
perjudicar a un camarada.

Poniendo un pie en el estribo, dejó caer sobre el p  
obre jaco la  
pesadumbre de su cuerpo. Luego, colocándose la garr

ocha bajo el brazo,  
la apoyó en un gran poste empotrado en la pared, picando varias veces con gran esfuerzo, como si tuviera al extremo de la lanza un toro corpulento. El pobre jaco temblaba y doblaba las patas con estos encontronazos.

--No se regüerve mal...--dijo \_Potaje\_ con tono conciliador--. El penco es mejó que yo creía. Tié güena boca, güenas piernas... Te saliste con la tuya. Que lo aparten.

Y el picador se apeaba, dispuesto a aceptar todo lo que le presentase el contratista luego de su aparte misterioso.

Gallardo se separó del grupo de aficionados que presenciaban sonrientes esta operación. Un portero de la plaza iba con él hacia donde estaban los toros. Atravesó una puertecilla, saliendo a los corrales. Una valla de mampostería que llegaba a la altura del cuello de un hombre limitaba el corral por tres de sus lados. Esta valla estaba afirmada por gruesos postes unidos al balconcillo superior. A trechos abríanse unas salidas tan angostas que sólo podía pasar por ellas un hombre de lado. En el amplio corral había ocho toros, unos acostados sobre las patas, otros de pie y con la cabeza baja, husmeando el montón de hierba que tenían delante.

El torero marchó a lo largo de estas galerías examinando a las reses. De vez en cuando salíase fuera de las vallas, asomando



el cuerpo por las estrechas saeteras. Agitaba los brazos, dando alaridos salvajes de reto que sacaban a los toros de su inmovilidad. Unos saltaban nerviosos, acometiendo con la cabeza baja contra aquel hombre que venía a turbar la paz de su encierro. Otros se ponían firmes sobre las patas, aguardando con la cabeza alta y el gesto fosco a que el atrevido osase acercarse a ellos.

Gallardo, que volvía a ocultarse rápidamente tras las vallas, examinaba el aspecto y carácter de las fieras, sin llegar a decidir cuáles eran las dos que debía escoger.

El mayoral de la plaza estaba junto a él: un hombre atlético, con polainas y espuelas, vestido de grueso paño y con sombrero de campo sostenido por un barboquejo. Apodábanle el \_Lobato\_, y era un rudo jinete que pasaba en pleno campo la mayor parte del año, entrando en Madrid como un salvaje, sin curiosidad por ver sus calles ni querer pasar más allá de los alrededores de la plaza.

Para él, la capital de España era un circo con desmontes y terrenos yermos a su alrededor, y más allá un caserío misterioso que jamás había sentido deseos de conocer. El establecimiento más importante de Madrid era, según él, la taberna de \_Gallina\_, situada junto a la plaza, grato lugar de delicias, palacio encantador donde cenaba y comía a costas del empresario antes de volverse a la dehesa montado en

su jaca, con la  
manta oscura en el borren, las alforjas en la grup  
a y la pica al  
hombro. Entraba en la taberna gozándose en atemoriz  
ar a los criados con  
sus amistosos saludos: terribles apretones que hací  
an crujir los huesos  
y arrancaban gritos de dolor. Sonreía satisfecho de  
su fuerza y de que  
le llamasen «bruto», y se sentaba ante la pitanza,  
un plato del tamaño  
de una palangana lleno de carne y patatas, a más de  
un jarro de vino.

Guardaba los toros adquiridos por el empresario, un  
as veces en la dehesa  
de la Muñoz, otras, cuando el calor era excesivo,  
en las praderas de la  
sierra de Guadarrama. Los traía al encierro dos día  
s antes de la  
corrida, a media noche, atravesando el arroyo Abroñ  
igal, por las afueras  
de Madrid, con acompañamiento de jinetes y vaqueros  
. Desesperábase  
cuando el mal tiempo impedía la fiesta y el ganado  
quedaba en la plaza,  
no pudiendo volver él inmediatamente a las tranquil  
as soledades donde  
pastaban los otros toros.

Lento de palabra, torpe de pensamiento, este centau  
ro que olía a cuero y  
a pasto seco expresábase con calor al hablar de su  
vida pastoril  
apacentando fieras. Parecíale estrecho el cielo de  
Madrid y con menos  
astros. Describía con un laconismo pintoresco las n  
oches en la dehesa,  
con sus toros dormidos bajo la difusa luz de las es  
trellas y el denso  
silencio rasgado por los ruidos misteriosos de las  
espesuras. Las

culebras del monte cantaban con una voz extraña en este silencio.  
Cantaban, sí señor. No había quien se lo discutiese al Lobato; lo había oído mil veces, y dudar de esto era llamarle embustero, exponiéndose a sentir el peso de sus manazas. Y así como cantaban los reptiles, hablaban los toros; sólo que él no había llegado a penetrar todos los misterios de su idioma. Eran a modo de cristianos, aunque andaban a cuatro patas y tenían cuernos. Había que verlos despertar cuando surgía la aurora. Saltaban gozosos como niños; jugueteaban acometiéndose de mentirijillas y cruzando sus cuernos; intentaban montarse unos a otros, con una alegría ruidosa, como si saludasen la presencia del sol, que es la gloria de Dios. Luego hablaba de sus lentas excursiones por la sierra de Guadarrama, siguiendo el curso de los riachuelos que bajan de las cumbres la nieve líquida, de una transparencia de cristal, alimento de los ríos; de los prados con su hierba llena de florecillas; del aleteo de los pájaros que venían a posarse entre los cuernos de los toros adormecidos; de los lobos que aullaban durante la noche, siempre lejos, muy lejos, como asustados por la procesión de fieras que llegaban tras el encierro de los cabestros a disputarles su parte de bravía soledad... ¡Que no le hablasen de Madrid, donde se ahoga la gente! El sólo encontraba aceptable en este bosque infinito de casas el vino de Gallina y sus sabrosos guisos.

Habló el \_Lobato\_ al espada, ayudándole con sus indicaciones a escoger las dos reses. El mayoral no mostraba asombro ni respeto ante estos nombres famosos tan admirados por las gentes. El pastor de toros casi despreciaba al torero. ¡Matar a unos animales tan nobles con toda clase de engaños! El valiente era él, que vivía entre ellos, pasando ante sus cuernos en la soledad, sin otra defensa que su brazo, y sin aplauso alguno.

Al salir Gallardo del corral, otro hombre se unió al grupo, saludando con gran respeto al maestro. Era un viejo encargado de la limpieza de la plaza. Llevaba muchos años en este empleo y había conocido a todos los toreros famosos de su tiempo. Iba vestido pobremente, pero muchas veces lucía en sus dedos sortijas femeniles, y para sonar se sacaba de las profundidades de su blusa un pañuelito de batista, pequeño, con ricas blondas y gran cifra, que aún exhalaba débil perfume.

Se encargaba durante la semana él solo de barrer el inmenso circo, graderíos y palcos, sin quejarse de lo abrumador de este trabajo. Cuando el empresario, descontento de él, quería castigarle, abría la puerta a la pillería que vagaba por los alrededores de la plaza, y el pobre hombre desesperábase y prometía enmienda, para que esta irrupción de extraños no se encargase de su trabajo.

Cuando más, admitía como auxiliares a media docena de golfos, aprendices de torero, que le eran fieles a cambio de que en los días de fiesta les permitiese ver la corrida desde el «palco de los perros», una puerta con reja situada junto a los toriles, por donde se sacaba a los lidiadores heridos. Los ayudantes de la limpieza, agarrados a los hierros, presenciaban la corrida, rebullendo y peleándose como monos en jaula para ocupar la primera fila.

El viejo los distribuía hábilmente durante la semana al proceder a la limpieza de la plaza. Los chicuelos trabajaban en los tendidos de sol, los del público sucio y pobre, que deja como rastro de su paso un estercolero de cortezas de naranja, papeles y puntas de cigarro.

--¡Ojo con el tabaco!--ordenaba a su tropa--. El que se me quede una colilla de puro no ve el domingo la corrida.

Limpiaba pacientemente la sombra, como un buscador de tesoros, agachándose en el misterio de los palcos para guardar en sus bolsillos los hallazgos: abanicos de señora, sortijas, pañuelos de mano, monedas caídas, adornos de trajes femeniles, todo lo que dejaba tras su paso una invasión de catorce mil personas. Amontonaba los residuos de los fumadores, picando las colillas y vendiéndolas como tabaco desmenuzado luego de exponerlas al sol. Los hallazgos de valor eran para una prendera, que compraba estos despojos del público o

lvidadizo o turbado  
por la emoción.

Gallardo contestó a los saludos melosos del viejo d  
ándole un cigarro, y  
se despidió del \_Lobato\_. Quedaba convenido con el  
mayoral que éste  
enchiqueraría para él los dos toros escogidos. Los  
otros espadas no  
protestarían. Eran muchachos de buena suerte, en pl  
ena audacia juvenil,  
que mataban lo que les ponían delante.

Al salir otra vez al patio, donde continuaba la pru  
eba de caballos,  
Gallardo vio separarse del grupo de espectadores a  
un hombre alto,  
enjuto y de tez cobriza, vestido como un torero. Po  
r debajo de su  
fieltro negro asomaban unos tufos de pelo entrecano  
, y en torno de la  
boca marcábanse algunas arrugas.

--\_¡Pescadero!\_ ¿cómo estás?--dijo Gallardo estrech  
ando su diestra con  
sincera efusión.

Era un antiguo espada que había tenido en su juvent  
ud horas de gloria,  
pero de cuyo nombre se acordaban muy pocos. Otros m  
atadores, llegando  
después, habían obscurecido su pobre fama, y el \_Pe  
scadero\_, luego de  
torear en América y sufrir varias cogidas, se había  
retirado con un  
pequeño capital de ahorros. Gallardo le sabía dueño  
de una taberna en  
las inmediaciones del circo, donde vegetaba lejos d  
el trato de  
aficionados y toreros. No esperaba verle en la plaz  
a, pero el  
\_Pescadero\_ dijo con expresión melancólica:

--¿Qué quíés? La afisión. Vengo poco a las corrias, pero aún me tiran las cosas del ofisio, y paso como vecino a ve estas cosas. Ahora no soy mas que tabernero.

Gallardo, contemplando su aspecto triste, recordaba al \_Pescadero\_ que había conocido en su niñez, uno de los héroes más admirados por él, arrogante, favorecido por las mujeres, luciendo en La Campana, cuando iba a Sevilla, su calañés de terciopelo, la chaquetilla color de vino y la faja de seda multicolor, apoyado en un bastón de marfil con puño de oro. ¡Y así se vería él, vulgar y olvidado, si se retiraba del toreo!...

Hablaron largo rato de las cosas de su arte. El \_Pescadero\_, como todos los viejos amargados por la mala suerte, era pesimista. Se acabaron los buenos toreros. Ya no se veían gentes de corazón. Sólo mataban toros «de verdad» Gallardo y alguno que otro. Hasta las bestias parecían de menos poder. Y tras estas lamentaciones, insistió para que su amigo le acompañase a su casa. Ya que se habían encontrado, y el matador no tenía que hacer, debía visitar su establecimiento.

Accedió Gallardo, y en una de las calles sin terminar inmediatas a la plaza, entró en una taberna igual a todas, con la fachada pintada de rojo, vidrieras con visillos del mismo color, y un escaparate en el que se exhibían, sobre platos polvorientos, chuletas empanadas, pájaros

fritos y frascos de hortalizas en vinagre. Dentro de la tienda un mostrador de cinc, toneles y botellas, mesas redondas con taburetes de madera, y en los muros numerosas estampas de colores representando toreros célebres y los lances más salientes de la lidia.

--Tomaremos unos «chatos» de Montilla--dijo el \_Pescadero\_ llamando a un joven que estaba tras el mostrador y sonreía al ver a Gallardo.

Este se fijó en su cara y en una manga de su chaqueta, completamente vacía, que se arrollaba en el costado derecho.

--Yo creo que te conozco--dijo el matador.

--Ya lo creo que le conoces--interrumpió el \_Pescadero\_--. Es el \_Pipi\_.

El apodo hizo que Gallardo recordase inmediatamente su historia. Un muchacho valeroso, que clavaba magistralmente las banderillas, y al que también había bautizado un grupo de aficionados como «el torero del porvenir». Un día, en la plaza de Madrid, recibió una cornada en un brazo, y habían tenido que amputárselo, quedando inútil para la lidia.

--Lo he recogido, Juan--continuó el \_Pescadero\_--. Yo no tengo familia; mi compañera se murió, y me hago la cuenta de que tengo un hijo... ¡Miserias! Pero si al hombre, encima de sus desgracias, le quitas el güen corazón, ¿pa qué sirve?... No creas que estamos en la abundancia el



\_Pipí\_ y yo. Vivimos como poemas; pero lo que yo te  
nga es de él, y vamos  
tirando gracias a los antiguos amigos que alguna ve  
z vienen de merienda  
o a jugar al \_mus\_, y sobre too gracias a la escuela.  
a.

Gallardo sonrió. Había oído hablar de la escuela de  
tauromaquia  
establecida por el \_Pescadero\_ cerca de su taberna.

--¡Qué quiés, hijo!--dijo éste, como excusándose--.  
Hay que ayudarse, y  
la escuela consume más que toos los parroquianos de  
la taberna. Viene mu  
buena gente: señoritos que quíen aprender pa lucirs  
e en las becerrás;  
extranjeros que se entusiasman en las corrias y les  
entra la chiflaúra  
de hacerse toreros a la vejez. Ahora tengo uno dand  
o lición. Viene toas  
las tardes. Vas a ve.

Y atravesando la calle, dirigiéronse a un solar cer  
rado por alta valla.  
Sobre los tablones unidos que servían de puerta des  
tacábase un gran  
rótulo escrito con alquitrán: «Escuela de Tauromaqu  
ia».

Entraron. Lo primero que llamó la atención de Galla  
rdo fue el toro: un  
animal de madera y juncos montado sobre ruedas, con  
cola de estopa, la  
cabeza de paja trenzada, una placa de corcho en el  
lugar del cuello y un  
par de cuernos auténticos y enormes, que infundían  
espanto a los  
alumnos.

Un mozo despechugado, con gorrilla y dos pinceles d

e pelo sobre las  
orejas, era el que comunicaba su inteligencia a la  
fiera, empujándola  
cuando los «estudiantes» se ponían enfrente con el  
capote en la mano.

En mitad del solar, un señor viejo y rechoncho, de  
ancha corpulencia, la  
tez arrebolada y el bigote blanco y recio, mantenía  
se en mangas de  
camisa empuñando unas banderillas. Junto a la valla  
, recostada en una  
silla y apoyados los brazos en otra, había una seño  
ra casi de la misma  
edad y no menos voluminosa, con un sombrero cargado  
de flores. Su cara  
rubicunda, con manchas amarillas de salvado, ensanc  
hábase de entusiasmo  
cada vez que su compañero ejecutaba una buena suert  
e. Agitábanse las  
rosas del sombrero y los falsos bucles de la cabell  
era, de un rubio  
escandaloso, con el impulso de sus risas. Aplaudía,  
abriendo al mismo  
tiempo las piernas, que tiraban de la falda, dejand  
o al descubierto una  
parte de sus abultados y marchitos encantos.

El \_Pescadero\_, desde la puerta, explicó a Gallardo  
el origen de estas  
gentes. Debían ser franceses o de cualquier otro pa  
ís: él no estaba  
cierto de quién eran ni le importaba; un matrimonio  
que iba por el mundo  
y parecía haber vivido en todas partes. El había te  
nido mil oficios, a  
juzgar por sus relatos: minero en Africa, colono en  
lejanas islas,  
cazador de caballos con lazo en las soledades de Am  
érica. Ahora quería  
torear para ganar dinero lo mismo que los españoles  
, y asistía todas las

tardes a la escuela con la firme voluntad de un niño testarudo, pagando generosamente sus lecciones.

--Figúrate tú: ¡torero con esa facha!... ¡Y a los cincuenta años bien sonaos!

Al ver entrar a los dos hombres, el alumno bajó sus brazos armados de banderillas y la señora se arregló la falda y el florido sombrero. ¡Oh, \_cher maître\_!...

--Buenas tardes, \_mosiú\_; felices, \_madame\_--dijo el maestro llevándose la mano al sombrero--. A ve, \_mosiú\_, cómo va esa lección. Ya sabe lo que le he dicho. Quieto en su terreno, cita usted al bicho, le deja venir, y cuando lo tiene al lao, quiebra usted y le pone los palos en el morrillo. Usted no tiene que preocuparse de nada: el toro lo hará todo por usted. Atención... ¿Estamos?

Y apartándose el maestro se encaró con el terrible toro, o más bien, con el granuja que estaba detrás, puestas las manos en el cuarto trasero para empujarle.

--¡Eeeeh!... ¡Entra, \_Morito\_!

Fue un berrido espantoso el del \_Pescadero\_ para que entrase el toro, excitando con estos gritos y con furiosas patadas en la tierra sus entrañas de aire y de junco y su testuz de paja. Y \_Morito\_ acometió como una fiera, con gran estrépito de ruedas, cabeceante a causa de las

desigualdades del terreno, y llevando a la cola aqu  
el paje que le  
empujaba para hacerle menos fatigoso el camino. Jam  
ás toro de ganadería  
famosa pudo compararse en inteligencia con este \_Mo  
rito\_, bestia  
inmortal banderilleada y estoqueada miles de veces,  
sin sufrir otras  
heridas que las insignificantes que le curaba el ca  
rpintero. Parecía tan  
sabio como los hombres. Al llegar junto al alumno,  
cambió de dirección  
para no tocarle con los cuernos, alejándose con los  
palos clavados en su  
cuello de corcho.

Una ovación saludó esta hazaña, quedando el banderi  
llero firme en su  
sitio, arreglándose los tirantes del pantalón y los  
puños de la camisa.  
Su mujer, con la vehemencia del entusiasmo, se echó  
atrás, riendo al  
mismo tiempo que aplaudía, y otra vez la falda, a i  
mpulsos de ocultas  
exuberancias, volvió a dejar al descubierto los enc  
antos inferiores.

--¡De maestro, \_mosiú!--gritó el \_Pescadero--. Es  
e par es de primera.

Y el extranjero, conmovido por el aplauso del profe  
sor, respondió con  
modestia, golpeándose el pecho:

--Mí hay lo más importante. Corrasón, mocho corrasó  
n.

Luego, para festejar su hazaña, se dirigió al paje  
de \_Morito\_, que  
parecía relamerse adivinando la orden. Que trajesen  
un frasco de vino.  
Tres había vacíos en el suelo, cerca de la dama, ca

da vez más purpúrea y  
más movediza de ropas, acogiendo con grandes risota  
das las hazañas  
toreras de su compañero.

Al saber que el que llegaba con el maestro era el f  
amoso Gallardo y  
reconocer su rostro, tantas veces admirado por ella  
en periódicos y  
cajas de cerillas, la extranjera perdió el color y  
sus ojos se  
enternecieron. ¡Oh, \_cher maître\_!... Le sonreía, s  
e frotaba contra él,  
deseando caer en sus brazos con todo el peso de su  
voluminosa y flácida  
humanidad.

Chocaron los vasos del vino por la gloria del nuevo  
torero. Hasta  
\_Morito\_ tomó parte en la fiesta, bebiendo en su no  
mbre el granuja que  
le servía de aya.

--Antes de dos meses, \_mosiú\_--dijo el \_Pescadero\_  
con su gravedad  
andaluza--, está usted clavando banderillas en la pl  
aza de Madrí como el  
mismísimo Dió, y se yeva usted toas las parmas, y to  
o er dinero, y toas  
las mujeres... con permiso de su señora.

Y la señora, sin dejar de mirar a Gallardo con ojos  
tiernos, conmovíase  
de gozo y una risa estrepitosa agitaba las ondas de  
grasa de su cuerpo.

Continuó su lección el extranjero, con una tenacida  
d de hombre enérgico.  
No había que desaprovechar el tiempo. Quería verse  
cuanto antes en la  
plaza de Madrid, conquistando todas aquellas cosas  
que le prometía el

maestro. Su rubicunda compañera, viendo que los dos toreros se marchaban, volvió a sentarse, con el frasco de vino confiado a su custodia.

El \_Pescadero\_ acompañó a Gallardo hasta el final de la calle.

--Adió, Juan--dijo con gravedad--. Puede que nos veamos mañana en la plaza. Ya ves en qué he venío a parar. Tener que comé de estos embustes y payasás.

Gallardo se alejó preocupado. ¡Ay! ¡Aquel hombre, que él había visto tirar el dinero en sus buenos tiempos con una arrogancia de príncipe, seguro de su porvenir!... Había perdido los ahorros en malas especulaciones. La vida del torero no era para aprender el manejo de una fortuna. ¿Y aún le proponían que se retirase de la profesión? ¡Nunca! Había que arrimarse a los toros.

Durante toda la noche, este propósito pareció flotar sobre la laguna negra de su sueño. ¡Había que arrimarse! Y a la mañana siguiente, la resolución firmísima persistió en su pensamiento. Se arrimaría, asombrando al público con sus audacias.

Era tal su ánimo, que marchó a la plaza sin las inquietudes supersticiosas de otras veces. Sentía la certeza del triunfo, la corazonada de las tardes gloriosas.

La corrida fue accidentada desde su principio. El p

rimer toro «salió  
pegando» con gran acometividad para las gentes de a  
caballo. En un  
instante echó al suelo a los tres picadores que le  
esperaban lanza en  
ristre, y de los jacos dos quedaron moribundos, arr  
ojando por el  
perforado pecho chorros de sangre obscura. El otro  
corrió, loco de dolor  
y de sorpresa, de un lado a otro de la plaza, con e  
l vientre abierto y  
la silla suelta, mostrando por entre los estribos s  
us entrañas azuladas  
y rojizas, semejantes a enormes embutidos. Arrastra  
ban las tripas por el  
suelo, y al pisárselas él mismo con sus patas trase  
ras, tiraba de ellas,  
desarrollándolas como una madeja confusa que se des  
enmaraña. El toro,  
atraído por esta carrera, marchó tras él, y metiend  
o la poderosa cabeza  
bajo su vientre lo levantó en los cuernos, arrojánd  
olo al suelo y  
ensañándose en su mísero armazón quebrantado y aguj  
ereado. Al  
abandonarle la fiera, moribundo y pataleante, un «m  
ono sabio» se  
aproximó para rematarlo, hundiéndole el hierro de l  
a puntilla en lo alto  
del cráneo. El mísero jaco sintió una rabia de cord  
ero en los  
estremecimientos de su agonía, y mordió la mano del  
hombre. Este dio un  
grito, agitó la diestra ensangrentada y apretó el p  
uñal, hasta que el  
caballo cesó de patalear, quedando con las extremid  
ades rígidas. Otros  
empleados de la plaza corrían de un lado a otro con  
grandes espuelas de  
arena, arrojándola a montones sobre los charcos de  
sangre y los  
cadáveres de los caballos.

El público estaba de pie, gesticulando y vociferando. Sentíase entusiasmado por la fiereza de la bestia y protestaba de que en el redondel no quedase ni un picador, gritando a coro: «¡Caballos! ¡caballos!»

Todos estaban convencidos de que iban a salir inmediatamente, pero les indignaba que transcurriesen unos minutos sin nuevas carnicerías. El toro permanecía aislado en el centro del redondel, soberbio y mugidor, levantando los cuernos sucios de sangre, ondeándole las cintas de la divisa sobre su cuello surcado de rasgones azules y rojos. Salieron nuevos jinetes, y otra vez se repitió el repugnante espectáculo. Apenas se aproximaba el picador con la garrocha por delante, ladeando el jaco para que el ojo vendado no le permitiese ver a la fiera, era instantáneo el choque y la caída. Rompíanse las picas con un chasquido de madera seca, saltaba el caballo enganchado en los poderosos cuernos, brotaban sangre, excrementos y piltrafas de este choque mortal, y rodaba por la arena el picador como un monigote de piernas amarillas, cubriéndole inmediatamente las capas de los peones.

Un caballo, al ser herido en el vientre, esparció en torno de él, vaciando sus entrañas, una lluvia nauseabunda de excremento verdoso, que vino a manchar los trajes de los toreros cercanos.

El público celebraba con risas y exclamaciones las



ruidosas caídas de  
los jinetes. Sonaba la arena sordamente con el choque de los cuerpos  
rudos y sus piernas forradas de hierro. Unos caían de espaldas, como  
talegos repletos, y su cabeza, al encontrar las tablas de la valla,  
producía un eco lúgubre.

--Ese no se levanta--gritaban en el público--. Debe tener abierto el  
melón.

Y sin embargo, se levantaba, extendía los brazos, resaca el cráneo,  
recobraba el recio castoreño, perdido en la caída, y volvía a montar en  
el mismo caballo, que los «monos sabios» incorporaban a fuerza de  
empellones y varazos. El vistoso jinete hacía trotar al jaco, que  
arrastraba por la arena sus entrañas, cada vez más largas y pesadas con  
la agitación del movimiento. El picador, sobre esta debilidad agónica,  
dirigíase al encuentro de la fiera.

--¡Vaya por ustés!--gritaba arrojando su sombrero a un grupo de amigos.

Y apenas se colocaba ante el toro, clavándole su pica en el cuello,  
hombre y caballo iban por lo alto, partiéndose el grupo en dos piezas  
con la violencia del choque y rodando cada una por su lado. Otras veces,  
antes de que acometiese el toro, los «monos sabios» y parte del público  
avisaban al jinete. «Apéate.» Pero antes de que pudiera hacerlo, con la  
torpeza de sus piernas rígidas, el caballo se desplomaba, muerto

instantáneamente, y el picador caía expelido por las orejas, chocando su testa sordamente contra la arena.

Los cuernos del toro no llegaban nunca a enganchar a los jinetes; pero ciertos picadores, al quedar en el suelo, permanecían exánimes, y un grupo de servidores de la plaza tenía que cargar con su cuerpo, llevándolo a la enfermería para que le curasen una fractura de hueso o lo reanimaran de su conmoción, que tenía el aspecto de la muerte.

Gallardo, ansioso de atraerse la simpatía del público, iba de un lado a otro, y consiguió un gran aplauso tirando de la cola al toro para librar a un picador que estaba en el suelo, próximo a ser enganchado.

Mientras banderilleaban, Gallardo, apoyado en la valla, paseaba su vista por los palcos. Debía estar en ellos doña Sol. Al fin la vio, pero sin mantilla blanca, sin nada que recordase a aquella señora de Sevilla semejante a una maja de Goya. Parecía, con su cabellera rubia y su sombrero original y elegante, una extranjera de las que contemplan por primera vez una corrida de toros. A su lado estaba el amigo, aquel hombre del que hablaba ella con cierta admiración y al que mostraba las cosas interesantes del país. ¡Ay, doña Sol! Pronto iba a ver quién era el buen mozo al que había abandonado. Tendría que aplaudirle en presencia del extranjero aborrecido; se entusiasmaría, aun contra su

voluntad, arrastrada por el contagio del público.

Cuando llegó para Gallardo el momento de matar su toro, que era el segundo, el público le acogió benévolamente, como si olvidase su enfado de la corrida anterior. Las dos semanas de suspensión por la lluvia parecían haber infundido a la muchedumbre una gran tolerancia. Deseaba encontrarlo todo bueno en una corrida tan esperada. Además, la bravura de los toros y la gran mortandad de caballos había puesto al público de buen humor.

Marchó Gallardo hacia la fiera, descubierta la cabeza luego del brindis, con la muleta por delante y moviendo la espada como un bastón. Detrás de él, aunque a una distancia prudente, iban el \_Nacional\_ y otro torero. Algunas voces protestaron desde el tendido. ¡Cuántos acólitos!... Parecían un clero parroquial marchando a un entierro.

--¡Fuera too er mundo!--gritó Gallardo.

Y los dos peones se detuvieron porque lo decía de veras, con un acento que no daba lugar a dudas.

Siguió adelante hasta llegar cerca de la fiera, y allí desplegó la muleta, dando aún algunos pasos más, como en sus buenos tiempos, hasta colocar el trapo junto al babeante hocico. Un pase; ¡olé!... Un murmullo de satisfacción corrió por los tendidos. El niño de Sevilla volvía por su nombre; tenía vergüenza torera. Iba a hacer algu

na de las suyas, como  
en los mejores tiempos. Y sus pases de muleta fueron  
acompañados de  
ruidosas exclamaciones de entusiasmo, mientras en el  
graderío se  
reanimaban los partidarios, increpando a los enemigos.  
¿Qué les parecía  
aquello? Gallardo se descuidaba algunas veces, lo reconocían...  
¡pero la  
tarde que él quería!

Aquella tarde era de las buenas. Cuando vio al toro  
con las patas  
inmóviles, el mismo público le impulsó con sus consejos.  
«¡Ahora!  
¡Tírate!»

Y Gallardo se arrojó sobre la bestia con el estoque  
por delante,  
saliendo de la amenaza de los cuernos rápidamente.

Sonó un aplauso, pero fue muy breve, siguiéndole un  
murmullo amenazador,  
en el que se iniciaron estridentes silbidos. Los entusiastas  
dejaban de  
mirar al toro para volverse indignados contra el resto del público.  
¡Qué  
injusticia! ¡Qué falta de conocimiento! Había entrado muy bien a  
matar...

Pero los enemigos señalaban al toro sin desistir de  
sus protestas, y  
toda la plaza se unía a ellos con una explosión ensordecedora de  
silbidos.

La espada había penetrado torcida, atravesando al toro y  
asomando su  
punta por uno de los costados, junto a una pata del  
antera.

Todos gesticulaban y braceaban con aspavientos de indignación. ¡Qué escándalo! ¡Aquello no lo hacía ni un mal novillero!...

El animal, con la empuñadura de la espada en el cuello y la punta asomando por el arranque de un brazo, empezó a cojear, agitando su enorme masa con el vaivén de un paso desigual. Esto pareció conmover a todos con generosa indignación. ¡Pobre toro! Tan bueno, tan noble... Algunos echaban el cuerpo adelante, rugiendo de furia, como si fuesen a arrojar de cabeza en el redondel. ¡Ladrón! ¡Hijo de tal!... ¡Martirizar así a un bicho que valía más que él!... Y todos gritaban con vehemente ternura por el dolor de la bestia, como si no hubiesen pagado para presenciar su muerte.

Gallardo, estupefacto ante su obra, inclinaba la cabeza bajo el chaparrón de insultos y amenazas. «¡Mardita sea la suerte!...» Había entrado a matar lo mismo que en sus buenos tiempos, dominando la impresión nerviosa que le hacía volver la cara como si no pudiese soportar la vista de la fiera que se le venía encima. Pero el deseo de evitar el peligro, de salirse cuanto antes de entre los cuernos, le había hecho rematar la suerte con aquella estocada torpe y escandalosa.

En los tendidos agitábase la gente con el hervor de numerosas disputas. «No lo entiende. Vuelve la cara. Está hecho un maleta.» Y los

partidarios de Gallardo excusaban a su ídolo con no menos vehemencia.

«Eso le ocurre a cualquiera. Es una desgracia. Lo importante es entrar a matar con guapeza, como él lo hace.»

El toro, después de correr cojeando con dolorosos vaivenes, que hacían bramar al gentío de indignación, quedó inmóvil, para no prolongar más su martirio.

Gallardo tomó otra espada y fue a colocarse ante él .

El público adivinó su trabajo. Iba a descabellar al toro: lo único que podía hacer después de su crimen.

Apoyó la punta del estoque entre los dos cuernos, mientras con la otra mano agitaba la muleta, para que la bestia, atraída por el trapo, humillase la cabeza hasta el suelo. Apretó la espada, y el toro, al sentirse herido, agitó el testuz, repeliendo el arma.

--¡Una!--gritó la muchedumbre con burlesca unanimidad.

Volvió el matador a repetir su juego, y otra vez clavó el estoque, haciendo estremecerse a la fiera.

--¡Dos!--cantaron en los tendidos burlescamente.

Repitió el intento de descabello, sin más resultado que un mugido de la fiera, dolorida por este martirio.

--¡Tres!...

Pero a este coro irónico de parte del público uniéronse silbidos y gritos de protesta. Pero ¿cuándo iba a acabar aquel maleta?...

Al fin acertó a tocar con la punta de su estoque el arranque de la médula espinal, centro de vida, y el toro cayó instantáneamente, quedando de lado y con las patas rígidas.

El espada se limpió el sudor y emprendió la vuelta hacia la presidencia con paso lento, respirando jadeante. Por fin veíase libre de aquel animal. Había creído no acabar nunca. El público le acogía a su paso con sarcasmo o con un silencio desdeñoso. Nadie aplaudía. Saludó al presidente en medio de la indiferencia general y fue a refugiarse tras la barrera, como un escolar avergonzado de sus faltas. Mientras \_Garabato\_ le ofrecía un vaso de agua, el matador miró a los palcos, encontrándose con los ojos de doña Sol, que le habían seguido hasta su retiro. ¡Qué pensaría de él aquella mujer! ¡Cómo reiría en compañía de su amigo, viéndole insultado por el público!... ¡Qué maldita idea la de aquella señora de venir a la corrida!...

Permaneció entre barreras, evitándose toda fatiga hasta que soltasen el otro toro que había de matar. Le dolía la pierna herida por lo mucho que había corrido. Ya no era el mismo: lo reconocía. Resultaban inútiles sus arrogancias y su propósito de «arrimarse». Ni sus piernas eran

ligeras y seguras como en otros tiempos, ni su brazo derecho tenía aquella audacia que le hacía tenderse sin miedo, de seoso de llegar cuanto antes al cuello del toro. Ahora se encogía, desobedeciendo su voluntad, con el instinto torpe de ciertos animales que se contraen y ocultan la cara, creyendo evitar de este modo el peligro.

Sus antiguas supersticiones aparecieron de pronto a terradoras y obsesionantes.

«Tengo mala pata--pensaba Gallardo--. Me da er corazón que el quinto toro me coge... ¡Me coge, no hay remedio!»

Sin embargo, cuando salió a la plaza el quinto toro, lo primero que encontró fue el capote de Gallardo. ¡Qué animal! Parecía distinto al que él había escogido en los corrales la tarde anterior. Seguramente habían cambiado el orden en la suelta de los toros. El temor seguía cantando en los oídos del torero: «¡Mala pata!... Me coge; hoy salgo del reondel con los pies pa adelante...»

A pesar de esto, siguió toreando a la fiera y apartándola de los picadores en peligro. Al principio, sus lances pasaron en silencio. Luego, el público, ablandándose, le aplaudió débilmente.

Cuando llegó el momento de la muerte y Gallardo se plantó ante la fiera, todos parecieron adivinar la ofuscación de su pensamiento. Movíase



desconcertado; bastaba que el toro agitase su cabeza, para que, tomando este gesto por un avance, echase los pies atrás, retrocediendo a grandes saltos, mientras el público saludaba estos conatos de fuga con un coro de burlas.

--¡Juy! ¡juy!... ¡Que te coge!

De pronto, como si deseara terminar de cualquier modo, se arrojó sobre la bestia con el estoque, pero oblicuamente, para salir cuanto antes del peligro. Una explosión de silbidos y voces. La espada sólo se había clavado unos centímetros, y después de cimbrarse en el cuello de la fiera, fue expelida por ésta a gran distancia.

Gallardo volvió a coger el estoque y se aproximó al toro. Fue a cuadrarse para entrar a matar, y la fiera le acometió en el mismo instante. Quiso huir, pero sus piernas ya no tenían la agilidad de otros tiempos. Fue alcanzado y rodó a impulsos del encontronazo. Acudieron en su auxilio, y Gallardo se levantó cubierto de tierra, con un gran rasguño en el dorso del calzón, por el que se escapaba la ropa blanca interior, una zapatilla menos y perdida la moña que adornaba su coleta.

Aquel mozo arrogante, que tanto había admirado al público con su elegancia, mostrábase lastimero y ridículo con su falda al aire, descompuesto el pelo y la coleta caída y deshecha como un rabo triste.

Tendiéronse en torno de él misericordiosamente varios capotes para ayudarle y protegerle. Hasta los otros espadas, con generoso compañerismo, le preparaban el toro para que acabase con él rápidamente. Pero Gallardo parecía ciego y sordo; sólo veía al animal para echarse atrás a la más leve de sus acometidas, como si el reciente revolcón le hubiese enloquecido de miedo. No entendía lo que le decían los camaradas, y con el rostro intensamente pálido, frunciendo las cejas como para concentrar su atención, balbuceaba sin saber lo que decía:

--¡Fuera too er mundo! ¡Ejarme solo!

Mientras tanto, en su pensamiento seguía cantando el terror: «¡Hoy mueres! ¡Hoy es tu última cogida!»

El público adivinaba los pensamientos del espada en sus desacompañados movimientos.

--¡Le tiene asco al toro! ¡Le ha tomado miedo!...

Y hasta los más fervorosos partidarios de Gallardo callaban avergonzados, no pudiendo explicarse este suceso nunca visto.

La gente parecía gozarse en su terror, con la valentía intransigente del que se halla en lugar seguro. Otros, pensando en su dinero, gritaban contra este hombre que se dejaba arrastrar del instinto de conservación, defraudándolos en su placer. ¡Un robo!

Gentes soeces insultaban al espada con palabras de duda sobre su sexo.  
El odio hacía emerger y flotar, al través de muchos años de admiración, ciertos recuerdos de la infancia del torero olvidados hasta de él mismo.  
Hacían memoria de su vida nocturna con la pillería de la Alameda de Hércules. Se reían de sus calzones rotos y de las blancas ropas que se escapaban por el rasgón.

--¡Qué se te ve!--gritaban voces atipladas, con acento femenino.

Gallardo, protegido por las capas de los compañeros, aprovechaba todas las distracciones del toro para herirlo con su espada, sordo a la rechifla del público. Eran estocadas que apenas parecía sentir el animal. Su terror a ser cogido si alargaba el brazo le hacía quedarse lejos, hiriéndolo solamente con la punta de la espada.

Unos estoques se desprendían apenas hundidos en la carne; otros quedaban fijos en el hueso, pero descubiertos en su mayor parte, cimbreándose con los movimientos de la fiera. Iba ésta con la cabeza baja, siguiendo el contorno de la valla, mugiendo como de fastidio por el tormento inútil.  
Seguía la espada con la muleta en la mano, deseoso de acabar y temeroso de exponerse, y tras él toda la tropa de ayudantes moviendo sus capotes, como si quisieran convencer al animal con el flameo de los trapos para que doblara las piernas y se acostase. El paso del toro por

cerca de la barrera, con su hocico babeante y el cuello erizado de espadas, provocaba una explosión de burlas e insultos.

--¡Es la Dolorosa!--decían.

Otros comparaban al animal con un acerico lleno de alfileres.

--¡Ladrón! ¡Mal torero!

Algunos, más soeces, persistían en sus injurias al sexo de Gallardo, cambiándole de nombre.

--¡Juanita! ¡No te pierdas!

Había transcurrido mucho tiempo, y una parte del público, deseando descargar su furia contra alguien más que el torero, se volvió hacia el palco presidencial... ¡Señor presidente! ¿Hasta cuándo iba a durar este escándalo?

El presidente hizo un gesto que acalló las protestas y dio una orden. Se vio correr a un alguacilillo, con su teja emplumada y el ferreruelo flotante, por detrás de la barrera, hasta llegar cerca de donde estaba el toro. Allí, dirigiéndose a Gallardo, avanzó una mano cerrada con el índice en alto. El público aplaudió. Era el primer aviso. Si antes del tercero no había matado el toro, éste sería devuelto al corral, quedando el espada bajo el peso de la mayor deshonra.

Gallardo, como si despertase de su sonambulismo, aterrado por esta

amenaza, puso horizontal el estoque y se arrojó sobre el toro. Una estocada más, que no penetró gran cosa en el cuerpo de la fiera.

El espada dejaba pender sus brazos con desaliento. ¡Pero aquel bicho era inmortal!... Las estocadas no le causaban mella. Parecía que no iba a caer nunca.

La inutilidad del último golpe enfureció al público. Todos se ponían de pie. Los silbidos eran ensordecedores, obligando a las mujeres a taparse los oídos. Muchos braceaban, echando el cuerpo adelante, como si quisieran arrojarse a la plaza. Caían en la arena naranjas, mendrugos de pan, cojines de asiento, como veloces proyectiles destinados al matador. De los tendidos de sol salían voces estentóreas, ruidos semejantes a los de una sirena de vapor, que parecía imposible fuesen producto de una garganta humana. Sonaba de vez en cuando un escandaloso cencerro con toques de rebato. Cerca de los toriles, un nutrido coro entonaba el \_gorigori\_ de los difuntos.

Muchos volvíanse hacia la presidencia. ¿Para cuándo el segundo aviso? Gallardo limpiábase el sudor con un pañuelo, mirando a todas partes, como extrañado de la injusticia del público, y haciendo responsable al toro de cuanto ocurría. En estos momentos se fijó en el palco de doña Sol. Esta volvía la espalda para no ver el redondel: tal vez le tenía lástima, tal vez estaba avergonzada de sus condesce

ndencias en el  
pasado.

Otra vez se arrojó a matar, y muy pocos pudieron ver lo que hacía, pues le ocultaban las capas abiertas incesantemente en torno de él... Cayó el toro, arrojando por la boca un caño de sangre.

¡Al fin!... El público se aquietó, cesando de manotear, pero continuaron los gritos y silbidos. El animal fue rematado por el puntillero; le arrancaron las espadas, quedó enganchado por el testuz al tiro de mulillas y lo sacaron a rastras del redondel, dejando una ancha faja de tierra apisonada y regueros de sangre, que los mozos borraron con golpes de rastrillo y espuelas de arena.

Gallardo se ocultó entre barreras, huyendo de la protesta injuriosa que levantaba su presencia. Allí permaneció, cansado y jadeante, con una pierna dolorida, sintiendo en medio de su desaliento la satisfacción de verse libre del peligro. No había muerto en los cuernos de la fiera... pero lo debía a su prudencia. ¡Ah, el público! ¡Muchedumbre de asesinos que ansían la muerte de un hombre, como si sólo ellos amasen la vida y tuvieran una familia!...

La salida de la plaza fue triste, al través del gentío que ocupaba los alrededores del circo, de los carruajes y automóviles, de las largas filas de tranvías.

Rodaba el coche de Gallardo con lento paso, para no

atropellar a los  
grupos de espectadores que salían de la plaza. Esto  
s se apartaban ante  
las mulas, pero al reconocer al espada parecían arre-  
pentidos de su  
amabilidad.

Gallardo adivinaba en el movimiento de sus labios t-  
remendas injurias.  
Pasaban junto al coche otros carruajes ocupados por  
hermosas mujeres con  
mantillas blancas. Unas volvían la cabeza, como par-  
a no ver al torero;  
otras le miraban con ojos de desconsoladora conmi-  
seración.

El espada achicábase, como si quisiera pasar inadve-  
rtido; se ocultaba  
detrás de la corpulencia del \_Nacional\_, ceñudo y s-  
ilencioso.

Un grupo de muchachos rompió a silbar siguiendo el  
carruaje. Muchos de  
los que estaban de pie en las aceras les imitaron,  
creyendo vengarse así  
de su pobreza, que les había obligado a permanecer  
toda una tarde fuera  
de la plaza con la esperanza de ver algo. La notici-  
a del fracaso de  
Gallardo había circulado entre ellos, y le insultab-  
an, contentos de  
humillar a un hombre que ganaba enormes riquezas.

Esta protesta sacó al espada de su resignado mutism-  
o.

--¡Mardita sea!... Pero ¿por qué sirban? ¿Han estao  
acaso en la  
corría?... ¿Les ha costao el dinero?...

Una piedra dio contra una rueda del coche. La pille-  
ría vociferaba junto

al estribo; pero llegaron dos guardias a caballo y deshicieron la manifestación, escoltando después por todo lo alto de la calle de Alcalá al famoso Juan Gallardo... «el primer hombre del mundo».

X

Acababan las cuadrillas de salir al redondel, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta de Caballerizas.

Un empleado de la plaza se acercó a ella gritando con mal humor. No se entraba por allí; debían buscar otra puerta. Pero una voz le contestó desde fuera con insistencia, y abrió.

Entraron un hombre y una mujer: él con sombrero blanco cordobés; ella vestida de negro y con mantilla.

El hombre estrechó la mano del empleado, dejando dentro de ella algo que humanizó su fiero gesto.

--Me conose usté, ¿verdá?...--dijo el recién venido --. ¿De vera que no me conose?... Soy el cuñado de Gallardo, y esta señora es su esposa.

Carmen miraba a todos lados en el abandonado patio. A lo lejos, tras las recias paredes de ladrillo, sonaba la música y se percibía la respiración de la muchedumbre, cortada por gritos de entusiasmo y



rumores de curiosidad. Las cuadrillas desfilaban ante el presidente.

--¿Dónde está?--preguntó ansiosa Carmen.

--¿Dónde ha de está, mujé?--repuso el cuñado con rudeza--. En la plaza cumpliendo con su obligación... Es una locura haber venido; un disparate. ¡Este carácter tan flojo que tengo!

Carmen siguió mirando en torno de ella, pero con cierta indecisión, como arrepentida de haber llegado hasta allí. ¿Qué iba a hacer?...

El empleado, conmovido por el apretón de manos de Antonio y por el parentesco de aquellas dos personas con un matador de fama, mostrábase obsequioso. Si quería aguardar la señora a la terminación de la fiesta, podía descansar en la casa del conserje. Si deseaba ver la corrida, él sabría colocarlos en buen sitio aunque no llevasen billetes.

Carmen se estremeció con esta proposición. ¿Ver la corrida?... No. Había llegado hasta la plaza con un esfuerzo de su voluntad, y se arrepentía de ello. Le era imposible resistir la presencia de su marido en el redondel. Nunca le había visto toreando. Aguardaría allí hasta que no pudiese más.

--¡Vaya por Dió!--dijo con resignación el talabartero--. Nos quearemos, aunque no sé qué pintamos aquí frente a las caballerías.

Desde el día anterior que el marido de Encarnación iba tras de su cuñada, sufriendo los sobresaltos y lágrimas de una nerviosidad excitada por el miedo.

El sábado a mediodía, Carmen le había hablado en el despacho del maestro. ¡Se marchaba a Madrid! Estaba resuelta a este viaje. No podía vivir en Sevilla. Llevaba cerca de una semana de insomnios, viendo en su imaginación escenas horrorosas. Su instinto femenino parecía avisarle un gran peligro. Necesitaba correr al lado de Juan. No sabía con qué objeto ni qué podría conseguir en el viaje, pero ansiaba verse junto a Gallardo, con ese anhelo cariñoso que cree aminorar el peligro colocándose cerca de la persona amada.

Aquello no era vivir. Se había enterado por los diarios del gran fracaso de Juan el domingo anterior en la plaza de Madrid. Conocía la soberbia profesional del torero; adivinaba que no toleraría con resignación este contratiempo. Iba a hacer locuras para reconquistar el aplauso del público. La última carta que había recibido de él se lo daba a entender vagamente.

--No, y no--dijo con energía a su cuñado--. Me voy a Madrid esta misma tarde. Si tú quíés me acompañas; si no quíés venir, me iré sola. Sobre todo, ni una palabra a don José: me estorbaría el viaje... Esto no lo sabe mas que la mamita.

El talabartero aceptó. ¡Un viaje gratuito a Madrid, aunque fuese en triste compañía!... Durante el camino, Carmen daba forma a sus anhelos. Hablaría a su marido enérgicamente. ¿A qué continuar toreando? ¿No tenían bastante para vivir?... Debía retirarse, pero inmediatamente; si no, ella iba a perecer. Era preciso que esta corrida fuese la última... Aun esto le parecía demasiado. Llegaba a tiempo a Madrid para que su marido no torease por la tarde. Le decía el corazón que con su presencia iba a evitar una desgracia.

Pero el cuñado protestaba con grandes aspavientos al oír esto.

--¡Qué barbaría! ¡Lo que sois las mujeres! Se os mete una cosa en la cabeza, y eso ha de ser. ¿Es que crees tú que no hay autoridad, ni leyes, ni reglamento de plaza, y que basta que a una mujer se le ocurra abrazarse al marío y tené miedo, pa que se suspenda una corrida y se quee el público con un parmo de narises?... Tú dirás lo que quieras a Juan, pero será aluego de la corrida. Con la autoría no se juega; iríamos toos a la cárcel.

Y el talabartero se imaginaba las consecuencias más dramáticas si Carmen persistía en su disparatada idea de presentarse al marido, impidiéndole que torease. Los prenderían a todos. El se veía ya en la cárcel como cómplice de este acto, que en su simpleza consideraba un crimen.

Cuando llegaron a Madrid tuvo que hacer nuevos esfuerzos para impedir que su compañera corriese al hotel donde estaba su marido. ¿Qué iba a conseguir con esto?...

--Lo vas a azarar con tu presencia, y aluego irar a la plaza de mal humo, sin sereniar, y si le ocurre algo, tu tendras la culpa.

Esta reflexión amansó a Carmen, haciendo que se entregase a la dirección de su cuñado. Se dejó llevar a un hotel que éste escogió, y allí estuvo toda la mañana, tendida en un sofá de su cuarto, llorando, como si diese por cierta su desgracia. El talabartero, contento de verse en Madrid, bien instalado, indignábase contra esta desesperación, que le parecía ridícula.

--¡Vamo, hombre!... ¡Lo que sois las mujeres! Cualquiera creería que eres viuda, y tu marío está a estas horas tan campante, preparándose para la corrida, güeno y sano como el propio Roger de Flor. ¡Qué tontunas!

Carmen apenas almorzó, mostrándose sorda a los elogios que tributaba su cuñado al cocinero del establecimiento. Por la tarde, su resignación volvió a desvanecerse.

El hotel estaba situado cerca de la Puerta del Sol, y llegaban hasta ella el ruido y el movimiento de la gente que iba a la corrida. No; no podía permanecer en esta habitación extraña mientras

s su marido  
arriesgaba la existencia. Necesitaba verlo. Le faltaba valor para soportar la vista del espectáculo, pero quería sentirse cerca de él: deseaba ir a la plaza. ¿Dónde estaría la plaza?... Nunca la había visto. Si no podía entrar en ella, vagaría por los alrededores. Lo importante era sentirse cerca, creyendo que esta aproximación podía influir en la suerte de Gallardo.

El talabartero protestaba. ¡Por vida de...! El tenía el propósito de asistir a la corrida; había salido del hotel para comprar un billete, y ahora Carmen le aguaba la fiesta con su empeño de ir a la plaza.

--Pero ¿qué vas a hacer allí, criatura? ¿Qué vas a remediar con tu presencia?... Figúrate, si Juaniyo yega a verte.

Discutieron largamente, pero la mujer oponía a todas sus razones la misma respuesta tenaz:

--No me acompañes... Iré yo sola.

Acabó el cuñado por rendirse, y en un coche de alquiler fueron a la plaza, entrando en ella por la puerta de Caballerizas. El talabartero se acordaba mucho del circo y sus dependencias luego de haber acompañado a Gallardo en uno de sus viajes a Madrid para las corridas de primavera.

El y el empleado mostrábanse indecisos y con mal humor ante aquella mujer de ojos enrojecidos y mejillas hundidas, que

seguía plantada en el  
patio sin saber qué hacer... Los dos hombres sentíanse atraídos por el  
rumor del gentío y la música que sonaba en la plaza  
. ¿Iban a estar allí  
toda la tarde, sin ver la corrida?...

El empleado tuvo una buena inspiración.

--Si la señora quiere pasar a la capilla...

Había terminado el desfile de las cuadrillas. Por la  
puerta que daba  
acceso al redondel volvían trotando algunos caballos.  
Eran los picadores  
que no estaban de tanda y se retiraban de la arena  
para sustituir a sus  
compañeros cuando les llegase el turno. Amarrados a  
unas anillas del  
muro estaban en fila seis jacos ensillados, los primeros  
que habían de  
salir al redondel para suplir las bajas. A espaldas  
de ellos, los  
picadores entretenían la espera haciendo evolucionar  
sus caballos. Un  
encargado de las cuadras, montando una yegua asustadiza  
y brava, la  
hacía galopar por el corral para fatigarla, entregándola  
luego a los  
piqueros.

Coceaban los jacos, martirizados por las moscas, tirando  
de las anillas  
como si adivinasen el cercano peligro. Trotaban los  
otros caballos,  
enardecidos por las espuelas de los jinetes.

Carmen y su cuñado tuvieron que refugiarse bajo las  
arcadas, y al fin la  
mujer del torero aceptó la invitación de pasar a la  
capilla. Era un  
lugar seguro y tranquilo, y allí podría hacer algo

de provecho para su  
esposo.

Cuando se vio en la santa pieza, de un ambiente denso por la respiración del público que había presenciado la oración de los toreros, Carmen fijó sus ojos en la pobreza del altar. Ardían cuatro luces ante la Virgen de la Paloma, pero a ella le pareció mezquino este tributo.

Abrió su bolso para dar un duro al empleado. ¿No podía traer más cirios?... El hombre se rascó una sien. ¿Cirios? ¿cirios?... En los enseres de la plaza no creía encontrarlos. Pero de pronto se acordó de las hermanas de un matador, que traían velas siempre que toreaba éste. Las últimas apenas se habían consumido, y debían estar guardadas en algún rincón de la capilla. Tras larga rebusca las encontró. Faltaban candeleros; pero el empleado, hombre de recursos, trajo un par de botellas vacías, e introduciendo en su cuello las velas, las encendió, colocándolas junto a las otras luces.

Carmen se había arrodillado, y los dos hombres aprovecharon su inmovilidad para correr a la plaza, ansiosos de presenciar los primeros lances de la corrida.

Quedó la mujer en curiosa contemplación de la imagen borrosa, enrojecida por las luces. No conocía a esta Virgen, pero debía ser dulce y bondadosa como la de Sevilla, a la que tantas veces había suplicado.

Además, era la Virgen de los toreros, la que escuchaba sus oraciones de última hora, cuando el cercano peligro daba a los hombres rudos una sinceridad piadosa. Sobre aquel suelo se había arrodillado su marido muchas veces. Y este pensamiento bastó para que se sintiera atraída por la imagen, contemplándola con religiosa confianza, cual si la conociera desde la niñez.

Moviéronse sus labios repitiendo oraciones con automática velocidad, pero su pensamiento huía del rezo, como arrastrado por los ruidos de la muchedumbre que llegaban hasta ella.

¡Ay, aquel mugido de volcán intermitente, aquel bramado de olas lejanas, cortado de vez en cuando por pausas de trágico silencio!... Carmen se imaginaba estar presenciando la corrida invisible. Adivinaba por las diversas entonaciones de los ruidos de la plaza el curso de la tragedia que se desarrollaba en su redondel. Unas veces era una explosión de gritos indignados, con acompañamiento de silbidos; otras, miles y miles de voces que proferían palabras ininteligibles. De pronto sonaba un alarido de terror, prolongado, estridente, que parecía subir hasta el cielo; una exclamación miedosa y jadeante, que hacía ver miles de cabezas tendidas y pálidas por la emoción siguiendo la veloz carrera del toro, que le iba a los alcances a un hombre... hasta que se cortaba instantáneamente el grito, restableciéndose la calma. Había pasado el



peligro.

Extendíanse largos espacios de silencio, de un silencio absoluto, el silencio del vacío, en el que sonaba agrandado el zumbido de las moscas salidas de las caballerizas, como si el inmenso circo estuviera desierto, como si hubieran quedado inmóviles y sin respiración las catorce mil personas sentadas en su graderío y fue e Carmen el único ser viviente que subsistía en sus entrañas.

De pronto se animaba este silencio con un choque ruidoso e infinito, cual si todos los ladrillos de la plaza se soltasen de su trabazón, dando unos contra otros. Era un aplauso cerrado que hacía temblar el circo. En el patio inmediato a la capilla sonaban golpes de vara sobre el pellejo de los míseros caballos, reniegos, choques de herraduras y voces. «¿A quién le toca?» Nuevos picadores eran llamados a la plaza.

A estos ruidos uniéronse otros más cercanos. Sonaron pasos en las habitaciones inmediatas, abriéronse puertas con estrépito: oíanse las voces y la respiración jadeante de varios hombres, como si marchasen abrumados por un gran peso.

--No es nada... un coscorrón. No tienes sangre. Antes de que acabe la corrida estarás picando.

Y una voz bronca, debilitada por el dolor, como si viniese de lo más profundo de los pulmones, gemía entre suspiros, con

un acento que  
recordaba a Carmen su tierra:

--¡Virgen de la Soleá!... Creo que me he roto algo.  
Mire bien, doctor...  
¡Ay, mis hijos!

Carmen se estremeció de espanto. Elevaba sus ojos a la Virgen, extraviados por el miedo. Su nariz parecía afilarse con la emoción entre las mejillas hundidas y pálidas. Sentíase enferma; temía desplomarse sobre el pavimento con un síncope de terror. Intentaba rezar otra vez, aislarse en su oración, para no escuchar los ruidos de fuera, transmitidos por las paredes con una sonoridad desesperante. Pero a pesar de estos propósitos, llegaba a su oído un lúgubre chapoteo de agua y las voces de ciertos hombres, que debían ser médicos y enfermeros, animando al picador.

Este se quejaba con una rudeza de jinete montaraz, queriendo ocultar al mismo tiempo, por orgullo viril, el dolor de sus huesos quebrantados.

--¡Virgen de la Soleá! ¡Mis hijos!... ¿Qué van a comé los pobres churumbeles si su pare no pué picá?...

Carmen se levantó. ¡Ay, no podía más! Iba a caer desplomada si seguía en aquel sitio oscuro estremecido por ecos de dolor. Necesitaba aire, ver el sol. Creía sentir en sus propios huesos el mismo suplicio que hacía gemir a aquel hombre desconocido.

Salió al patio. Sangre por todos lados: sangre en el suelo y en las inmediaciones de unas cubas, donde el agua mezclábase con el líquido rojo.

Retirábanse los picadores del redondel. Habían hecho la señal para la suerte de banderillas, y los jinetes llegaban sobre sus caballos manchados de sangre, con el pellejo rasgado y colgando de sus vientres el repugnante bandullo de las entrañas al aire.

Desmontábanse los jinetes, hablando con animación de los incidentes de la corrida. Carmen vio a \_Potaje\_ apearse con toda la pesadez de su vigorosa humanidad, lanzando una retahila de maldiciones al «mono sabio» que le ayudaba torpemente en su descenso. Parecía entorpecido por sus ocultas perneras de hierro y por el dolor de varios batacazos. Llevábase una mano a la espalda para rascarse con dolorosos desesperos, pero sonreía, mostrando su amarilla dentadura de caballo.

--¿Habéis visto ustés que güeno ha estao Juan?--decía a todos los que le rodeaban--. Hoy viene güeno de veras.

Al reparar en la única mujer que estaba en el patio y reconocerla, no mostró extrañeza.

--¡Usté por aquí, señá Carmen! ¡Tanto güeno!...

Y hablaba tranquilamente, como si a él, en la somnolencia en que le tenía siempre el vino y la propia bestialidad, no p

udiera asombrarle  
nada del mundo.

--¿Ha visto usted a Juan?...--prosiguió--. Se ha acostao en el suelo,  
elante del toro, en los mismos hosicos. Lo que hase  
ese gachó no lo hase  
nadie... Asómese a velo, que hoy está mu güeno.

Le llamaron desde una puerta, que era la de la enfermería. Su compañero  
el picador deseaba hablarle antes de que lo trasladasen al hospital.

--Adió, señá Carmen. Voy a ve qué quíe ese probesito. Una caía con  
fratura, según disen. Ese no pica en toa la temporá  
.

Carmen se refugió bajo las arcadas, queriendo cerrar sus ojos para no  
ver el espectáculo repugnante del patio, pero al mismo tiempo sentíase  
atraída por el rojo mareador de la sangre.

Los «monos sabios» conducían de las riendas los caballos heridos, que  
arrastraban sus entrañas por el suelo, soltando al mismo tiempo por  
debajo de la cola una diarrea de susto.

Al verlos, un encargado de las cuadras comenzó a mover pies y manos,  
agitado por una fiebre de actividad.

--¡Fuerza, valientes!...--gritó dirigiéndose a los mozos de las  
caballerizas--. ¡Duro! ¡duro ahí!

Un mozo de cuadra, moviéndose con precaución junto al caballo, coceante  
de dolor, le quitaba la silla, echándole después a

las piernas unos  
lazos de correas que las agarrotaban, uniendo las c  
uatro extremidades y  
haciendo caer al animal al suelo.

--¡Ahí, valiente!... ¡Duro! ¡duro con él!--seguía g  
ritando el encargado  
de las caballerizas, sin dejar de mover manos y pie  
s.

Y los mozos, arremangados, inclinábanse sobre el vi  
entre abierto de la  
bestia, que esparcía en torno regueros de sangre y  
de orín, pugnando  
por introducir a puñados en el trágico desgarrón la  
s pesadas entrañas  
que colgaban fuera de él.

Otro sostenía las riendas del caído animal y apreta  
ba contra el suelo la  
triste cabeza poniendo un pie sobre ella. Contraías  
e el hocico con gesto  
de dolor; chocaban los dientes largos y amarillentos  
con un escalofrío  
de martirio, perdiéndose en el polvo los relinchos,  
ahogados por la  
presión del pie. Pugnaban las manos sangrientas de  
los curanderos por  
devolver a la abierta cavidad las flácidas entrañas  
; pero la respiración  
jadeante de la víctima las hinchaba, haciéndolas sa  
lir de su encierro y  
desparramándose otra vez como piltrafas empaquetada  
s. Una vejiga enorme  
inflábase entre los despojos, entorpeciendo el arre  
glo.

--¡La bufa, valientes!...--gritaba el director--. ¡  
Duro con la bufa!

Y la vejiga, con todas sus entrañas anexas, desapar  
ecía al fin en las

profundidades del vientre, mientras dos mozos, con la agilidad de la costumbre, cosían la piel.

Cuando el caballo quedaba «arreglado», con bárbara prontitud, le echaban un cubo de agua por la cabeza, libertaban sus piernas de la trabazón de las correas y le daban unos golpes de vara para que se pusiera en pie.

Unos, apenas caminaban dos pasos, caían redondos, derramando un chorro de sangre por la herida zurcida con bramante. Era la muerte instantánea al recobrar las entrañas su posición. Otros manteníanse fuertes por los secretos recursos del vigor animal, y los mozos, después del «arreglo», los llevaban al «barnizaje», inundando sus patas y vientres con violentas abluciones de cubos de agua. El color blanco o castaño de los animales quedaba brillante, chorreando sus pelos un líquido de color rosa, mezcla de agua y de sangre.

Remendaban los caballos como si fuesen zapatos viejos; explotaban su debilidad hasta el último momento, prolongando su agonía y su muerte. Quedaban en el suelo pedazos de intestinos, cortados para facilitar la operación del «arreglo». Otros fragmentos de sus entrañas estaban en el redondel cubiertos de arena, hasta que muriese el toro y los mozos pudieran recoger estas piltrafas en sus espuelas. Muchas veces, el trágico vacío de los órganos perdidos remediábanlos los bárbaros curanderos con puñados de estopa introducidos en el vientre.

Lo importante era mantener en pie a estos animales  
unos cuantos minutos  
más, hasta que los picadores volviesen a salir a la  
plaza: el toro se  
encargaría de rematar su obra... Y los jacos moribun-  
dos sufrían sin  
protesta esta lúgubre transfiguración. Los que coje-  
aban eran reanimados  
con ruidosos golpes de vara, que les hacían temblar  
desde las patas a  
las orejas. Un caballo manso, en la desesperación de  
su infortunio,  
intentaba morder a los «monos sabios» que se aproxi-  
maban. Entre sus  
dientes guardaba aún colgajos de piel y pelos rojos  
. Al sentir el  
desgarrón de los cuernos en su panza, el mísero ani-  
mal había mordido el  
cuello del toro con una furia de cordero rabioso.

Relinchaban tristemente los caballos heridos, levan-  
tando la cola con  
ruidoso escape de gases; un hedor de sangre y excre-  
mento vegetal  
esparcíase por el patio; la sangre corría entre las  
piedras,  
ennegreciéndose al secarse.

Llegaban hasta allí los ruidos de la muchedumbre in-  
visible. Eran  
exclamaciones de inquietud; un «¡ay! ¡ay!» lanzado  
por miles de bocas,  
que hacía adivinar la fuga del banderillero acosado  
de cerca por el  
toro. Luego, un silencio absoluto. El hombre volvía  
hacia la fiera, y  
estallaba el ruidoso aplauso saludando un par de ba-  
nderillas bien  
colocado. Luego sonaban las trompetas anunciando la  
suerte de matar, y  
se repetían los aplausos.

Carmen quería irse. ¡Virgen de la Esperanza! ¿Qué hacía allí?...

Ignoraba el orden que iban a seguir los matadores en su trabajo. Tal vez aquel toque señalaba el momento en que su marido iba a colocarse frente a la fiera. ¡Y ella allí, a pocos pasos de distancia, y sin verle!... Quería escapar para librarse de este tormento.

Además, la angustiaba la sangre que corría por el patio, el tormento de aquellas pobres bestias. Su delicadeza de mujer sublevábase contra estas torturas, al mismo tiempo que se llevaba el pañuelo al olfato para repeler los hedores de carnicería.

Nunca había ido a los toros. Gran parte de su existencia la había pasado oyendo hablar de corridas; pero en los relatos de estas fiestas sólo veía lo externo, lo que ve todo el mundo: los lances del redondel, a la luz del sol, con brillo de sedas y bordados; la representación fastuosa, sin conocer los preparativos odiosos que se verificaban en el misterio de los bastidores. ¡Y ellos vivían de esta fiesta, con sus repugnantes martirios de animales débiles! ¡Y su fortuna había sido hecha a costa de tales espectáculos!...

Estalló un aplauso ruidoso dentro del circo. En el patio se dieron órdenes con voz imperiosa. El primer toro acababa de morir. Abriéronse en el fondo del pasadizo de la puerta de Caballerizas las vallas que comunicaban con el redondel, y llegaron con más int



ensidad los ruidos de  
la muchedumbre y los ecos de la música.

Las mulillas estaban en la plaza: una trinca para recoger los caballos muertos, otra para llevarse a rastras el cadáver de l toro.

Carmen vio venir por debajo de las arcadas a su cuñado. Aún estaba trémulo de entusiasmo por lo que había visto.

--Juan... ¡colosal! Está esta tarde como nunca. No tengas miedo. ¡Si ese chico se come los toros vivos!

Luego la miró con inquietud, temeroso de que le hiciese perder una tarde tan interesante... ¿Qué decidía? ¿Se consideraba con valor para asomarse a la plaza?

--¡Yévame!--dijo ella con acento angustioso--. ¡Sácame pronto de aquí! Me siento enferma... Déjame en la primera iglesia que encontremos.

El talabartero torció el gesto. ¡Por vida de Roger! ¡Dejar una corrida tan magnífica!... Y mientras iban hacia la puerta, calculaba dónde podría abandonar a Carmen para volver cuanto antes a la plaza.

Cuando salió el segundo toro, todavía Gallardo, apoyado en la barrera, recibía felicitaciones de sus admiradores. ¡Qué coraje el de aquel chico... «cuando quería»!... La plaza entera le había aplaudido en el primer toro, olvidando sus enfados de las corridas anteriores. Al caer

un picador, quedando exánime por el terrible choque  
, Gallardo había  
acudido con su capa, llevándose a la fiera al centro del redondel.  
Fueron unas verónicas arrogantes que acabaron por dejar a la bestia  
inmóvil y fatigada después de revolverse tras el engaño del trapo rojo.  
El torero, aprovechando la estupefacción del animal  
, quedó erguido a  
pocos pasos de su hocico, sacando el vientre como si le desafiase.  
Sintió «la corazonada» precursora feliz de sus grandes atrevimientos.  
Había que conquistar al público con un rasgo de audacia, y se arrodilló  
ante los cuernos con cierta precaución, pronto a levantarse al más leve  
intento de acometida.

El toro permaneció quieto. Avanzó una mano hasta tocar su hocico  
babeante, y el animal no hizo movimiento alguno. Entonces atreviose a  
algo que sumió al público en un silencio palpitante. Poco a poco se  
acostó en la arena, con el capote entre los brazos sirviéndole de  
almohada, y así estuvo algunos segundos, tendido bajo las narices de la  
fiera, que le olisqueaba con cierto miedo, como si recelase un peligro  
en este cuerpo que audazmente se colocaba bajo sus cuernos.

Cuando el toro, recobrando su agresiva fiereza, bajó las astas, el  
torero rodó hacia las patas, poniéndose de este modo fuera de su  
alcance, y el animal pasó sobre él, buscando vanamente en su feroz  
ceguera el bulto al que acometía.

Se levantó Gallardo, limpiándose el polvo, y el público, amante de las temeridades, le aplaudió con el entusiasmo de otros tiempos. No sólo celebraba su audacia. Se aplaudía a sí mismo, admiraba su propia majestad, adivinando que el atrevimiento del torero era para reconciliarse con él, para ganar de nuevo su afecto. Gallardo venía a la corrida dispuesto a las mayores audacias para conquistar aplausos.

--Se descuida--decían en los tendidos--; muchas veces es flojo; pero tiene vergüenza torera y vuelve por su nombre.

El entusiasmo del público, su alegre agitación al recordar la hazaña de Gallardo y la certera estocada con que el otro maestro había dado muerte al primer toro, trocáronse en mal humor y protestas al ver el segundo en el redondel. Era enorme y de hermosa estampa, pero corría por el centro de la plaza, mirando con extrañeza a la ruidosa muchedumbre de los tendidos, asustado de las voces y silbidos con que pretendían excitarle y huyendo de su propia sombra, como si adivinara toda clase de asechanzas. Los peones corrían tendiéndole la capa. Acometía al trapo rojo, siguiéndolo por algunos instantes, pero de pronto daba un bufido de extrañeza y volvía su cuarto trasero, huyendo en distinta dirección con violentos saltos. Su ágil movilidad para la fuga indignaba al público.

--Eso no es toro... ¡es una mona!

Los capotes de los maestros consiguieron al fin atr  
aerlo hacia la  
barrera, donde esperaban los picadores, inmóviles s  
obre sus monturas,  
con la garrocha bajo el brazo. Se acercó a un jinet  
e con la cabeza baja  
y fieros bufidos como si fuese a acometer. Pero ant  
es de que el hierro  
se clavase en su cuello, dio un salto y huyó, pasan  
do por entre las  
capas que le tendían los peones. En su fuga encontr  
ó otro picador,  
repitiendo el salto, el bufido y la huida. Luego tr  
opezó con el tercer  
jinete, el cual, avanzando la garrocha, le picó en  
el cuello, aumentando  
con este castigo su miedo y su velocidad.

El público en masa se había puesto de pie, braceand  
o y gritando. ¡Un  
toro manso! ¡Qué abominación!... Volvíanse todos ha  
cia la presidencia  
bramando su protesta: «¡Señor presidente! Aquello n  
o podía consentirse.»

De algunos tendidos comenzó a salir un coro de voce  
s que repetían las  
mismas palabras con monótona entonación:

--¡Fuego!... ¡fueeeego!

El presidente parecía dudar. Corría el toro, perseg  
uido por los  
lidiadores, que iban tras él con la capa al brazo.  
Cuando alguno de  
éstos conseguía ponerse delante para detenerle, olf  
ateaba la tela con el  
bufido de siempre y se alejaba en distinta direcció  
n dando saltos y  
coces.

Aumentaba la ruidosa protesta con estas fugas. «¡Señor presidente! ¿Era que estaba ciego su señoría?...» Comenzaban a caer en el redondel botellas, naranjas y cojines de asiento en torno de la bestia fugitiva. El público la odiaba por cobarde. Una botella dio en uno de sus cuernos, y la gente aplaudió al certero tirador sin saber quién era. Parte del público tendía el cuerpo hacia adelante como si fuera a arrojar al redondel, queriendo destrozar con sus manos a la mala bestia. ¡Qué escándalo! ¡Ver en la plaza de Madrid bueyes que sólo servían para dar carne! «¡Fuego!... ¡fueeeego!»

El presidente agitó al fin un pañuelo rojo, y una salva de aplausos saludó este gesto.

Las banderillas de fuego eran un espectáculo extraordinario, algo inesperado que aumentaba el interés de la corrida. Muchos que protestaban hasta enronquecer estaban satisfechos en su interior de este incidente. Iban a ver al toro asado en vida, corriendo loco de terror por los rayos que le colgarían del cuello.

Avanzó el \_Nacional\_ llevando pendientes de sus manos, con las puntas hacia abajo, dos gruesas banderillas que parecían enfundadas en papel negro. Fuese hacia el toro sin grandes precauciones, como si su cobardía no mereciese arte alguno, y le clavó los palos infernales entre los aplausos vengativos de la muchedumbre.

Sonó un chasquido como si se rompiese algo, y dos chorros de humo blanco comenzaron a surgir sobre el cuello del animal. Con la luz del sol no se veía el fuego, pero los pelos desaparecían chamuscados y una mancha negra extendíase sobre el pescuezo.

Corrió el toro, sorprendido del ataque, acelerando su fuga, como si con ésta pudiera librarse del tormento, hasta que de pronto comenzaron a estallar en su cuello secas detonaciones semejantes a tiros de fusil, volando en torno de sus ojos las encendidas pavesas de papel. Saltaba la bestia con la agilidad del terror, las cuatro patas en el aire al mismo tiempo, torciendo en vano la cornuda cabeza para arrancarse con la boca aquellos demonios agarrados a su pescuezo. La gente reía y aplaudía, encontrando graciosos estos saltos y contorsiones. Parecía que ejecutaba una danza de animal amaestrado con la torpe pesadez de su volumen.

--¡Cómo le pican!--exclamaba el público con risa feroz.

Cesaron de rugir y estallar las banderillas. Hervía el carbonizado pescuezo con burbujas de grasa. El toro, al no sentir la quemazón del fuego, quedó inmóvil, jadeante, con la cabeza humillada, sacando una lengua seca, de rojo obscuro.

Otro banderillero se aproximó a él, clavando un segundo par. Volvieron a surgir los chorros de humo sobre la carne chamuscada

a, sonaron los tiros,  
y el toro corrió otra vez, pugnando por aproximar la  
boca al pescuezo  
enroscando su cuerpo macizo; pero ahora los movimientos  
eran de menos  
violencia, como si su vigorosa animalidad comenzara  
a habituarse al  
martirio.

Aún le clavarón un tercer par, y su cuello quedó carbonizado,  
esparciendo en el redondel un hedor nauseabundo de  
grasa derretida,  
cuero quemado y pelos consumidos por el fuego.

El público siguió aplaudiendo con vengativo frenesí,  
como si el manso  
animal fuese un adversario de sus creencias e hicieran  
obra santa con  
este abrasamiento. Reían al verle trémulo sobre sus  
patas, agitando los  
flancos como los costados de un fuelle, mugiendo con  
chillón alarido de  
dolor, los ojos enrojecidos, y arrastrando su lengua  
por la arena, ávido  
de una sensación de frescura.

Gallardo aguardaba apoyado en la barrera, cerca de  
la presidencia, la  
señal para matar. \_Garabato\_ tenía sobre el borde de  
la valla el estoque  
y la muleta preparados.

«¡Mardita sea!...» ¡Tan bien como se presentaba la  
corrida, y reservarle  
la mala suerte este toro, que él mismo había escogido  
por su buena  
estampa, y que al pisar la arena resultaba mansurrón!  
...!

Excusábase por adelantado de lo defectuoso de su trabajo,  
hablando con

los inteligentes que ocupaban las delanteras de barrera.

--Se hará lo que se puea, y na más--decía levantando los hombros.

Luego miraba a los palcos, fijándose en el de doña Sol. Le había aplaudido antes, cuando realizó su estupenda hazaña de acostarse ante el toro. Sus manos enguantadas chocaron con entusiasmo cuando volvía él hacia la barrera saludando al público. Al darse cuenta doña Sol de que el torero la miraba, lo saludó con un ademán afectuoso, y hasta su acompañante, aquel tío antipático, se había unido a este saludo con ruda inclinación del cuerpo, como si fuese a partirse por la cintura. Luego había sorprendido varias veces los gemelos de ella fijos con insistencia en su persona, buscándolo en su retiro entre barreras. ¡Aquella \_gachí\_!... Tal vez se sentía atraída de nuevo por los mozos de corazón. Gallardo pensaba visitarla al día siguiente, por si había cambiado el viento.

Sonó la señal para matar, y el espada, luego de un corto brindis, marchó hacia el toro.

Los entusiastas dábanle consejos a gritos.

--¡Despáchalo pronto! Es un buey que no merece nada .

El torero tendió su muleta ante la bestia, y ésta a rremetió, pero con paso tardo, escarmentada por el tormento, con una i



ntención manifiesta  
de aplastar, de herir, como si el martirio hubiese  
despertado su  
fiereza. Aquel hombre era el primero que se colocab  
a ante sus cuernos  
después del suplicio.

La muchedumbre sintió que se desvanecía su vengativ  
a animadversión  
contra el toro. No se revolvía mal; atacaba. ¡Olé!  
Y todos saludaron con  
entusiasmo los pases de muleta, envolviendo en la m  
isma aprobación al  
lidiador y a la fiera.

Quedó el toro inmóvil, humillando la cerviz y con l  
a lengua pendiente.  
Se hizo el silencio precursor de la estocada mortal  
: un silencio más  
grande que el de la soledad absoluta, producto de m  
uchos miles de  
respiraciones contenidas. Fue tan grande este silen  
cio, que llegaron  
hasta los últimos bancos los menores ruidos del red  
ondel. Todos oyeron  
un leve crujido de maderas chocando unas con otras.

Era que Gallardo,  
con la punta del estoque, echaba atrás, sobre el cu  
ello del toro, los  
palos chamuscados de las banderillas que asomaban e  
ntre los cuernos.  
Luego de este arreglo para facilitar el golpe, la m  
uchedumbre avanzó aún  
más sus cabezas, adivinando la misteriosa correspon  
dencia que acababa de  
establecerse entre su voluntad y la del matador. «¡  
Ahora!», decían todos  
interiormente. Iba a derribar al toro de una estoca  
da maestra. Todos  
adivinaban la resolución del espada.

Se lanzó Gallardo sobre el toro, y todo el público

respiró a un tiempo  
ruidosamente, luego de la emocionante espera. Del e  
ncontronazo entre el  
hombre y el animal salió éste corriendo con mugidor  
a furia, mientras el  
graderío prorrumplía en silbidos y protestas. Lo de  
siempre. Gallardo  
había vuelto la cara y encogido el brazo en el mome  
nto de matar. El  
animal llevaba en el cuello el estoque cimbreado y  
suelto, y a los  
pocos pasos la hoja de acero saltó de la carne, rod  
ando por la arena.

Una parte del público increpó a Gallardo. Estaba ro  
to el encanto que lo  
había unido al espada al principio de la fiesta. Re  
aparecía la  
desconfianza; ensañábase la animadversión en el tor  
ero. Todos parecían  
haber olvidado el entusiasmo de poco antes.

Gallardo recogió la espada, y con la cabeza baja, s  
in ánimos para  
protestar del desagrado de una muchedumbre tolerant  
e para otros e  
inflexible con él, marchó otra vez hacia el toro.

En su confusión, creyó ver que un torero se ponía a  
su lado. Debía ser  
el \_Nacional\_.

--¡Carma, Juan! No embarullarse.

«¡Mardita sea!...» ¿Y siempre le iba a ocurrir lo m  
ismo? ¿Era que ya no  
podría meter el brazo entre los cuernos, como en ot  
ros tiempos, clavando  
el estoque hasta la cruz? ¿Iba a pasarse el resto d  
e su vida haciendo  
reír a los públicos?... ¡Un buey, al que habían ten  
ido que dar fuego!...

Se colocó frente al animal, que parecía aguardarle con las patas inmóviles, como si deseara acabar cuanto antes su largo martirio. No quiso pasarle otra vez de muleta. Se perfiló con el trapo rojo junto al suelo y la espada horizontal a la altura de sus ojos... ¡A meter el brazo!

El público púsose de pie con rápido impulso. Durante unos segundos, hombre y fiera no formaron más que una sola masa, y así se movieron algunos pasos. Los más inteligentes agitaban ya sus manos, ansiosos de aplaudir. Se había arrojado a matar como en sus mejores tiempos. ¡Una estocada de verdad!

Pero de pronto, el hombre salió de entre los cuernos despedido como un proyectil por un cabezazo demoledor, y rodó por la arena. El toro bajó la cabeza y sus cuernos engancharon el cuerpo inerte, elevándolo un instante del suelo y dejándolo caer, para proseguir su carrera, llevando en el cuello la empuñadura de la espada, hundida hasta la cruz.

Gallardo se levantó torpemente, y la plaza entera estalló en un aplauso ensordecedor, ansiosa de reparar su injusticia. ¡Olé los hombres! ¡Bien por el niño de Sevilla! Había estado \_gueno\_.

Pero el torero no contestaba a estas exclamaciones de entusiasmo. Se llevó las manos al vientre, agachándose en una curvatura dolorosa, y

comenzó a andar con paso vacilante y la cabeza baja . Por dos veces la levantó, mirando a la puerta de salida como si temiese no encontrarla, perdido en temblorosos zigzags, cual si estuviese ebrio.

De pronto cayó en la arena, encogido como un gusano enorme de seda y oro. Cuatro mozos de la plaza tiraron torpemente de él hasta izarlo sobre sus hombros. El \_Nacional\_ se unió al grupo, sosteniendo la cabeza del espada, pálida, amarillenta, con los ojos vidriosos al través de las pestañas cruzadas.

El público tuvo un movimiento de sorpresa, cesando en sus aplausos. Todos volvían la vista en torno, indecisos sobre la gravedad del suceso... Pero pronto circularon noticias optimistas, que nadie sabía de dónde venían; esa opinión anónima que todos admiten, y en ciertos instantes enardece o inmoviliza a las muchedumbres. .. No era nada. Un varetazo en el vientre que le privaba de sentido. Nadie había visto sangre.

La muchedumbre, súbitamente tranquilizada, fue sentándose, pasando su atención del torero herido a la fiera, que aún se mantenía en pie, resistiendo a las angustias de la muerte.

El \_Nacional\_ ayudó a colocar a su maestro en una cama de la enfermería. Cayó en ella como un talego, inánime, con los brazos pendientes fuera del lecho.

Sebastián, que tantas veces había contemplado a su espada ensangrentado y herido, sin perder por esto la serenidad, sentía ahora la angustia del miedo viéndolo inerte, con una blancura verdosa, como si estuviese muerto.

--¡Por vía e la paloma azul!--gimoteaba--. ¿Es que no hay médicos? ¿Es que no hay nadie?

El personal de la enfermería, luego de despachar al picador magullado, había corrido a su palco en la plaza.

El banderillero desesperábase, creyendo que los segundos eran horas, gritando a \_Garabato\_ y a \_Potaje\_, que habían acudido tras él, sin saber ciertamente lo que les decía.

Llegaron dos médicos, y luego de cerrar la puerta para que nadie les estorbase, quedaron indecisos ante el cuerpo inánime del espada. Había que desnudarlo.

A la luz que entraba por una claraboya del techo, \_Garabato\_ comenzó a desabrochar, descoser y rasgar las ropas del torero.

El \_Nacional\_ apenas podía ver el cuerpo. Los médicos estaban en torno del herido, consultándose con la mirada. Debía ser un colapso que le había privado de vida aparentemente. No se veía sangre. Los rasgones de su ropa eran efecto, sin duda, del revolcón que le había dado el toro.

Entró apresuradamente el doctor Ruiz, y sus colegas le dejaron pasar a primer término, acatando su maestría. Juraba en su nerviosa precipitación, mientras iba ayudando a \_Garabato\_ a abrir las ropas del torero.

Hubo un movimiento de asombro, de dolorosa sorpresa, en torno de la cama. El banderillero no se atrevía a preguntar. Miró por entre las cabezas de los médicos, y vio el cuerpo de Gallardo con la camisa subida sobre el pecho y los calzones caídos, dejando visibles las negruras de la virilidad. El vientre, completamente al descubierto, estaba rasgado por una abertura tortuosa de labios ensangrentados, al través de la cual asomaban unas piltrafas de fresco azul.

El doctor Ruiz movió la cabeza tristemente. A más de la herida atroz e incurable, el torero había recibido una conmoción tremenda con el cabezazo del toro. No respiraba.

--¡Dotor... dotor!--gimió el banderillero, suplicando por saber la verdad.

Y el doctor Ruiz, tras largo silencio, volvió a mover la cabeza.

--¡Se acabó, Sebastián!... Puedes buscarte otro matador.

El \_Nacional\_ levantó sus ojos a lo alto. ¡Y así acababa un hombre como aquel, sin poder estrechar la mano de los amigos, s

in decir una palabra,  
repentinamente, como un mísero conejo a quien golpe  
an en la nuca!...

La desesperación le hizo salir de la enfermería. ¡A  
y, él no podía ver  
aquello! El no era como \_Potaje\_, que permanecía in  
móvil y ceñudo a los  
pies de la cama, contemplando el cadáver como si no  
lo viese, mientras  
hacía girar el castoreño entre sus dedos.

Iba a llorar como un niño. Su pecho jadeaba de angus  
tia, mientras los  
ojos se le hinchaban a impulsos de las lágrimas.

En el patio tuvo que apartarse para dejar paso a lo  
s picadores que  
volvían al redondel.

La terrible nueva comenzaba a circular por la plaza  
. ¡Gallardo había  
muerto!... Unos dudaban de la veracidad de la notic  
ia, otros dábanla por  
cierta; pero ninguno se movía del asiento. Iban a s  
oltar el tercer toro.  
Aún estaba la corrida en su primera mitad, y no era  
cosa de renunciar a  
ella.

Por la puerta del redondel llegaba el rumor de la m  
uchedumbre y el  
sonido de la música.

El banderillero sintió nacer en su pensamiento un o  
dio feroz por todo lo  
que le rodeaba, una aversión a su oficio y al públi  
co que lo mantenía.  
Danzaban en su memoria las sonoras palabras con que  
hacía reír a las  
gentes, encontrando ahora en ellas una nueva expres  
ión de justicia.

Pensó en el toro, al que arrastraban por la arena en aquel momento con el cuello carbonizado y sanguinolento, rígidas las patas y unos ojos vidriosos que miraban al espacio azul como miran los muertos.

Luego vio con la imaginación al amigo que estaba a pocos pasos de él, al otro lado de una pared de ladrillo, también inmóvil, con las extremidades rígidas, la camisa sobre el pecho, el vientre abierto y un resplandor mate y misterioso entre las pestañas cruzadas.

¡Pobre toro! ¡Pobre espada!... De pronto, el circo rumoroso lanzó un alarido saludando la continuación del espectáculo. El Nacional cerró los ojos y apretó los puños.

Rugía la fiera: la verdadera, la única.

FIN

Madrid.--Enero-Marzo 1908.

#### OBRAS DEL AUTOR

CON EL NUMERO DE EJEMPLARES IMPRESOS EN ESPAÑA[\*]  
DE CADA UNA DE ELLAS,  
HASTA OCTUBRE DE 1924

CUENTOS VALENCIANOS	60.000	ejem
plares.		
LA CONDENADA (cuentos)	64.000	í
d.		



d.	EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes)	64.000	í
d.	ARROZ Y TARTANA (novela)	68.000	í
d.	FLOR DE MAYO (novela)	80.000	í
d.	LA BARRACA (novela)	104.000	í
d.	SÓNICA LA CORTESANA (novela)	56.000	í
d.	ENTRE NARANJOS (novela)	88.000	í
d.	CAÑAS Y BARRO (novela)	64.000	í
d.	LA CATEDRAL (novela)	72.000	í
d.	EL INTRUSO (novela)	56.000	í
d.	LA BODEGA (novela)	60.000	í
d.	LA HORDA (novela)	44.000	í
d.	LA MAJA DESNUDA (novela)	49.000	í
d.	ORIENTE (viajes)	52.000	í
d.	SANGRE Y ARENA (novela)	136.000	í
d.	LOS MUERTOS MANDAN (novela)	56.000	í
d.	LUNA BENAMOR (novelas)	48.000	í
d.	LOS ARGONAUTAS (novela).--Dos tomos	48.000	í
d.	LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS	148.000	í
d.	MARE NOSTRUM (novela)	104.000	í
d.	LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela)	88.000	í
d.	EL MILITARISMO MEJICANO (artículos)	40.000	í

d.	EL PRÉSTAMO DE LA DIFUNTA (novelas)	44.000	í
d.	EL PARAÍSO DE LAS MUJERES (novela)	36.000	í
d.	LA TIERRA DE TODOS (novela)	66.000	í
d.	LA REINA CALAFIA (novela)	60.000	í
d.	NOVELAS DE LA COSTA AZUL	20.000	í
d.	LA VUELTA AL MUNDO, DE UN NOVELISTA	40.000	í

#### NOVELAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

EL PAPA DEL MAR.  
 A LOS PIES DE VENUS.  
 LAS RIQUEZAS DEL GRAN KAN.  
 EL ORO Y LA MUERTE.

[\*] En muchas repúblicas de la América de habla española se han publicado numerosas ediciones de estas obras sin permiso del autor.

End of the Project Gutenberg EBook of Sangre y arena, by Vicente Blasco Ibáñez

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK SANGRE Y AR  
 ENA \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 26983-8.txt or 26983-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/6/9/8/26983/>

Produced by Chuck Greif, Broward County Library and  
the  
Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the  
old editions  
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no  
one owns a United States copyright in these works,  
so the Foundation  
(and you!) can copy and distribute it in the United  
States without  
permission and without paying copyright royalties.

Special rules,  
set forth in the General Terms of Use part of this  
license, apply to  
copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to  
protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project  
Gutenberg is a registered trademark, and may not be  
used if you  
charge for the eBooks, unless you receive specific  
permission. If you  
do not charge anything for copies of this eBook, complying with the  
rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose  
such as creation of derivative works, reports, performances and  
research. They may be modified and printed and given away--you may do  
practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is  
subject to the trademark license, especially commercial  
redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS  
WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund for

om the person or  
entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark . It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by

freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed,

copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying,



performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works  
unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing  
access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided  
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from  
the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method  
you already use to calculate your applicable taxes. The fee is  
owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he  
has agreed to donate royalties under this paragraph to the  
Project Gutenberg Literary Archive Foundation.  
Royalty payments  
must be paid within 60 days following each date on which you  
prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax  
returns. Royalty payments should be clearly marked as such and  
sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the  
address specified in Section 4, "Information about donations to  
the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies  
you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he  
does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm  
License. You must require such a user to return

rn or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored,

may contain

"Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for

it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will

remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801

) 596-1887, email  
business@pglaf.org. Email contact links and up to  
date contact  
information can be found at the Foundation's web si  
te and official  
page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
[gbnewby@pglaf.org](mailto:gbnewby@pglaf.org)

#### Section 4. Information about Donations to the Proj ect Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot surviv  
e without wide  
spread public support and donations to carry out it  
s mission of  
increasing the number of public domain and licensed  
works that can be  
freely distributed in machine readable form accessi  
ble by the widest  
array of equipment including outdated equipment. M  
any small donations  
(\$1 to \$5,000) are particularly important to mainta  
ining tax exempt  
status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the l  
aws regulating  
charities and charitable donations in all 50 states  
of the United  
States. Compliance requirements are not uniform an  
d it takes a  
considerable effort, much paperwork and many fees t  
o meet and keep up  
with these requirements. We do not solicit donatio  
ns in locations  
where we have not received written confirmation of

compliance. To  
SEND DONATIONS or determine the status of complianc  
e for any  
particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions fr  
om states where we  
have not met the solicitation requirements, we know  
of no prohibition  
against accepting unsolicited donations from donors  
in such states who  
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, bu  
t we cannot make  
any statements concerning tax treatment of donation  
s received from  
outside the United States. U.S. laws alone swamp o  
ur small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for cu  
rrent donation  
methods and addresses. Donations are accepted in a  
number of other  
ways including checks, online payments and credit c  
ard donations.  
To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Guten  
berg-tm electronic  
works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the  
Project Gutenberg-tm  
concept of a library of electronic works that could  
be freely shared  
with anyone. For thirty years, he produced and dis  
tributed Project  
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of vo  
lunteer support.



Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.